

Cuarta tumba bajo mis pies

Darynda Jones

Traducción de

Concepción Rodríguez

DEBOLSILLO

www.megustaleer.com

Índice

Cuarta tumba bajo mis pies
Agradecimientos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Biografía
Créditos
Acerca de Random House Mondadori

*Para Quentin,
alcahuete a media jornada y ninja a jornada completa, quien,
a pesar de los tiempos que corren, todavía dice cosas como
«Gracias, ¡conejito de Pascua!» o «¡Pídola!»*

AGRADECIMIENTOS

Este libro le debe un montón de cosas a un montón de personas, y entre las más importantes están mi asombrosa agente, Alexandra Machinist, y mi increíble editora, Jennifer Enderlin. ¡Muchísimas gracias, chicas! Sois impresionantes, y estoy convencida de que ambas lleváis vidas secretas como superheroínas.

Gracias a todos los miembros de Macmillan Audio, y una mención especial a la siempre encantadora Lorelei King, por insuflar vida a mis personajes. Literalmente. Y ya que estamos, gracias también a todo el mundo de St. Martin's Press, Macmillan y Janklow & Nesbit Associates.

Quiero dedicarles un agradecimiento especial a Jacquelyn Frank y a Natalie Justice, por ponerle título a este libro mientras esperaban un transbordo, agotadas y hechas un desastre después de una conferencia de tres días donde la efervescente Natalie domó al potro mecánico y Jacki se ganó mi corazón en una partida porno de Round Robin. Chicas, sois la bomba.

Muchísimas gracias a Mary Jo, a Mary Ellen y a Bette por las consultas y consejos sobre el trastorno de estrés postraumático. Chicas, me habéis ayudado muchísimo, sobre todo teniendo en cuenta que solo tenía tres días para entregar el libro. Os estoy muy agradecida.

Gracias a ti, Danielle «Dan Dan» Swopes, por darme ideas incluso cuando tu cerebro estaba casi tan machacado como el mío, y a tu maravillosa familia, a la que considero como si fuera mía. Y gracias también a mi verdadera familia (vosotros sabéis quiénes sois), por apoyarme y comprender que me perdiera vacaciones y cumpleaños con la excusa del libro. Tan pronto como cumpla el próximo plazo, haremos una barbacoa.

Un gigantesco agradecimiento a Cait Allison, por leer este libro cuando aún estaba en pañales, por más doloroso que fuera, para darme su opinión. Lo valoro mucho más de lo que te imaginas.

Y, por desgracia, debo admitir que al menos tres de las mejores frases de este libro no proceden de mi retorcida... ejem, quiero decir «vívida» imaginación, sino de las ilustres y en ocasiones aterradoras reflexiones de Jonathan «Doc» Wilson y de Quentin «Q» Eakins. Chicos, sois como los pasteles de harina integral: divertidos y fáciles de digerir.

Y sobre todo gracias a ti, querido lector, por hacer todos mis sueños realidad. O al menos la mayoría de ellos. Tengo uno en el que estoy desnuda en un aeropuerto y... no, tienes razón. Es mejor dejarlo para los profesionales. En cualquier caso, ¡muchísimas gracias! Espero que disfrutes leyendo este libro tanto como yo he disfrutado escribiéndolo.

Solo hay dos cosas seguras en la vida.
Adivina cuál soy yo.

CHARLEY DAVIDSON,

ÁNGEL DE LA MUERTE

Estaba sentada viendo el canal Compra en Casa con mi difunta tía Lillian, preguntándome cómo habría sido mi vida si no acabara de tomarme una tarrina entera de helado Chocolate Therapy de Ben & Jerry's con un capuchino de chocolate. Estaba casi segura de que habría sido más o menos igual, pero era algo sobre lo que reflexionar.

El sol de media mañana se colaba entre las persianas y la luz dibujaba líneas de luz sobre mi cuerpo, lo que me daba un alucinante toque de peli de cine negro. Puesto que mi vida había dado un giro definitivo hacia el lado oscuro, el cine negro me quedaba de perlas. Y me habría quedado incluso mejor si no hubiera llevado puesto un pantalón de pijama de *La guerra de las Galaxias* y una brillante camiseta de tirantes que anunciaba sin tapujos que «Las chicas terrícolas son facilones». Sin embargo, esa mañana no tenía energías para ponerme algo menos inapropiado. Sufría problemas de apatía desde hacía unas cuantas semanas. Y me había vuelto de repente un poquito agorafóbica. Desde que un hombre llamado Earl me torturó.

Menudo asco.

La tortura, no su nombre.

Mi nombre, en cambio, era Charlotte Davidson, aunque la mayoría de la gente me llamaba Charley.

—¿Puedo hablar contigo, mejillitas de calabaza?

O «mejillitas de calabaza», uno de los muchos apodos cariñosos relacionados con el fruto otoñal que mi tía Lillian se empeñaba en utilizar. La tía Lil murió en la década de los sesenta, y seguía viéndola porque nací siendo un ángel de la muerte, algo que implicaba tres puntos básicos: uno, podía interactuar con los muertos —los difuntos que no cruzaron al otro lado tras su fallecimiento—, y por lo general lo hacía todos los días. Dos, yo era un ser extrabrilante para todos los habitantes del reino espiritual, por lo que los susodichos me veían desde todas las partes del globo. Cuando estaban listos para cruzar, lo hacían a través de mí. Y eso enlazaba con el punto número tres: también era un portal desde el plano terrenal a lo que muchos consideraban el paraíso.

El puesto llevaba consigo algunas cosas más, entre las que se incluían asuntos que ni siquiera había descubierto todavía, pero en eso consistía más o menos mi rutina diaria. El trabajo por el que no recibía ningún sueldo. También era detective privado, aunque eso tampoco pagaba las facturas. Al menos últimamente.

Volví la cabeza para mirar a la tía Lil, que en realidad era mi tía abuela por parte de padre. Era una anciana delgada de ojos grises y pelo azul claro, y dado que los muertos rara vez se cambiaban de ropa, llevaba puesto su atuendo habitual: un chaleco de cuero sobre un

muumuu, un vestido hawaiano de flores, y un collar de cuentas de colorines, un conjunto que no dejaba dudas sobre la época en la que murió. También mostraba esa sonrisa cariñosa con un ligero matiz de falta de cordura. Una sonrisa que solo hacía que me resultara aún más adorable. Sentía cierta debilidad por la gente chiflada.

Lo que no me quedaba claro era por qué le gustaba tanto ese vestido, ya que, al ser una mujer tan diminuta, parecía un poste con una tienda de campaña colgando por encima de sus frágiles caderas... No obstante, ¿quién era yo para criticar a nadie?

—Por supuesto que puedes hablar conmigo, tía Lil.

Intenté enderezarme un poco, aunque abandoné el intento en cuanto me percaté de que cualquier clase de movimiento requeriría esfuerzo. Había estado sentada en un sofá u otro durante dos meses, recuperándome de la tortura.

De pronto recordé que el programa de menaje que llevaba esperando toda la mañana estaba al caer. Seguro que la tía Lil lo entendería. Antes de que pudiera decir algo, levanté un dedo para ponerla en pausa.

—Pero ¿nuestra charla podría esperar hasta que termine lo de las sartenes con recubrimiento de piedra? Llevo bastante tiempo detrás de ellas. Llevan recubrimiento. De piedra.

—Tú no cocinas.

En eso tenía razón.

—¿Y qué más da? —Puse mis zapatillas de conejito sobre la mesita de café y crucé las piernas a la altura de los tobillos.

—No sé muy bien cómo decirte esto. —Contuvo la respiración y agachó su cabeza azul.

Me incorporé, alarmada, a pesar del esfuerzo que requería.

—¿Tía Lil?

Su barbilla se llenó de arruguitas de tristeza.

—Yo... creo que estoy muerta.

Parpadeé. La miré fijamente durante un instante. Y luego volví a parpadear.

—Lo sé... —Se sonó la nariz en la gigantesca manga del vestido hawaiano, y las cuentas del collar chocaron entre sí sin hacer ruido. Los objetos inanimados de los difuntos guardaban un espeluznante silencio. Como los mimos. O ese grito que dio Al Pacino en *El Padrino III*, cuando su hija murió en las escaleras—. Lo sé, lo sé. —Me dio unas palmaditas en el hombro para reconfortarme—. Es difícil de asimilar.

La tía Lillian había muerto mucho antes de que yo naciera, sin embargo, no tenía ni la menor idea de si ella estaba al tanto de eso o no. Muchos difuntos no se daban cuenta. Y a causa de esta duda, nunca se lo había mencionado. Durante años, había permitido que me preparara un café invisible por las mañanas, o que me cocinara huevos invisibles antes de largarse a una de sus aventuras. La tía Lil todavía se despendolaba de vez en cuando. Le gustaba viajar por el mundo, y pocas veces se quedaba mucho tiempo en un mismo lugar. Cosa que era de agradecer. En caso contrario, nunca habría podido tomarme un café de verdad por las mañanas. Ni por las mañanas ni en la docena de ocasiones que necesitaba un chute de cafeína a lo largo del día. Si mi tía hubiera pasado más tiempo conmigo, habría sufrido un síndrome de abstinencia cafeínico permanente. Y muchos dolores de cabeza.

Aunque, ahora que lo sabía, quizá pudiera explicarle el asunto del café.

Sentía la curiosidad suficiente sobre su muerte para hacerle una pregunta.

—¿Sabes cómo moriste? ¿Qué ocurrió?

Según mi familia, había muerto en una comuna hippie de Madrid en el momento

álgido del movimiento Flower Power. Antes de eso, había sido una trotamundos que pasaba los veranos en Sudamérica y Europa, y los inviernos en África y Australia. Había continuado con esa tradición incluso después de su muerte, así que había viajado por todo el mundo. Ya sin necesidad pasaporte. No obstante, nadie había sabido decirme cómo murió exactamente. O qué hacía para ganarse la vida. Cómo podía permitirse tantos viajes cuando estaba viva. Sabía que había estado casada, aunque mi familia tampoco tenía mucha más información sobre su marido. Mi tío pensaba que podría haber sido un magnate del petróleo de Texas, pero la familia había perdido el contacto y nadie lo sabía con seguridad.

—No lo tengo muy claro —dijo mientras negaba con la cabeza—. Recuerdo que estábamos sentados alrededor de una hoguera, cantando y tomando ácido...

Eché mano de toda mi fuerza de voluntad para evitar que el horror que sentía se reflejara en mi expresión.

—... y Bernie me preguntó qué me pasaba. Pero como Bernie también acababa de tomar ácido, no le presté demasiada atención.

Eso lo entendía.

Mi tía me miró con los ojos humedecidos por la tristeza.

—Debería haberle hecho caso.

Rodeé sus pequeños hombros con un brazo.

—Lo siento mucho, tía Lil.

—Lo sé, calabacita. —Me dio una palmadita en la mejilla, y su mano estaba fría debido a la falta de carne y de sangre. Esbozó de nuevo esa rara sonrisa suya y, de repente, me pregunté si mi tía habría tomado demasiado ácido—. Recuerdo el día que naciste.

Parpadeé una vez más, sorprendida.

—¿En serio? ¿Estabas allí?

—Sí. Lamento muchísimo lo de tu madre.

Sentí un agujonazo de pesar. No lo esperaba, así que tardé un rato en recuperarme.

—Yo... también lo siento.

No me gustaba recordar que mi madre había muerto justo después de darmel a luz. Y lo recordaba con toda claridad, con todo detalle. Recordaba el momento en que se había apartado de su cuerpo físico, cuando sentí un chasquido como el de una goma al romperse que recorrió todo mi cuerpo y comprendí que nuestra conexión se había roto. Incluso entonces, ya la amaba.

—Eras muy especial —añadió la tía Lil, sacudiendo la cabeza al recordarlo—. Pero ahora que sabes que la he palmado, tengo que preguntártelo: ¿por qué demonios eres tan brillante?

Mierda. No podía decirle la verdad; no podía contarle que era el ángel de la muerte ni que todo ese rollo del brillo venía con el puesto. Ella me consideraba una persona especial, no siniestra. Quedaba fatal decirlo en voz alta, así que decidí eludir la pregunta.

—Bueno, es una larga historia, tía Lil, pero si quieras, puedes cruzar a través de mí. Puedes pasar al otro lado y estar con tu familia. —Agaché la cabeza, con la esperanza de que no aceptara mi oferta. Me gustaba tenerla a mi lado, por más egoísta que fuese.

—¿Bromeas? —Me dio un manotazo en la rodilla—. ¿Y perderme todas las mierdas en las que te metes? Jamás. —Tras una perturbadora risilla entre dientes que me recordó la última película de miedo que había visto, la tía Lil se volvió hacia la televisión—. A ver, ¿qué tiene de formidable ese menaje?

Me acomodé a su lado y vimos el programa sobre sartenes que podían sufrir todo tipo de abusos, entre ellos el roce de varias piedras sobre el fondo antiadherente, aunque

como la gente no cocinaba las piedras, no entendí muy bien qué sentido tenía eso. Con todo, las sartenes eran muy bonitas. Y podía pagarlas en cómodas mensualidades. Las necesitaba, sin lugar a dudas.

Estaba al teléfono con un empleado del servicio de atención al cliente, un tipo llamado Herman con una voz de lo más atractiva, cuando entró Cookie. Hacía eso un montón de veces. Lo de entrar, quiero decir. Como si fuera la dueña del lugar. Aunque lo cierto era que yo estaba en su apartamento. El mío estaba abarrotado y resultaba deprimente, así que había optado por pasar el tiempo en el suyo.

Cookie era una mujer de complexión grande con el pelo negro cortado a cepillo, aunque peinado sin orden ni concierto, y no tenía el menor gusto para la moda, como dejaba entrever el conjunto amarillo que llevaba puesto. También era mi mejor amiga, y mi recepcionista cuando había trabajo.

La saludé con un gesto de la mano y seguí con mi conversación telefónica.

—¿Rechazada? ¿Qué quiere decir con eso de «rechazada»? Me quedan al menos doce dólares en esa cuenta, y usted ha dicho que puedo pagar en cómodas mensualidades.

Cookie se inclinó sobre el sofá, cogió el teléfono y apretó el botón de finalizar la llamada sin hacer el menor caso de mi expresión indignada.

—En realidad no ha sido rechazada —dijo mientras me devolvía el teléfono—, sino cancelada. —Luego cogió el mando a distancia para poner el canal de noticias—. He puesto freno a cualquier nuevo cargo en tu tarjeta de adicta a las compras televisivas...

—¿Qué? —Pensé en mostrarme desconcertada y furiosa, pero lo cierto es que ya me encontraba bastante mal sin forzar las cosas. Además, Cookie me había dejado un poco pasmada—. ¿Puedes hacer eso?

El presentador de las noticias hablaba sobre el reciente aumento de los robos de bancos. Mostraba la grabación de una cámara de seguridad en la que aparecía un equipo de cuatro hombres, conocidos como los Ladrones Caballerosos. Tenían puestas máscaras blancas de goma y siempre llevaban armas, aunque nunca las utilizaban. Ni una sola vez en ocho atracos, de ahí el apodo.

Estaba pensando lo familiares que me resultaban esos ladrones cuando Cookie me agarró de la muñeca y me arrancó de su sofá.

—Sí, puedo hacerlo —dijo mientras me empujaba hacia la puerta.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Llamé por teléfono y fingí ser tú.

—¿Y se lo tragaron? —Ahora sí que estaba alucinada—. ¿Con quién hablaste?

—Hablaste con Herman? Porque tiene una voz supermona. Espera un momento. —Frené en seco delante de ella—. ¿Me estás echando de tu apartamento?

—No te estoy echando, sino imponiéndome. Ya es hora.

—¿Ya es hora? —pregunté, un poco vacilante.

—Ya es hora.

Mierda. Aquel día iba a ser un asco, seguro.

—Me encanta el amarillo —le dije mosqueada, mientras ella me empujaba desde su apartamento hasta el mío—. No pareces un plátano gigante en absoluto. ¿Y por qué cancelaste mi tarjeta favorita del canal de compras? Solo tengo tres.

—Y están todas canceladas. Tengo que asegurarme de recibir mi sueldo cada semana. También he desviado los fondos que te quedan en tu cuenta del banco a una cuenta secreta en las islas Caimán.

—¿Sabes desviar el dinero?

—Parece que sí.

—¿Y eso no es un desfalco?

—Es un desfalco, sí. —Después de darme un empujón para que atravesara el umbral de mi casa, cerró la puerta tras nosotras y añadió—: Quiero que eches un buen vistazo a todo esto.

Vale, mi apartamento estaba hecho un desastre, de eso no cabía duda, pero aun así no lograba entender qué tenía eso que ver con lo de mi tarjeta. La tarjeta era una herramienta. En las manos adecuadas —las mías, por ejemplo—, podía convertir los sueños en realidad. Contemplé todas las cajas de cosas megagenciales que había pedido. Había de todo, desde estropajos mágicos para las amas de casa normales y corrientes, hasta radios bidireccionales, para el día en que llegara el apocalipsis y los teléfonos móviles quedaran obsoletos. Un muro de cajas revestía mi apartamento y terminaba en una enorme montaña de artículos innecesarios en una zona específica de la estancia. Y dado que mi casa tenía el tamaño de una pieza de Lego, el pequeño espacio que quedaba era semejante al de una pieza de Lego rota. Una pieza desfigurada que no había logrado sobrevivir a la invasión de los pequeños alienígenas legolianos.

Y había más cajas detrás de ese muro que ambas podíamos ver. Había perdido completamente de vista al señor Wong, un tipo muerto que vivía en el rincón de mi salón, donde flotaba siempre de espaldas al mundo. Nunca se movía. Nunca hablaba. Y ahora estaba perdido en aquel entorno ecológico comercial. Pobre hombre. Qué vida tan poco emocionante.

Por supuesto, no ayudaba en nada que hubiese cerrado mi oficina y trasladado todos mis archivos y el equipamiento al apartamento. A mi cocina, en realidad, que ya no servía para otra cosa que para almacenar documentos. Sin embargo, había sido un traslado necesario, ya que mi padre me había traicionado de la peor manera posible —hizo que me arrestaran mientras estaba convaleciente en el hospital tras ser torturada por un loco—, y mi oficina estaba encima de su bar. Aún no había descubierto por qué mi propio padre había hecho que me arrestaran de una forma tan extraña y dolorosa. Me quería fuera del mundillo de la investigación privada, pero necesitaba mejorar su modo de proceder y su sentido de la oportunidad.

Por desgracia, el bar se encontraba a unos quince metros al norte de mi edificio de apartamentos, así que tendría que seguir esquivándolo cuando entrara y saliera de mi nueva oficina. No obstante, puesto que no me había movido del edificio en los últimos dos meses, esa parte había resultado fácil. La última vez que salí fue para vaciar el despacho, y me aseguré de que él estuviera fuera de la ciudad.

Eché una miradita rápida a las cajas y decidí volver las tornas. Hacerme la víctima. Echarle la culpa de todo a Cookie. Señalé un Electrolux y la miré con la boca abierta.

—¿Quién demonios fue quien me dejó sin supervisión? Esto es culpa tuya.

—Buen intento —dijo Cookie, impertérrita—. Vamos a clasificar estas cosas y a devolver todo aquello que no vayas a utilizar. Casi todo, vamos. Como ya te he dicho, me gustaría seguir cobrando un sueldo, si no te parece mucho pedir.

—¿Aceptas American Express?

—Ah, esa también la he cancelado.

Ahogué una exclamación, fingiéndome horrorizada. Tras cuadrarse, Cookie me condujo hasta mi propio sofá, quitó las cajas que había encima, las colocó sobre las demás y luego se sentó a mi lado. Sus ojos estaban llenos de calidez y comprensión, y de inmediato me sentí incómoda.

—¿Vamos a tener esa charla otra vez?

—Me temo que sí.

—Cook... —Intenté levantarme y largarme pitando, pero ella me puso una mano en el hombro para impedirlo—. Ya no sé cómo decirte que estoy bien. —Cuando bajó la mirada hasta Margaret, acurrucada en el interior de mi cartuchera, mi voz tomó un matiz defensivo—. ¿Qué? Muchos detectives privados llevan armas.

—¿Con el pijama?

Solté un resoplido.

—Sí. Sobre todo si llevan un pijama de *La guerra de las Galaxias* y resulta que su arma parece una pistola láser.

Margaret era mi nueva mejor amiga. Y ella nunca había desviado mis fondos bancarios a otra cuenta, como otras mejores amigas cuyo nombre no quería mencionar.

—Charley, lo único que te pido es que hables con tu hermana.

—Hablo con ella todos los días. —Crucé los brazos.

De pronto todo el mundo insistía en que acudiera a un psicoterapeuta, y yo estaba perfectamente bien. ¿Qué no quería salir del edificio? Bueno, a un montón de gente le pasaba lo mismo. Durante meses.

—Sí, llama e intenta hablar contigo sobre lo sucedido, ver cómo estás, pero tú te cierras en banda.

—No me ciervo en banda. Solo cambio de tema.

Cookie se levantó y preparó café para ambas mientras yo reflexionaba sobre las maravillas de la negación. Justo en el instante en que me di cuenta de que la negación me gustaba casi tanto como el capuchino de chocolate, mi amiga me tendió una taza y tomé un sorbo mientras ella se sentaba de nuevo a mi lado. Puse los ojos en blanco, extasiada. Su café era muchísimo mejor que el de la tía Lil.

—Gemma cree que necesitas un pasatiempo. —Echó un vistazo a las cajas—. Un pasatiempo saludable. Como el pilates. O la lucha de cocodrilos.

—Lo sé. —Me recliné en el sofá y me tapé los ojos con el brazo—. He pensado en escribir mis memorias, pero no consigo idear una forma de plasmar en prosa la música porno setentera.

—Mira tú por dónde... —me dijo Cookie al tiempo que me daba un ligero codazo—. Escribir. Ese sí que es un buen comienzo. Podrías probar con la poesía. —Se puso en pie y rebuscó en mi escritorio, cubierto de cajas—. Toma —dijo arrojándose algunos folios—. Escríbeme un poema sobre cómo te va el día mientras yo empiezo con estas cajas.

Dejé el café y me incorporé en el sofá.

—¿En serio? ¿No podría escribir un poema sobre el día que llegue a dominar el mundo o sobre los saludables beneficios de comer guacamole?

Cookie se puso de puntillas para mirarme por encima de una de mis más impresionantes paredes de cajas.

—¿Compraste dos ollas a presión eléctricas? ¿Dos?

—Estaban de oferta.

—Charley —me dijo en un tono admonitorio—. Espera un momento. —Se agachó un instante antes de asomarse de nuevo—. Son increíbles...

Lo sabía.

—¿Puedo quedarme una?

—Por supuestísimo que sí. Te la descontaré del sueldo.

Eso podría funcionar. Podría pagarle con artículos del canal Compra en Casa, aunque eso no le serviría para mantener el suministro de luz o el de agua. Pero ella sería feliz, ¿y no era la felicidad lo más importante de la vida? Debería escribir un poema sobre eso.

—¿Te das cuenta de que para usar algunas de estas cosas tendrías que ir al supermercado de vez en cuando?

Sus palabras me hundieron aún más en el pozo de desesperación conocido como el «arrepentimiento del comprador».

—¿Acaso el servicio de reparto Macho Taco no sirve para eso?

—Tendrás que comprar comida, especias y demás.

—Odio ir al supermercado.

—Y tendrás que aprender a cocinar.

—Está bien —dije, soltando un suspiro derrotado. Se me daba de fábula ponerme dramática cuando era necesario—. Devuelve todo lo relacionado con cualquier tipo de actividad culinaria. Detesto cocinar.

—¿Quieres quedarte con la pulsera conmemorativa de Jackie Kennedy?

—¿Tengo que cocinarla?

—No.

—Entonces se queda. —Levanté la muñeca y le di unas vueltecitas a la pulsera—.

Mira cómo brilla.

—Y hace juego con Margaret.

—Desde luego que sí.

—Calabacita... —dijo la tía Lil.

Aparté la vista de mi pulsera conmemorativa de Jackie Kennedy. Ahora que mi tía sabía que estaba muerta, ya no me entrarían ataques de pánico al pensar en la posibilidad de que insistiera en cocinar para mí durante dos semanas seguidas.

—¿Crees que esta pulsera es muy exagerada?

—Jackie va bien con todo, querida. Pero quería hablarte sobre Cookie.

Miré a Cookie con el ceño fruncido, decepcionada.

—¿Qué ha hecho ahora?

La tía Lil se sentó a mi lado y me dio unas palmaditas en el brazo.

—Creo que debería saber la verdad.

—¿Sobre Jackie Kennedy?

—Sobre mí.

—Ah, vale.

—¿Para qué narices sirve esta máquina monstruosa? —preguntó Cookie desde algún lugar cercano a la cocina.

De pronto, como por arte de magia, apareció una caja flotando precariamente sobre una montaña de más cajas.

Sonréí emocionada.

—¿Te acuerdas de ese café que pedimos a veces, el que tiene esa espuma increíble por encima?

—Claro.

—Bueno, pues esa máquina es la que hace el truquito de la espuma.

Su cabeza morena apareció tras las cajas.

—No.

—Sí.

Contempló la caja con adoración.

—Vale, esta nos la quedamos. Solo tendré que buscar un rato para leerme las instrucciones.

—¿No te parece que debería saberlo? —añadió tía Lil.

Asentí con la cabeza. Tenía razón. O la habría tenido si Cookie no lo supiera ya.

—Cook, ¿puedes venir un momentín?

—Bueno, pero estoy desarrollando un sistema. Lo tengo todo en la cabeza. Si me despistas y lo pierdo, no podrás echarme la culpa.

—No te prometo nada.

Se acercó y me mostró otra caja con una perturbadora alegría en los ojos.

—¿Sabes lo mucho que deseaba una centrifugadora de verduras?

—¿De verdad la gente desea esas cosas?

—¿Tú no?

—Creo que esa fue una de esas compras que hice a las cuatro de la mañana, cuando ya había perdido todo sentido de la realidad. Ni siquiera entiendo para qué querría nadie centrifugar la verdura.

—Pues yo sí.

—Pues vale. Oye, tengo que darte una mala noticia.

Con una expresión recelosa, mi amiga se sentó en el sillón que hacía esquina con el sofá.

—¿Has recibido un mala noticia mientras estabas sentada ahí?

—Más o menos. —Incliné la cabeza a un lado discretamente para indicarle que había una «presencia».

Cookie frunció el ceño.

Repetí el gesto.

Ella se encogió de hombros, confundida.

—Tengo que darte una noticia sobre la tía Lillian —dije al final con un suspiro.

—Ah... ¡Ah! —Miró a su alrededor y me preguntó con un movimiento de cejas.

Volví a sacudir la cabeza en dirección a mi tía. Por lo general, Cookie me seguía el juego y fingía que también podía ver a la tía Lil, pero puesto que tía Lil se había dado cuenta por fin de que podía atravesar las paredes, esa vez no me pareció apropiado que lo hiciera. Coloqué una mano sobre la de mi amiga antes de hablarle.

—La tía Lil ya no está con nosotros.

Cookie frunció el ceño.

—Ha dejado este mundo.

Ella se encogió de hombros, confundida. Otra vez.

—Sabía que se lo tomaría fatal —dijo tía Lil, a mi lado. Se limpió la nariz con la manga una vez más.

Me dieron ganas de dedicarle a Cookie mi mejor gesto de exasperación. No estaba pillando mis indirectas, así que tendría que ser más contundente.

—Pero tú ya sabes que puedo ver a los muertos...

A Cookie se le encendió la luz, y cambió de cara al darse cuenta de que tía Lil había entendido por fin su situación.

Le di unas palmaditas en la mano. Muy fuertes.

—Ahora está aquí con nosotras, pero no como tú la recuerdas.

—¿Quieres decir que...?

—Sí —la interrumpí antes de que revelara más de la cuenta—. Ha fallecido.

Cookie comprendió al fin lo que ocurría. Se llevó una mano a la boca. Un gritito agudo escapó de entre sus labios.

—La tía Lil no, por favor... —Se inclinó hacia delante, estremecida por los sollozos.

Qué sutil.

—No creí que se lo tomara tan tan mal... —dijo tía Lil.

—Yo tampoco. —Contemplé con horror cómo Cookie interpretaba aquella escena de *El Padrino*. Resultaba incluso más espeluznante vista desde tan cerca—. Ya está —le dije al tiempo le daba unas palmaditas en la cabeza. Muy fuertes. Ella separó un poco los dedos de las manos para fulminarme con la mirada—. La tía Lil está con nosotras en espíritu. Te envía su amor.

—Ah, sí —dijo tía Lil con un frenético asentimiento de cabeza—. Envíale mi amor.

—Tía Lil —dijo Cookie, enderezándose y clavando la mirada en el lugar situado a mi lado. Pero en el lado equivocado.

Le señalé con la cabeza el lado correcto una vez más y Cookie corrigió su postura.

—Lo siento muchísimo, tía Lil. Te echaremos mucho de menos.

—Ay, ¿no te parece una ricura? Siempre me ha caído bien esta chica.

Tomé la mano de tía Lil con una sonrisa.

—A mí también me ha caído bien siempre. Hasta hace más o menos un cuarto de hora.

Decidí que me vendría bien una ducha y me dispuse a dármela mientras Cookie revisaba las cajas y la tía Lil se preparaba para averiguar qué aspecto tenía África desde su nueva perspectiva. Me pregunté si alguna vez llegaría a descubrir cuánto tiempo llevaba muerta. Yo, desde luego, no pensaba decírselo.

El agua caliente es una de las mejores terapias del mundo. Se llevó mi estrés y me calmó los nervios. Sin embargo, los rottweilers son incluso mejores. Desde que una maravillosa perrita llamada Artemis murió y se convirtió en mi guardiana —para protegerme de vete tú a saber qué—, las duchas eran para mí un reto mucho más desafiante que de costumbre. Sobre todo porque a Artemis también le encantaba ducharse. Ya no aparecía muy a menudo, pero siempre que abría el grifo, allí estaba.

—Hola, preciosa —le dije mientras intentaba meterle un chorro de agua en la boca.

Ella ladró juguetona, y el estruendoso ladrido rebotó en las paredes de la bañera. Me agaché y le acaricié las orejas. El agua la atravesaba, así que estaba seca al tacto, pero ella se esforzaba al máximo para atrapar las gotas con la lengua.

—Sé cómo te sientes, chica. A veces, las cosas que más deseamos parecen totalmente fuera de nuestro alcance.

La perra saltó hacia mí, meneando la cola de contento, e hizo que me estrellara contra la pared de azulejos. Me agarré al cabezal de la ducha para mantener el equilibrio y luego dejé que me lamiera el cuello antes de que otro chorro de agua atrapara su atención. Se lanzó en picado a por él y estuvo a punto de derribarme en el proceso. Necesitaba una alfombrilla para la bañera, sin duda. Y depilarme las piernas con una gillette y un rottweiler persiguiendo todas las salpicaduras de agua conocidas por el hombre era poner mi vida en peligro, pero debía hacerlo.

Después de depilarme más o menos bien con un mínimo derramamiento de sangre, cerré el grifo y acerqué la cabeza al hocico de la perra. Artemis me lamió la oreja izquierda y me mordisqueó el lóbulo con los dientes delanteros, lo que me puso la piel de gallina y me hizo reír.

—Vaya, gracias. Necesitaba limpiarme esa oreja. Te lo agradezco mucho.

Artemis se dio cuenta de que la diversión se había acabado y soltó otro ladrido. El maravilloso mundo de los chorros de agua se había detenido, así que atravesó la pared exterior y se desvaneció. Me pregunté si tendría algo de malo darse una ducha con un perro.

Me sequé el pelo y me lo recogí en algo parecido a una coleta. Luego me puse unos vaqueros y un suéter blanco con cremallera en el cuello y luego me miré en el espejo. No sabía para qué lo había hecho. De todas formas, tendría que volver a ponerme el pijama en un par de horas. ¿Por qué vestirme? ¿Para qué molestarme? ¿Para qué me duchaba, en realidad?

Me puse un poco de crema en la palma de las manos y me las froté mientras examinaba la fea cicatriz que tenía en el cuello. Casi había desaparecido. Para cualquier otro, habría sido un recordatorio permanente de sucesos que era mucho mejor olvidar. Sin embargo, ser el ángel de la muerte tenía sus ventajas. Por ejemplo, una curación rápida y una cicatrización excelente. Apenas quedaba una leve prueba visible que respaldara la razón que me había convertido de repente en agorafóbica. Era una estúpida.

Utilicé la crema que me había puesto en las manos para emborronar el espejo. Unos rayones blancos distorsionaron mi rostro. Una mejora considerable.

Cada vez más molesta conmigo misma, me acerqué a la ventana para ver si el traidor de mi padre había empezado a trabajar ya. Por lo visto, cada vez acudía más tarde al bar. Aunque eso a mí me daba igual. Ningún padre que hubiera hecho arrestar a su hija mientras esta se encontraba en una cama de hospital tras haber sido torturada casi hasta la muerte merecía mi atención. Solo sentía curiosidad, y la curiosidad no tenía nada que ver con la preocupación. Sin embargo, en lugar de ver el monovolumen marrón de mi padre, vi al señor Reyes Farrow, y me quedé sin respiración. Tenía la espalda apoyada en el muro trasero del bar de mi padre, los brazos cruzados sobre el pecho y la suela de una de sus botas apoyada en la pared.

Estaba en la calle.

Sabía que lo habían soltado, pero aún no lo había visto. Reyes había pasado diez años en prisión por un crimen que no había cometido. Los polis se enteraron cuando el tipo al que supuestamente había matado me ató y me torturó. Me alegraba de que estuviera libre, pero, para conseguirlo, Reyes me utilizó como cebo, así que estábamos una vez más en un punto muerto. Estaba muy cabreada con él por haberme utilizado como cebo. Él estaba muy cabreado conmigo por haberme cabreado con él por utilizarme como cebo. Nuestra relación parecía basarse en los puntos muertos, pero eso era lo que me merecía por estar coladita por el hijo de Satán. Ojalá no estuviera tan deliciosa y pecaminosamente bueno. Sentía debilidad por los chicos malos.

Y este chico malo en particular había sido sumergido en un lago de belleza al nacer. Brazos llenos de músculos fibrosos y un pecho amplio; una boca grande, demasiado sensual para mi paz mental, con un rictus serio y malhumorado; su pelo oscuro, que siempre necesitaba un buen corte, se rizaba a la altura del cuello y le caía sobre la frente. Casi llegaba a distinguir las abundantes pestañas abanicando sus mejillas.

Un hombre pasó a su lado y lo saludó con la mano. Reyes le devolvió el saludo con una inclinación de cabeza, y luego notó que yo lo miraba. Miró al suelo un instante y después alzó la vista directamente hacia mí. Me observó con furia durante un largo y abrumador momento y luego, muy despacio y de manera deliberada, se desmaterializó. Su cuerpo se transformó en humo y polvo, hasta que no quedó nada de él.

Sabía hacer esas cosas. Era capaz de separarse de su cuerpo físico, y su esencia

incorpórea —algo que yo era capaz de ver tan bien como a los difuntos— podía viajar a cualquier lugar del mundo que deseara. Eso no me sorprendía en absoluto. Lo que sí me sorprendía era que nadie más pudiese ver su presencia incorpórea. No obstante, aquel hombre le había saludado. Había visto a Reyes allí parado y le había hecho un gesto con la mano. Eso significaba que era su cuerpo físico el que estaba apoyado contra la pared de ladrillo.

Eso significaba que su cuerpo físico se había desmaterializado, se había desvanecido en el aire fresco de la mañana.

Imposible.

Resulta difícil no hacer nada.
Nunca sabes cuándo has acabado.

(Camiseta)

Con un esfuerzo titánico, me aparté de la ventana mientras me preguntaba si de verdad Reyes Farrow acababa de desintegrar su cuerpo humano. Y luego se me ocurrió otra cosa: ¿qué demonios estaba haciendo allí? Y después otra: ¿por qué estaba tan cabreado? Me tocaba a mí estar furiosa. Él no tenía motivos para estarlo. Y le habría dicho eso mismo bien clarito de haber sentido la necesidad de abandonar mi apartamento para buscarlo. Sin embargo, mi apartamento era muy acogedor. La idea de salir para embarcarme en una pelea con la encarnación del hijo del demonio me resultaba tan peregrina como las hormigas voladoras. ¿Qué sentido tenía? Las hormigas ya eran bastante espeluznantes sin la capacidad de volar.

Caminé hasta el salón, aturdida y desconcertada.

—Reyes Farrow estaba ahí fuera. Apoyado en la pared del bar. Vigilando el apartamento.

Cookie se puso en pie de un salto. Me miró atónita durante unos diez segundos antes de rodear el sofá y entrar a trompicones en mi dormitorio, donde casi atraviesa la ventana. Siempre se mostraba muy ágil cuando había hombres implicados. No tuve valor para decirle que lo vería mejor desde el salón, casi desde donde estaba sentada. Tampoco tuve valor para decirle que ya se había marchado.

—No está ahí —repuso con la voz agitada y cargada de pánico.

—¿Qué? —pregunté, fingiéndome sorprendida. Me acerqué a ella y eché un vistazo entre las cortinas. Había desaparecido, sin duda—. Estaba ahí hace un minuto. —Examiné toda la zona.

Cookie me miró con el ceño fruncido.

—Ya sabías que se había ido.

Me derrumbé, avergonzada.

—Lo siento. Estabas tan inmersa en tus ejercicios diarios que no quise romper tu concentración. ¿Sabes lo difícil que habría sido explicarle a la poli cómo habías atravesado el cristal de la ventana y te habías precipitado al vacío? —Volví a concentrarme en el lugar donde se encontraba Reyes—. Pero te juro que si ese hombre me está siguiendo...

—Cielo, hay que ir a algún sitio para que alguien te siga. Esto sería algo más parecido al acoso.

Tenía razón. Y podría soltarle eso a la cara a Reyes si alguna vez volvía a hablar con él.

Agaché la cabeza mientras Cookie inspeccionaba el aparcamiento con la esperanza de que apareciera de nuevo. No podía reprocharle que lo hiciera.

—Y ahora que hablamos del tema, creo que ha desmaterializado su cuerpo humano. Mi amiga dio un respingo a causa de la sorpresa.

—Creí que eso era imposible. ¿Estás segura?

—No. —Acababa de entrar de nuevo en mi salón abarrotado cuando me asaltó otra idea. Maldito trastorno por déficit de atención—. Vale, sé sincera. ¿Te parezco muy hecha polvo?

Cookie tomó una honda bocanada de aire y me siguió. Me dirigió una expresión triste antes de responder.

—En una escala del uno al diez... no apareces. Estás alrededor del menos doce.

—Mierda. —Estudié mi pulsera conmemorativa de Jackie Kennedy con una enorme opresión en el pecho y luego abrí el broche—. Toma, devuelve esto también.

Cookie cogió la pulsera.

—¿Estás segura?

—Sí. De todas formas, mentí al decir que quedaba bien con Margaret. Si fuera negra con calaveras...

—Es una pena, pero no creo que Jackie llevara cosas con calaveras muy a menudo. Todavía hay un par de clientes que están en deuda con nosotras, ¿lo sabías?

—¿En serio? —Eso sonaba prometedor.

Rodeé las cajas para dirigirme al señor Café. De un tiempo a esa parte, él era el único que me proporcionaba algún tipo de acción.

—Sí.

Supe que ocurría algo cuando vi que Cookie vacilaba. Rellené mi taza y la miré con las cejas enarcadas.

—¿Quién, por ejemplo?

—La señora Allen, por ejemplo.

—¿La señora Allen? —Le eché al café un poco de crema y de sacarina—. Me paga en galletas. No sé cómo va a ayudar eso a pagar las cuentas.

—Ciento, pero no nos pagó la última vez que encontraste a PP.

PP, también conocido como Prince Phillip, era el caniche rabioso de la señora Allen. Debería haberlo llamado Houdini. Ese perro podía escaparse de la caja acorazada de un banco. No obstante, en realidad Cookie se equivocaba. La culpabilidad me hizo morderme el labio inferior mientras removía el café y evitaba su mirada.

Ella me miró anonadada.

—¿La señora Allen te pagó?

—Más o menos.

—¿Y no las compartiste?

—Bueno...

—¿Te dio una bandeja llena de galletas y no las compartiste, cuando fui yo quien hizo todo el trabajo sucio?

Abrí la boca indignada.

—¿El trabajo sucio? Te acercaste a la ventana y lo viste junto al contenedor de basura.

—Sí, pero fui yo quien se acercó... —Hizo un gesto con los dedos para imitar el movimiento de las piernas al andar, algo que me resultó muy gracioso—. Hasta la ventana.

—Ciento, pero fui yo quien persiguió a esa mierdecilla salvaje durante diecisiete manzanas.

—Tres.

—Y además me mordió.

—No tiene dientes.

—Las encías también hacen daño. —Me froté el brazo sin darme cuenta al recordar aquel horrible suceso.

—Es un caniche. No puede morder muy fuerte.

—Vale, pues la próxima vez lo perseguirás tú.

—¿Y qué pasa con ese tal Billy Bob? Todavía nos debe dinero —dijo Cookie tras exhalar un enorme suspiro.

—¿Te refieres a Bobby Joe? ¿El que creía que su novia intentaba matarlo con cacahuetes? Pagó en especie.

—Charley —dijo Cookie en un tono admonitorio—, tienes que aprender a controlar tu libido.

—No es eso —repliqué espantada—. Nos pintó la oficina.

—¿Te refieres a la oficina en la que ya no estamos? —preguntó ella después de dirigirme una mirada desesperada.

Respondí con un tímido encogimiento de hombros.

—Sí, olvidé cancelarlo y la pintó después de que nos trasladáramos. Se puso muy contento al ver que no había trastos.

—Bueno, eso es fantástico.

Su entusiasmo no parecía genuino. Y eso resultaba extraño.

—Seguro que alguien más nos debe dinero —añadió.

Y entonces lo recordé. La respuesta a todas nuestras plegarias. O al menos a un par de ellas.

—Tienes razón —le dije. Reyes Farrow me debía una buena. Miré a Cookie con una sonrisa—. Resolví un caso. Me deben la cuota habitual, más un plus por gastos médicos y tormento emocional.

Cookie compuso una expresión esperanzada.

—¿Qué caso? ¿De quién se trata?

Mi mandíbula apretada le dijo exactamente de quién estaba hablando, y sus ojos adquirieron la típica expresión distante y soñadora.

—¿Puedo ayudarte a recaudarlo?

—No, tienes que devolver todas estas cosas. ¿Si no, cómo vamos a comer el mes que viene?

—Nunca me toca la parte divertida.

—Eso es culpa tuya.

Cookie se aclaró la garganta.

—¿Cómo es posible que todo esto... —extendió los brazos a los lados—... sea culpa mía?

—Eso es lo que pasa cuando me dejas sin supervisión. ¿No tienes que llenar un montón de formularios de devolución?

Cookie alzó un puñado.

—Sí.

—¿En tu apartamento?

—Está bien.

Cogió los recibos y se encaminó hacia la puerta para dejarme a solas con mis aparatos. Nunca aprendería.

—Ah, por cierto —dijo antes de abrirla—. Me llevé tu mando a distancia, así que ni lo pienses.

Eso no lo había previsto.

Cuando se marchó, me senté e intenté idear un plan. Ojalá pudiera recurrir a Angel. Si alguien podía encontrar a ese sucio y despreciable...

—¿Cómo haces eso?

Di un respingo al oír aquella voz detrás de mí. Y bien grande. El respingo, quiero decir, no la voz. Me llevé las manos al corazón y me volví para descubrir a un pandillero muerto de trece años que respondía al nombre de Angel Garza. Estaba en mi apartamento, con su atuendo habitual consistente en unos vaqueros, una camiseta sucia y un pañuelo en la cabeza.

—Angel... ¿Qué demonios...?

—¿Qué quieres decir con eso de «Qué demonios»? ¿Qué hiciste?

—¿Qué? —pregunté mientras intentaba aminorar los latidos de mi corazón. Yo no solía asustarme cuando aparecía Angel.

El muchacho frunció el ceño en un gesto interrogante.

—¿Cómo hiciste eso?

—No lo sé. ¿Qué es lo que he hecho?

—Estaba con mi prima quinceañera hace un segundo y de pronto aparecí aquí.

—¿En serio?

—¿Ha sido cosa tuya?

—No lo creo. Acababa de pensar en ti cuando apareciste.

—Vale, déjalo correr. Ha sido muy extraño. —Se frotó los brazos.

—Ha sido genial. Nunca vienes cuando te necesito.

—Soy tu investigador, *pendeja*, no tu perrito faldero.

—No puedo creer que haya funcionado.

—¿Qué son todas esas cajas?

—Acabas de llamarme «*pendeja*»?

En ese instante se fijó por fin en mí, y su mirada adquirió esa expresión tan familiar.

—Tienes buen aspecto, jefa.

—Y tú tienes trece años.

Echarle en cara su edad siempre funcionaba. Se dio la vuelta a toda prisa y observó mi nueva quesera. No le gustaría lo que estaba a punto de pedirle, así que me puse en pie y me situé frente a él con expresión seria y decidida.

—Necesito saber dónde está.

La sorpresa tensó sus hombros durante un instante, pero se recompuso e hizo un gesto de indiferencia.

—¿Quién?

Sabía muy bien de quién le hablaba.

—Estuvo aquí hace un momento, frente a mi edificio de apartamentos. ¿Dónde se aloja?

—Te has mantenido alejada de él durante semanas. ¿Por qué ahora? —La frustración se colaba entre sus labios.

—Me debe dinero.

—Ese no es mi problema.

—Lo será cuando no pueda pagarte tu salario. —En pago por sus servicios de investigación, yo le enviaba un cheque anónimo a su madre todos los meses. A él no le servía de nada el dinero, pero a su madre sí. Era un arreglo perfecto.

—Mierda. —Desapareció a través de una pared de cajas—. Cada vez que te acercas

a él sales herida.

—Eso no es cierto.

Reapareció, aunque solo en parte.

—¿Qué es un «Flowbee»?

—Angel. —Le puse un dedo bajo la barbilla y acaricié la escasa pelusilla que salpicaba su mejilla—. Necesito saber dónde está.

—¿Puedo verte desnuda primero?

—No.

—¿Tú quieres verme desnudo?

—No. Qué asco.

El chico se enderezó, ofendido.

—Si todavía estuviera vivo, sería mayor que tú.

—Pero no lo estás —le recordé con amabilidad—. Y siento que sea así.

—No va a gustarte.

—No pasa nada. Solo necesito saber dónde está.

—Se pasará esta noche por Garber Shipping, en el distrito de los almacenes.

—¿Un almacén? —pregunté sorprendida—. ¿Trabaja allí?

Reyes tenía dinero. Montones de dinero. Montones y montones de dinero. Me lo había dicho su hermana. Así que, ¿para qué iba a trabajar para una compañía naviera?

—Depende de lo que tú entiendas por trabajo —repuso Angel tras tomarse su tiempo para mordisquearse un padrastro.

Muda de asombro ante el que, según Angel, era el nuevo trabajo de Reyes, me acerqué hasta la puerta de entrada, rodeé el picaporte con la mano y luego pensé mejor lo que iba a hacer. Iba a enfrentarme a Reyes Farrow. Desarmada. Reyes nunca había intentado hacerme daño directamente, pero llevaba solo dos meses fuera de prisión. Quién sabía de lo que sería capaz. Seguro que había adquirido un montón de malos hábitos fuera de la trena. Como hacer trampas en el póquer. U orinar en público.

Aunque no me gustaba llevar armas —cada vez que llevaba una pistola, me asaltaban imágenes de una pelea en la que la perdía y alguien la utilizaba para poner fin a mi vida—, me dirigí al dormitorio en busca de Margaret. Si había que enfrentarse a un sucio granuja mentiroso como Reyes Farrow, nunca se era demasiado precavida. Ni se iba demasiado armada. Así pues, me metí un cinturón por las trabillas de los vaqueros, enfundé la Glock y abroché el cierre.

Tras respirar hondo de nuevo, me acerqué a la puerta, pero perdí el coraje en cuanto llegué a la escalera. La misma escalera que había utilizado un millón de veces antes. De algún modo, me parecía más empinada. Más peligrosa. Con una mano temblorosa apoyada en la barandilla, me detuve en cada escalón mientras reunía valor para descender hasta el siguiente, preguntándome qué narices me pasaba. Es cierto que llevaba un tiempo sin salir, pero estaba segura de que el mundo no había cambiado tanto.

Cuando por fin bajé los dos tramos de escalera que me separaban la planta baja, estudié la puerta de entrada del edificio. No estaba cerrada del todo, sino entreabierta, y la luz del día se colaba por los bordes. Me obligué a colocar un pie delante del otro. Tenía la respiración entrecortada y me sudaban las palmas debido a la tensión nerviosa. Extendí una mano trémula hacia el picaporte vertical y empujé. La luz entró a raudales, inundó la zona y me dejó ciega. Contuve el aliento y volví a cerrar. Me apoyé en el pomo en busca de sostén y tomé profundas bocanadas de aire tratando de calmarme.

Un minuto. Solo necesitaba un minuto para recuperar mi buen juicio. Mi buen juicio siempre estaba desquiciado y causando estragos.

—¿Señorita Davidson?

Sin pensarlo, saqué la pistola de la cartuchera y apunté en dirección a la voz procedente del vestíbulo en sombras.

Una mujer ahogó una exclamación y saltó hacia atrás, contemplando con ojos como platos el cañón que apuntaba hacia su cara.

—Yo... Lo siento mucho. Creí que...

—¿Quién es usted? —pregunté mientras sostenía el arma con mucha más firmeza de la que creía posible teniendo en cuenta el estado en el que me encontraba.

—Harper. —Levantó las manos en un gesto de rendición—. Me llamo Harper Lo...

—¿Qué es lo que quiere?

No tenía ni idea de por qué la apuntaba todavía con la pistola. Por lo general, las mujeres agradables sin motivos ocultos no me asustaban. Resultaba extraño.

—Estoy buscando a Charley Davidson.

Bajé la pistola, pero no la guardé en la funda. Todavía no. Podía ser una psicópata. O una vendedora a domicilio.

—Yo soy Charley. ¿Qué quiere?

Me encogí al notar la dureza de mi voz. ¿Por qué me comportaba tan mal? Me había tomado un buen desayuno.

—Yo... Me gustaría contratarla. Creo que alguien intenta matarme.

La miré con los ojos entrecerrados para estudiar su aspecto. Pelo largo y oscuro. Una mujer alta, con una figura llena de curvas muy atractivas. Rasgos suaves. Ropa limpia. Llevaba al cuello una bufanda celeste atada de cualquier manera, y se había metido los extremos bajo el abrigo azul marino. Tenía unos ojos grandes, cálidos y cautivadores. Después de todo, no parecía estar loca. Pero la mayoría de los locos tampoco parecían estarlo.

—¿Necesita un detective privado?

Debía mantener la esperanza. No había tenido trabajo en dos meses. Por lo visto. Eché una miradita en dirección al apartamento de Cookie.

—Sí. Un detective.

Respiré hondo y enfundé a Margaret.

—En estos momentos nos estamos cambiando de oficina. Podemos hablar en mi apartamento, si le parece bien.

La mujer asintió brevemente, con un miedo evidente en todos y cada uno de sus gestos. Pobrecilla. Estaba claro que no se merecía mi comportamiento arisco.

Empecé a subir las escaleras con la cabeza gacha a causa de la culpabilidad. Me resultó mucho más fácil subirlas que bajarlas. Y eso no era lo habitual. Sobre todo después de un exilio voluntario de dos meses. A esas alturas, mis músculos debían de estar atrofiados.

—¿Quiere que le traiga algo? —pregunté cuando llegamos a mi apartamento. Estaba algo jadeante.

—Ay, no, gracias. Estoy bien. —Me miraba con recelo, aunque no podía culparla por ello. Mis habilidades sociales necesitaban una buena puesta a punto—. ¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Estoy bien. Los silbidos del pecho desaparecerán en un minuto. Hace bastante tiempo que no subía esas escaleras.

—Ah, ¿es que el edificio tiene ascensor?

—Mmm... no. ¿Sabe?, no tengo muy claro que sea una buena idea entrar en casa de alguien que acaba de apuntarle con una pistola.

La mujer, que parecía ocupada observando el desastre de mi oficina-barra-apartamento-barra-sala de baile ocasional, bajó la mirada avergonzada al escuchar mis palabras.

—Supongo que estoy un poquito desesperada.

Le ofrecí el sillón y yo me senté en el sofá. Por suerte, la tía Lillian no había regresado aún de África.

—Bueno, ¿qué es lo que pasa? —pregunté después de coger una libreta y un bolígrafo.

Ella tragó saliva antes de empezar a hablar.

—Me han estado ocurriendo cosas extrañas. Cosas raras.

—¿Como cuáles?

—Alguien ha estado entrando en mi casa y ha dejado... cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Bueno, para empezar, encontré un conejo muerto en mi cama esta mañana.

—Ah. —Arrugué la nariz en un gesto de repugnancia, desconcertada—. Eso no es bueno. Pero no estoy segura de que... Lo que quiero decir es que quizás fuera un conejo suicida.

La mujer se apresuró a interrumpirme.

—No lo entiende. Me han ocurrido un montón de cosas como esa. Conejos con la garganta rebanada. Cables de frenos colgando.

—Espere un momento, ¿frenos? ¿Los frenos de un coche?

—Sí. Sí. —Empezaba a entrarle el pánico—. Los frenos de mi coche. Dejaron de funcionar sin más. ¿Cómo es posible que los frenos dejen de funcionar? —Estaba asustada, y eso me partió el corazón. Le temblaban las manos y tenía los ojos llenos de lágrimas—. Y luego lo de mi perra. —Enterró la cara en las manos y permitió que las emociones que la atenazaban salieran a la luz—. Desapareció.

En ese momento me sentí fatal por lo de Margaret. La castigué con una mirada fulminante. A Margaret, no a Harper. Los sollozos sacudían su cuerpo a medida que destapaba sus temores. Me incliné hacia delante y le puse una mano en el hombro. Tras unos minutos, empezó a calmarse, así que comencé de nuevo con mis preguntas.

—¿Ha llamado a la policía?

Harper sacó un pañuelo de papel del abrigo y se limpió la nariz.

—Una y otra vez. Tanto que al final han asignado a un agente para que atienda mis llamadas.

—Venga, ¿en serio? ¿A qué agente?

—El agente Taft —respondió ella con un matiz cortante en la voz. Estaba claro que entre ellos no había amor.

—Vale, lo conozco. Puedo hablar con él y conseguir...

—Él no me cree. Ninguno de ellos me cree.

—¿Y qué pasa con lo de los frenos? La policía podría decirle si han sido manipulados.

—El mecánico no pudo asegurar que hubiera habido manipulación, de modo que lo descartaron, como todo lo demás.

Me recliné en el sofá y le di unos golpecitos a la libreta mientras pensaba.

—¿Desde cuándo ocurre esto?

La mujer se mordió los labios y apartó la mirada, avergonzada.

—Desde hace unas semanas.

—¿Y su familia?

Alisó con los dedos el extremo de la bufanda.

—Mis padres no son muy comprensivos. Y mi ex marido, bueno, lo utilizaría contra mí siempre que pudiera. No se lo he contado.

—¿Sospecha de él?

—¿De Kenneth? —Resopló con suavidad—. No. Es un imbécil, pero un imbécil inofensivo.

—¿Le paga una pensión? —pregunté con mucho tiento.

—No. Nada de nada. No tiene motivo alguno para quererme muerta.

Yo no estaba tan segura de eso, pero decidí dejarlo pasar por el momento.

—¿Y qué hay de sus compañeros de trabajo?

La mujer se sintió abochornada de nuevo. Empalideció bajo mi mirada interrogante.

—En realidad yo no... yo no trabajo. Hace tiempo que estoy en paro.

Interesante.

—¿Y cómo paga las facturas?

—Mis padres no tienen problemas económicos. Podría decirse que me pagan para mantenerme alejada de ellos. Es un arreglo con el que todos estamos contentos.

Llegué a la conclusión de que si ella desaparecía, ellos no tendrían que mantenerla. Quizá sus padres fueran aun menos comprensivos de lo que Harper creía.

—¿Qué piensan ellos de esta situación?

La mujer se encogió de hombros.

—Me creen menos que el agente Taft.

Me ganó con lo del agente Taft. Si bien no éramos exactamente enemigos, tampoco éramos amigos. Una vez tuvimos un encontronazo que terminó con él maldiciéndome y saliendo a toda prisa de mi apartamento. No solía olvidar esa clase de encuentros. Aquel además estaba relacionado con su hermana, que había muerto cuando el agente era muy joven. Se puso quisquilloso cuando le conté que ella se había quedado por su causa.

Algunas personas se ponen así cuando les digo que los difuntos de su familia los persiguen.

—Vale —dije—. Aceptaré el caso con una condición.

La tensión se palpaba en el ambiente. No estaba segura de si se debía a que iba a aceptar su caso o a que ella temía realmente por su vida.

—Lo que sea —replicó.

—Tiene que prometerme que será sincera conmigo. Una vez que acepte el caso, estaré de su lado, ¿lo entiende? Piense en mí como su médico, o su terapeuta. No repetiré nada de lo que me cuente confidencialmente sin su permiso explícito.

Asintió con la cabeza.

—Le contaré todo lo que pueda.

—Muy bien, Harper. Primero, ¿tienes alguna idea, alguna sospecha, de quién puede quererte muerta?

La mayoría de la gente que se siente amenazada la tiene, pero Harper negó con la cabeza.

—Lo he pensado mucho, pero no se me ocurre nadie que pueda desear hacerme daño.

—De acuerdo.

No quise presionarla demasiado. Parecía muy frágil, y seguro que el hecho de que yo le hubiese apuntado a la cara con una pistola no la había ayudado mucho.

Anoté los nombres de sus familiares y amigos más cercanos, cualquiera que pudiese corroborar su historia. El intento de asesinato no era algo que pudiera tomarse a broma. Y tampoco el acoso o el hostigamiento. El hecho de que sus parientes más allegados no la tomaran en serio me alarmó un poco. Tendría que hacerles una visita lo antes posible.

—¿Tienes algún otro lugar en el que alojarte además de tu casa? —pregunté en cuanto terminé.

Ella negó suavemente con la cabeza, y su pelo cayó hacia delante.

—No había pensado en eso. Supongo que no. No hay ningún lugar seguro.

Eso podría ser un problema. Aun así...

—¿Sabes?, puede que yo tenga el lugar apropiado. Es un lugar seguro, pero se trata de un salón de tatuajes.

—Ah... Vale.

Parecía abierta a la idea. Eso era bueno.

—Estupendo. Espera un poco mientras informo a mi ayudante, que vive al otro lado del pasillo, y luego te llevaré hasta allí.

Harper asintió con la cabeza con aire distraído mientras estudiaba una caja que había a mi lado en el sofá, una con figuras de acción colecciónables de la banda Kiss.

—Sí —dijo, muy de acuerdo con su expresión asombrada—, la culpa de esa decisión la tuvo el exceso de cafeína.

—Me lo imagino.

Empecé a cruzar el pasillo, emocionada ante la posibilidad de restregarle a Cookie en la cara que tenía una nueva clienta —no literalmente, porque eso habría sido muy raro—, y estuve a punto de chocarme con el señor Zamora, el conserje del edificio.

—Vaya... Hola —dijo.

Era más bajo que yo, y su cabello salpicado de canas parecía necesitar un buen arreglo día sí día también. Llevaba siempre pantalones de chándal y camisetas que habían sufrido más abusos que los narcóticos. Sin embargo, era un buen conserje. Cuando mi calentador dejó de funcionar en pleno diciembre, solo tardó dos semanas en hacer que lo arreglaran. Por su puesto, para eso fue necesario que aporreara su puerta en busca de un lugar cálido en el que dormir, pero una noche en su sofá en la que desarrollé de repente terrores nocturnos y epilepsia bastó para que ese idiota buscara una solución al día siguiente a la velocidad de un Mercedes. Fue alucinante.

—Hola, señor Z.

Llevaba una escalera pequeña, un trapo y un bote de pintura. Y se dirigía al apartamento que había al final del pasillo. ¿Qué demonios pasaba? Al principio yo quería ese apartamento. Se lo supliqué. Se lo rogué. Pero no sirvió de nada. Los dueños no estaban dispuestos a gastarse el dinero que costaría restaurarlo. ¿Y ahora iba a arreglarlo? ¿Ahora sí estaban dispuestos?

—¿Qué ocurre? —pregunté en un tono desinteresado.

El hombre se detuvo delante de mí, con la llave preparada. El apartamento de Cookie y el mío estaban el uno frente al otro en el corredor, pero el apartamento del final ocupaba el espacio de los nuestros, y tenía la puerta en perpendicular al pasillo principal. Era como los dos nuestros juntos. Puesto que había sufrido daños importantes de humedad años antes y los dueños perdieron el dinero de la póliza del seguro en los casinos antes de terminar las reparaciones, había permanecido vacío varios años. Lo que, a mi parecer, no

tenía sentido alguno.

—Por fin voy a terminar este apartamento —dijo, señalándolo con la llave—. He contratado a algunos albañiles que vendrán esta tarde. Puede que la cosa se ponga ruidosa.

La esperanza floreció en mi pecho como una begonía en primavera. Mi apartamento resultaba demasiado pequeño con todas las cosas nuevas. Me vendría genial uno más grande.

—Lo quiero —le solté sin pensarlo.

El hombre enarcó una ceja.

—No puede quedárselo. Ya lo han alquilado.

—De eso nada, señor Z. Solicité ese apartamento en cuanto entré por primera vez en este lugar. Usted prometió que me pondría en la lista de posibles candidatos.

—Y está en la lista. Justo por debajo de esa gente.

Me quedé boquiabierta.

—¿Quiere decir que ha hecho trampas?

—No. Acepté un soborno. No es lo mismo.

Empezó a caminar de nuevo hacia la puerta, pero di un paso amenazador hacia él.

—Yo también le di un soborno, por si no lo recuerda.

—¿Eso era un soborno? —dijo con un resoplido—. Pensé que se trataba de una propina.

Ahora sí que estaba anonadada.

—Y me ofrecí a pagarle más de lo que le pagaba por esta caja de galletas.

—¿Menosprecia mi edificio?

—No, su ética.

—Si no recuerdo mal, se ofreció a pagar cincuenta dólares más al mes por este apartamento.

—Cierto.

—Por un apartamento que es dos veces más grande que el suyo.

—Ya, bueno, era todo lo que tenía en esos momentos.

—Según tengo entendido, el nuevo inquilino paga tres veces lo que paga usted por el suyo. Y va a pagar todas las reparaciones.

Mierda. Probablemente no podría permitirme algo así. Tal vez si devolviera la máquina de café exprés. Y la pistola eléctrica de clavos.

—No puedo creer que haya actuado a mis espaldas de esta manera.

Zamora cogió la escalera.

—No creo que alquilar un apartamento sea actuar a sus espaldas, señorita Davidson. Pero si tan ofendida se siente al respecto, siempre puede besarme el culo.

—Ni lo sueñe.

Tras una suave risilla entre dientes, el hombre se adentró en el apartamento. Eché un vistazo a la nueva capa de yeso que cubría las paredes, fresca y sin pintar. Estaba claro que me había perdido algo.

Atravesé la puerta de Cookie maldiciendo mi mala suerte. Y mi mal oído.

—¿Sabes que el señor Z ha alquilado el 3B?

Cookie levantó la vista del ordenador.

—No puede ser. Yo quería ese apartamento.

—Yo también lo quería. ¿Quién crees que será nuestro nuevo vecino?

—Otra anciana con caniches, seguro.

—Quizá. O puede que algún asesino en serie.

—Sigue soñando. ¿Qué tienes? —Señaló con la cabeza el papel que llevaba en las manos.

—Ah, es verdad. Tenemos una clienta.

—¿En serio?

Su sorpresa era de esperar. Llevábamos bastante tiempo sin trabajar. Aun así, resultaba un poco ofensiva.

—Sí. Acaba de presentarse. Quizá aquellos anuncios que pusimos en los programas nocturnos de la radio sirvan para algo.

—Es posible, pero sigo creyendo que funcionarían mejor si estuvieran en nuestro idioma. No mucha gente de por aquí habla japonés.

—Sinceramente, Cookie, te comportas como si yo no quisiera tener nuevos clientes.

Mi amiga alargó el brazo y me arrebató los papeles de las manos.

—Me pregunto de dónde habré sacado esa idea.

Tras encogerme de hombros, confundida, eché un vistazo a mi espalda para asegurarme de que Harper no estaba en la puerta y luego le hablé a Cookie en voz baja.

—Quiero que averigües todo lo posible sobre ella. Necesito estar al tanto de su historia familiar, laboral y como voluntaria, de sus multas de aparcamiento... En fin, de todo lo que puedas conseguir.

—Cuenta con ello. ¿Adónde vas ahora? —preguntó al ver que me acercaba a la puerta.

—Harper cree que alguien intenta matarla, así que voy a llevarla a un lugar seguro.

—Eso parece un plan. —En cuanto la puerta se cerró, añadió a gritos—: ¿Acaso tenemos un lugar seguro?

Bienvenido de nuevo.
Veo que los asesinos han fallado.

(Camiseta)

Tras una batalla de proporciones épicas en la que mis piernas querían ir hacia un lado mientras que mi cerebro les ordenaba ir hacia el contrario, caminé con Harper más allá del bar de mi padre, hacia el callejón que conducía hasta nuestro improvisado lugar seguro. No pude evitar examinar el terreno como un soldado en territorio hostil. Y por extraño que parezca, Harper hizo lo mismo. Pasamos junto a tiendas, estudiantes y algún que otro sin techo como si fuéramos de esos drogadictos que registran los escenarios en busca de algún alijo que la redada policial haya podido dejar.

Decidí aligerar un poco el ambiente.

—Bueno, ¿tú que querías ser de mayor? —le pregunté a Harper.

Ella, que caminaba a mi lado con los brazos cruzados y la cabeza gacha, luchó por reprimir una sonrisa.

—Casi hemos llegado —le dije, salvándola de tener que responder—. Pari es una santa. Aunque con los brazos tatuados y mal carácter. Aparte de eso, puedes contar con ella para lo que sea. Sobre todo para obtener consejos dudosos, pero a todos se nos da bien algo, ¿no te parece?

—¿Crees que lo atraparás? —No podía pensar en otra cosa que el peligro inmediato que corría. Estaba claro que no sufría trastorno por déficit de atención.

—Haré todo lo posible, cielo. Te lo prometo.

—Estoy tan harta de sentirme indefensa... Supongo que debería haber aprendido kárate o algo así, ¿verdad?

Me gustaba su forma de pensar, pero ni siquiera las artes marciales garantizaban una vida próspera y larga.

—No te machaques con esto, Harper. Hay gente chiflada por ahí. Gente con la que no se puede razonar y a la que no hay manera de entender a menos que uno tenga una licenciatura en psicoterapia. No hay forma de saber qué es lo que mueve al tipo que te acosa.

Ella asintió con la cabeza, conforme con mi evaluación de la gente chiflada. Me crié con una de esas personas, llamada Denise Davidson, la madrastra infernal. Ella podría enseñarle un par de cosillas al hijo de Satán.

—Es aquí —dije, señalando una puerta con mosquitera. Algunos restos de pintura roja enmarcaban la madera alrededor de la entrada trasera.

Harper se detuvo y examinó el callejón. Estábamos en la entrada posterior de un sórdido salón de tatuajes. Su confianza en mí pareció disminuir un poco.

—Es totalmente seguro. Te lo prometo.

—Está bien —dijo tras un asentimiento vacilante—. Confío en ti.

Quizá estuviera loca de verdad.

—Y Pari tiene un aprendiz monísimo.

Una sonrisa tímida se dibujó en su rostro. Parecía inocente y ajena al mundo, pero en realidad era simplemente bella. Me pregunté cómo habría sido su vida. Con un poco de suerte, lo averiguaría a medida que avanzara el caso.

—Profesora.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando dijo eso.

—¿Cómo dices?

—Profesora. Me preguntaste qué quería ser de mayor. Pues bien, quería ser profesora.

En esos momentos contaba con toda mi atención.

—¿Y por qué no lo eres?

Ella se encogió de hombros y apartó la mirada.

—A mi madre no le parecía bien. Quería que fuese médico o abogado.

Si bien no me la imaginaba como abogado, sin duda sí la veía como médico. Parecía de esas personas preocupadas por los demás. Aunque los médicos no siempre se preocupaban por los demás. Quizá una enfermera. De todas formas, como mejor la imaginaba era como maestra. Se le habría dado genial.

—Espero que todos tus sueños se cumplan, Harper.

—Gracias —dijo ella, sorprendida—. Yo espero que los tuyos se cumplan también.

Respondí con una sonrisa afectuosa.

—La mayoría de los míos están relacionados con un hombre que da más problemas de lo que vale, pero te agradezco el detalle.

La mujer rió por lo bajo y se cubrió la boca con la mano. Tenía una boca demasiado bonita para taparla.

Entramos en el salón de Pari. Tenía un mostrador en la parte delantera, pero en la parte de atrás, pasado el estudio, solo estaba su oficina: un rincón del tamaño de los testículos de una polilla con unas preciosas vistas al contenedor de basura del callejón. Oí unos cuantos ruidos apagados que procedían de debajo del escritorio, así que me acerqué con la esperanza de pillarla haciendo algo ilegal. Su aprendiz estaba cañón.

Tenía las tripas de su ordenador esparcidas por el escritorio. Cables y dispositivos de todas las formas y tamaños ocupaban cada centímetro de la mesa.

Estaba visto que cada vez que entraba en su salón, Pari estaba ocupada con algo técnico, algo que no encajaba con la fibra de su naturaleza artística. No obstante, ella siempre había sido bastante fibrosa.

Un estruendo flotó por el aire en mi dirección, y esbocé una sonrisa diabólica. Era una pervertida.

—Hola, Par —dije mientras apoyaba la cadera en su escritorio para observarlo con indiferencia.

Después de un tremendo esfuerzo que implicó un crujido y unos cuantos gorgoteos, asomó la cabeza. Su cabello, una densa mata que algunos habrían considerado un desastre mientras que otros (entre ellos yo) consideraban una obra de arte, parecía haberle tomado cariño a los cables con los que estaba trabajando. Pari escupió una pieza de plástico microscópica mientras se quitaba los cables de encima con una mano y se protegía los ojos con la otra.

—Joder, Charley. —Cerró los ojos y palpó el escritorio a ciegas en busca de sus gafas de sol.

Pari era capaz de ver a los seres conocidos como fantasmas en el folclor popular,

ya que había sufrido una experiencia cercana a la muerte cuando tenía doce años. No podía distinguir sus formas ni comunicarse con los fallecidos. Solo los apreciaba como una especie de neblina gris, pero siempre sabía cuándo había uno cerca.

Sin embargo, a mí podía verme a un kilómetro de distancia. Mi brillo le crispaba los nervios. Y eso me hacía gracia.

Cuando coloqué las gafas de sol fuera de su alcance por tercera vez, ella abrió los ojos y me fulminó con la mirada. Debió de dolerle bastante. Solo esperaba que no tuviera resaca.

Suspiró y volvió a esconderse bajo el escritorio.

—¿Tú chico está ahí abajo contigo? —le pregunté.

—¿Mi chico? —Soltó un gruñido. Al parecer intentaba alcanzar algo—. No tengo ningún chico.

—Pensé que tenías un chico.

—No tengo chico.

—Tienes un aprendiz.

—Ese no es mi chico. Es Tre.

—Y Tre es un chico.

—Pero no esa clase de chico. ¿Cómo has entrado aquí? La puerta de la oficina estaba cerrada.

—No, no lo estaba.

Asomó la cabeza de nuevo y miró a su alrededor.

—¿En serio? Pues debería estar cerrada.

—¿Por qué? ¿Qué estás haciendo? —pregunté cuando se agachó una vez más.

—... Nada.

Había vacilado durante demasiado tiempo. Estaba claro que tramaba algo. Me incliné hacia delante para inspeccionar su trabajo.

—Pues a mí me parece que estás cambiando el cableado de tu línea telefónica.

—No, no es eso —dijo ella a la defensiva—. ¿Por qué iba a hacer algo así?

Si los mentirosos fueran el plato principal en una reunión de Shriners, la Antigua Orden Árabe de los Nobles del Relicario Místico, ella sería una chuleta de cerdo.

—Vale, no hace falta que me lo digas. Necesito que una cliente se quede contigo unos días. ¿Podemos utilizar la habitación que tienes libre?

—Solo hay un sofá, pero es cómodo.

—Servirá. Esta es Harper. Harper, esta es Pari.

—Hola, Harper —saludó Pari, pero incluso antes de que Harper pudiera responder, una lluvia de chispas iluminó la estancia.

Se oyó un murmullo bajo el escritorio, seguido de un contundente batacazo cuando Pari se golpeó la cabeza con la parte inferior del tablero por enésima vez.

Como me parecía que los cables telefónicos no chisporrotearían tanto, volví a inclinarme para fisgonear.

—En serio, ¿qué estás haciendo?

—¿Has visto una chispa?

—Voy a mostrarle a Harper su habitación. Intenta no matarte antes de que vuelva.

—Vale, cierra la puerta cuando salgas.

—Está bi...

—¡Espera! —Volvió a asomar la cabeza con una nueva idea en mente que iluminaba su expresión.

El marcado delineador de ojos se afinó un poco mientras palpaba el escritorio en busca de sus gafas de sol. Esta vez, dejé que las cogiera.

—Te estoy haciendo un favor —dijo en cuanto se las puso.

Apoyé la cadera en el borde del escritorio.

—Sí.

—Y los favores hay que devolverlos, ¿no?

Me pregunté adónde quería llegar.

—Sí —respondí.

—Sal conmigo.

—No eres mi tipo.

—Vamos, Chuck. Una cita y no volveré a pedírtelo.

—No, de verdad, no eres mi tipo.

—¿Recuerdas ese don increíble que tienes para saber si alguien miente?

Eché un vistazo a Harper. De pronto, parecía muy interesada en la conversación. Me encogí de hombros.

—Sí...

—Bueno, es que he pensado en salir con un chico, pero no sé qué intenciones tiene. No sabría decir si es sincero conmigo o no.

—¿Sospechas de él por algún motivo en particular?

—La verdad es que no. Pero he pensado que podrías «aparecer» —añadió comillas con los dedos para enfatizar el engaño—, y sentarte con nosotros un minuto. Ya sabes, lo justo para saber lo que piensa.

—Yo no sé lo que piensa la gente.

—Pues lo que siente, entonces.

—Divertido, pero embarazoso.

—Ya sabes lo que quiero decir. Esto es un toma y daca, señora mía. Lo tomas o lo dejas. —Miró por encima de mi hombro—. No te ofendas, Harper.

—No, no te preoc...

—¿Y bien? —dijo Pari, interrumpiendo a la pobre Harper, quien por fin había conseguido abrir la boca—. Mi sofá a cambio de tu extraño don.

—Bueno, si me lo pones de esa manera...

—Estupendo. Te enviaré un mensaje de texto con el lugar y la hora.

—Genial. Voy a enseñarle a Harper el sofá.

—Vale.

Supuse que la conversación había acabado, pero Pari no había hecho más que agacharse tras el escritorio cuando volvió a asomarse de nuevo. Me recordó a una tostada, pero sin mermelada.

—Espera un segundo. ¿Dónde te has metido hasta ahora?

—Por ahí. Dando vueltas por mi apartamento.

—¿Dos meses?

—Más o menos.

—Mmm... Vale, está bien. ¡Cierra la puerta con llave! —gritó.

Era muy insistente.

—Es interesante —dijo Harper.

—Sí, sí que lo es.

Guié a Harper hasta un estrecho rincón, más estrecho aún debido a las cajas de suministros, y luego hasta una pequeña habitación trasera.

—No es gran cosa, pero a nadie se le ocurriría buscarte aquí, eso seguro.

Mi acompañante la aceptó con una elegante inclinación de cabeza. Yo sabía que deseaba fruncir la nariz del asco, pero sus buenos modales se lo impedían.

—Es perfecto —dijo en cambio.

Qué sutil.

—Vale, yo voy a salir a investigar y todo eso. Volveré más tarde, esta noche.

¿Estarás bien aquí?

—Claro, estaré bien.

Le puse una mano en el brazo para apartar su atención de lo que la rodeaba.

—Haré todo lo que esté en mi mano para encontrar al que te está haciendo esto. Te lo prometo.

Una diminuta sonrisa iluminó su cara y, si no me equivocaba, Harper se sintió un poco aliviada.

—Gracias.

Después de dejar a Harper en medio de aquella diminuta habitación, vi al aprendiz de Pari, Tre. Trabajaba en el tatuaje de una chica que parecía desgarrada entre la angustia y el deseo. No podía culparla. Tre era como el té helado Long Island: alto, sencillo, lo bastante delicioso para hacerte la boca agua y también otras partes, y capaz de darte un puñetazo letal cuando menos lo esperabas.

—Hola, Chuck —dijo, y me saludó con la cabeza entre zumbidos de aguja.

No se me pasó por alto el hecho de que, muy en el fondo, a los artistas del tatuaje debía de gustarles infligir dolor a los demás. Me pregunté si ese rasgo también estaba presente en su vida personal. Yo sería capaz de soportar el dolor si eso era lo que le molaba. No mucho, pero...

—Hola a ti también —le dije, algo preocupada por la posibilidad de haberlo distraído. Los errores con la tinta eran permanentes. Tan permanentes como un desliz de nueve meses tras la graduación.

—¿Dices «Hola a ti también» porque no te acuerdas de mi nombre? —preguntó, mientras hacía una pausa.

Mis hombros se hundieron.

—Cachis. Me has pillado. No, espera, creo que lo sé. —Me di unos golpecitos en la frente, como si pensara, mientras él retomaba su trabajo—. Ah, sí, ¿te llamas Bandeja de Tre?

Él negó con la cabeza. Tenía el ceño fruncido debido a la concentración.

—¿Tre con pastas?

—No —dijo con una risilla.

—¿Tre-nedor?

Tre se detuvo de nuevo, y la chica me lanzó dagas asesinas con sus enormes ojos oscuros. Ya fuera porque sentía celos o mucho dolor, ella quería acabar con aquello, y yo no dejaba de interrumpir.

—Olvídalo —dijo el aprendiz de Pari con la sonrisa propia de un crío.

Menudo rompecorazones. No era de extrañar que las clientas femeninas de Pari se hubieran triplicado desde que empezó a trabajar para ella.

—Nos vemos, guapo.

Él me guiñó un ojo y se puso a trabajar con el brillo de una sonrisa en los ojos. Sentí pena por la chica.

En el camino de vuelta, atajé por el aparcamiento y zigzagueé hasta Misery, mi jeep Wrangler color cereza. En la zona semidespejada del centro de Albuquerque me sentía desnuda. Había estado desnuda en público una vez, y aunque esa sensación definía muy bien el nivel de incomodidad que sentía, no era lo mismo. Lo que sentía en esos momentos era más intenso. Más agudo. Más brutal.

—Sabes que él te echa de menos, ¿verdad?

Me di la vuelta a toda prisa y vi a una mujer afroamericana escultural que pasaba a mi lado de camino a la parte trasera del bar de mi padre. La había visto unas cuantas veces durante las últimas semanas, y había supuesto que sería la nueva camarera que mi padre pensaba contratar después de que yo rechazara el puesto. Mi padre quería que renunciara a mi trabajo como detective y que currara para él.

Menuda estupidez.

La mujer se detuvo y me ofreció una amable sonrisa de esas que dicen «vengo en son de paz». Decir que era asombrosa habría sido quedarme corta. Era como un brillante rascacielos que se erguía orgulloso hacia el firmamento y desafiaba al mundo a intentar derribarlo.

—Tu padre —dijo, explicándose. Sus ojos exóticos me cautivaron durante un minuto de reloj, hasta que se volvió de nuevo hacia el bar—. No habla de otra cosa más que de ti.

Estaba claro que ella sabía que habíamos discutido, pero lo que me había dicho no me servía de nada. Aunque fuera cierto, mi padre no se merecía mi perdón todavía. Ni mi atención.

Me subí a Misery y me hundí en sus asientos de cuero sintético. Me envolvió como un enorme guante rojo, y me sentí muy calentita. Bueno, no literalmente. El cuero era frío y las ventanas de plástico estaban llenas de escarcha. Giré la llave en el contacto para dejar que se calentara. El coche cobró vida y luego empezó a ronronear. Hacía tiempo que no pasábamos un rato las dos a solas. Más tarde tendríamos que hablar, pero en esos momentos teníamos lugares que visitar y sospechosos que ver.

Harper me había dado su dirección, y yo quería comprobar cómo era su casa antes de sumergirme demasiado en el caso. Si la persona que la acosaba le había dejado otra amenaza, quería verlo con mis propios ojos. Se puede saber mucho sobre una persona por las amenazas que deja. ¿El culpable era alguien violento o solo amenazador? ¿Pensaba hacerle daño de verdad o solo quería aterrorizarla, controlarla?

Vivía en Tanoan Estates, una urbanización cerrada, y yo no sabía si me dejarían entrar sin el permiso expreso de Harper. Saqué mi licencia de investigadora privada por si acaso. Tal vez ayudara. Tal vez no.

Cuando llegué a la puerta de la verja, le ofrecí al guarda uniformado una sonrisa apaciguadora.

Él se limitó a mirarme, impertérrito.

—¿Qué tal? —le dije.

El hombre respondió con una brusca inclinación de cabeza. Seguía impertérrito, así que tendría que subir las apuestas.

—Me llamo Charley Davidson. Estoy investigando el caso de uno de los residentes. ¿Ha tenido noticias de algún allanamiento últimamente? ¿Ha saltado alguna alarma?

El hombre encogió un hombro.

—Las alarmas saltan de vez en cuando, sobre todo debido a los propios residentes. Y a veces tenemos algún allanamiento, pero son poco frecuentes por aquí. ¿Puedo

preguntarle quién la ha contratado?

—Harper Lowell. Vive en...

—Sé dónde vive.

Al ver que yo enarcaba las cejas, el guardia se echó la gorra hacia atrás para rascarse la cabeza.

—Mire, hemos recibido un par de llamadas suyas, pero nunca encontramos evidencias de ningún delito en su casa. Ningún signo de que alguien hubiera entrado por la fuerza. Ni huellas ni coches aparcados cerca de su casa. Y ni siquiera pudo describirnos al intruso. Si es que había un intruso.

—Entonces, ¿cree que miente?

—No —dijo el guarda con un encogimiento de hombros. Le había llegado a él el turno de mentir—. No creo que mienta... sino que se equivoca.

—Quiere decir que está paranoica.

El hombre pensó un momento.

—Excesivamente preocupada.

—Ah. Vale. Bueno, no le importará que eche un vistazo, ¿verdad? La señora Lowell me ha dado la llave y el código de seguridad.

—Pase. Solo necesito registrar su número de matrícula.

—¿Conserva usted toda la información de los no residentes que entran en la urbanización?

—Por supuesto.

Le ofrecí mi mejor sonrisa.

—¿Existe alguna posibilidad de que pueda conseguir una copia de las últimas páginas?

El hombre hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No sin una orden.

Mierda. Tendría que pedirle a Cookie que se encargara de eso. A mi amiga se le daba fenomenal conseguir documentos protegidos sin una orden. Yo estaba casi segura de que ese era su superpoder.

Una vez que el guarda anotó mi número de matrícula, conduje por la urbanización hasta que di con la casa de Harper. Tanoan era una de las partes más bonitas de Albuquerque. Al menos, los padres de Harper se habían portado bien con ella en ese sentido.

Y Harper lo había hecho todo bien: vivía en una comunidad cerrada con guardias de seguridad uniformados. Sistemas de seguridad activos. Cerrojos triples en todas las puertas. Fui de habitación en habitación buscando signos de algún delito, y al final llegué a la cocina. Había pasado al menos una hora desde mi última taza de café. Seguro que a ella no le importaría.

Para mi más absoluto deleite, Harper tenía una de esas máquinas de cápsulas que servían cafés individuales. Quizá hubiera pedido también una de esas. Tendría que revisar las cajas cuando volviera a casa.

Rebusqué en los armarios, preguntándome dónde estaría si fuera una cápsula de café, y de pronto llegué a la conclusión de que si había un paraíso, era ese. Un lugar lleno a rebosar de cajas y más cajas de brillante oro negro. Abrí el último armario y di un salto de pura sorpresa. Había un conejo blanco de peluche sentado sobre una lata de remolacha. Por lo general, los conejos blancos, sobre todo los de peluche, no me molestaban, pero ver a uno en un armario de cocina tenía algo de tenebroso.

Parecía mirarme.

Juzgarme.

Hice ademán de estirar el brazo para quitarlo de allí, pero me detuve. Aquello era una prueba. Era cierto que no se trataba de una prueba demasiado incriminatoria ni amenazadora, pero era una prueba de todas formas.

Y daba miedo. Tenía los ojos torcidos, y daba la impresión de que le habían sacado el relleno del cuello para que este cayera hacia un lado sobre sus pequeños hombros.

Lo dejé donde estaba y salí de la casa de Harper nerviosa y sin cafeína.

Después contarle lo que había encontrado al guardia de seguridad (que se quedó impertérito una vez más), le di mi tarjeta y le hice prometerme que estaría atento a cualquier cosa que se saliera de lo normal. Luego emprendí el viaje de regreso a casa con el rabo entre las piernas. Según Angel, Reyes se pasaría por el almacén por la noche, así que aún me quedaba un buen rato. Podía matar el tiempo tirada en el sofá o corriendo por Albuquerque como un pollo sin cabeza.

Un momento. Por alguna razón, la palabra «pollo» tocó una fibra sensible. Le di unas cuantas vueltas en la cabeza. La saboreé con la lengua. Y llegué a una conclusión: se trataba de mí. Era una gallina. De pronto, todo me daba miedo.

Tomé un desvío en Academy y entré en un centro comercial para reflexionar sobre mi propio asombro. Era una gallina cobarde de la peor clase. Una gallina clueca. ¿Cómo era posible que el ángel de la muerte hiciera su trabajo si era una gallina clueca? De repente, cualquier sonido, cualquier movimiento, me causaba un subidón de adrenalina del tamaño de Australia. Eso no podía ser. Tenía que recuperarme.

Observé el salpicadero de Misery. Estar con ella me reconfortaba un poco, pero no tanto como mi sofá. Y en ese momento me di cuenta. Me di cuenta de una atrocidad que había pasado por alto durante años. Nunca le había puesto nombre a mi sofá. ¿Cómo había sido capaz de hacerle eso? ¿Cómo había sido tan insensible? ¿Tan fría y egoísta?

¿Y qué nombre le pondría? Era un asunto importante. Muy importante. El mueble no podía ir por la vida con un nombre que no encajara con su personalidad.

Abrumada por la extraña sensación de alivio que me proporcionaba tener un nuevo objetivo en la vida, volví a poner a Misery en marcha. Ya me preocuparía más tarde por lo de ser una gallina clueca. Ahora debía encontrar un nombre para mi sofá.

Con energías renovadas, regresé a Academy —después de hacer una paradita para comprar un capuchino con chocolate—, y acababa de enfilar hacia mi casa cuando sonó el teléfono.

—¿Sí? —pregunté, cometiendo el delito de coger el teléfono a la vez que conducía dentro de los límites de la ciudad. Mientras esperaba a que el tío Bob terminara de hablar con quienquiera que hablase y me prestara atención, me dediqué a inspeccionar la zona en busca de polis.

Mi tío Bob, o Ubie, como lo llamaba a menudo, trabajaba como detective para el Departamento de Policía de Albuquerque, y yo le ayudaba a resolver algunos casos de vez en cuando. Estaba al tanto de mi don para ver a los muertos y se aprovechaba de ello. No podía culparlo de eso.

—Llévale eso a ella y luego llama al examinador médico lo antes posible.

—Vale —dije—, pero no sé muy bien qué conseguiré llamar al médico forense. Estoy casi segura de que se llama George.

—Ah, hola, Charley.

—Hola, tío Bob. ¿Qué pasa?

—¿Estás conduciendo?

—No.

—¿Te has enterado de algo?

Nuestras conversaciones eran así muchas veces. El tío Bob lanzándome preguntas sin sentido. Yo intentando idear respuestas igual de absurdas. Aunque no me hacía falta esforzarme demasiado para eso.

—He oído que Tiffany Gorham, una chica a la que conocí en la escuela primaria, sigue poniéndose lleno en el sujetador. Pero solo es un rumor.

—Sobre el caso —dijo él con los dientes apretados.

Y sabía que los tenía apretados porque sus palabras sonaban forzadas de repente. Eso significaba que estaba frustrado. Una lástima que no supiera de qué me estaba hablando.

—No sabía que tuviésemos un caso.

—Vaya, ¿es que no te ha llamado Cookie?

—Me llamó «cabeza de chorlito» una vez.

—Para hablarte del caso. —Ahora sus dientes estaban apretados a más no poder.

—¿Tenemos un caso?

Pero lo había perdido. De nuevo hablaba con otro agente. O con un detective. O con una fulana, dependiendo de su localización y su dinero en efectivo. No obstante, dudaba mucho que le dijera a una fulana que comprobara el estado del informe de la autopsia del muerto. A menos que fuera mucho más pervertido de lo que yo imaginaba.

El hecho de que me llamara solo para hablar con otras personas me resultaba un poco irritante.

—Volveré a llamarte ahora mismo —dijo. Pero no sé a quién.

La llamada finalizó mientras me encontraba parada en un semáforo, preguntándome qué aspecto tendría el guacamole si los aguacates fueran naranjas.

Al final, centré mi atención en el chico que ocupaba el asiento trasero. Tenía una melena rubia que le llegaba hasta los hombros y unos brillantes ojos azules, y parecía tener entre quince y diecisiete años.

—¿Vienes aquí a menudo? —le pregunté, pero el teléfono volvió a sonar antes de que pudiera responder.

Eso estaba bien. El chaval tenía una mirada perdida, así que dudaba mucho que me hubiera respondido de todas formas.

—Siento lo de antes —dijo el tío Bob—. ¿Quieres hablar sobre el caso?

—¿Tenemos un caso? —pregunté una vez más, animada.

—¿Cómo estás?

Hacía un tiempo que me preguntaba eso cada vez que me llamaba.

—Estupenda. ¿El caso soy yo? Porque si es así, puedo resolverlo en tres segundos. Estoy bajando por San Mateo hacia central en un jeep Wrangler color cereza con un sistema de emisión de humos bastante cuestionable.

—Charley...

—¡Date prisa, antes de que me escape!

Se rindió.

—Vale, el pirómano se ha puesto serio.

Por desgracia, no tenía ni idea de lo que me hablaba. El tío Bob era inspector de homicidios, y rara vez trabajaba en algo que no fueran asesinatos y cosas por el estilo.

—Está bien, morderé el anzuelo. ¿Por qué intentas encontrar a un pirómano? ¿Y por qué el tipo se está poniendo serio justo ahora? ¿Es que antes solo bromeaba o qué?

—Tres preguntas, una respuesta. —Le murmuró algo a otro agente y luego se dirigió de nuevo a mí: Y esa respuesta es que nuestro pirómano es ahora un asesino. En el edificio que incendió anoche había una mujer sin hogar. Murió.

—Mierda. Eso explicaría por qué estás con un caso de incendios provocados.

—Sí. ¿Te has enterado de algo?

—Aparte de lo de Tiffany Gorham, no.

—¿Podrías tantear el terreno? Este tipo es bastante escurridizo.

—Espera. ¿Se trata del tipo que se asegura de que los edificios estén vacíos antes de prenderles fuego?

—El mismo que viste y calza. Hasta ahora lo hemos relacionado con cuatro incendios. Mismo modus operandi, temporizador y acelerante. Pero esta vez no sacó a todo el mundo. No te habrá visitado esa mujer sin hogar, ¿verdad?

—No, pero veré qué puedo averiguar.

—Gracias. Esta noche te llevaré el archivo del tipo ese.

—Me parece bien.

En realidad mi tío solo quería ver a Cookie. Le había dado fuerte con ella.

—Oye, ¿has hablado con tu padre?

—Ay, no, te estoy perdiendo. Apenas puedo...

Colgué antes de que me hiciera más preguntas. El tema de mi padre no estaba abierto a discusión, y él lo sabía.

En cuanto colgué, el teléfono sonó por tercera vez.

—Charley, Casa Central de Cereales Cheerios —respondí.

—Ha llamado tu tío —dijo Cookie—. Tiene un caso al que quiere que le eches un vistazo.

—Lo sé —respondí con fingida decepción—. Acabo de hablar con él. Me dijo que te había pedido que te pusieras en contacto conmigo de inmediato y que tú te habías negado. Le he dicho que seguro que tenías mejores cosas que hacer. Como canalizar el dinero a cuentas en el extranjero.

—¿Sabes que pediste un masajeador de cuello? Esta cosa es la leche.

—¿Has trabajado algo?

—¡Claro que sí! He conseguido la dirección que necesitabas, pero no hay mucho sobre el hermano. No ha recibido nunca una factura de servicios públicos.

—Puede que los padres paguen también sus facturas.

—Parece lógico. Comprobaré sus cuentas y veré qué es lo que están pagando. Sin embargo, tengo su dirección laboral y la dirección de los padres de Harper.

—Perfecto. Envíámelas en un mensaje de texto.

—¿Ahora? Es que este chisme es sensacional...

—Solo si no quieres que te acuse de apropiación indebida.

—Ahora, entonces.

La estupidez no tiene arreglo,
pero puedes aplacarla con un buen estacazo.

(Camiseta)

Puesto que ya casi había atravesado la ciudad, había pasado de estar bastante cerca de la casa de los padres de Harper a estar próxima a los arrabales. Realicé un giro en U entre pitidos de claxon —los míos— y regresé por el mismo camino solo para encontrarme con otra propiedad cerrada. Cerrada con una intrincada verja y un enorme muro de ladrillos. Pulsé el botón del intercomunicador.

—Sí? —respondió una arrogante voz masculina.

Aquel lugar me olía a dinero viejo. El inmenso tamaño de la mansión que se cernía ante mí demostraba dos cosas: que los Lowell eran ricos y que a los Lowell les gustaba que todo el mundo lo supiera.

—Sí, hola, me gustaría tomar un taco con extra de salsa —le dije al interfono. Al ver que el hombre no me preguntaba si quería algo para beber, lo intenté de nuevo—: He venido a ver al señor y la señora Lowell. —Le sonré a la videocámara situada por encima del aparato y luego saqué mi licencia de detective privado y la sostuve frente a ella—. Me ha contratado su hija, Harper.

Como no recibí respuesta, decidí cambiar de táctica.

—Solo necesito hacerles unas cuantas preguntas.

Tras un momento en el que no dejé de sonreírle al chico muerto que ocupaba el asiento trasero e intenté no pensar en lo incómodo que se estaba poniendo el asunto, el tipo arrogante respondió.

—El señor y la señora Lowell no reciben hoy.

¿Qué narices significaba eso?

—No pienso lanzarles un pase de cuarenta yardas. Solo quiero hacerles unas cuantas preguntas. Su hija Harper está en peligro.

—No aceptan visitas.

Qué gente más atenta.

—En ese caso, enviaré a la policía. Me disculpo de antemano si vienen con las luces encendidas y las sirenas aullando.

No había nada que la gente rica detestara más que los escándalos. A mí me encantaban. Sobre todo los escándalos sucios relacionados con relaciones ilícitas y grandes directivos fotografiados con tacones y boas de plumas. Pero yo vivía en mi propio y diminuto mundo.

—Tiene cinco minutos —dijo el hombre.

Hacía lo de los dientes apretados mucho mejor que Ubie. Tendría que mencionárselo a mi arisco tío la próxima vez que lo viera. Quizá quisiera tomar lecciones o algo así.

Después de avanzar por un largo camino de entrada que se transformaba en una

calzada adoquinada, tiré del freno de mano de Misery y eché un vistazo por el retrovisor.

—Ni se te ocurra darte un paseo, colega.

La mirada del muchacho no cambió. Me hacía gracia.

Un hombre con mucha confianza en sí mismo y vestido de una manera más informal de lo que me esperaba me recibió junto a la descomunal puerta blanca. La casa se parecía más al estilo de la costa Este que la mayoría de las de Nuevo México. Sin mediar palabra, el hombre me condujo hasta lo que supuse que eran los «aposentos» designados como sala de estar. Como no podía aposentarme, decidí cotillear. Las paredes estaban llenas de cuadros y estanterías, pero no había ni una instantánea entre ellas. Todas las fotografías eran retratos profesionales, y cada una de ellas tenía un tono distinto. Negro. Marrón. Azul marino. Era una familia formada por cuatro miembros: los padres, un chico y una chica, Harper. Todos tenían el pelo oscuro a excepción del chico, quien no guardaba ningún parecido con los demás. Me pregunté si algún gallo se habría colado en el gallinero. Un gallo rubio. Las distintas fotografías cartografiaban el desarrollo de los niños Lowell desde que tenían cuatro o cinco años hasta más o menos los veinte. Estaba claro que los padres trataban a sus hijos con mano firme. En uno de los retratos, habían tirado la casa por la ventana y se habían vestido de blanco.

Esa gente ponía los pelos de punta.

—¿En qué puedo ayudarla?

Me volví y vi a una mujer, la matriarca de aquel presuntuoso club, si las fotos servían de indicación. A juzgar por su forma de elevar la nariz, era evidente que se tenía en alta estima. Era eso o que le resultaba repugnante mi fascinación por su sala de estar.

No le ofrecí la mano.

—Me llamo Charlotte Davidson, señora Lowell. Estoy aquí por Harper.

—Me han dicho que es usted un detective privado.

—Sí. Me ha contratado su hija. Cree que alguien intenta matarla.

Su largo suspiro me indicó que a ella eso le importaba bien poco.

—Mi hijastra —aclaró, y eso me cabréó de inmediato.

Me pregunté si mi madrastra hacía lo mismo conmigo. Si corregía a la gente que le decía que yo era su hija. Se me encogió el corazón. La mera idea me daba escalofríos.

—¿Le ha mencionado Harper el hecho de que alguien la está acosando?

—¿El hecho? —preguntó ella con una expresión displicente llena de incredulidad—. Sí, señorita Davidson. Hemos hablado con ella de esto hasta la saciedad. No creo que pueda poner usted alguna carta nueva sobre la mesa.

La absoluta indiferencia de aquella mujer me dejó perpleja. Una cosa era que no creyera a Harper, y otra muy distinta que se mostrara tan poco afectada por la angustia de su hijastra. Entonces se me ocurrió algo que quizás arrojara un poco de luz a aquel asunto.

—Perdone que se lo pregunte, pero ¿el hermano de Harper también es su hijastro? El orgullo le hinchó el pecho.

—Arthur es mío. Me casé con el padre de Harper cuando Art tenía siete años. Harper tenía cinco. Ella no lo aprobaba, y sus payasadas empezaron poco después.

—¿Payasadas? —pregunté.

—Sí. —Hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Dramas. Farsas. Siempre hay alguien que la persigue, que intenta asustarla o hacerle daño. Se podrá imaginar lo difícil que resulta tomarla en serio teniendo en cuenta que esto ocurre desde hace casi veinticinco años.

Qué interesante. Harper no me había mencionado eso.

—¿De modo que esto empezó cuando ella era una niña?

—Cuando tenía cinco años.

—Entiendo.

Saqué mi libreta y fingí tomar notas. En parte para darme un aspecto más oficial, pero sobre todo para tener un momento para interpretar de cabo a rabo las emociones de aquella mujer. Por lo visto, no estaba mintiendo. No creía que las acusaciones de Harper fueran reales. No creía que la vida de Harper corriera peligro.

No obstante, mi madrastra tampoco había creído una palabra de lo que yo le contaba cuando era niña. La indiferencia de la señora Lowell no significaba nada en el gran esquema de las cosas, salvo que era una mujer engreída y mezquina.

—Según sus terapeutas —continuó en un tono de lo más sarcástico—, siete terapeutas, para ser exactos, no es infrecuente que una hija se sienta desatendida y desee llamar la atención cuando su padre vuelve a casarse. Su madre biológica murió cuando era una chiquilla. Jason era lo único que tenía.

—¿Su marido está en casa? ¿Podría hablar con él?

La irritó mucho mi atrevimiento.

—No, no podría. El señor Lowell está muy enfermo. Apenas puede soportar los delirios alarmistas de Harper, y mucho menos los de una investigadora privada.

La expresión de la señora Lowell sugería que yo no era más que una charlatana que pretendía sacarle el dinero a Harper... y por tanto a ella. Como estaba bastante acostumbrada a que la gente me considerara una charlatana, la puya no me molestó. Pero el desaire a Harper sí. Resultaba obvio que la mujer no albergaba ningún afecto hacia su hijastra. Para ella, no era más que una molestia. Una carga. Más o menos lo que mi madrastra pensaba de mí.

—Y... —añadió la señora Lowell, como si la idea acabara de ocurrírsele— desapareció durante tres años. ¡Tres! Por lo que sabíamos, se había desvanecido de la faz de la Tierra. ¿Le ha contado eso?

Me habría encantado responder: «Yo también habría desaparecido si tuviera una madrastra como usted».

—No, señora, no lo hizo —contesté, en cambio.

—¿Lo ve? Está completamente desequilibrada. Cuando al final se dignó honrarnos con su presencia, dijo que había huido para salvar su vida. Menuda ridiculez... —La señora Lowell se removió, irritada—. ¿Y ahora contrata a un detective privado? Se ha pasado de la raya.

Escribí la palabra «psicópata» en mi libreta, y luego la taché antes de que ella la viera. Estaba permitiendo que mis prejuicios me nublaran el juicio en aquel caso, y eso no me llevaría a ninguna parte. Di un paso atrás mentalmente, respiré hondo e intenté ver las cosas desde la perspectiva de la señora Lowell, por más difícil que resultara. No me identificaba a menudo con las zorras ricas, pero también eran personas. ¿O no?

Así pues, la señora Lowell se casa con un hombre, un hombre rico, y descubre que la hija de ese hombre la odia con pasión y desprecia la relación que su nueva madre mantiene con su padre, tanto que se inventa historias descabelladas sobre alguien que intenta matarla. ¿Para fastidiar a su nueva madre? ¿Para castigar a su padre por abandonarla?

No. No me lo tragaba. La señora Lowell era una zorra sin escrúpulos. Lo más probable era que se hubiera casado por dinero, y aunque no podía culparla del todo por eso —una chica hace lo que debe hacer—, me parecía que despreciar sin más los miedos de

Harper rayaba en la negligencia. Jason Lowell era su soporte económico, y la hija formaba parte del trato. No pude evitar albergar ciertos sentimientos ambivalentes hacia el padre de Harper. ¿Estaba él al tanto de todo aquello? ¿Por qué no apoyaba a su hija? ¿Por qué no daba la cara por ella?

—Ha mencionado usted los dramas —dije tras aclararme la garganta—. ¿Podría ponerme un ejemplo?

—Ay, por Dios, el que usted quiera. En un momento dado alguien le dejaba conejos muertos en la cama y al minuto siguiente uno de esos petardos llenos de confeti la hacía vomitar sobre la tarta de cumpleaños de su primo. ¡Un petardo de confeti! Y luego estaban las pesadillas. Solía despertarnos con sus gritos en plena noche, o la encontrábamos al lado de nuestra cama a las tres de la mañana.

—¿Era sonámbula?

—No, estaba despierta. Decía que había alguien en su habitación. Las primeras veces, Jason saltaba de la cama e iba a investigar, pero el terapeuta nos dijo que eso era justo lo que ella quería. Así que dejamos de hacerlo. Dejamos de hacerle caso y la mandábamos de nuevo a la cama.

—¿Y ella obedecía?

—Por supuesto que no. A la mañana siguiente la encontrábamos dormida bajo la escalera o detrás del sofá. Y buscarla siempre nos hacía llegar tarde a todas partes. Sus payasadas resultaban del todo desesperantes.

—Me lo imagino.

—De modo que al final dejamos de buscarla. Si quería dormir en el armario de la limpieza, que así fuera. Se lo permitíamos y seguíamos con nuestra rutina habitual. Sin embargo, la doctora insistía en que no le pasaba nada malo. Nos dijo que cuanta más atención le concediéramos a Harper, más trastadas haría ella. Por eso dejamos de prestarle atención.

Un dolor sordo se instaló en la cavidad de mi pecho. Sabía por lo que había pasado Harper, lo que era no tener a nadie que te apoyara. A nadie que te creyera.

—¿No hicieron nada, entonces?

—Seguimos las instrucciones de su médico —dijo la señora Lowell alzando la barbilla—. Con todo, sus trastadas fueron cada vez a peor. Soportamos las pesadillas y los ataques de pánico noche tras noche, y no hicimos nada salvo enviarla de vuelta a la cama. Así que al final dejó de comer para vengarse de nosotros.

—¿Para vengarse? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Sí. Y luego dejó de bañarse y de peinarse. ¿Se hace una idea de lo humillante que resultaba eso? ¿Tener una hija que parece más una rata callejera que una damita como es debido?

—Debió de ser horrible —respondí en un tono apático e indiferente.

La mezquina mujer notó el sarcasmo, y me arrepentí de inmediato. De pronto, se cerró en banda. Por culpa de mi bocaza, había echado a perder cualquier información que pudiese haberme proporcionado.

—Creo que se le ha acabado el tiempo, señorita Davidson.

—¿Está en casa el hermano de Harper? —pregunté mientras me reprendía para mis adentros—. ¿Podría hablar con él?

—Hermanastro —me corrigió ella, que pareció notar mi mortificación—. Y tiene su propia casa.

El comentario desvelaba una interesante indignación en la mujer. Percibí que a la

señora Lowell no le había complacido en absoluto que su hijo se marchara de casa. Pero el tal Arthur debía de rondar la treintena, por el amor de Dios... ¿qué esperaba?

Hizo que el ama de llaves me mostrara la salida antes de que pudiera preguntarle más cosas. Como, por ejemplo, quién les cortaba el césped, porque lo cierto era que yo no tenía ni la menor idea de que los arbustos pudieran recortarse en forma de Kokopelli, el dios de la fertilidad de los indios nativos americanos.

—¿Lleva mucho trabajando aquí? —le pregunté a la joven mientras me acompañaba a la puerta, aunque sabía que no podía ser mucho. Tendría en torno a los veinte.

Ella echó un vistazo nervioso por encima del hombro y luego negó con la cabeza.

—¿Le importa que le pregunte desde cuándo conoce a los Lowell?

Abrió la puerta y examinó la zona de nuevo antes de responder.

—No. Empecé a trabajar aquí hace un par de semanas. Su anterior ama de llaves se jubiló.

—¿En serio?

La joven me quería fuera de la casa. Y enseguida. Y yo no quería ocasionarle problemas. Sabía cómo funcionaba esa gente, y que sus empleados nunca hablaban de nada que sucediera en la casa a menos que quisieran perder su empleo de inmediato, pero lo que estaba en juego era el bienestar de uno de los suyos.

—¿Durante cuánto tiempo trabajó aquí la anterior ama de llaves?

—Casi treinta años —respondió, y parecía tan desconcertada ante la idea como yo.

No me cabía en la cabeza cómo alguien podía aguantar treinta años bajo el reinado de esa mujer. Pero si había alguien que conocía lo que ocurría en una casa como esa, era el personal del servicio.

—Gracias —le dije con un guiño.

La joven esbozó una sonrisa tímida.

Abandoné la mansión de los Lowell con más preguntas de las que tenía al entrar, pero al menos sabía lo que había tenido que soportar Harper mientras crecía. No obstante, no me había dicho desde cuándo sufría ese tipo de problema. Y aunque me imaginaba por qué —si nadie la creía, por qué iba a hacerlo yo—, necesitaba hablarlo con ella lo antes posible. Me faltaba información importante que podría ayudarnos a resolver el caso.

Sin embargo, había una cosa a la que no podía dejar de darle vueltas. Todo lo que Harper había hecho, todas las pesadillas, los delirios y los arrebatos, apuntaban en una dirección: trastorno de estrés postraumático. El punto clave eran los petardos de confeti. Había estudiado la psiquiatría suficiente en la facultad como para reconocer uno de los síntomas básicos del síndrome de estrés postraumático: las respuestas exageradas, como temblores o náuseas, ante ruidos intensos.

Ser acosada podía causar cierto grado de estrés postraumático, sobre todo si la situación ponía en riesgo la vida, pero los síntomas de Harper indicaban una forma más grave. Y sin lugar a dudas, cualquier psicoterapeuta titulado sabría una cosa así. Quizá fuera necesario hacerles una visita a los siete terapeutas de los que me había hablado la señora Lowell.

Llamé a Cookie para que averiguara quién había tratado a Harper y cuándo.

—También quiero hablar con el ama de llaves que se jubiló hace poco, y necesito más información sobre la familia Lowell.

—Ama de llaves. De acuerdo. ¿Cómo que más información? —me preguntó mientras escribía con el teclado del ordenador.

—Información sucia, Cook. Necesito que averigües toda la mierda que puedes sobre ellos. Todas las familias que se dan tantos aires tienen algo que ocultar, y quiero saber qué es.

—Esa clase de mierdas rara vez aparece en los titulares, pero veré qué puedo hacer.

—Y quiero hablar con los terapeutas a los que los Lowell enviaron a Harper. La han tratado desde que tenía cinco años.

—Eso podría resultar difícil.

—¿Estás diciéndome que no puedes hacerlo?

—No —respondió ella con una sonrisa en la voz—. Te estoy diciendo que ya era hora de que me presentaras un desafío.

—Esperaba que me dijeras eso.

Nada más colgar, llamé a David Taft. El agente Taft trabajaba en el mismo distrito que el tío Bob, y tenía una hermana fallecida a quien le gustaba visitarme en los peores momentos posibles. Es decir, cualquiera. Taft y yo no éramos lo que se dice amigos. Y de ahí que me contestara con tanta frialdad.

—Taft —dijo al descolgar.

—Hola, soy Charley Davidson. —Como no dijo nada, seguí—: Tengo una cliente que afirma que eres su enlace con la policía del distrito. Harper Lowell, ¿te suena?

—No me suena de nada. ¿Has vuelto, entonces?

—Nunca me fui. Mi cliente afirma que alguien la acosa. Que intentan matarla.

—Ya sé de quién hablas. Nunca hemos encontrado pruebas de acoso.

—¿Tú la crees?

—No la creía. Hasta que hablé con sus padres.

Bien, bien. Aquel tipo empezaba a caerme bien.

—¿Y eso?

—No lo sé. Parecían demasiado ansiosos por convencerme de que su hija estaba loca.

—A mí me ha dado justo la misma sensación.

—Entonces ¿te ha contratado?

—Sí. ¿Alguna vez encontrasteis algún tipo de prueba, la que fuera? —No logré disimular mi tono esperanzado.

—Nada que no pudiera explicarse como el anhelo de una chiflada por llamar la atención. Los conejos de peluche no es que pongan demasiado en peligro la vida.

—Cuando no están llenos y alguien los coloca en tu cama mientras duermes con la garganta rebanada, lo son.

—Mira, no quiero discutir contigo. No encontramos nunca ninguna evidencia que corroborara su historia.

Ahora que empezaba a caerme bien...

—Y estoy segurísima de que os esforzasteis al máximo.

—Lo intenté, Davidson —añadió en un tono cortante.

—Vale, vale. No hace falta que te pongas difícil.

—¿Has visto a mi hermana?

La hermana de Taft murió cuando ambos eran pequeños, y hacía poco que la niña había decidido que rondarme era mucho más divertido que seguir a su hermano día sí y día también. A Taft le costó un poco creer que podía ver a su hermana y hablar con ella, y que me cabreaba muchísimo su molesta costumbre de hacer una pregunta detrás de otra. Sin embargo, una vez que se dio cuenta de que decía la verdad, decidió mantenerse en contacto

con la niña a través de mí. Qué alegría.

—Últimamente, no —le dije—. Pasa un montón de tiempo en casa de Rocket.

—¿Te refieres a ese hospital mental abandonado en el que hablas con fantasmas?

—Sí, pero solo hablo con un fantasma. Con Rocket. Él tiene una hermana pequeña, y tu hermanita y ella se llevan de fábula. Iré a verlos pronto. Ya te contaré cómo le va.

—Gracias. Aprecio mucho tu...

Ya, ya.

—Si te enteraras de algo...

—Serás la primera en saberlo.

—Oye, por si acaso tu hermana me pregunta, ¿sigues saliendo con prostitutas?

Una risilla llegó hasta mi oído.

—No. Bueno, al menos casi nunca.

—Vale. No me obligues a ir a verte para darte una patada en ese culito amante de las prostitutas.

—Intentaré que esa amenaza no me mantenga despierto por las noches.

—Buena suerte.

Colgué y respiré hondo, porque sabía que había llegado el momento. A esas horas, el hermano de Harper ya se habría marchado a casa, y como todavía no tenía su dirección, tendría que pillarlo en el trabajo a la mañana siguiente. Si Cookie estaba en lo cierto, el tipo trabajaba para una compañía relacionada con el ahorro de energía, pero esa noche yo tenía asuntos más importantes. Enderezé los hombros y apreté el volante con fuerza, porque esa noche debía cazar a un dragón. Un dragón llamado Reyes Farrow.

Conduje a Misery a través del distrito de almacenes de Albuquerque, que estaba cerca de las vías del tren del centro. Caía una cortina de lluvia fría sobre el parabrisas, pero nadie se quejaba nunca de la lluvia en una zona con un clima tan árido. Quejarse de la lluvia en Albuquerque sería como quejarse del sol en Seattle. De modo que no me quejaba, solo lamentaba el hecho de tener que conducir en semejantes condiciones. La intensa lluvia hacía que fuese casi imposible ver la carretera. Con un poco de suerte, quienquiera que fuera el dueño de los cubos de basura que había golpeado de refilón lo entendería.

Después de detenerme durante un rato en una calle lateral para observar a través de una verja metálica cómo se adentraba un coche tras otro en la zona cercada, decidí echarle pelotas y entrar también. ¿Qué podría pasarme? Saqué a Margaret de su funda, la guardé bajo el asiento y me dirigí a la entrada.

Un hombre gigantesco ataviado con un poncho negro de plástico levantó una mano para detenerme en el momento en que atravesé la puerta. Me detuve. En parte porque el tipo era enorme, y en parte porque detenerse a un lado del camino resultaba alucinante.

Bajé la ventanilla a mano mientras me preguntaba si debía plantearme la compra de un coche con los últimos adelantos. Podía pasar sin el elevalunas eléctrico, pero Misery formaba parte de mí, y no podía imaginarme la vida sin ella. A menos que mi nuevo coche llevara un jaguar sobre el capó. En ese caso, habría dejado a Misery en la cuneta en menos tiempo del que tarda en aplastarse una lata de aluminio.

Le di unas palmaditas al salpicadero.

—Solo bromeaba, amiga mía. Nunca te abandonaría. A menos que te incendiaras y tuvieras que huir para salvar mi vida.

El coche emitió un crujido y un traqueteo antes de recuperar su ronroneo habitual, como si se quejara por el comentario. Qué insolente, mi Misery. Estábamos hechas la una

para la otra.

—¿Es usted policía? —me preguntó el tipo del poncho.

—No, pero una vez salí con uno.

Alzó una linterna y examinó el interior de Misery. Por desgracia, lo único que encontró fueron un batiburrillo de documentos, un par de chaquetas y el kit básico de supervivencia, que consistía principalmente en galletitas de queso Cheez-Its y una reserva de emergencia de caramelos de menta recubiertos de chocolate Thin Mints. Malditas Girl Scouts. Esas cosas eran demasiado adictivas. Seguro que estaban adulteradas con crack.

No le veía la cara a Tipo Poncho, debido a la oscuridad de la noche y a las sombras que creaba la capucha. Sin embargo, su amenaza la entendí muy bien.

—¿La han enviado los polis? —preguntó al tiempo que ladeaba la cabeza.

—Hoy no. —Sonréí, fingiendo que la lluvia no me salpicaba la cara.

—¿Tiene invitación?

—Recibí una invitación para la fiesta de pijamas de Nancy Burke cuando estaba en sexto curso. Jugamos a la botella. Tuve que besar a una tortuga que se llamaba Esther.

—¿En serio? Bueno, como no la conozco, me importa una mierda.

—¡Ah! —Saqué la mano a través de la ventanilla—. Me llamo Charley.

El hombre retrocedió y me hizo un gesto para que me diera la vuelta.

—No puede entrar. Vuelva por donde ha venido.

Mierda. Debería haberme puesto un vestido atrevido y haberle dicho que me llamaba Bunny.

—Espere! —Busqué bajo el salpicadero el dinero de emergencia para capuchinos con chocolate—. He venido a hablar con Reyes Farrow.

El tipo no parecía nada impresionado.

—Farrow no habla. Ahora vágase si no quiere que la saque del vehículo y le dé una buena patada en el culo.

Ese comentario era del todo innecesario. En una reacción involuntaria, mis dedos palparon a ciegas la puerta hasta que encontraron el seguro. Solo por si acaso. Luego le ofrecí el billete de cincuenta dólares y decidí seguirle el juego. Fingiría ser una chica desamparada tan enamorada del dios Reyes que haría cualquier cosa para entrar. Cualquier cosa para verlo.

—Por favor. Solo quiero verlo. Solo... quiero ver.

Con un profundo suspiro, el del poncho me arrancó el billete de la mano.

—Si la pillo grabando algo, la sacaré de ese edificio y le daré una buena patada en el culo.

Madre mía, al tío le gustaba repetirse.

—Gracias. —Parpadeé unas cuantas veces a modo de concesión, aunque también se debía a la lluvia que me golpeaba la cara—. Se lo agradezco muchísimo.

El tipo frunció el ceño y realizó un barrido con la linterna hacia la izquierda para mostrarme dónde debía aparcar. Seguí sus indicaciones, cogí una de las chaquetas desechadas del asiento trasero para utilizarla como paraguas improvisado, me despedí con la mano del muchacho que estaba allí mirando al infinito, y luego corrí hacia la puerta lateral, por la que había visto entrar a una pareja poco antes. Por desgracia, me pararon de nuevo. Otro tipo grande con un poncho de plástico negro. Que quería dinero.

—Cincuenta pavos —dijo con voz monótona.

Ni hablar.

—¿Cincuenta pavos? Acabo de dárselos a ese tipo para que me dejara entrar.

Solo veía la parte inferior de la cara del tipo. Sonrió.

—Eso era por aparcar. Para entrar hay que pagar otros cincuenta.

Vaya mierda. Era un asco que te extorsionaran. Saqué la cartera mientras un grupo de hombres protestaban detrás de mí.

—Está lloviendo, señora. Dese prisa.

—Esto va a ser la hostia —dijo otro, ignorando a su amigo.

—Ya te digo. He oído que permanece invicto.

—Pues claro que permanece invicto. ¿Tú has visto a ese tío? Se mueve como una jodida pantera.

Puesto que sabía muy bien de qué estaban hablando, registré mi cartera en busca de la otra reserva extra para capuchinos con chocolate. Eso era todo lo que tenía, y más valía que sirviese.

—No sé. Creo que yo podría con él —dijo otro.

Eché un vistazo por encima del hombro mientras sus amigos lo miraban con la boca abierta.

El hombre sonrió.

—Si él estuviera desarmado y yo tuviera un AK-47 en las manos.

Se echaron a reír en plan colegas hasta que notaron que yo había dejado de buscar el dinero. Uno de ellos me propinó un golpe con el hombro que me hizo dar tres pasos hacia atrás.

—Venga, encanto. Queremos ver una pelea.

—Joder, ya ha empezado.

Oí el estruendoso rugido del público al otro lado de la puerta.

—Tome —dijo uno de ellos, entregando un billete de cincuenta al tipo del poncho y pasando por mi lado.

Los demás lo imitaron, y muy pronto supe lo que sentía una lavadora en el ciclo de centrifugado. Me empujaron contra el Tipo Poncho número dos y, cosa extraña, un billete de cincuenta apareció como por arte de magia en mi mano. Probablemente porque yo lo había mangado cuando el último tío pasó por mi lado, justo en el instante en que tanto el que lo daba como el que lo recibía creía que lo tenía el otro.

—Aquí tiene.

Levanté el billete con un entusiasmo exagerado, aunque el portero no pareció darse cuenta. Me lo quitó de las manos y luego me ayudó a entrar con un empujón muy poco amable. ¡Madre mía! Avancé a trancas y barrancas mientras otras personas entraban detrás de mí, y me acerqué a toda prisa a un punto bien iluminado del lugar que, por lo demás, era un almacén vacío y muy oscuro. El olor de la suciedad se mezclaba con los aromas de la cerveza, el humo y la colonia masculina. Me gustaban las cosas masculinas. Sobre todo la colonia.

Aun así, seguí adelante muy alerta.

A medida que me acercaba a la acción, me di cuenta de que había muchas más personas de lo que suponía. La gente, en su mayoría hombres, gritaban alrededor de lo que parecía una jaula de malla metálica como las que salían en televisión, solo que más tosca. La burda estructura no tenía acolchado en las barras, y la puerta de entrada estaba asegurada con una cadena y un candado cerrado desde fuera. Eso no podía ser bueno.

A juzgar por los vítores de la multitud, era evidente que allí todo el mundo tenía más sed de sangre que de la cerveza que bebían a raudales. Se compraban bebidas. Se hacían apuestas. Se lanzaban los puños. Me sorprendió bastante que hubiera tantas mujeres

presentes, pero luego me di cuenta de que no gritaban como los hombres. Se limitaban a observar, y sus ojos estaban clavados en una sola cosa. Fue entonces cuando lo vi. Cuando vi a Reyes Alexander Farrow. A través de la malla metálica, me concentré en la acción, en el espectáculo que aquella multitud deseaba ver.

Hola. Soy Problemas.
He oído que me andabas buscando.

(Camiseta)

Angel no bromeaba. Reyes estaba metido en la lucha de jaulas. Me resultaba un término tan extraño que al principio creí que había dicho «lucha de gatas». Dejé mi desconcierto a un lado y me abrí paso a empujones entre la multitud para poder verlo desde más cerca. Los luchadores no llevaban los pantalones cortos típicos del boxeo. El oponente de Reyes llevaba un chándal, y Reyes solo se había puesto un pantalón vaquero. Tenía la mano cubierta de esparadrapo y le habían vendado el torso y un hombro. Los luchadores heridos no podían competir en ningún caso en una pelea autorizada. Eso era tan legal como robar en una tienda.

En el instante en que percibió mi cercanía, apartó la vista de la tarea que tenía entre manos —una tarea que implicaba sangre, sudor y un oponente de ciento treinta y cinco kilos— y me miró a los ojos. La sorpresa que asomó a su rostro fue tan minúscula, tan efímera, que dudaba que alguien la hubiera notado salvo yo. Se recuperó de inmediato. Su expresión se endureció, sus músculos fibrosos se tensaron, y el chico al que tenía apresado en una llave gritó de dolor un segundo antes de golpear el suelo de la jaula para indicar que se rendía.

Seguro que para un hombre como ese, sin duda un luchador experimentado, resultaba difícil golpear el suelo y admitir su derrota, pero el dolor que le infligía Reyes debía de ser horrible.

Y aun así, Reyes no se detuvo. No dejó que se levantara. Un árbitro improvisado corrió al interior de la jaula cuando el chico golpeó el suelo de nuevo. El dolor que contorsionaba sus rasgos hizo que se me encogiera el estómago, pero los ojos de Reyes no se apartaron de los míos. Me observó con furia y apretó la mandíbula mientras sujetaba a su oponente con más fuerza aún. El árbitro intentaba desesperadamente separar a Reyes de su rival. Otros dos hombres entraron en la jaula, pero ninguno de ellos mostraba ni de lejos el entusiasmo del árbitro. Se aproximaron con mucha más cautela mientras la multitud rugía entusiasmada. Suplicaba sangre. O, mejor dicho, más sangre. El dolor del hombre era abrumador. Palpitaba en agudas oleadas líquidas que recorrían mis venas como si fuera hemoglobina.

Agaché la cabeza, aunque no desvié la vista.

—Para, por favor —susurré.

Reyes soltó al hombre de inmediato y se dejó caer sobre los talones con una advertencia lasciva pintada en su maravilloso rostro.

No me quería allí, eso era obvio, pero había algo más que eso. Estaba cabreado. Él, que me había tendido una trampa solo para verme caer. Pues por mí como si besaba mi blanquísimo culo de mil maneras distintas. Menuda jeta.

El oponente yacía en el suelo, sollozando y retorciéndose de dolor. El último

apretón de Reyes debía de haberle causado alguna lesión. Reyes no le hacía ni caso. Tampoco le hacía caso al árbitro, que lo acosaba con amonestaciones verbales, ni a un chico que hizo ademán de ponerle una mano en el hombro para reconfortarlo antes de pensárselo mejor. Tras ponerse en pie de un salto, salió de la jaula como si tuviera una cita en algún otro lugar. Los vítores y felicitaciones lo aclamaron mientras se abría paso entre el gentío. Tampoco hizo caso de eso. Por suerte, la gente tuvo el buen juicio de ir apartándose.

Siguió su camino sin dificultades y atravesó una puerta que conducía a una estructura grande y cuadrada situada en el rincón opuesto. Las oficinas, tal vez. Los entrenadores ayudaron al otro tipo a ponerse en pie y lo llevaron en dirección opuesta mientras uno de los encargados fregaba la sangre de la lona.

Mis pies avanzaron en la dirección que seguían todas las miradas. Las estancias del rincón. Me abrí paso entre la multitud desatada y las enamoradas sin remedio. Muchas de ellas revoloteaban cerca de la puerta, pero ninguna se atrevía a entrar. El hecho de que dicha puerta no tuviera protección alguna me sorprendió. Salió otro hombre, más bajo y más fornido que Reyes, con las manos cubiertas de esparadrapo; golpeaba con los puños a un enemigo imaginario mientras se dirigía a la jaula.

Y todo el mundo se volvió loco.

Atravesé la puerta y me adentré en una especie de vestuario industrial. No se parecía al de los gimnasios, limpio y aseado, sino al de las viejas fábricas, mugriento, oscuro y deprimente. Tres filas de taquillas metálicas dividían por la mitad aquella estancia llena de vapor. A la izquierda había varias oficinas cerradas y un escritorio. A la derecha...

—Y querían que lo alargaras más. —Una voz masculina salió de esa misma dirección—. Ya hablamos de esto, ¿recuerdas?

Seguí la voz y dejé atrás las taquillas hasta que llegué a una zona despejada con bancos y un par de mesas. Las duchas estaban un poco más adelante y, al parecer, había alguien utilizándolas. El vapor flotaba alrededor de Reyes, que estaba sentado en una de las mesas. Un hombre, seguramente su entrenador, estaba de pie delante de él, envolviéndole las manos con cinta blanca, como en las películas. Reyes llevaba unos vaqueros de cintura baja que dejaban ver gran parte de la depresión situada entre las caderas y el abdomen, y la imagen hizo que se me doblaran las rodillas. Tenía más vendajes y esparadrapo alrededor del hombro y las costillas, así que tuve que esforzarme por aplacar mi preocupación. Y en lo referente al resto de su persona, su piel cobriza se estiraba con elástica elegancia sobre un sólido marco de músculos duros y curvas fibrosas. Era sencillamente magnífico.

Cuando conocí a Reyes, yo todavía estaba en el instituto. Mi hermana Gemma y yo lo vimos una noche a través de la ventana de la cocina de su apartamento. Era una zona mala de la ciudad, y lo que vimos lo demostraba. Un hombre —un hombre que, como más tarde descubriría, se llamaba Earl Walker, el monstruo que crió a Reyes y que, años después de aquello, me había torturado casi hasta la muerte en mi propio apartamento— le estaba dando una paliza. En aquella época, Reyes tenía diecinueve años. Era fiero. Salvaje. Y hermoso. Pero el hombre era enorme. Sus puños aporrearon a Reyes hasta que este fue incapaz de mantenerse en pie. Hasta que no pudo defenderse.

Para evitar que lo matara, lancé un ladrillo a través de la ventana de la cocina. Funcionó. El hombre se detuvo. Pero aquel ladrillo fue como ponerle una tiritita a una herida de bala. Años después descubrí que Reyes había pasado alrededor de una década en prisión por matar a Earl Walker, y más tarde averigüé que Earl Walker estaba vivo. Había fingido su propia muerte, y Reyes había ido a prisión por un crimen que no había cometido. El problema era que Reyes escapó de prisión para demostrar su inocencia y me utilizó como

cebo para que Walker saliera de su escondite. El resultado fue que estuve a punto de morir. La vida de Cookie y la de su hija, Amber, también corrieron peligro.

Todo eso sumado al hecho de que Reyes era, literalmente, el hijo de Satán, engendrado en los fuegos del pecado y la degradación, era algo difícil de pasar por alto. No obstante, también era la entidad oscura que me había seguido durante toda mi vida. Que me había salvado en más de una ocasión. Sus actos contradecían todo lo que había llegado a creer sobre dicha oscuridad. Sobre esa ambigüedad.

Y ahora me encontraba al borde del precipicio de la indecisión. ¿Me atrevería a confiar en él de nuevo? ¿Me atrevería a creer lo que me dijera? Había pasado dos meses encerrada en mi apartamento reflexionando sobre esas preguntas.

En ese instante percibí su calor y me acerqué un poco. La familiar calidez que salía de su cuerpo en suaves estallidos nucleares era como el escozor de un bálsamo, calmante y molesto a un tiempo. Me detuve bajo la luz cegadora del fluorescente, pero él no levantó la vista. Eso me dio la oportunidad de estudiarlo con más detenimiento, de determinar cuánto lo había cambiado la libertad. No mucho, según pude comprobar. Tenía el pelo igual de largo que dos meses atrás. Los gruesos mechones colgaban sobre su frente y se rizaban por detrás de la oreja. Su mandíbula, con ese rictus duro y tenaz que siempre lo acompañaba, mostraba la sombra de la barba de un día. Esa sombra enmarcaba sus labios grandes con deliciosa precisión, y a mí se me hizo la boca agua.

Me obligué a alejar la vista de su rostro y me fijé en sus hombros amplios, desnudos para la pelea, en los que se apreciaban los antiquísimos tatuajes con los que había nacido. Los tatuajes que eran a la vez un mapa y una llave de las puertas del infierno. Yo sabía interpretar un mapa tan bien como cualquier otra chica, pero ¿por qué nadie quería utilizar un mapa para viajar a otro plano de existencia y atravesar la desolación del infinito a fin de llegar a un lugar en el que nadie deseaba estar?

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Reyes sin apartar los ojos de los quehaceres de su entrenador.

Era tan increíblemente guapo que tardé un momento en percatarme de que se dirigía a mí. Hacía dos meses que no lo veía, y antes de eso solo lo había visto en carne y hueso en contadas y efímeras ocasiones. Y en todas ellas sentí esa misma mezcla de preocupación y felicidad. Sin importar lo cabreado que estuviera, su atractivo animal y su belleza actuaban como un imán. Y al parecer yo era un clip. Cada célula de mi cuerpo me pedía que avanzara.

El entrenador levantó la cabeza confundido, y se dio cuenta de que había otra persona en la sala. Se volvió hacia mí con una expresión desaprobatoria.

—No puede entrar aquí.

—Necesito hablar con su luchador —dije, dándole tanta autoridad a mi voz como pude. Aunque debo admitir que no fue mucha.

Al final, con infinito cuidado, Reyes alzó los párpados hasta que pude ver el brillo de sus ojos oscuros. Mi corazón se detuvo de pronto, a pesar de mis intentos por obligarlo a seguir latiendo. Reyes separó un poco los labios y mi mirada se posó en esa zona una vez más. Su boca se tensó a modo de respuesta.

—Lo que necesitas es largarte de aquí.

No presté atención a la marea de calor que inundó mi cuerpo al oír su voz grave y sensual. Enderezé los hombros, dio un paso adelante y le entregué el papel que había arrugado en el instante en que lo vi en la jaula.

—Te he traído la factura.

Sus abundantes pestañas negras descendieron mientras estiraba el brazo para coger el papel con la mano libre.

—¿De qué es esta factura? —preguntó mientras le echaba un vistazo a lo que yo había escrito.

—Es lo que me debes por mis servicios. Encontré a tu padre, y estuve a punto de morir en el proceso. Mi trabajo como investigadora privada es justo eso, señor Farrow: un trabajo. A pesar de lo que usted pueda creer, no soy su chica de los recados personal.

Enarcó una ceja en el instante en que me oyó utilizar su apellido, pero se recuperó enseguida. Le dio la vuelta al papel.

—Está escrita en un recibo de Macho Taco.

—Tuve que improvisar.

—Y es una factura de un millón de dólares.

—Soy cara.

Un minúsculo asomo de sonrisa apareció en la comisura de su boca.

—En estos momentos no tengo un millón de dólares.

—Podemos acercarnos a la terminal bancaria más próxima, si eso sirve de algo.

—Por desgracia, no. —Dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo trasero. Y lo único en lo que pude pensar fue en lo mucho que me habría gustado ser aquel recibo de Macho Taco en esos instantes—. Estoy sin blanca —añadió.

Aunque no podía leer sus emociones, sabía que eso era una mentira descarada. Mejor, porque las mentiras no tenían ningún efecto en mí. No podía decirse lo mismo de la lujuria. El deseo tórrido y visceral me obligaba a esforzarme para mantener rectas las rodillas. Pero las mentiras me dejaban fría. Y hablando del tema...

—¿Por qué luchas?

Eché un vistazo alrededor para comprobar las miserables condiciones del lugar. Incluso en las luchas ilegales debería haber ciertas garantías sanitarias. Aquello era una locura.

—Ya te lo he dicho: estoy sin blanca. Necesito dinero.

—No estás sin blanca —repliqué.

Reyes se apartó del hombre que le vendaba la mano y se levantó de la mesa.

Di un paso atrás, recelosa. Él me siguió con movimientos fluidos. Poderosos.

Pero yo guardaba unos cuantos trucos en la manga. Había llegado el momento de sorprender y amenazar.

—Tienes unos cincuenta millones esperando a que les pongas tus ardientes manitas encima.

Reyes se quedó inmóvil, y esa era su señal delatora. Mientras que otros soltaban una exclamación ahogada o abrían los ojos como platos a causa de la sorpresa, Reyes se quedaba muy quieto; por eso supe que había dado en el clavo.

—Te equivocas —dijo con una voz que parecía seda deslizándose sobre el frío y duro acero.

—Me lo dijo tu hermana —expliqué.

Aunque no estaban biológicamente emparentados, Reyes había crecido con una niña a la que consideraba su hermana en todos los sentidos. Ambos habían sufrido abusos extremos, aunque de distintas formas. Earl Walker, el tipo que me había torturado, fue quien los crió. Walker, fiel a su enfermiza forma de ser, se había negado a darle agua y comida a Kim hasta que Reyes complaciera sus horrendas exigencias. Tanto Kim como Reyes vivieron una pesadilla a manos de un monstruo, y en su esfuerzo por mantener a su

hermana a salvo, Reyes negó conocerla cuando fue arrestado por el supuesto asesinato de su padre. Aun así, había conseguido de algún modo convertirla en millonaria mientras estaba en prisión.

Mordió el anzuelo.

—Ese dinero no es mío, sino de ella.

Crucé los brazos.

—Ella no piensa gastárselo. Jura que es tuyo.

—Se equivoca. —Se acercó un paso más—. Además, creí que habíamos acordado que te mantendrías lejos de mi hermana.

No había sido un acuerdo, sino una amenaza por su parte, pero decidí no aclarar ese punto.

—Hablé con ella hace mucho, cuando escapaste de prisión. Te habían herido y estaba preocupada.

—¿Por qué te preocupas? —Otro paso más—. Lo último que me dijiste fue: «Vete a la mierda».

Me obligué a no moverme de donde estaba. Él solo avanzaba hacia mí para obligarme a retroceder, una táctica que utilizaba cuando necesitaba ejercer su autoridad.

—Solo dije lo que pensaba.

—La expresión de tu cara lo decía todo.

—¿Te refieres a la cara con la enorme cuchillada con la que tu padre la dividió en dos? —Después de eso, se situó justo delante de mí—. ¿Esa cara?

Se quedó pálido.

—No es mi padre.

—Lo sé. Pero luchar aquí es una locura. Es como si desearas la muerte.

—Eres tú la que lo ha dicho.

—¿Qué se supone que significa eso?

Reyes apretó la mandíbula, frustrado, antes de responder.

—Procuro guardar las distancias, como tú me pediste. —Se acercó aún más, y en esa ocasión no tuve más remedio que retroceder, pero un paso más me llevaría hasta un muro de bloques de hormigón. Reyes colocó un brazo por encima de mi cabeza para intimidarme—. No me lo pones nada fácil.

Sentí un estallido de emociones en lo más hondo del pecho. Reyes Farrow incendiaba todas y cada una de mis células, como si estuviera hecha de gasolina y una mera chispa bastara para envolverme en llamas. Él sabía el efecto que causaba en mí. Tenía que saberlo. Y eso era lo que me mantenía cuerda. Lo que evitaba que extendiera el brazo para acariciar con los dedos los vendajes de sus costillas. Que los hundiera en la parte delantera de sus vaqueros.

En lugar de eso, respiré hondo en un intento por calmarme.

—Te vi esta mañana.

Frunció un poco el ceño, así que me expliqué mejor.

—Al lado de mi edificio. Te vi allí de pie. ¿Me estás acosando?

—No —dijo antes de apartar el brazo de la pared y darse la vuelta—. Intento cazar a un animal muy distinto.

—¿Y ese animal vive en mi edificio?

Reyes se alisó la cinta que le cubría las manos.

—No, pero ese animal quiere lo mismo que la mayoría.

Sus palabras me aceleraron el pulso y me hicieron jadear. La única cosa que quería

atraparme, el único animal al que Reyes daría caza, era un demonio.

De pronto estaba delante de mí y me rodeaba el cuello con una mano para impedir que huyera.

—Apestas a miedo.

Luché en vano para liberarme.

—¿Y de quién es la culpa?

—Mía, y me disculpo de nuevo, pero tienes que superarlo de una puta vez.

—Apretó hasta que mi piel no tuvo más remedio que absorber las oleadas de calor que despedía su cuerpo. Las inhalé, y jadeé cuando se acumularon en mi abdomen y bajaron por mis piernas—. A ellos les encanta —me dijo al oído—. Es como una droga. Del mismo modo que el olor de la sangre atrae a los tiburones, el olor del miedo los atrae a ellos, los vuelve locos. Es a la vez un cebo y un afrodisíaco.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque fui uno de ellos, y no hay nada que desee más que llevarte a esas duchas, arrancarte la ropa y hacer mío cada centímetro de tu cuerpo.

Cerré los ojos ante la imagen que conjuraban sus palabras.

—Eso quieres hacerlo siempre.

—Ciento, pero ahora el deseo es más intenso. Eres el ángel de la muerte, y para uno de los míos no hay nada tan apetecible en el mundo como la posibilidad de lamer el miedo en tu piel.

Nunca me había dicho eso. Había muchas cosas que no me había dicho nunca, pero esa en particular me habría gustado saberla.

—Nunca te lo he dicho porque nunca ha sido un problema —replicó, cosa que me dejó atónita.

Lo había hecho de nuevo. Me había leído el pensamiento. Lo miré a los ojos, asombrada.

—Lo llevas escrito en la cara, Holandesa.

Ahí estaba otra vez. «Holandesa.» El misterioso apodo que me había puesto. Un apodo que aún no entendía.

—Puedo verlas —continuó—. Tu confusión. Tus dudas. No te leo el pensamiento. Pero al igual que tú, soy capaz de percibir las emociones. Y eso nunca ha sido un problema porque tú nunca habías tenido miedo antes. No así.

—Te equivocas —dije en un susurro entre asombrado y temeroso—. Siempre te he tenido miedo.

Eso pareció detenerlo. Aflojó la mano lo suficiente para que me escabullera. Y me escabullí. Me libré de él a toda velocidad y me alejé. Reyes mantuvo la mano apoyada en la pared y respiró hondo en un intento por controlar sus emociones.

—Lárgate antes de que cambie de opinión y vuelva a agarrarte.

Negué con la cabeza.

—No me iré hasta que me prometas que dejarás de luchar.

Eso llamó su atención.

—¿Estás de coña?

—Ahora mismo no. —Si de verdad tenía algún poder sobre él, aquel era sin duda el momento idóneo para utilizarlo. Levanté la barbilla para mirarlo de igual a igual—. Te prohíbo que luches.

Un súbito estallido de furia me golpeó como si de una muralla de fuego se tratara. Reyes se enderezó y empezó a acercarse.

—Eres tú la que insiste en que conserve este cuerpo. ¿Y ahora te atreves a decirme lo que puedo o no puedo hacer con él?

Tenía razón. Había insistido en que conservara su cuerpo mortal cuando quiso morir. Y todavía quería que lo hiciera.

—Más o menos —dijo, cuadrando los hombros.

—Bien, en ese caso, ¿qué te gustaría exactamente que hiciera con él?

Una pregunta cargada de segundas intenciones. Estaba a mi lado de nuevo, y cada vez más cerca, lo que me obligó a retroceder hasta que choqué contra la mesa en la que él se había sentado antes. Su calor se filtraba por todos los poros de mi cuerpo.

—Necesito respuestas, y no las conseguiré si acabas muerto en una pelea ilegal dentro de una jaula. ¿Tienen acaso algún médico de servicio?

—¿Muerto? —preguntó con sorna, como si la idea le pareciera ridícula.

Señalé los vendajes que llevaba.

—No eres tan indestructible como te crees.

Se echó a reír, una risa dura que resonó en las taquillas metálicas.

—¿De verdad crees que un humano me ha hecho esto?

Tardé un momento en entenderlo. Y cuando lo hice, lo miré boquiabierto.

—Ellos... ¿Quieres decir que...?

—¿Rey?

Retrocedí un poco más mientras luchaba por que la estancia dejara de dar vueltas. Demonios. Estaban allí. De nuevo en la Tierra. Y Reyes luchaba contra ellos.

Miré por encima de su hombro hacia la mujer que había entrado en la sala.

—¿Estás listo para la siguiente pelea? Preguntan por ti.

Él no la miró. No apartó la vista de mí.

—Wendell quiere que luches en esta última —dijo la mujer con voz débil, insegura.

Pude percibir la ansiedad que desprendía incluso desde donde me encontraba.

Cuando una mujer alta con el pelo rubio y corto se situó bajo la luz, comprendí quién era y casi me da un patatús. ¿Elaine Oake? ¿La mujer de la página web? ¿La mujer con un museo dedicado nada más y nada menos que a Reyes Farrow? ¿Un museo lleno de docenas de objetos que le robó o sacó de la prisión gracias a los guardias? ¿Unos guardias a los que ella pagó? ¿Estaba allí? ¿Con él?

Al recordar que no era más que una fanática de las prisiones, una mujer que había acosado a Reyes durante todo el tiempo que estuvo encarcelado, que había pagado a los guardias para conseguir información sobre él, para que le robaran cosas de la celda y le hicieran fotos cuando estaba distraído, dejé de preocuparme por la posibilidad de que los demonios campanaran a sus anchas por los valles y colinas de la Tierra y empecé a preocuparme por la posibilidad de que aquella mujer estuviera campando a sus anchas por los valles y colinas del cuerpo de Reyes. Algo parecido a un amargo y furioso arrebato de celos explotó en mi pecho y me provocó un humillante estallido de resentimiento.

Luché para aplacarlo, pero ella debió de notar el asombro en mi rostro. El suyo mostraba lo mismo. Y también su inseguridad. Reyes estaba demasiado cerca, y estaba claro que eso no le hacía ninguna gracia. En ese momento me reconoció, y su desconcierto fue aun mayor.

—¿Rey? —preguntó de nuevo—. ¿Sabes quién es?

Él dejó escapar un fuerte suspiro con los dientes apretados.

—Sí.

—Ah, vale. —Se acercó a nosotros—. ¿Estás aquí por un caso? —me preguntó con

una mirada tan esperanzada que casi sentí pena por ella.

—Estoy aquí para cobrar, sí.

—Ah, bueno, sea lo que sea, yo te lo pagaré. Soy la manager de Reyes. —Se volvió hacia él y colocó una mano tímida sobre su brazo—. Tienes que prepararte. Esta lucha casi ha terminado. —Luego se obligó a sonreír—. Además, todos han venido a verte a ti. Esa pelea solo es de relleno, algo con lo que limpiar el paladar entre rondas.

¿Reyes iba a luchar otra vez esa noche? ¿Y a ella le parecía bien?

Me entraron unas ganas tremendas de arrancarle ese pelo rubio perfectamente cardado, y me reprendí por ello. Reyes no era mío. No podía decirle lo que debía hacer, ni si debía pelear o no, y él lo sabía. Se había pasado en prisión casi una década por un crimen que no había cometido, y allí estaba yo, intentando controlarlo. Igual que hicieron ellos. Cada día durante diez años. Cada movimiento, cada pensamiento, controlado por un custodio, un guarda o un alcaide.

Pero aun así... ¿Elaine Oake?

—Y tenemos que volver a casa antes de que aparezcan los nuevos patrocinadores —añadió—. Están impacientes por conocerte.

Estuve a punto de desmayarme. ¿A casa? ¿Estaba viviendo con ella? La profundidad de mi asombro no conocía límites. Me quedé aturdida un momento, mientras asimilaba mis nuevos descubrimientos.

Reyes examinaba mi rostro y vigilaba cada uno de mis movimientos, cada una de mis reacciones.

—¿Puedes darnos un minuto? —preguntó, aunque no supe muy bien con quién de nosotras hablaba. Tampoco sabía si me importaba.

—Vaaale —dijo Elaine. Salió de allí muy despacio, como si le costara un mundo hacerlo.

—¿Estás viviendo con ella? —pregunté con un hilo de voz—. ¿Tienes idea de quién es esa mujer?

—Sí. —Aguardó un momento y después añadió—: Y sí.

Se me escapó una leve risotada de incredulidad. No pude impedirlo. Me di la vuelta para marcharme, pero apoyó las manos en la mesa y me bloqueó el camino. Eché un vistazo a Elaine. Se había detenido un poco más allá del muro de taquillas, y no pasó por alto el gesto de Reyes. Y yo no pasé por alto su expresión herida.

Bienvenida al mundo de Reyes Farrow.

—Tienes que irte —le dije.

—No me has contestado. ¿Qué quieres que haga con este cuerpo que te empeñas en que conserve?

Le dirigí una mirada cargada de odio.

—Mándalo de vuelta al infierno.

Su sonrisa fue como un atizador al rojo vivo en mi vientre. ¿Acaso le divertía todo aquello? ¿Mi estupefacción? ¿Mi dolor?

—No puedo hacer eso cuando hay tantas cosas entretenidas aquí en la Tierra.

—¿Entretenidas? ¿Eso es lo que soy para ti? ¿Un entretenimiento?

Un hombre entró en la sala. Su entrenador.

—Te toca.

—¿Y bien? —preguntó Reyes, que todavía aguardaba una respuesta razonable.

La situación se estaba volviendo absurda. Vi a Elaine, que estaba justo al otro lado de la puerta, observándonos con un ceño de preocupación.

—Tu novia está agobiada —dije en un intento por cambiar de tema.

—¿Celosa?

—En absoluto.

—Pues pareces celosa.

—No estoy celosa. Es solo que no me puedo creer que tengas...

—¿Estos abdominales?

Sentí un nudo en el estómago. Respiré hondo para calmarme antes de volver a hablar.

—Tan mal gusto.

—A mi gusto no le pasa nada. —Me alzó la barbilla con la mano—. Tú no me quieras cerca, así que ¿qué más te da?

—Me da igual.

—Entonces ¿por qué estás aquí?

—Me debes dinero por mis servicios.

—Anda ya... ¿Y todas las veces que te he salvado la vida?

Encogí un hombro.

—Envíame una factura.

Reyes se inclinó hacia delante.

—Preferiría follarte —susurró.

—Y yo preferiría que cambiara de tema.

—Pero no has respondido a mi pregunta. —Pegó la boca a mi oreja y dejó que su aliento me acariciara el cuello y se derramara sobre mi hombro en una embriagadora marea de placer—. ¿Qué quieres que haga con mi cuerpo, Holandesa?

Tardé un buen minuto en responder.

—Llévalo a ver a tu hermana.

Mencionar a su adorada hermana fue como arrojarle un cubo de agua helada en la cara. Se enfrió al instante, y su cuerpo se quedó rígido, tenso.

—Te toca —repitió el entrenador, esta vez con más firmeza—. Sal ahí y...

Cuando Reyes se volvió hacia él como una cobra dispuesta a atacar, el hombre retrocedió. Abrió los ojos durante un instante y levantó las manos en un gesto de rendición.

—Perderemos la pelea si no sales ahí fuera. Eso es todo lo que digo.

Reyes pareció calmarse. Me miró de nuevo, introdujo los dedos bajo el cuello de mi chaqueta y tiró de él hasta que mi boca quedó a escasos centímetros de la suya.

—Vete a casa.

Me soltó con un suave empujón y yo le di un manotazo en la mano como respuesta. Pero él ya se dirigía hacia la puerta.

Vete a casa... Una mierda.

¿Por qué matarlos con delicadeza
cuando puedes utilizar un hacha?

(Camiseta)

Me situé en una zona menos concurrida del almacén, todavía aturdida. ¿Estaba viviendo con ella? ¿Con esa mujer? ¿Con esa acosadora? Decir que estaba atónita habría sido el mayor eufemismo del mundo. Houston, tenemos un problema. Estaba pasmada.

Joder con el tío, ¿estaba viviendo con ella? Mis celos parecían no tener fin, y detestaba sentirme así. Habría preferido ser atacada por hormigas rojas rabiosas que sentir celos. Se trataba de una emoción pueril, una mezcla de miedo, rabia, humillación e inseguridad. Bajé la vista hasta las partes femeninas de mi pecho, también conocidas como Peligro y Will Robinson. Estaba claro que no tenía motivos para sentirme insegura.

Aunque no deseaba en absoluto ver pelear de nuevo a Reyes, me escabullí hasta un rincón oscuro para hacer precisamente eso. Él no podría verme allí, así que no se cabrearía sin motivo. Por suerte, la plataforma era lo bastante alta para permitirme ver la acción por encima de la multitud de espectadores. Aun así, me subí a un pilón de cemento que sujetaba una viga metálica, me abracé a la viga y busqué a Reyes con la mirada.

Acababa de terminar de hablar con su entrenador y había dado la vuelta para entrar en la jaula, pero no había hecho más que dar el primer paso cuando se detuvo. Bajó la mirada. Respiró hondo. Y luego me dirigió una mirada furiosa. Me escondí mejor en el rincón. ¿Cómo era posible que me hubiera visto? Quizá estuviera mirando a otra persona. Inclinó la cabeza antes de levantar un brazo y señalar la salida que había a mi espalda.

Como si se tratara de un movimiento coreografiado, el mar de cabezas que tenía delante se volvió para investigar. Yo también me volví, para que no creyeran que me había señalado a mí. Cuando giré la cabeza de nuevo, Reyes tenía los brazos cruzados y me miraba fijamente. Salté del pilón y crucé los brazos también. Aunque, a diferencia de los tuyos, mis brazos cruzados eran un gesto de desafío. Si tanto deseaba que me fuera, tendría que sacarme de allí él mismo.

No, un momento... Quizá esa no fuera una buena idea.

Todavía no había decidido qué hacer cuando la multitud empezó de nuevo con los vítores, ya que el oponente de Reyes acababa de salir de la zona opuesta a la suya. Reyes dejó de mirarme para observar al tipo que había aparecido en las escaleras. Y entendí por qué. Era incluso más grande que el anterior, más musculoso. Reyes era un hombre grande, pero esbelto y sólido, más rápido que fuerte. Aquel tipo era todo fuerza. Parecía más un culturista profesional que un luchador. Y aunque Reyes tenía una estatura asombrosa, aquel hombre debía de medir al menos quince centímetros más.

Me dio un vuelco el corazón y se me secó la garganta al verlo. Sabía que Reyes era un ser sobrenatural, pero estaba herido, y aquel tipo era enorme. Di un paso hacia delante cuando él entró en la jaula. Pero Reyes se quedó en las escaleras, frente a la entrada.

Observando. Estudiando. Bajó los brazos, agachó la cabeza y vigiló a su oponente a través

de las pestañas, como si esperara algo. Pero ¿qué?

El gentío guardó silencio y contuvo el aliento mientras aguardaba. El rival se detuvo y miró fijamente a Reyes. Luego frunció el ceño y bajó la vista confundido. Y entonces lo vi: un borrón en sus movimientos. Una perturbación en su aura. El tipo sacudió la cabeza como si quisiera aclararse las ideas. Un instante después, tenía los ojos clavados en los míos. Los abrió como platos al verme, como si me reconociera. Aunque yo no tenía ni idea de por qué. Nunca había visto a ese hombre. Sin embargo, cuando soltó un alarido animal, el miedo descendió a la velocidad del rayo por mi columna vertebral y se extendió por mi piel.

Trastabillé hacia atrás mientras el rival de Reyes hacía caso omiso de las puertas de salida y saltaba sobre la jaula con la rapidez y la elegancia de un animal. Un animal enorme con los rasgos desfigurados por un odio intenso. Intenté parar el tiempo, detener su progreso —ya lo había hecho en el pasado, antes de lo ocurrido con Earl Walker—, pero no pasó nada. No podía controlar nada, ni siquiera el rugido del pulso que atronaba mis oídos.

En algún lugar dentro de la periferia de mi campo de visión, noté que Reyes trataba de interceptarlo. Se encaramó a la jaula de un salto y se abalanzó hacia su rival, pero falló por cuestión de centímetros. Echó el brazo hacia atrás, se agarró a la parte superior de la jaula, ejecutó una magnífica voltereta en el aire y se lanzó hacia el tipo de nuevo. Las paredes de la jaula se combaron debido a la presión de su peso y a la fuerza necesaria para catapultarlo hacia la multitud.

Desapareció detrás de su oponente. El inmenso luchador aterrizó a tan solo unos metros de mí y avanzó como un salvaje, derribando a todo aquel que se encontraba en su camino como si fuera un ariete. Su rostro era una máscara de furiosa determinación.

Y ni siquiera entonces lo reconocí.

Intenté darme la vuelta y huir. Intenté con todas mis fuerzas que mis pies corrieran en la dirección contraria, pero tan solo conseguí quedarme quieta y mirarlo. Ver cómo se acercaba cada vez más. Su boca vociferante babeaba tanto que parecía un perro rabioso. Me quería muerta. Y deseaba tanto mi muerte como los drogadictos su siguiente chute. Podía percibirlo con toda claridad. Sus intenciones asesinas me golpearon como una marea abrasiva un microsegundo antes de que lo hiciera él.

Chocó contra mí con la fuerza de un tren descontrolado y me dejó sin sentido, pero solo tuvo tiempo de enviarme volando hasta la pared antes de caer. Seguramente porque Reyes, también muy cabreado, estaba sobre su espalda. Había logrado derribar al luchador, quien no dejaba de emitir estruendosos alaridos guturales mientras intentaba quitárselo de encima. No obstante, el tipo siguió avanzando. No dejó de luchar ni de arrastrarse hacia mí mientras yo me apretaba contra la pared, absolutamente desconcertada. Y muerta de miedo. Me había dado un golpe en la cabeza al caer, y sentí un alarmante agujonazo de dolor que me atravesó como un tornado empeñado en zamparse la mitad de Barbara, mi cerebro.

Testigo de tan extraño y violento comportamiento, la multitud entró en pánico. Muchos ya estaban heridos cuando el rival de Reyes cayó al suelo, pero hubo muchos más cuando la gente se apretó una contra otra, algunos intentando salir y otros tratando de ver mejor lo que ocurría. Se oyeron gritos y gemidos, cada vez más altos a medida que aquella mole inmensa hacía todo lo que estaba en su mano para llegar hasta mí.

—¡Vete!

Miré a Reyes. Sujetar a aquel hombre requería todas sus fuerzas, y fue entonces cuando comprendí que aquel tipo no podía ser humano. Al menos, no del todo.

Se esforzó por agarrarlo mejor y lo atrapó con una llave antes de dirigirme otra

mirada furiosa.

—Joder, Charley, ¡lárgate de una puta vez! —gritó con los dientes apretados.

No había hecho más que ponerme en pie cuando el demonio le dio un codazo en la mandíbula a Reyes y consiguió liberarse el tiempo necesario para avanzar otros quince centímetros. Se concentró de nuevo en mí, con una expresión llena de desdén y de odio. La saliva formaba burbujas en su boca y le salía sangre de la nariz, pero su único objetivo era atraparme. Para avanzar, arañó el cemento con las uñas, que se le rompieron mientras luchaba por ganar terreno.

El caos que había a mi alrededor cobró vida propia. Se convirtió en una cacofonía frenética. Los gritos resonaron en todos los rincones del almacén mientras los espectadores corrían hacia las salidas. Estaba segura de que en aquellos momentos ninguno de ellos sabía de qué huía. La gente chillaba. La gente corría. Y con eso les bastaba. Imitaban a los demás porque no hacerlo habría sido perjudicial para su salud. Sencillamente, no tenían otra opción.

Empecé a correr hacia la puerta cuando vi a un chico que llevaba puesta una sudadera de los Slipknot con capucha. Se había caído, y quedaría atrapado en cuestión de segundos si nadie lo ayudaba. Intenté acercarme lo más rápido posible, pero la aglomeración de espectadores frenéticos me lo impidió. Perdí de vista al chico.

Luego oí otro rugido. Volví la cabeza para comprobar cómo estaba Reyes. El demonio le había sacado algo de ventaja, y ahora se encontraba de nuevo a escasos metros de mí. Mientras retrocedía paso a paso, incapaz de apartar la vista de Reyes y de La Masa, una especie de oscuridad emergió de él, del oponente, y el bruto se arrastró hacia mí con renovado fervor. Durante una fracción de segundo, otra cabeza asomó por encima de la suya. Tan negra y siniestra como los límites exteriores del universo. Con dientes afilados como una hoja de obsidiana y tan puntiagudos como una aguja. Un instante más tarde la bestia se había ocultado de nuevo en su interior, y entonces comprendí lo que acababa de ver. Un demonio.

No. Retrocedí de nuevo. No. Era un hombre poseído por un demonio. Había visto demonios antes, cuando torturaron a Reyes. Sus cuerpos se parecían a los de las arañas. Tenían patas nudosas dobladas en ángulos antinaturales. Sus cabezas sin ojos no eran más que dientes, dientes y más dientes. Y había uno dentro de ese hombre. Ese hombre que se sacudía con la feroz necesidad animal de hacerme pedazos. Se moría de ganas de atraparme, y su hambrienta necesidad llegaba hasta mí en oleadas.

Realizó un último y valiente esfuerzo por quitarse a Reyes de encima, pero Reyes era demasiado fuerte. Lo tiró al suelo y, con un rápido movimiento, retorció la cabeza del hombre hacia un lado y le rompió el cuello. El crujido surrealista que se oyó, el extraño ángulo de su cuello, la vida que escapaba de él con cada segundo... Todo eso me produjo otro subidón de adrenalina. Y su olor, a huevos podridos, asaltó mis sentidos.

Me entraron náuseas. Miré a mi alrededor en un intento por calmarme y averiguar quién había visto a Reyes partirle el cuello a aquel tipo. El almacén estaba ya casi vacío. Había unos cuantos despistados en las sombras, la mayoría porteros y un par de trabajadores más, y sus rostros contemplaban con pasmo al muerto.

Un momento después, Reyes se puso en pie. Me cogió por la chaqueta y me sacudió para que le prestara atención.

—¿Qué tengo que hacer para que me escuches?

Necesitaba un lugar en el que descargar la ingente cantidad de adrenalina que había desbordado mi organismo. Lo empujé con todas mis fuerzas, corrí hacia la pared y vacié el

contenido de mi estómago sobre el cemento.

Resultaba extraño. Nunca había reaccionado así después de un ataque. Por lo general me mostraba mucho más comedida. Y si no más comedida, por lo menos más erguida. Esa vez, sin embargo, apenas me tenía en pie. El mundo daba vueltas a mi alrededor mientras mi estómago se sacudía violentamente. Eso explicaba los temblores y la misteriosa compulsión de inclinarme hacia delante. Pero ¿por qué? ¿Por qué ahora? ¿Por qué con ese tipo?

Reyes no me dio tiempo a terminar, a recuperar el aliento. Volvió a agarrarme por la parte posterior de la chaqueta y me arrastró hacia la puerta. Me planteé luchar contra él, pero para eso habría necesitado una energía con la que no contaba. Me sentía como una muñeca de trapo en sus manos, con los brazos y las piernas flácidos e inservibles. Así que, en vez de eso, me preparé para discutir. Siempre tenía energías suficientes para discutir.

Me limpié la boca con la manga y contuve otra arcada.

—Suéltame —le dije con voz ahogada.

No lo hizo. Siguió arrastrándome por el suelo como si fuera una fregona. Me pareció que aquel trato era injusto e innecesario, pero contener la bilis requería toda mi energía mental.

Conseguí pronunciar unas palabras entre arcada y arcada.

—¿Qué era eso?

Lo sabía, por supuesto, pero resultaba demasiado irreal. Demasiado horrible para asimilarlo. No sabía si los humanos podían ser poseídos de verdad. Creía que no era más que un engaño de las pelis para poner la piel de gallina y provocar pesadillas. O algo que afirmaban los predicadores para mantener a los feligreses a raya.

Sin embargo, aquel hombre había sido poseído, tan seguro como que yo estaba allí de pie. Bueno, de pie, de pie... Más bien arrastrada por el suelo.

Estábamos a medio camino de la puerta cuando Reyes tiró de mí para situarme frente a él. Me agarró los hombros con una fuerza brutal y me miró con una expresión mucho más furiosa que, bueno, que comprensiva, digamos. Así que, como era de esperar, me cabré. Acababa de echar las tripas. ¿Es que no tenía decencia? Por desgracia, no podía hacer nada al respecto en esos momentos. Tragué saliva una vez más e intenté apartarle los brazos.

—Súbete a ese jeep tuyo y lárgate de aquí, o te juro por lo más sagrado que...

Estaba totalmente concentrada en la conversación, dispuesta a escuchar su amenaza número siete mil y a tomármela en serio, cuando oí otro crujido. Seguido de inmediato por un gemido gutural. Y luego otro crujido más. Y después otro gemido que parecía más la queja de un búho herido.

Miré hacia mi izquierda, donde yacía muerto el oponente de Reyes. Pero no estaba muerto. Se había puesto a cuatro patas y movía el cuello de un lado a otro, como si quisiera estirarlo después de una larga noche de sueño. La negrura lo rodeó de nuevo mientras el demonio de su interior se esforzaba por mantenerse dentro de los confines del cuerpo físico que habitaba.

Reyes tiró de mí hasta que su rostro estuvo pegado al mío.

—Vete.

Y un instante después la bestia saltó. Como un tigre entre los altos pastos de la India, el tipo se lanzó hacia nosotros. Hacia mí. Reyes me empujó hacia abajo con tanta fuerza que mi cabeza rebotó, aunque estaba vez contra el suelo de cemento. Sin embargo, las estrellas que aparecieron a continuación quedaron eclipsadas por otra cosa. Mientras

Reyes se situaba delante de mí para protegerme, tenso y listo para el ataque, otro gruñido, profundo y gutural, resonó en los rincones más lejanos del universo.

Con un berrido feroz, Artemis salió de la nada y desgarró al hombre que había saltado hacia delante. El cuerpo físico salió despedido hacia un lado y aterrizó con un ruido sordo antes de deslizarse por el suelo, pero el demonio chilló y se retorció bajo el ataque de mi protectora. Clavó los dientes en el cuello de Artemis y le lanzó zarpazos a la espalda. La perra soltó un ladrido quejumbroso, pero no lo soltó. Siguió desgarrando al agonizante demonio, destrozándolo con los dientes hasta que una cosa negra, una especie de sangre gaseosa, se derramó por el cemento antes de disiparse, igual que el propio demonio.

Eché un vistazo rápido a mi atacante. Esa vez no había dudas. El hombre estaba muerto. Sus ojos estaban fijos en la nada, sin vida.

Artemis se volvió hacia mí, agachó la cabeza, enseñó los dientes y soltó un nuevo gruñido gutural. Y yo que pensaba que éramos amigas... No obstante, Reyes también se había dado la vuelta y, por increíble que parezca, hacía lo mismo que el animal. Sentí esa sensación de inseguridad que noto siempre cuando se me queda algo incrustado entre los dientes. Pero ambos tenían la vista clavada en algún lugar detrás de mí, por encima de mi cabeza.

Fue entonces cuando percibí la fría desolación del odio en la nuca y supe que había otro. Levanté la vista para contemplar los ojos vacíos del chico con la sudadera de los Slipknot. Era mucho más menudo que La Masa, pero su determinación, junto con la saliva que goteaba de su barbilla, resultaba igual de aterradora. Justo cuando se abalanzó hacia mí, Artemis pegó un salto y lo atravesó como si fuera un dardo. Sacó al demonio de su interior y procedió a despedazarlo hasta su humeante muerte.

El chico se desplomó en el mismo instante en que el demonio abandonó su cuerpo. Se aovilló en el suelo, y fue entonces cuando lo reconocí. Era el chico que estaba sentado en mi asiento trasero. El chico al que había dado por muerto. Tenía el pelo rubio sucio y enredado. Sus ojos azules parecían más oscuros. ¿El demonio que ocupaba su cuerpo había enviado su alma a algún otro lugar? Quizá no hubiera espacio para los dos.

Parpadeé asombrada, hasta que Reyes me levantó del suelo. Otra vez. Que el hijo de Satán me manejara a su antojo se estaba convirtiendo en una mala costumbre, pero estaba demasiado débil para hacer algo al respecto. Empezó a arrastrarme de nuevo hacia la salida.

—Espera —dije mientras forcejeaba para liberarme—. Ve a buscar al chico.

—No.

En un ataque de testarudez, me retorcí y conseguí liberarme de Reyes. Él se detuvo y me fulminó con la mirada.

—Muy bien. Mírame mal, frunce el ceño... Haz lo que quieras, no me importa. No pienso irme de este almacén sin ese chico. —Al ver que Reyes cruzaba los brazos sobre el pecho, añadí—: Estaba poseído. Es un chico inocente.

Artemis dio un salto hacia mí y empezó a ladrar juguetona. Me puse de rodillas y froté la cara contra su hocico, y entonces volví a mirar a Reyes, sorprendida por el hecho de que la perra no lo hubiese atacado.

—¿Por qué elegirían a un chico como ese?

—Tienen sus motivos. Los mismos por los que tú tienes que irte de aquí.

—¿Podrían poseerlo de nuevo? ¿Irán otra vez a por él?

Reyes reflexionó unos instantes.

—Es posible.

Corré hasta el chico, me arrodillé a su lado y le aparté el pelo de su cara sucia.

Artemis se acercó e intentó lamerlo. Cuando se dio cuenta de que no podía hacerlo, se tumbó junto a él.

—¿Cómo podemos asegurarnos de que no lo hagan?

Reyes se arrodilló también y comprobó el pulso del chico. Artemis no le prestó ninguna atención hasta que tocó al muchacho.

—No pueden tocarlo en suelo sagrado —explicó mientras Artemis se inclinaba para lamerle la muñeca.

—¿De verdad? —pregunté. Me asombraba tanto la información como la reacción de Artemis con respecto a él. Me preocupaba que, dado que era el hijo de Satán, la perra intentara desgarrarle la yugular—. ¿Te refieres a las iglesias y a los cementerios?

—Sí. —Reyes le acarició las orejas antes de girar la cabeza del chico y levantarle los párpados—. Está en estado de shock.

—Tenemos que llevarlo a un lugar seguro. —Puse la mano sobre su antebrazo—. Por favor, Reyes.

Artemis gimió, como si ella también le suplicara su ayuda.

Luchando contra la frustración que sentía, Reyes se agachó y cogió al chico en brazos. No era precisamente pequeño, pero a Reyes no le costó mucho ponerse en pie con un chaval de diecisésis años a cuestas. Artemis soltó un ladrido entusiasmado, me hizo una última caricia con el hocico y luego se marchó al lugar de donde había venido, hundiéndose en el suelo bajo nuestros pies. Me quedé alucinada. ¿Dónde narices vivía?

Eché un vistazo hacia atrás para mirar al otro hombre que había sido poseído, el oponente de Reyes. Sentí una oleada de culpabilidad. Él también era inocente.

—Ese no —dijo Reyes mientras abría la puerta de una patada.

La mayoría de los coches habían desaparecido, y por suerte ya no llovía. Lo seguí sin dejar de observar al chico.

—¿Cuál?

—El tipo de dentro. No se merece tu compasión.

—Pero era inocente... —Rodeé el coche a toda prisa y abrí la puerta del acompañante.

—No, no lo era. Echa el asiento hacia delante.

Noté que la esencia incorpórea del chico ya no estaba en mi asiento trasero. ¿Había regresado a su cuerpo? ¿Era así como funcionaba la cosa? Incliné el asiento hacia delante y Reyes dejó al muchacho en la parte de atrás.

—Llaves.

—Espera... ¿Es que piensas conducir mi jeep?

—Voy a llevarte a casa. Dame las llaves y sube al coche.

—Puedo conducir yo misma, muchas gracias.

—¿Y qué ocurrirá si lo poseen de nuevo mientras conduces por la I-25?

Le arrojé las llaves.

—La transmisión se atasca un poco.

Reyes se acomodó en el asiento mientras las sirenas aullaban por el este. Nos dirigimos al oeste, zigzagueando por la zona de aparcamiento antes de tomar el desvío hacia Second.

—¿Adónde lo vamos a llevar? —me preguntó.

—Conozco un lugar donde podemos dejarlo de momento. Ellas sabrán qué hacer. Ve hacia Central y dirígete al este.

Solo cuando el ruido de las sirenas se perdió en la distancia recordé que habíamos

dejado a Elaine Oake en el almacén. Me pregunté si debía mencionarlo o no, y enseguida me di cuenta de que no podía ser tan mezquina. La mujer podía estar en peligro.

—Hemos dejado a tu novia atrás.

Una de las comisuras de los labios de Reyes se curvó en un gesto de indiferencia.

—Y también hemos dejado atrás el escenario de un crimen.

Un encogimiento de hombros, también indiferente.

—No puedo irme así del escenario de un crimen —le dije al comprender lo que había hecho.

—Esta vez sí que puedes.

Eché un vistazo por encima del hombro.

—Quizá deberíamos volver. Querrán saber cómo murió ese hombre.

A Reyes tampoco pareció importarle eso.

—¿Estás sin pasta?

Lo último que quería era hablar de mis penurias económicas. Quería hablar sobre demonios, posesiones y sobre cómo un chico inocente se convertía de repente en un peón dentro de la guerra de la que Reyes ya me había advertido. Sin embargo, decidí complacerlo. Tal vez lograra que él se abriera un poco si cooperaba.

—He trasladado la oficina —dije, intentando aplacar el dolor que me causaba la traición de mi padre. Aunque Reyes lo percibiría de todas formas—. Y acabo de recuperarme del accidente.

—¿Llamas «accidente» a lo que te hizo Walker?

—Eso hace que me sienta mejor, de modo que sí, lo llamo así.

No me hacía gracia pensar que lo que me había hecho Walker no era ningún accidente. Había venido a por mí con dos objetivos en mente: torturarme para averiguar todo lo que yo sabía y luego matarme. Pero la palabra «accidente» hacía que el asunto resultara menos desagradable.

Los dedos de Reyes se tensaron sobre el volante.

—Lo siento mucho, Holandesa. Nunca pensé que iría a por ti.

Con la esperanza de cambiar de tema, crucé los brazos y lo miré con recelo.

—¿Intentas librarte de pagar la factura?

Reyes estuvo a punto de sonreír.

—¿Por qué quieres cobrarme un millón de dólares?

Tiré de un hilillo de mi chaqueta.

—Sumé los cargos extra a mi comisión habitual y luego redondeé.

Me miró de reojo un instante antes de hablar.

—No se te dan muy bien las matemáticas, ¿verdad?

Puesto que el objetivo era cambiar de tema, decidí responder con otra pregunta.

—¿Por qué vives con ella?

Reyes se volvió hacia mí justo en el momento en que los faros de un coche que pasaba iluminaron su rostro, y la luz se reflejó en sus ojos de color castaño oscuro.

—Me lo pidió.

—Podrías haberte quedado con Amador y Bianca —dije, mencionando a los dos únicos amigos de verdad que parecía tener.

Él volvió a clavar la vista en la carretera.

—Podría haberme quedado contigo.

Resoplé.

—No creo. —No obstante, era una idea ridículamente agradable, una que despertó

una chispa de interés en mis partes más íntimas. Sin embargo, como nos estábamos mostrando de lo más civilizados el uno con el otro, le dije—: Me alegra que hayas salido.

—Demuéstralos —pidió él con una sonrisa perversa.

Pasé por alto el vuelco que me dio el estómago.

—Espero un cheque pronto. No me obligues a ir a buscarte de nuevo. Es justo aquí.

—Señalé un edificio situado junto a una de las iglesias más antiguas de Albuquerque.

Fuera había un cartel que decía: «Hermanas de la Cruz Inmaculada».

—¿Vas a dejarlo en un convento?

—Es suelo sagrado.

Y allí lo aceptarían. Volví a mirar al chico. ¿Cómo no iban a aceptarlo?

Reyes aminoró la marcha y aparcó a Misery junto al edificio de adobe. La puerta de entrada estaba iluminada por una única bombilla.

En lugar de salir, me volví hacia mi chófer.

—Tengo que saber más sobre este asunto, Reyes. Si van a por mí, tengo derecho a saber lo que ocurre.

Él apagó el motor y miró por la ventanilla.

—Todavía no conozco bien los cómos y los porqués.

—No importa. Me conformaré con los «qué».

Al ver que no se explicaba, salí del coche y eché mi asiento hacia delante, aunque pensaba retomar la conversación más tarde. El chaval seguía inconsciente, pero se desperezó. Reyes se apeó de Misery y se acercó a mí, y justo entonces me vino a la cabeza una idea. Una que había olvidado por completo.

—Quería preguntarte una cosa. Esta mañana, cuando te vi al lado del bar de mi padre, otro hombre te saludó con la mano.

Reyes apoyó la espalda en Misery y cruzó los brazos sobre el pecho.

—A veces ocurre. Este es un mundo de locos.

—No. Lo que quiero decir es que estabas allí de verdad, ¿no? ¿Estabas físicamente presente?

—¿Por qué lo preguntas? —Se removió con incomodidad.

—Porque te desmaterializaste. Entero. De arriba abajo.

En sus sensuales labios se dibujó una sonrisilla diabólica.

—Sabes que eso es imposible, Holandesa.

—Pero...

El muchacho se movió de nuevo. Lo miré. El pelo rubio caía sobre su hermoso rostro. Tenía unas pestañas largas y una mandíbula fuerte. Iba a ser un rompecorazones, de eso no cabía duda.

Con una sonrisa de afecto, volví a mirar a Reyes, pero había desaparecido. Di una vuelta completa para examinar la zona, y luego rodeé a Misery sin dejar de buscarlo. Se había ido, se había desvanecido como el humo.

Imposible.

La felicidad no es suficiente.

¡Exijo euforia!

(Camiseta)

Estaba claro que Reyes no quería responder a mis preguntas. No obstante, estábamos en suelo sagrado. Quizá no pudiera pisar suelo sagrado. Pero ¿de verdad era capaz de hacer desaparecer su cuerpo físico? La mera idea me dejaba desconcertada.

Subí al jeep, me senté al lado del chico y le retiré el pelo de la cara. El muchacho despertó de pronto y se apartó de mí, entre confundido y asustado.

—No pasa nada —le dije mientras levantaba las manos en un gesto de rendición—. Estás bien, pero tienes que entrar ahí.

El muchacho empezó a mirar a su alrededor con aire frenético, pero cada vez que posaba la vista en mí, entrecerraba los ojos como si contemplara una luz cegadora. Fue entonces cuando comprendí, no sin cierto asombro, que el chico era como Pari. Podía ver mi luz, y era evidente que le resultaba desagradable. Estiré el brazo hacia la parte delantera para coger mis gafas de sol.

—Esto te ayudará. —Al ver que no las cogía, separé las patillas y, muy despacio, me incliné para colocárselas. El muchacho accedió, pero tenía los músculos tensos a causa del recelo—. ¿Mejor?

Examinó de nuevo los alrededores y luego se volvió hacia mí con expresión cautelosa.

—Ah, es cierto. Este es mi jeep, Misery, y yo soy Charley. —Deseé retirar mis palabras en el momento en que las dije.

¿Por qué le había presentado a mi coche a un chico que se creía una especie de rehén? Eso era como presentarle a Jonás la ballena después de que se lo tragara y esperar que se llevaran bien.

—Misery no ha tenido nada que ver con esto, te lo prometo.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó, y por fin me di cuenta de por qué no respondía a mis preguntas.

No utilizaba su voz, sino sus manos.

—¿Eres sordo? —le pregunté en el lenguaje de los signos.

El muchacho pareció sorprendido.

—Sí.

—Vale, pues soy Charley —señalé, tomándome un par de segundos para deletrear mi nombre.

De repente, me sentía muy agradecida por haber nacido sabiendo hablar todos los idiomas conocidos en la historia del mundo, incluidos los muchos y variados lenguajes de signos.

—¿Y el otro? —me preguntó con el ceño fruncido a causa de la confusión—. Me

has presentado a alguien más.

—Sí —dijo avergonzada—. Te he presentado a mi jeep. —Señalé el coche con un gesto de la mano—. Se llama Misery.

—¿Le has puesto nombre a tu coche?

—Sí. Y, por favor, no pregunes a qué otras cosas les he puesto nombre. Eres demasiado joven.

Un asomo de sonrisa apareció en su boca.

—Me llamo Quentin —dijo, deletreando con los dedos su nombre completo. Luego levantó el brazo izquierdo y dibujó una «Q» en la parte exterior de su muñeca con la mano derecha, para indicar cómo representar su nombre con signos.

—Encantada de conocerte —le dije, y por costumbre él me devolvió el cumplido, aunque sin duda no sentía lo mismo—. Te he traído aquí por tu propia seguridad.

¿Recuerdas lo que te ha ocurrido?

El chico apartó la mirada.

—Algunas cosas.

Mierda. Necesitaba un psicoterapeuta de inmediato.

Esperé a que se volviera hacia mí para empezar a hablar.

—Podría ocurrir de nuevo. —Al ver que se tensaba y que una marea de miedo flotaba hasta mí, añadí—: Lo siento muchísimo. Necesito llevarte a ese edificio. Ahí estarás a salvo.

Quentin se echó hacia delante para observarlo.

—¿Tienes familia aquí en Albuquerque?

—¿A-B-Q? —preguntó. No había reconocido la abreviatura, así que deletreé con los dedos el nombre de la ciudad. No fue tarea fácil.

—Sí, estás en Albuquerque, Nuevo México.

La estupefacción de su rostro no necesitaba ningún tipo de interpretación.

Le puse una mano sobre el hombro durante un minuto, mientras asimilaba esa última información.

—¿De dónde eres? —pregunté después.

—De Washington, de la capital.

—Vaya, estás muy lejos de casa. ¿Recuerdas cómo llegaste aquí?

Se dio la vuelta para ocultar las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. Me lo tomé como un no. Debían de haberlo poseído antes de salir de la ciudad.

—Puedo ponerme en contacto con tu familia. Les haré saber que estás bien.

El chico se cubrió la cara con una mano y se me encogió el corazón. Volví a ponerle la mano encima del hombro. Se lo froté. Lo consolé. Supe sin necesidad de que lo dijera que no tenía familia. Me pregunté si era un chico sin hogar.

Su angustia me dejó sin aliento. Se sentía tan perdido, tan solo...

—¿Vas a entrar pronto? Porque la verdad es que se está haciendo muy tarde.

Di un respingo, sorprendida, al ver a la hermana Mary Elizabeth al lado de Misery.

Un temor reverencial llenó mi pecho.

—¿Es que los ángeles te han avisado de nuestra llegada?

—No. Te vi aparcar el coche.

—Ah. —La respuesta fue bastante decepcionante.

—Y los ángeles nunca me dicen nada. Tan solo escucho a hurtadillas sus conversaciones de vez en cuando.

—Ciento. Lo había olvidado.

Convencí a Quentin para que saliera de Misery y lo presenté a la hermana Mary Elizabeth y a otras tres monjas que habían salido a recibirnos. Las mujeres lo rodearon como gallinas cluecas y examinaron el arañozo de su rostro y el largo corte de su muñeca. Un par de ellas conocían incluso el lenguaje de los signos, lo cual me dejó encantada. El chico estaría bien. Al menos, por el momento.

Nos acompañaron al convento, nos prepararon sopa —que sabía mucho mejor que el vomito que aún paladeaba en la lengua— y chocolate caliente, y luego me hicieron un millón de preguntas sobre cómo era eso de ser el ángel de la muerte y sobre lo que se sentía cuando la gente cruzaba a través de ti, hasta que apareció la madre superiora y nos aguó la fiesta. La hermana Mary Elizabeth les había hablado de mí, así que su curiosidad era de lo más normal. No pude evitar notar que habían dejado de lado el tema de Reyes. Sabían quién era, lo que era y cómo estábamos conectados.

Me volví hacia Quentin. El chico había mantenido una fascinante conversación con la hermana Ann sobre la Xbox, que según ellos tenía los mejores gráficos y la mejor calidad en red. La hermana Ann conocía sus sistemas de juego, y se había ganado por completo al tímido joven.

Quentin volvió a ponerse las gafas para poder entenderme.

—Te quedarás aquí un tiempo, ¿te parece bien? —le pregunté.

—¿No podría quedarme contigo?

—No, debes permanecer en suelo sagrado. Mi apartamento es... Bueno, más bien impío.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza y miró a su alrededor, fingiendo que no le afectaba la perspectiva de permanecer en un lugar lleno de monjas, aunque sí que parecía algo aliviado.

—Si necesitas algo, envíame un mensaje de texto. —Le di mi tarjeta—. Un momento, ¿tienes teléfono móvil?

Se dio unos golpecitos en los bolsillos de la chaqueta y los de los vaqueros, y al final me mostró un móvil con una enorme sonrisa. Sin embargo, la sonrisa se desvaneció a medida que pulsaba las teclas.

—Está sin batería —señaló con las manos.

—Puedo conseguirte un cargador —dijo la hermana Mary Elizabeth con su inagotable entusiasmo.

—Gracias —respondió Quentin, y luego me preguntó—: ¿Cuál es el signo de tu nombre?

Agaché la cabeza, avergonzada.

—No tengo signo. Ninguno de mis amigos sordos me han dado uno. Cada vez que se lo pido me dicen que todavía se lo están pensando. Me da la impresión de que intentan escaquearse.

—¿Por qué?

—Creo que es porque tengo tantas cualidades que no logran decidir cuál de ellas utilizar para asignarme un nombre de signos.

Quentin soltó una risilla ahogada.

—La gente que oye está chiflada —dijo con signos vagos, como si fingiera que yo no iba a entenderle.

—¿En serio? —pregunté, hinchando pecho—. Vale, pero la gente sorda habla mejor cuando tiene la boca llena. —Solté una risotada después del chiste más viejo del manual de sordos.

El chaval puso los ojos en blanco, y aproveché la oportunidad para darle un abrazo. Al principio se puso tenso, pero luego se derritió y me abrazó como si su vida dependiera de ello. Nos quedamos así hasta que Quentin aflojó un poco. Le di un beso en la mejilla sucia cuando nos apartamos, y él agachó la cabeza con esa típica y dulce timidez suya.

—Volveré pronto, ¿vale?

—Espera —dijo él, súbitamente preocupado—. ¿Las monjas comen beicon? Me gusta muchísimo el beicon.

La hermana Mary Elizabeth le dio unos golpecitos en el hombro para llamar su atención antes de empezar a hablarle con signos.

—Me encanta el beicon. Prepararé un poco para desayunar, ¿te parece bien?

El muchacho asintió y dejó que las monjas, emocionadas con la idea de protegerlo, se lo llevaran de allí para enseñarle las dependencias, donde podría bañarse y ponerse ropa limpia. Parecía relajado y agradecido, y eso hizo que yo me sintiera relajada y agradecida también. Además, tenía la sensación de que a la madre superiora el chico le había caído en gracia. Algo en el interior de la monja se derretía cuando contemplaba los ojos del chico, algo cálido y maternal, y me pregunté qué recordaba al verlo.

Cuando todo el mundo se marchó, inmovilicé a la hermana Mary Elizabeth en su silla y la fulminé con mi infame mirada abochornante. Aunque no se abochornó en absoluto, a juzgar por su mirada brillante con un ligero trastorno de déficit de atención. Una mirada con la que me identificaba plenamente.

—Sé lo que vas a preguntarme —dijo de esa manera apresurada suya.

—Bien, entonces no tendré que preguntártelo. ¿Qué has oído?

El superpoder de la hermana Mary era su don para escuchar a los ángeles. Literalmente. Como si tuviera una línea telefónica inalámbrica sobrenatural. Fue así como oyó hablar de mí, de Reyes y de Artemis. Había oído hablar a los seres supremos sobre nosotros durante años. No podía ni imaginarme qué dirían. Yo no era tan interesante.

La monja agachó la cabeza y fijó la vista en su té. Eso no era propio de ella. Seguro que estaba a punto de darme muy malas noticias.

—Han descubierto un modo de rastrearte.

Ah, bueno, eso no parecía tan malo, tal y como estaban las cosas.

—¿Quiénes? ¿Los demonios?

—Sí, los caídos. Han trazado un nuevo plan.

—Se dedican a poseer a la gente —dije asqueada—. ¿Es ese su gran plan? ¿Apoderarse de la vida de los humanos? ¿Para destruirlos? Poseyeron a ese chico sin motivo.

—Tenían un motivo. —Retiró unos granitos de azúcar del platillo con la yema del dedo—. Solo poseen a la gente que posee cierta sensibilidad hacia el reino espiritual. A los clarividentes.

Miré hacia el lugar por donde se habían llevado a Quentin.

—Entonces, ¿Quentin es clarividente?

—Sí. Bastante.

—Genial, pero ¿qué tiene que ver eso conmigo? ¿La clarividencia no consiste en ver el futuro?

—No siempre. Los clarividentes son aquellos que poseen una visión clara. Aquellos que pueden ver el reino espiritual. Algunas personas nacen con esa capacidad. Otras la adquieren por otros medios, como las experiencias cercanas a la muerte.

Pensé en Pari. Mi amiga veía fantasmas desde que tuvo una experiencia cercana a la

muerte cuando era niña.

—Pero ¿por qué los han convertido en su objetivo? ¿Qué ganan con eso?

—Porque esas personas a menudo perciben las auras.

—Vale —dije, aunque todavía no lo había pillado.

—Y si pueden ver las auras... —me puso una mano en el brazo—, pueden verte a ti. Me di un cachete mental. Algunas veces era muy lenta de entendederas.

—Por supuesto. Eso explica por qué eligieron a Quentin. El muchacho ve la luz que me rodea.

Tendría que hablar con Pari y asegurarme de que no había sido poseída desde la última vez que la vi.

—Así es como te rastrean. Y según las últimas conversaciones, los demonios se acercan. Por eso te enviaron a un guardián. Por eso te enviaron a Artemis. Sabían que esto iba a suceder.

Maldición. Ya imaginaba que habría algún motivo agorero y siniestro. Artemis no podía ser un regalo de inauguración de casa tardío.

—¿Pueden hacerle daño? —pregunté preocupada—. ¿Los demonios pueden herir a Artemis?

—No lo sé. No he oído nada al respecto. —Se aclaró la garganta y cogió mi taza—. ¿Quieres un poco más de té?

—Claro, gracias —dije distraída.

La madre superiora regresó a la estancia y se sentó, mientras la hermana Mary Elizabeth recogía nuestras tazas y se levantaba para preparar más té.

Me dedicó su mejor expresión desdeñosa.

Yo sonréi. Inspeccioné el trabajo de ebanistería de la sala. Tamborileé con los dedos sobre la mesa. Consulté el reloj. O, mejor dicho, me miré el lugar de la muñeca donde habría estado el reloj si no hubiese olvidado ponérmelo.

—¿Sabe? —dijo la superiora tras un largo momento de reflexión—, me costó mucho... —se esforzó por encontrar la palabra adecuada— creer en las habilidades de la hermana Mary Elizabeth.

Vaya, menos mal. La conversación no trataría sobre mí y mi caja de zapatos llena de pecados. Porque, de ser así, habríamos tardado un buen rato.

—Lo entiendo —dije, intentando mostrarme comprensiva—. A la gente también le cuesta mucho creer en las mías. No tiene nada de malo.

—En realidad, sí. Ella nos fue enviada por Dios, y yo lo cuestioné. Cuestioné su don. Eso es algo por lo que tendré que responder cuando llegue el momento.

Me parecía que estaba siendo demasiado dura consigo misma.

—No creo que utilizar la lógica y el instinto humano sea un pecado.

La mujer sonrió, más para agradar que para mostrar su acuerdo.

—A juzgar por lo que nos ha contado, se avecina una enorme y horrible guerra.

—Es cierto —dijo la hermana Mary Elizabeth, asintiendo de manera entusiasta mientras volvía a sentarse y me entregaba la taza de té—. Y la iniciará un impostor.

—¿Un impostor? —pregunté.

La madre superiora colocó una mano sobre el brazo de la hermana Mary Elizabeth para acallarla.

—Un momento... —dije, mirándolas a ambas—. ¿Hay información que podría resultarme útil y no queréis compartirla conmigo?

—No es nuestro deber —repuso la superiora—. Esa información es sagrada. Nos

fue concedida para que pudiéramos rezar.

—Yo también puedo rezar —dijo indignada—. Solo dígame lo que debo incluir en mis plegarias. Lo añadiré a mi lista de tareas.

El comportamiento encorsetado de la mujer se relajó un poco, y en sus labios apareció una diminuta sonrisa.

—Las plegarias hay que sentirlas; no pueden tacharse de una lista de tareas.

Mierda. Tenía razón.

—Pero hablamos de algo que afecta a mi vida.

—Y a la vida y a la salvación de todos los habitantes de la Tierra. Su destino es representar un papel en esto. Solo debe decidir qué papel será ese.

—¿Acertijos? —pregunté, nada impresionada—. ¿Me habla en acertijos?

La hermana Mary Elizabeth seguía nuestra conversación con un brillo inocente en los ojos. Parecía una niña viendo sus dibujos animados favoritos de las mañanas de los sábados.

Vale, así que había algo que no querían contarme.

—¿Podría al menos saber qué es lo que podré hacer?

La hermana esbozó una amplia sonrisa.

—Cualquier cosa que te imagines.

—No sé... —dije, intentando no parecer decepcionada—. Soy capaz de imaginar muchas cosas.

La madre superiora le dio unas palmaditas en el brazo a su protegida.

—Es hora de irse a la cama —dijo con voz cariñosa y maternal.

Me di por aludida y decidí marcharme. Prometieron vigilar a Quentin hasta que el muchacho pudiera salir a la calle sin peligro, pero sabían mucho más que yo. Intenté no sentirme resentida. No resultó difícil, pero sí tuve que esforzarme un poco antes de rendirme y detestar a toda la raza humana. Aunque no sabía muy bien por qué. Por suerte, ya se me había pasado cuando llegué junto a Misery calada hasta los huesos, ya que había empezado a llover otra vez.

Llamé a Cookie. Mi amiga sabía adónde había ido, y estaría loca de preocupación. O de lujuria. Reyes tenía ese efecto en ella. Y, casi con seguridad, en un montón de chicas más.

—¿Y bien? —preguntó en cuanto descolgó el teléfono.

—¿Crees de verdad que estamos solos en el universo?

—¿Otra vez te han abducido los alienígenas?

—No, gracias a Dios. Con una vez tuve suficiente.

—Vaya, pues menos mal. Entonces ¿qué ha pasado con Reyes? ¿Lo has visto?

—Lo vi. Discutí con él. Poté.

—¿Vomitaste?

—Sí.

—¿Encima de Reyes?

—No, pero solo porque no se me ocurrió en aquel momento. Voy a pasarme por casa de Pari antes de volver a casa para ver cómo está Harper. No puedo permitir que nadie se dé cuenta de que hoy me he puesto sujetador.

—Fantástico, entonces tienes unos minutos para ponerme al día.

Lo imaginaba. Le expliqué todo lo ocurrido con la mayor brevedad posible. Pari no vivía lejos, así que la brevedad era de capital importancia. Cuando me acerqué al barrio, cada molécula de mi cuerpo vibraba. Al parecer, hablar de Reyes era casi tan bueno como

estar con él. ¿Cómo era posible que un hombre fuese tan inhumanamente perfecto?

Pues porque no era humano, casi seguro. Su presencia parecía causar una perturbación en mi continuo espacio-tiempo. Me sentía aturdida cuando estaba cerca de él. Desorientada. Y caliente. Siempre caliente.

—¿Qué pasó con la factura? —preguntó Cookie con un tono esperanzado.

—Le dije que me enviara un cheque.

—¿Un cheque? —Estaba atónita—. ¿Es que no tiene lo que nos debe?

—Tal vez sí, pero a mí me debe mucho más que a ti. Creo que a ti solo te debe dos dólares.

La voz de Cookie se volvió grave y ronca.

—Sería capaz de muchas cosas por dos dólares. Envíame a ese hombre aquí y te lo demostraré.

A veces me asustaba. Colgué después de prometerle que me lavaría los dientes para quitarme los restos de vómito de la boca en cuanto me fuera posible. Sin embargo, mi mente se había desviado hacia el problema que tenía entre manos. O, mejor dicho, a los problemas. En plural. Habían vuelto. Los demonios habían vuelto en todo su esplendor. Y tenían un plan. Yo también hacía planes a veces, pero rara vez estaban relacionados con el dominio mundial. Tal vez con perritos calientes a la parilla. Y tequila.

Después de buscar sin éxito un hueco, aparqué detrás del salón de tatuajes, frente a una señal de prohibido aparcar. Puesto que no especificaba a quién se lo prohibía, supuse que lo más probable era que no se refiriese a mí. Corré bajo la lluvia, pero acabé empapada de todas formas. Mi intención era presentar una queja a Pari y a Tre, pero ambos estaban ocupados recordando los quejidos de agonía de sus clientes, así que los dejé en paz y me dirigí a la improvisada habitación de huéspedes. Harper, que parecía muy interesada en la textura de la pared de Pari, dio un respingo en cuanto me vio entrar.

—¿Has descubierto algo?

—No mucho. ¿Qué tal lo llevas? —pregunté mientras me acomodaba en el sofá y le hacía un gesto para que se sentara a mi lado.

Ella accedió a regañadientes.

—Estoy bien.

—Hoy he hablado con tu madrastra. ¿Por qué no me contaste que todo esto te pasa desde que eras niña?

Se puso en pie de nuevo y me dio la espalda, avergonzada.

—Pensé que no me creerías. Nadie me cree, sobre todo cuando lesuento la historia completa.

—Te diré una cosa —Sabía a la perfección cómo se sentía—. Si prometes confiar en mí, yo prometo confiar en ti, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Al final la convencí para que volviera a sentarse, pero se escondió tras la oscura cortina de su cabello largo.

—¿Podrías contarme lo que ocurrió? ¿Cómo empezó todo esto?

—No lo sé. No lo recuerdo.

—Tu madrastra dice que empezó justo después de que ella se casara con tu padre.

Harper puso los ojos en blanco y se volvió hacia mí.

—Siempre dice eso. Todo es por ella. Por su matrimonio. Es imposible que esté relacionado conmigo, con el hecho de que me haya pasado toda la vida traumatizada.

—Alzó los brazos en un gesto de frustración, y me gustó verla de esa forma. Como una

luchadora.

Como la mujer fogosa y capaz que yo sabía que sería si conseguía librarse del acosador psicópata que la había perseguido casi desde siempre.

Le sonreí con afecto.

—Mucho mejor.

—¿Qué? —Sus bonitas cejas se unieron en un ceño fruncido.

—Da igual. ¿Por qué no me cuentas tu versión de lo sucedido?

Harper respiró hondo, se reclinó en el asiento y empezó a hablar.

—No hay mucho más que contar. No lo recuerdo. Se casaron. Sí, contra mis deseos, pero entonces solo tenía cinco años, así que en realidad no tenía mucho que decir al respecto. Se fueron de luna de miel. Me quedé con mis abuelos maternos en Bosque Farms mientras ellos estaban fuera. —Volvió a concentrarse en mí—. Mis verdaderos abuelos por parte de madre, que eran maravillosos. Luego regresaron y empezó todo. Justo después de su luna de miel.

Saqué una libreta del bolso y empecé a tomar notas. Me parecía que era lo correcto.

—Vale, dime exactamente cómo empezó todo. ¿Qué recuerdas haber notado primero?

Harper se encogió de hombros.

—He repasado esto tantas veces con los terapeutas que ni siquiera tengo claro qué partes son reales y qué partes son inventadas. Ocurrió hace mucho tiempo.

—Bien, me alegra que sepas que algunos de tus recuerdos podrían ser producto de las repetidas sesiones con los profesionales, que podrían ser una invención de tu mente para intentar asimilar ciertas circunstancias. Pero por el bien de la conversación, digamos que no lo son, que todo lo que recuerdas ocurrió de verdad. ¿Qué podrías contarme?

—Está bien. Bueno, supongo que todo empezó cuando encontré un conejo muerto en mi cama.

—¿Te refieres a un conejo de verdad? ¿Muerto?

—Sí. Me desperté una mañana y allí estaba. Muerto a los pies de mi cama.

—¿Qué pasó?

—Grité. Mi padre vino corriendo. —Me miró un instante y luego apartó la vista—. Se lo llevó de allí.

Todavía estaba en modo terapia. Le preocupaba lo que yo pudiera pensar, cómo analizaría sus actos.

—Lo entiendo, Harper. Tu padre acudió a rescatarte. ¿Te parece posible que aquello fuese una forma de llamar su atención? ¿Eso es lo que te han dicho todos estos años de terapia? ¿Que solo querías llamar la atención de tu padre?

La joven se vino abajo.

—Algo parecido. Y quizás tuvieran razón.

—Creí que habíamos llegado a un acuerdo. —Cuando se volvió hacia mí, añadí—: Creí que íbamos a dar por hecho que no te lo inventaste, que no eran imaginaciones tuyas.

—Me incliné hacia ella—. Que no estás loca.

—Pero tiene lógica.

—Claro que sí. Y también la tiene el ejercicio, pero me da la impresión de que no lo practicas de manera rutinaria, ¿o sí? Y si eso hace que te sientas mejor, yo misma te analizaré. Te enumeraré todas las razones por las que podrías haber inventado esas acusaciones. Tengo un título de psicología. Estoy totalmente cualificada para hacerlo.

Una sonrisa tímida apareció tras la cortina de pelo.

—Sé lo que sientes. A mí también me han analizado hasta la saciedad. Bueno, no profesionalmente, aunque una vez salí con un licenciado en psicología que me dijo que tenía problemas de atención. Al menos, creo que eso fue lo que me dijo. En realidad no le prestaba atención. Bueno, ¿por dónde iba? —Al ver que no respondía en menos de siete milisegundos, continué con mi perorata—: Vale, lo que intento decirte es que...

—¿Que estás más loca que yo? —Arrugó la nariz, encantada.

—Algo así —respondí con una carcajada—. Venga, cuéntame qué ocurrió con el conejo.

—Nada, de verdad. Mi padre dijo que el perro podría haberlo dejado allí, pero lo cierto es que no permitían que el perro entrara en casa.

—¿Puedes describirme el conejo? ¿Tenía sangre?

Harper se lo pensó unos instantes. Tenía el entrecejo fruncido en un gesto de concentración, y de pronto, una leve ráfaga de miedo atravesó su rostro.

—Nadie me había preguntado nunca eso. En veinticinco años, ni una sola persona me ha preguntado por el conejo.

—¿Harper?

—No. Lo siento. No, no tenía sangre. Por ningún sitio. Pero su cuello estaba roto.

—Vale. —Parecía haber realizado algún tipo de conexión en su mente. Me pregunté si todavía hablaba del conejo. Guardé silencio un rato para permitir que asimilara lo que tuviera que asimilar y luego le pregunté—: ¿Qué ocurrió después? ¿Qué te llevó a pensar que alguien intentaba matarte?

Volvió a mirarme, parpadeó unas cuantas veces y sacudió la cabeza.

—Ah, bueno, fueron unas cuantas cosas. Cosas extrañas, una detrás de otra.

—¿Como cuáles?

—Como la vez que mi hermanastro prendió fuego a la caseta de mi perro. Con él dentro.

—¿Tu hermanastro hizo eso? ¿A propósito?

—Dice que fue un accidente. Ahora lo creo, pero no lo creí entonces.

—¿Por qué no?

—Porque esa misma noche mi manta eléctrica acabó ardiendo.

—Contigo dentro —dijo, segura de ello.

Harper hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Conmigo dentro —confirmó.

Vaya, el capullo de su hermanastro había saltado al puesto número uno de la lista de posibles sospechosos.

—Pero las cosas siempre ocurrían así, a pares.

—¿Qué quieres decir?

—Celebré mi fiesta de cumpleaños alrededor de una semana después del primer incidente, el del conejo muerto. Y la hermana de mi madrastra fue a la fiesta con sus dos horribles hijos. —Tembló de arriba abajo, horrorizada—. Eran muy agresivos. En fin, el caso es que la mujer me regaló un conejo. Un conejo blanco idéntico al que había aparecido en mi habitación, solo que alguien le había hecho un pequeño agujero en la espalda y había sacado el relleno para que se le cayera la cabeza hacia un lado.

—Como si tuviera el cuello roto.

—Exacto.

Qué familia más encantadora. No quise mencionarle el conejo que había encontrado en su cocina. Podría haber sido el mismo, o quizás lo hubieran colocado allí más

recientemente, pero me daba miedo perderla al contárselo.

—Todo el mundo se echó a reír —añadió—, y yo me enfadé. Mi tía lo sostenía delante de mis narices, sacudiéndole la cabeza de un lado al otro. Esa mujer tenía una risa chillona que me recordaba al ruido del reactor de un avión durante el despegue.

—¿Y tenías cinco años? —pregunté horrorizada.

Harper asintió y empezó a sacarle hilos a su abrigo azul marino.

—¿Dónde estaba tu padre mientras eso pasaba?

—Trabajando. Siempre estaba trabajando.

—¿Qué más sucedió?

—Cosillas extrañas. Joyas que desaparecían o el hecho de que los cordones de mis zapatos aparecieran anudados todas las mañanas durante una semana.

Cosas que sin duda podrían achacarse a las bromas pesadas de un hermano insoportable.

—Luego empecé a ver a alguien en mi habitación por las noches.

—Eso da miedo.

—A mí me lo vas a decir.

—¿Y nunca lo reconociste?

Negó con la cabeza antes de hablar.

—Pero la cosa no se puso realmente mal hasta que cumplí los siete años. Mi hermanastro me regaló un anillo de plástico con una araña. —Sonrió avergonzada—. Nos gustaban las arañas, los bichos, las serpientes y esas cosas.

—Las arañas están bien siempre que respeten los límites personales —le dije—. Sobre todo los míos. Pero ¿por qué tengo la impresión de que la historia no termina ahí?

—Esa noche, la misma noche que me regaló el anillo, sufrí tres picaduras de una cría de viuda negra en el abdomen mientras dormía. Encontraron dos en mi pijama.

—Alguien podría haberlas metido en tu cama mientras dormías.

—Sí.

—¿Crees que tu hermano tuvo algo que ver con eso?

—Me pregunté lo mismo durante mucho tiempo. Al principio no estábamos muy unidos, sobre todo después de lo de la caseta del perro. Pero con el tiempo llegamos a querernos mucho. Era el único en mi familia que me creía, que me defendía de mi madrastra. Y eso la enfurecía.

—Lo entiendo.

Y era cierto. La madrastra de Harper era una madre tan cariñosa como la mía, aunque la mía nunca me había metido una viuda negra en la cama ni había incendiado mi manta eléctrica. Hubo una vez que creí que intentaba abrasarme las neuronas con las microondas del mando a distancia, pero lo cierto es que llevaba tres días viendo una maratón de *La zona muerta*, así que me faltaban horas de sueño y me sobraba café. Tenía cuatro años.

—Entonces, ¿has pasado por esto toda tu vida? —pregunté.

—Sí. Encontraba cadáveres de ratones en mi habitación o bichos muertos en mis zapatos. Una vez me serví una taza de leche, y en el tiempo que tardé en volver a guardar la leche en la nevera y untar la tostada de mantequilla, alguien me puso un gusano muerto dentro. En otra ocasión, regresé a casa después de pasar la noche con una amiga y descubrí que todas mis muñecas estaban calvas. Alguien les había afeitado la cabeza. Por supuesto, ninguna persona vio a nadie entrar en mi habitación. Así que quedó claro que yo solo intentaba llamar de nuevo la atención.

Apreté los labios horrorizada.

—Eras una niña incorregible, desde luego.

Harper rió por lo bajo, y me alegró ver que podía arrancarle algo de humor en una situación tan horrible. A mí siempre me ayudaba. La vida era demasiado corta para tomársela en serio.

Decidí descubrir adónde había huido durante tres años. Tres años son mucho tiempo para lamer viejas heridas.

—Tu madrastra dijo que habías desaparecido.

—Sí. Cuando cumplí los veinticinco, no pude soportarlo más. Los mandé a todos a la mierda y me fui. Desaparecí. Me cambié de nombre, conseguí un trabajo, incluso tomé clases nocturnas. Pero cuando mi padre enfermó, no me quedó más remedio que volver. Tuve que regresar a casa.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará unos seis meses.

—Pero ¿cómo te enteraste de que tu padre estaba enfermo?

Harper agachó la cabeza, y su expresión se suavizó mientras recordaba.

—Tenía un contacto que me avisó —dijo, y empezó a retorcer el dobladillo de la chaqueta entre los dedos—. A mi madrastra no le hizo ninguna gracia volver a verme. Aun así, al principio me quedé con ellos en casa, pese a sus miradas de desaprobación.

—Te juro que nuestras madrastras fueron hermanas siamesas en otra vida.

—Después apareció otro conejo muerto en mi cama, y todo empezó de nuevo. Me di cuenta de que había regresado deliberadamente a una pesadilla. —Las lágrimas empaparon sus pestañas.

Le concedí un momento para recuperarse antes de formular mi pregunta.

—¿Puedo preguntarte una cosa? ¿Qué pasará cuando muera tu padre? ¿Quién heredará la propiedad?

Ella sorbió por la nariz.

—Yo. Mi madrastra y mi hermano recibirán una suma considerable, pero la casa será para mí, junto el setenta y cinco por ciento de los bienes. Eso formaba parte del acuerdo cuando se casaron. Creo que ella firmó un contrato prematrimonial.

—Y si te sucediera algo, ¿qué pasaría?

—Mi madrastra y su hijo lo heredarían todo.

Lo que me figuraba.

La locura NO es algo común en mi familia.
 Tan solo es una visitante ocasional
 que se toma su tiempo
 e intenta conocer a todos personalmente.

(Camiseta)

Dejé a Harper en su escondite, fastidié un poco a Pari y a Tre y luego me fui a casa. Lo bueno era que había dejado de llover otra vez. Lo malo, que mi pelo estaba aún húmedo por debajo y seco por arriba, lo que le daba ese aspecto crespo y desaliñado que no me gustaba nada. Estaba claro que necesitaba un suavizante mejor.

Todos los aparcamientos situados frente a mi edificio estaban ocupados, así que aparqué en la parte de atrás del bar de mi padre. Cuando cogí a Margaret y salí de Misery, me di cuenta de que el monovolumen que ocupaba mi plaza era el de mi tío Bob. Me las pagaría. Con su vida. O con veinte pavos. Según mi estado de ánimo.

Subí la escalera hasta mi planta, y cuando llegué, oí un martilleo que procedía del apartamento del fondo. Lo miré con anhelo. Con amor. Tenía la cocina más mona que había visto en mi vida. El mío también tenía cocina, pero comparar ambas habría sido como comparar la *Mona Lisa* con el dibujo que hice una vez de una chica llamada Mona Salas. Le salía la cabeza del hombro izquierdo, y tenía unas tetas bastante grandes. Estábamos en la guardería. No obstante, me gustaba pensar en ese dibujo como una especie de demostración de percepción extrasensorial, porque cuando a Mona le crecieron las tetas, tuvo tetas para dar y regalar. Era evidente que aquel dibujo era una prueba irrefutable de que podía ver el futuro.

—¿Dónde has estado?

Entré en mi apartamento y enfrenté la mirada cabreada del tío Bob con una de mi propia cosecha.

—Por ahí, intentando hacerme pasar por una productora de cine para conseguir que los tíos buenos se acuesten conmigo. ¿Dónde has estado tú?

El tío Bob hizo caso omiso de mi pregunta, formulada con una pronunciación perfecta, y me pasó una carpeta.

—Es todo lo que tengo sobre el pirómano. De momento se ciñe a casas y edificios viejos, pero es probable que eso no dure mucho.

Muy consciente de la expresión preocupada que se dibujó en su cara cuando vio a Margaret entre mis brazos, la dejé junto con el bolso en la barra de la cocina y cogí la carpeta.

—Necesito investigar un poco —dije, y empecé a leer mientras me dirigía al baño para coger el cepillo de dientes—. Conozco el perfil psicológico básico de los pirómanos normales y corrientes, pero nada relevante. Y ahora que ha matado a alguien...

—No lo hizo —me interrumpió mi tío—. La mujer sin hogar ya estaba muerta cuando el edificio se incendió. Según lo que me ha contado el médico forense, lo más

probable es que muriera de neumonía unos dos días antes.

—Ah, entonces ¿por qué sigues en el caso? —pregunté mientras estudiaba el perfil del tipo y ponía la pasta de dientes sobre las cerdas del cepillo.

—Decidí no dejarlo y echar una mano. Y tú saliste de casa —señaló complacido.

—Tuve que hacerlo. Tengo un caso —dijo entre las burbujas del dentífrico.

—¿Quieres hablarme de ese caso?

Me aclaré la boca y regresé al salón sin dejar de leer el archivo.

—De momento no. Pero me gustaría mantener abierta esa opción. Ya sabes, por si me meto en algún lío.

—En ese caso, me contarás lo que sabes mañana por la tarde. ¿Has hablado con tu padre?

—No otra vez. Ese tipo parece ser muy meticuloso con lo que incendia. Doy por hecho que no hay relación alguna con ningún cobro de pólizas de seguros, ¿no?

—Ninguna en absoluto. Distintos dueños. Distintas compañías de seguros. No hemos encontrado ni un solo hilo que los relacione.

—Oye —dijo mientras pensaba en el programa de noticias que había visto—. ¿Tus chicos tienen alguna idea de quiénes son los Ladrones Caballeros? ¿Los atracadores de bancos?

Mi tío se irguió de inmediato, muy interesado.

—No, ¿y tú?

—Mierda. La verdad es que no. Pero me resultan familiares. —Alcé la vista al techo mientras reflexionaba—. Me suenan de algo. Juraría que los he visto en algún sitio.

La puerta se abrió y Cookie se deslizó hasta mi salón con Amber, su hija de doce años, pisándole los talones.

—Bueno, si descubres algo, llámame, ¿de acuerdo?

—Lo haré.

Cookie saludó a Ubie con aire distraído, casi sin mirarlo. Pero él sí la miró. Tanto su pulso como su interés se incrementaron. O bien todavía seguía loco por Cookie o bien le estaba dando un infarto. Me incliné por lo del enamoramiento.

—Hola, Robert —dijo mi amiga mientras dejaba un montón de alimentos en la encimera—. Voy a intentar probar algunos de estos cacharros antes de devolverlos. Quién sabe, puede que al final acabe preguntándome por qué no los habría comprado antes.

—¿Qué es todo eso? —preguntó el tío Bob, señalando las cajas con un gesto de la cabeza.

Amber lo saludó entonces.

—Hola, tío Bob. —Le dio un breve abrazo—. Todo esto es la forma que tiene Charley de intentar superar sus sentimientos de inseguridad e indefensión. En un triste esfuerzo por recuperar el control de su vida, le ha dado por acumular cosas.

—¡Por el amor de Dios! —dijo, dirigiéndole a Cookie mi mejor mirada furiosa—. No soy una compradora compulsiva.

—A mí no me mires. —Señaló al engendro chiflado de sus entrañas.

—Vimos un documental en el cole —dijo Amber—. Aprendí un montón.

—Es evidente. Pero para tu información, no estoy intentando acumular cosas para controlar mi triste... indefensión.

—¿Ah, no? —Sus ojos se entrecerraron en un flagrante gesto de desafío.

—No. —La imité, intentando no reírme.

—Entonces ¿por qué llevas esa pistola a todas partes?

—¿Por qué le ha dado a todo el mundo por meterse con Margaret?

La niña enarcó una ceja.

—Nunca habías llevado pistola.

—Nunca me habían torturado casi hasta matarme.

—A eso me refiero exactamente —dijo ella, pero su expresión se suavizó, y me di cuenta de que no debería haber sacado el tema a colación. Al parecer, el hecho de que me hubieran torturado a unos quince metros de ella le había generado una buena dosis de estrés. O de pesadillas—. Y siento habértelo dicho de una manera tan grosera —añadió.

Cookie le puso una mano en el hombro.

—No —dijo mientras avanzaba para acariciarle su adorable barbilla—. Soy yo la que siento que ocurriría eso, Amber. Y mucho más que estuvieras tan cerca cuando sucedió.

Nunca le había contado que el hombre que me atacó había estado en la estancia con ella Dios sabe cuánto tiempo antes de que yo apareciera. Ni siquiera se lo había contado a Cookie, y eso que hasta entonces jamás le había ocultado nada a mi amiga. Sin embargo, no tenía ni idea de cómo encajaría que los desastres de mi vida se inmiscuyeran en la suya. Habían estado a punto de asesinar a su hija... y también a ella. Sencillamente, no sabía cómo decirle algo así.

—Bueno, pues yo desearía haber estado más cerca —dijo Amber con una vehemencia que le enronquecía la voz—. Lo habría matado por ti, Charley.

Le di un abrazo a ese cuerpecillo que era más huesos que carne.

—Sé que lo habrías hecho. De eso no me cabe ni la menor duda.

—¿Interrumpo algo?

Eché un vistazo por encima de Amber y vi a mi hermana, Gemma, que entraba en esos momentos. Tenía una larga melena rubia y grandes ojos azules, razón por la que había sido un asco crecer junto a ella y tener que aguantar preguntas como: «¿Por qué no eres tan bonita como tu hermana?». Aunque a mí eso no me amargaba, por supuesto.

Gemma y yo no estábamos muy unidas. Su insistencia en que nuestra madrastra no era un monstruo alienígena enviado desde algún diminuto asentamiento situado en el séptimo anillo de Saturno había estropeado toda posible relación, tanto de parentesco como de otro tipo. Pero ahora que se había convertido en psiquiatra, al menos podíamos hablar del hecho de que nuestra madrastra era un monstruo alienígena enviado desde un diminuto asentamiento situado en el séptimo anillo de Saturno como adultas. Aun así, seguía sin creerme.

Amber se dio la vuelta.

—Hola, Gemma —dijo antes de acercarse a mi ordenador. O de intentar acercarse a mi ordenador—. ¿Puedo poner al día mi perfil antes de hacer los deberes, Charley?

Estiró el cuello para tratar de ver algo por encima del muro de cajas. Con un poco de suerte, daría con el ordenador. Hacía semanas que yo no lo veía, pero seguro que estaba donde lo dejé.

—Claro. ¿Qué vas a poner?

—Voy a contarle a todo el mundo que mi madre ya me ha dado «la charla».

—Entrecomilló con los dedos la información pertinente.

Resoplé y miré a Cookie con las cejas enarcadas en un gesto interrogante.

—¿La de los pájaros y las semillitas?

—Ay, no, esa no —dijo Amber—. Esa la tuvimos hace siglos. —Era muy alta, pero aun así la perdí cuando se adentró en el bosque de árboles cuadrados. Sin embargo, su voz

se oyó alta y clara entre las cajas—. La de que los chicos son en realidad alienígenas enviados a la Tierra para apoderarse de la inteligencia de los cerebros jóvenes y maleables como el mío. Al parecer, no estaré del todo a salvo de sus tácticas malignas hasta que tenga treinta y siete años y medio.

Cookie levantó una ceja.

—Tiene razón —dijo el tío Bob mientras se servía una taza de café—. En realidad, yo soy de Plutón.

Gemma dejó el bolso y se acercó para darme un abrazo, una costumbre que habíamos adquirido hacia muy poco. No la había visto desde hacía un par de semanas. Después de lo de la tortura, vino a verme todos los días. Pero entre su trabajo y el hecho de fingir que tenía una vida social, sus visitas se habían espaciado bastante.

—Veo que te tomaste en serio nuestra última conversación. —Me miró con su expresión dura, la que utilizaba para hacerme reír. En esos momentos solo consiguió hacerme apreciar su desequilibrada percepción de la realidad. Como si yo pudiera tomarme en serio algo de lo que ella decía. Nos conocíamos desde hacía demasiado tiempo para eso—. ¿Crees que tienes ya suficientes aparatos de cocina?

—Estamos trabajando en ello —dijo Cookie mientras el tío Bob le daba a Gemma uno de sus abrazos de oso.

—Sí, es cierto —dijo él.

—Bien, estupendo —comentó Gemma, acercándose a la cocina para ver lo que hacía Cookie—. Solo he venido a ver cómo van las cosas y qué tal estáis.

—Vale, pues estamos bien, gracias.

—¿Cómo duermes?

—Sola, por desgracia.

—No, me refiero a si consigues dormir algo.

Supuse que podría contarle que me pasaba las noches deambulando por mi apartamento como una drogadicta paranoica, revisando los cerrojos una y otra vez, asegurándome de que las ventanas y la puerta estaban cerradas a cal y canto. Podría explicarle que después me iba a la cama solo para tumbarme y conjurar imágenes de ladrones y asesinos cada vez que se oía un crujido o un gemido en el edificio. Pero con eso solo conseguiría que insistiera en medicarme. Una posibilidad que me negaba a considerar.

—Por supuesto que duermo. ¿Qué otra cosa iba a hacer por las noches?

—No dormir, por ejemplo. —Me miró con sagacidad para valorar mi reacción.

Malditos psiquiatras.

Esbocé una sonrisa despreocupada.

—Duermo muy bien.

—Me alegro, porque la verdad es que pareces un poco falta de sueño.

—¿Te lo dice tu experiencia?

—No, me lo dicen las sombras oscuras que hay bajo tus ojos.

—No estoy falta de sueño.

—Maravilloso. Me alegro mucho.

No se alegraba. Podía percibir su suspicacia en cada una de sus suspicaces respiraciones.

Cookie se encontraba allí para probar nuevos aparatos que yo jamás utilizaría. Amber estaba allí para utilizar mi ordenador, aunque tenía dos en su apartamento, situado al otro lado del pasillo. El tío Bob se había acercado para entregarme un archivo. Y Gemma había venido a ver cómo estaba. No tenía tanta compañía desde que celebré la fiesta de

inauguración del apartamento e invité al Lobo, el equipo de fútbol de la universidad de Nuevo México. En realidad, solo doce de los jugadores cabían dentro, así que la fiesta se extendió hasta el pasillo. La señora a Allen, la anciana del apartamento 2C, nunca dejó de darme las gracias. Y cada vez que lo hacía, su voz adoptaba un tono ronco y sus cejas se movían arriba y abajo. Siempre me pregunté qué habría ocurrido esa noche para que me estuviera tan agradecida. Quizá hubiera echado una canita al aire. O tal vez consiguiera meter mano a alguno. En cualquiera de los casos, me alegraba por ella.

Sin embargo, con tanta gente en mi casa y todos rodeados por una jungla de cajas, empezaba sentir un poco de claustrofobia. Y de mosquito. Sobre todo cuando vi que Cookie no dejaba de echarle miradas a Ubie. Debería haberme dado cuenta de que se había mostrado demasiado indiferente con él cuando entró. Por lo general le sonreía como una colegiala al cantante de un concierto. Estaban tramando algo.

Contemplé a mi bienintencionado aunque irritante grupo de amigos-barra-familiares mientras intentaba decidir a quién eliminaría primero si estuviéramos en un videojuego y todos se hubieran transformado en zombis.

—Vale, ¿qué pasa aquí?

—¿Qué? —preguntó Gemma con una expresión inocente.

A ella.

El tío Bob se frotó la barba incipiente. Amber se asomó por encima de una pila de cajas y sus enormes ojos azules empezaron a vigilarlo todo desde lejos. Bueno, desde unos metros más allá. Cookie me miraba desde detrás del libro de instrucciones de la olla a presión eléctrica, aunque no engañaba a nadie. A menos que supiese leer las instrucciones en francés. Y bocabajo. Y Gemma se sentó en un taburete para inspeccionarse las uñas.

—Estamos preocupados por ti —dijo el tío Bob encogiendo un hombro.

Gemma asintió.

—Ciento, así que pensamos que sería buena idea pasarnos por aquí para asegurarnos de que todo iba bien.

—¿Todos a la vez? —pregunté.

Ella asintió de nuevo, tal vez con demasiado entusiasmo.

Fruncí el ceño y observé al tío Bob con una expresión de amarga decepción, a sabiendas de que el buenazo del viejo cantaría antes que los demás.

Levantó una mano.

—Vamos, Charley, tienes que admitir que tu comportamiento ha sido algo estrañamente últimamente.

Crucé los brazos.

—¿Cuándo no ha sido estrañamente mi comportamiento?

—En eso tiene razón —le dije a Gemma.

—No —replicó ella, y también cruzó los brazos—, no la tiene.

Solté un suspiro exasperado y me dirigí a la barra de la cocina para hacerle una visita al señor Café.

—¿Se ha ido la mancha?

—¿Qué mancha? —pregunté mientras me servía una taza de Paraíso en la Tierra.

Señaló una sección de mi salón a la que yo llamaba Área 51, como la base militar donde hacían experimentos raros; allí había dispuesto muy inteligentemente una gigantesca pila de cajas como si fuera una montaña. Con un fin: ocultar esa zona de la estancia. Esa sección en particular. Ese agujero negro de agitación y desorden. Había amontonado las cajas según llegaban para no verla, para no quedar atrapada por accidente en la fuerza

gravitacional de millones de masas solares. Sabía que parecía una locura, pero enterrar el lugar donde en una ocasión me cortaron en pedacitos, hundirlo bajo una montaña de productos nuevos, me pareció una buena idea en su momento.

Supuse que podría considerarlo un monumento. Nadie se atrevía a cuestionar el arte.

La expresión de Gemma se volvió compasiva.

—La mancha. ¿Se ha llegado a ir?

Por Dios, no iba a dejar nunca ese tema. Ninguna de las veces que se había pasado por casa había mencionado esa marca. Esa mancha. La que dejaron mi sangre y mi orina al derramarse por los bordes de la silla mientras Earl Walker me rebanaba con la precisión y la seguridad de un cirujano.

—Es hora de intervenir, ¿eh? —pregunté, irritada por su escrutinio.

—No —respondió ella, apresurándose a aplacarme—. No, Charley. No intento controlarte ni quitarte un ápice de tu autonomía. Solo quiero que veas lo que estás haciendo y por qué.

—Sé por qué —repliqué en un tono indiferente y seco—. Estaba allí.

—Vale. Pero ¿entiendes de verdad lo que estás haciendo? —Miró a su alrededor y señaló las pilas de cajas.

Tomé una profunda bocanada de aire y dejé que mi enfado desapareciera antes de coger la taza y marcharme a mi habitación, el único refugio seguro que me quedaba en esos momentos.

—Podéis sacar todo lo que hay en el salón, a mí me da igual. —Sacudí una mano en el aire—. ¿Lo pillas? Estoy feliz como una perdiz.

—¿Te importa que compruebe esa teoría? —me preguntó Gemma.

—Tú misma.

Mientras yo avanzaba hacia mi dormitorio, ella se acercó al Área 51. Me detuve un momento y vi cómo cogía una caja y se la pasaba al tío Bob. Él la colocó encima de la pila en la que Cookie había trabajado antes. Y en la capa protectora de mi escudo apareció una grieta. Una muy pequeña. Solo lo bastante grande como para causar un terremoto en los cimientos de mi ser.

Sabía exactamente lo que había bajo esas cajas. Si Gemma quitaba unas cuantas más, la silla en la que me habían atado aparecería. La mancha de sangre de la alfombra saldría a la luz una vez más. La verdad me gritaría a la cara. Sentí el escozor del metal al deslizarse entre capas de piel y carne. Cortando tendones. Cercenando nervios. Apreté los dientes para contener un grito.

—¿Charley?

El tío Bob pronunció mi nombre y me di cuenta de que me había quedado allí de pie, mirando las cajas, durante bastante tiempo. Aparté la mirada mientras todos aguardaban para ver cómo reaccionaba. La compasión que mostraban sus ojos fue casi demasiado.

—¿Sabes? —dijo Cookie al tiempo que rodeaba la barra de desayunos—, eres tan fuerte y poderosa que a veces olvidamos que... —Miró a Amber; no quería revelar demasiado, y continuó en voz más baja—: A veces olvidamos que eres humana.

—No quería pedirte que quitaras las cajas hasta que estuvieras preparada, Charley —dijo Gemma acercándose un poco—. Pero retiraremos una caja de ese lugar cada día hasta que llegue el momento.

Resultaba muy extraño. Nunca había tenido miedo de una silla (ni de una mancha en la alfombra, ya que estábamos), pero de un tiempo a esa parte los objetos inanimados

parecían haber cobrado vida. Eran bestias, y su respiración resonaba a mi alrededor, sus ojos vigilaban todos mis movimientos mientras aguardaban el momento oportuno para atacar. Para cortarme en pedazos de nuevo.

Cuando Gemma volvió a hablar, su tono fue tan amable, tan humilde, que me costó muchísimo mantener mi escudo en pie.

—Pero solo si te parece bien. Solo si te sientes cómoda.

—¿Y si no es así?

Me pregunté qué tenía de malo no querer lidiar con otra cosa que la apatía en aquellos momentos. Esa noche había sido desvalijada por un encargado de aparcamiento, abordada por un demonio, zarandeada por el hijo de Satán y engañada por un grupo de monjas. No sabía cuánto más podría soportar.

Gemma me puso una mano en el brazo.

—En ese caso estaremos aquí hasta que te sientas cómoda.

Después de dedicarle una sonrisa agradecida, se me ocurrió una idea horrible.

—No será literalmente hablando, ¿verdad?

A Gemma se le iluminaron los ojos.

—Sí —dijo al tiempo que esbozaba una sonrisa maliciosa—. Literalmente. Nos mudaremos aquí.

—Anda, ¿y podemos hacer una fiesta de pijamas? —preguntó Amber.

Gemma la miró con expresión encantada.

—Desde luego que sí.

Mierda. Aquello iba a ser un asco. A menos que permitiera que Gemma retirara las cajas, nunca tendría paz.

—Está bien, si eso hace que te sientas mejor, tienes permiso para jugar con mis cajas.

—Jopeee —dijo Amber—. Jamás haremos una fiesta de pijamas.

Me obligué a sonreír.

—Y me gustaría que hicieras una cosa más —dijo Gemma, aprovechando la ocasión.

—¿Bañar tus lentillas en combustible líquido?

—No seas tan agresiva. Me gustaría que escribieras una carta todos los días. A cualquier persona que se te ocurra. Puede ser una persona diferente cada día, o siempre la misma. Pero quiero que en esa carta le cuentes a dicha persona lo que sientes sobre él, sobre ella o sobre algo en general, lo que has hecho ese día o cómo te encuentras. ¿Vale?

—¿Tú vas a leerlas? —le pregunté tras darle un sorbo al café.

—No. —Cruzó los brazos con aire satisfecho—. Son para ti y solo para ti.

—¿Puedo escribirle una al tío Bob diciéndole lo friki que es?

—Oye —dijo él, enderezándose en el asiento cuando se convirtió en foco de atención—, ¿qué he hecho yo?

Contuve una risilla. Si nadie las leía, me parecía bien. Sabía lo bastante de psicología para entender qué pretendía Gemma, pero si nadie iba a verlas, ella nunca sabría si las había escrito o no. Estaba claro que con aquello todo el mundo ganaba.

—Y sabré si las has escrito o no, así que no hagas una promesa que no estás dispuesta a cumplir.

Mierda.

—¿Cómo lo sabrás? Soy muy buena mentirosa.

Soltó una carcajada al oír aquello. Me mordí la lengua para no replicar. Sobre todo

porque el tío Bob, Cookie y Amber se echaron a reír también. ¿Qué coño pasaba?

—¿Me dejaréis en paz si hago lo que me pides? —pregunté, después de proclamar mi enfado con una experta mirada mortal.

—¿Te refieres a si dejaré de venir y de sumergirme en tu montaña de cajas? —Al ver que me encogía de hombros a modo de respuesta, añadió—: No. Eliminaremos esa montaña. —Me pasó un brazo por los hombros—. Juntos. Todos nosotros. —Los demás asintieron para mostrar su acuerdo—. Todos los días vendremos al menos uno de nosotros y retiraremos una caja, hasta que puedas ver el lugar sin dar un respiro.

Fruncí el ceño.

—Yo no doy respingos.

—Sí que los das —dijo el tío Bob.

—Yo no... Da igual.

Era una pesadilla: una caterva de amigos y familiares bienintencionados que merecían estar encerrados en la misma celda que una anaconda. No mucho tiempo. Solo lo justo para que tuvieran pesadillas durante un mes o dos.

Esa idea me hizo feliz.

Se oyó otra llamada a la puerta, esta más fuerte, más insistente.

—En serio, chicos... —dije en un tono exasperado.

¿Quién más iba a enfrentarse a mí?

Sin pensarlo dos veces, abrí la puerta de par en par con el talento dramático natural de una actriz de cine mudo.

Lo que vi al otro lado —a quien vi, mejor dicho—, me dejó sin aliento. La sorpresa se extendió por mi sistema nervioso mientras observaba a Reyes allí de pie, con una camiseta limpia y unos vaqueros, tan fresco como un pastel de limón, como si no acabara de matar a un hombre. Como si no acabara de arrastrarme por un almacén y arrojarme al suelo de cemento. Como si no hubiera desaparecido mientras intentaba mantener una conversación civilizada con él. Me lo tenía merecido.

Reyes cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en el marco de la puerta con un brillo en los ojos que denotaba interés.

—Quería asegurarme de que estabas bien.

—¿Por qué no iba a estarlo? —pregunté.

Me recorrió con la mirada sin molestarte en ocultar su interés.

—¿Cómo está el chaval?

Había luchado contra un demonio por mí. Acababa de salvarme la vida, pero se comportaba como si no le importara nada en el mundo.

—Está bien —le dije, sacudiendo la cabeza—. Un poco traumatizado, pero está en buenas manos. Es sordo.

—Lo sé.

—¿Cómo? —pregunté sorprendida.

—Te vi hablar con él durante un rato.

Apreté los labios.

—Acosador —le dije después.

—Chalada.

Ahogué una exclamación.

—Neandertal.

—Chiflada.

—Gorila.

—Psicópata.

¿Cómo afectaría aquel repertorio de insultos a mi estabilidad mental? Fruncí el ceño y me incliné hacia él.

—Demonio.

Reyes enredó un dedo en el dobladillo de mi camiseta y tiró para acercarme a él.

—Eso te convertiría en una asesina, ¿no crees? —preguntó con una voz grave y aterciopelada.

Respiré el calor que flotaba a su alrededor. Concentró en mí toda su atención, como un leopardo atento a su presa, el tiempo necesario para generar una calidez que abrió una grieta y se filtró en mi pecho. En mi estómago. Entre mis piernas. Pero solo hasta que vio al tío Bob, por supuesto. En ese instante clavó la mirada en el lugar donde estaba sentado mi tío.

Presa del pánico, recordé de repente que mi casa estaba llena de huéspedes indeseados. Y uno de aquellos huéspedes indeseados era el tío Bob, el hombre que encerró a Reyes durante diez años por un crimen que no había cometido. Pero no fue culpa de Ubie. Todas las pruebas apuntaban a Reyes. Earl Walker se había asegurado de ello.

Quizá Reyes no se acordara de él.

Me di la vuelta a toda prisa y abrí y cerré la boca varias veces de una manera muy poco atractiva.

—A ver, gente, quiero presentarlos a Reyes.

Cookie dejó caer algo, pero yo no le quité los ojos de encima al tío Bob, con la esperanza de que no se traicionara. Sabía que no había la más mínima oportunidad de que Reyes no recordara al responsable de su encarcelamiento, pero hasta las mínimas oportunidades podían soñar.

El tío Bob, muy sorprendido al verlo, luchó contra sus emociones un instante mientras se esforzaba por decidir cómo actuar. Tras saludar a Reyes con un movimiento de cabeza, se inclinó hacia delante y le cerró la boca a Cookie. Mi amiga se dio cuenta de que se había quedado boquiabierta y sonrió con timidez. No obstante, mi tío no estaba lo bastante cerca de Gemma para cerrársela también con comodidad. Amber también parecía pasmada. Había rodeado la pared de cajas y miraba a Reyes fijamente, maravillada.

Me alegró saber que eso no solo me pasaba a mí. Reyes parecía afectar de la misma manera a todas las mujeres en un radio de acción de tres kilómetros.

Sin embargo, el tío Bob era una historia diferente. Sentí una chispa y una llamarada en el interior de Reyes. Una emoción que solo podía definirse como odio. Por desgracia, tenía todo el derecho a albergar rencor hacia un hombre que lo había encarcelado siendo inocente. Más aun, porque el tío Bob me había confesado poco que en el fondo sabía que Reyes era inocente. Pero no pudo hacer nada. Hasta la más mínima evidencia señalaba directamente a Reyes. Seguro que Reyes tampoco le echaba a él toda la culpa.

El tío Bob estaba sentado en un taburete. Tenía una expresión arrepentida y resignada. Se puso en pie y se acercó a nosotros. Se parecía a John Wayne de camino a una batalla a la que sabía que no iba a sobrevivir.

—Quizá deberíamos hablar de esto fuera —dijo mientras avanzaba.

Si lo que acababa de hacer el tío Bob, sabiendo lo que sabía de Reyes, no era heroico, ninguna otra cosa lo era.

La presencia del tío Bob pareció echar por tierra la seguridad de Reyes. Un grueso cable de alta tensión se extendía entre ellos mientras Reyes libraba una batalla en su interior. Una batalla entre hacer lo correcto y hacer lo que su educación —la del

inframundo— le suplicaba que hiciera. Sentí cómo ese instinto retorcía sus entrañas. Casi echaba espumarajos por la boca al mirar a Ubie. Deseaba hacerlo pedazos. Y le habría resultado tan fácil como a mí respirar. Pero se quedó quieto. Demasiado quieto. Lo más probable era que temiese moverse, que temiese no poder controlarse.

Tras una batalla épica, Reyes apartó la vista de mi tío para mirarme a los ojos.

—Solo quería asegurarme de que estabas bien —dijo, y sentí cómo se retiraba al interior de sí mismo, como si pudiera ignorar sin más al tío Bob y todo lo ocurrido.

—Le invito a quedarse —dijo el tío Bob, y apreté la mandíbula para que no se me desencajara a causa de la sorpresa.

—¡Yo también! —gritó Amber.

Cuando todos los demás se dieron la vuelta para mirarla atónitos, se escondió de nuevo tras las cajas.

—Lo siento —dijo—. Se me ha escapado sin querer.

Volví a mirar a Reyes, que estaba sonriendo a la niña. Un gesto dulce y comprensivo que me robó el aliento. Su furia había desaparecido al instante, y el trauma se había evaporado como una gota de agua fría en un cálido día de verano.

Al darme cuenta de lo grosera que había sido, intenté enmendarlo.

—Creo que no te he presentado oficialmente a nadie, Reyes. —Me di la vuelta hacia los que me habían tendido una emboscada, intentando no guardarles rencor por ello—. Esta es mi hermana, Gemma; mi tío Bob; y Cookie.

—Y yo —dijo una diminuta voz desde detrás de las cajas.

—Y en algún lugar detrás de esa pared de cajas está la hija de Cookie, Amber —dije con una risotada.

Reyes no des cruzó los brazos, pero los saludó a todos con una inclinación de cabeza.

El tío Bob le dio un codazo a Gemma. Ella reaccionó al instante y se aclaró la garganta.

—Es un placer conocerlo —dijo.

Cuando Reyes la miró de nuevo, frunció el ceño. Un momento después la reconoció, y le cambió la cara.

Gemma lo notó sin dificultad.

—Sí —dijo mientras extendía la mano para estrechársela—. Ya nos conocíamos, aunque no de manera oficial.

Gemma estaba conmigo la primera vez que vi a Reyes, cuando estábamos en el instituto y Reyes sufría los abusos de Earl Walker, el hombre a quien creía su padre.

Después de un momento de tensión en el que me pregunté si la rechazaría sin miramientos, Reyes aceptó su apretón de manos. No se me pasó por alto el suave jadeo que escapó de los labios de mi hermana cuando lo hizo. No pude culparla por ello.

Cookie aún no se había recuperado del todo. Reyes inclinó la cabeza para saludarla, como si se diera un toquecito en un sombrero invisible.

La sonrisa que se dibujó en el rostro de mi amiga fue de esas que aparecen en los cuentos. O como la de los duendes de los Rice Krispies: suave, dulce y con tendencia a convertirse en empalagosa. Cookie dijo «Hola» con voz ronca, y me costó un verdadero esfuerzo no echarme a reír. Y no porque me preocupara avergonzarla. Avergonzarla era uno de mis principales objetivos en la vida. Justo por detrás de diseñar calzoncillos bóxer sin costuras.

No, el problema era que había percibido otra emoción. Aunque me preocupaba

mucho que Reyes y el tío Bob estuvieran tan cerca, me acerqué a la pared de cajas y me asomé por detrás para ver a Amber.

—¿Cielo? —dije, preguntándome qué ocurría.

La emoción que desprendía el cuerpo de la niña era tan intensa, tan fuerte, que me costaba mucho concentrarme en otra cosa. Seguro que Reyes también la sentía, porque me miraba con preocupación.

—Amber, ¿te encuentras bien?

Estaba sentada en mi escritorio, con la cabeza agachada para que su largo cabello oscuro formara una impenetrable cortina de ondas a su alrededor.

—Estoy bien —respondió, aunque mantuvo la cara oculta.

Cookie se acercó también e intentó ver algo por encima de mi hombro.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—No estoy segura.

¿Habíamos herido los sentimientos de Amber antes, cuando todos nos volvimos para mirarla? Yo no pretendía herirla, pero fuera lo que fuese lo que sentía, ahogaba todo lo demás. Las hormonas de una chica de doce años eran tremendas. Parecía bien treinta segundos antes. Yo no sabía qué hacer.

—¿Quieres venir a conocer a Reyes? —opté por preguntarle.

En ese momento levantó la cabeza y pude ver sus ojos azules bañados en lágrimas. Volvió a agacharla, avergonzada, y me permitió que la guiara hacia la puerta.

—Esta es la conocida como Amber, del clan Kowalski —dije en un intento por aligerar el ambiente—. Pero es una rompecorazones, así que protege bien el tuyo. —Le guiñé un ojo a Reyes.

La chica dio un paso adelante con la vista clavada en el suelo y los hombros caídos, insegura.

Reyes inclinó la cabeza a un lado para verla mejor. Era alta para ser una chica, y muy alta para ser una chica de doce años, pero su estatura le daba una elegancia de la que otras crías de su edad carecían. Parecía una gacela.

—Amber, ¿no quieras saludar?

La niña negó con la cabeza, todavía gacha.

Cookie parecía morirse de vergüenza. Puso uno de los largos mechones de Amber detrás de su oreja.

—Lo siento mucho —le dijo a Reyes mientras sacudía la cabeza—. Por lo general habla mucho.

—¿La salvas siempre? —preguntó Amber al final, hablándole a sus pies—. ¿Cuidas de ella?

—Solo en ocasiones especiales —respondió Reyes antes de que ninguno de nosotros pudiera preguntarle a Amber a qué se refería.

¿De qué estaban hablando? Amber no sabía nada de Reyes. ¿Cómo podía saber que me había salvado la vida? En varias ocasiones, de hecho.

En aquel momento, la niña lo miró a los ojos. Sus pestañas mantenían las lágrimas a raya.

—Sé lo que haces. Sé lo que eres. Todos creen que no, pero lo sé. Y sé que estuviste aquí esa noche.

—Amber —dijo Cookie con una sonrisilla nerviosa—, ¿cómo es posible que sepas eso? —De pronto Cookie estaba preocupada, y yo sabía hacia dónde iban sus pensamientos. ¿Qué haría Reyes si se enteraba de que Amber estaba al tanto de su

existencia?—. No sabe de qué habla.

—¿Lo ves? Ellos no lo saben, y no confían en ti como yo. —Se acercó un paso más—. Has cuidado de Charley toda su vida. La has mantenido a salvo. Y aquella noche, si no hubieras venido... —Se le cortó la respiración, y antes de que ninguno de nosotros supiera lo que iba a hacer, corrió hacia delante.

Reyes retrocedió vacilante cuando la niña se abalanzó sobre él. Amber le rodeó el cuello con los brazos.

—Gracias. —Se acurrucó contra él—. Muchísimas gracias. Nos salvaste la vida.

Después de un incómodo momento en el que Reyes se resignó a ser abordado por una chica de doce años, dejó los brazos sueltos alrededor de ella. Amber lo estrechó con más fuerza.

Me acerqué y le froté la espalda a la niña con el corazón lleno de admiración. Creía que Amber no sabía que Reyes había estado allí la noche que Earl Walker me atacó. No sabía que ella estaba al tanto de lo que había ocurrido.

La niña me miró y luego le susurró algo al oído a Reyes.

—También sé lo que es ella, pero nunca se lo diré a nadie.

Reyes le ofreció la sonrisa más encantadora que había visto en mi vida. Amber, encantada, soltó una leve risilla y luego se apartó de él. Se situó a mi lado, y sus ojos adquirieron ese brillo soñador que yo conocía tan bien.

—¿Quieres pasar? —le pregunté a Reyes.

Le guiñó un ojo a Amber antes de volverse hacia mí.

—Esta noche no. Tengo cosas que hacer.

—Claro. Pero lo cierto es que quiero hablar contigo de... —Pensé cómo decir «posesiones demoníacas» sin decir «posesiones demoníacas»—... los problemas de okupas que hemos tenido.

Esbozó una media sonrisa.

—Hablando del tema, creo que lo mejor sería que te quedaras en tu apartamento los próximos días.

—No puedo hacerlo, pero gracias por sugerirlo.

—No me obligues a insistir —dijo en tono amenazador, después de echar un vistazo a nuestro alrededor.

—¿En serio? —¿De verdad creía que eso le funcionaría?

Aspiró una bocanada de aire, y luego pareció rendirse. Tras pensárselo un instante, agarró otra vez el dobladillo de mi camiseta.

—Me alegro de que fueras a verme.

Deslicé las yemas de los dedos por el dorso de su mano.

—Me alegro de que estés libre.

Soltó un breve resoplido, como si le hubiera hecho gracia algo de lo que le había dicho.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Reyes se acercó un poco, a pesar de que Amber estaba a mi lado y de que el tío Bob se encontraba a mi espalda, y me acarició el labio inferior con el pulgar.

—Hay una línea muy fina entre la libertad y la esclavitud —dijo.

Estoy a dos copas de iniciar una acción chica-chica.

(Camiseta)

—¿Te encuentras bien? —preguntó el tío Bob en cuanto cerré la puerta.

Como siempre, el ambiente se había cargado de electricidad debido a la presencia de Reyes. Sin embargo, me pareció muy dulce que Ubie se preocupara por mí. Era él quien temblaba dentro de sus mocasines baratos. Empezaba a comprender de lo que era capaz Reyes, y temblar dentro de sus mocasines era la reacción adecuada. Sobre todo porque había sido él quien lo había metido entre rejas.

—Estoy bien, gracias. ¿Y tú?

—Llego tarde —respondió—. Tengo una cita.

Intenté no parecer sorprendida.

—¿Con una persona?

Él frunció el ceño.

—No, con una máquina de refrescos. Por supuesto que con una persona.

Amber rió por lo bajo. Se había repuesto de la presencia de Reyes mucho más rápido que su madre, Gemma o yo. Les concedí unos minutos para asimilarlo mientras bromeaba con Ubie, quien solo debía recuperarse de su experiencia cercana a la muerte. Me alegraba muchísimo de que Reyes no lo hubiera hecho pedazos. Me gustaba mucho más enterito. A diferencia, debo admitir, de lo que me ocurría con la lechuga o los solos de guitarra heavy.

Puesto que me daba la sensación de que iba a tener compañía durante un buen rato, me dirigi a la ducha.

—Bueno, será mejor que te vayas a casa —le dije a Ubie—. Solo se puede mantener a las citas atadas en el sótano un rato, porque luego empiezan a enfadarse.

—Habla con tu padre —le oí decir mientras entraba en el baño.

De eso nada.

La ducha fue maravillosa, a pesar de la bestia peluda que me empujaba de un lado a otro. No había tenido tanta actividad en un solo día desde hacía un par de meses. Mi cuerpo no sabía qué hacer. Cómo actuar. Deseaba el sofá —a quien quizá llamara Sharon— y aperitivos de queso, pero yo sabía que tendría que desengancharme de ambas cosas. Despacio al principio. Tal vez me conformara con una butaca y unas galletitas de queso, para desintoxicarme poco a poco, y luego probaría algo saludable como limpiar la casa y comerme una manzana.

Me estremecí solo de pensarlo. Los aperitivos de queso eran de lo más reconfortantes. Y eran de color naranja. No, no debía apresurar las cosas. Se me ocurrió un plan B. Limpiar la casa mientras comía bolitas de queso. Reconfortante y productivo.

En cuanto Artemis atravesó el suelo bajo mis pies, salí de la ducha y me puse un pantalón de pijama a cuadros verde lima que no tenía ninguna frase graciosa. Pero lo solucioné con una camiseta en la que ponía SARCASMO, mi segunda palabra favorita

terminada en «-asco». Preparada para enfrentarme a las masas una vez más, volví a la sala de estar.

Cookie y Gemma estaban en la cocina, probando todos los aparatos nuevos. Con un poco de suerte, conseguiría un almuerzo gracias a sus esfuerzos. Amber recogió sus libros cuando me vio salir y se acercó a mí.

—Haces mucho ruido en la ducha —dijo.

No quise ni imaginarme cómo sonaría en el salón los empujones que Artemis me daba contra la pared.

—Sí, resbalé.

—¿Siete veces?

—Sí.

—Ah, vale. Bueno, solo quería que supieras que lo siento, Charley. No pretendía hacer eso. Con Reyes. No quería avergonzarte.

—¿Avergonzarme? —La estrechó entre mis brazos—. Amber, tú nunca podrías avergonzarme.

—¿Nunca?

—Nunca.

—Una vez llamé a gritos a mi madre en la tienda y le pregunté si quería tampones regulares o superabsorbentes. Y añadí que, según lo que ponía en la caja, los superabsorbentes eran para los días de ciclo más abundante. Después le pedí que valorara su abundancia en una escala del uno al diez.

—Vale, sí que podrías.

—Y luego, cuando estábamos en la cola, le pregunté por qué compraba tres cajas de gel íntimo Noche de Verano en pleno invierno.

La aparté un poco.

—Vaya...

—Lo sé, ¿vale? No tenía ni idea de que una persona pudiera ponerse tan roja.

—Bueno, ahora que me lo has explicado, está claro que sí, podrías avergonzarme. Pero no lo hiciste. Siento que sepas tantas cosas que ninguna niña de doce años debería saber.

—No se lo contaré a nadie. Lo prometo.

Levanté la vista para ver lo que hacían las chefs. Al ver que estaban ocupadas, me incliné hacia Amber.

—¿Qué es exactamente lo que sabes?

Ella sonrió.

—Sé que eres el ángel de la muerte.

La respuesta me desarmó.

—Y sé que Reyes es el hijo de Satán.

—¿Cómo...? ¿Cómo sabes todo eso?

—Tengo muy buen oído. Y puedo escuchar todo tipo de conversaciones incluso cuando hago los deberes.

—¿En serio?

La niña soltó un resoplido.

—Te lo juro. Lo que pasa es que os comportáis como si estuviera sorda cada vez que abro un libro. —Se acercó hasta la puerta con una risilla perversa—. También oigo otras cosas. Antes de que vinieras a vivir aquí, no tenía ni la menor idea de que una chica podía gritar así. Reyes debe de tener mucho talento.

Segura de que tenía los ojos abiertos como platos, eché una miradita rápida a Cookie para asegurarme de que no nos prestaba atención. Aunque solo había mantenido relaciones con Reyes en sueños, y una vez en su estado incorpóreo, esas relaciones resultaban... muy satisfactorias. Y por lo que parecía, Amber lo sabía.

—No te preocupes. Mamá no lo sabe.

—¿Que Reyes tiene mucho talento?

—No, de eso sí que está al tanto. Lo que no sabe es que yo sé que Reyes tiene mucho talento. —Rió de nuevo, y el sonido me trajo a la mente imágenes de un científico loco en ciernes. Antes de cerrar la puerta al salir, añadió—: Pero no lo dejes por mi culpa.

Ay. Dios. Mío. Cookie iba a matarme.

—Bueno, ¿de qué hablabais vosotras dos?

Di un respingo y luego me coloqué bien los pantalones del pijama.

—De nada. ¿Por qué? ¿De qué crees que hablábamos?

Cookie me miró con el ceño fruncido.

—¿Crees que está bien?

—Ah, sí, creo que está bien. —Esa pequeña listilla...

Mi amiga empezó a batir de nuevo una especie de masa mientras Gemma le echaba una sustancia en polvo. Deseé que estuvieran haciendo brownies. Los brownies eran como las pilas de repuesto. Nunca había demasiadas en casa.

—Voy a dormir contigo —dijo Gemma mientras vigilaba el mejunje y le echaba un poco más de polvos.

—En realidad no eres mi tipo, pero vale. ¿Estamos hablando de alguna perversidad?

—¿Crees que le hace falta más? —le preguntó a Cookie mientras inspeccionaba el cuenco.

—Es imposible pasarse con el azúcar en polvo —dijo Cookie. Luego me señaló con el batidor—. Creo que deberías embotellar a Reyes y venderlo en el mercado negro. Nos haríamos ricas.

Me acerqué a ellas.

—Chicas, ¿qué estáis batiendo?

—Después de estar en la misma estancia que el tío más bueno del planeta, lo más probable es que esté batiendo mi virtud. —Soltó una risilla entre dientes—. ¿Lo pillas? ¿Lo de batir mi virtud?

Gemma se echó a reír mientras añadía otra medida de azúcar en polvo. Le eché una ojeada al cuenco de Cookie y cogí un pegote de paraíso blanco.

—¿Es glaseado?

—Sí, vamos a probar tus moldes nuevos para tartas.

—¿Compré moldes para tartas? —No era propio de mí.

Cookie movió las cejas arriba y abajo.

—Y también un mezclador de margaritas.

Oh, oh.

Pronto descubrí que Gemma tenía sus motivos para quedarse a dormir conmigo y beber como un pez en tierra firme. Podía leerlo en su lenguaje corporal, en la luz cambiante de sus ojos, pero sobre todo lo supe cuando dijo:

—Tengo mis motivos.

Estaba decidida a ayudarme a dormir aunque tuviera que emborracharme para ello. Y esa era la razón por la que Cookie y ella estaban probando un mezclador de margaritas

que había pedido durante un bajón de mi desmoronamiento. Durante una semana, solo pude pensar en beber margaritas —bueno, en eso y en pasar la lengua por los dientes de Reyes—, pero no tenía sal —ni los dientes de Reyes—. Además, también carecía de la energía necesaria para salir de mi apartamento para comprarla —o del deseo de rebajarme lo necesario para suplicarle a Reyes que me dejara lamerle los dientes después de lo que me había hecho—, así que me limité a desear un cóctel margarita. Y a soñar con los dientes de Reyes.

En secreto esperaba que apareciera un margarita en mis manos como por arte de magia, pero para eso tendría que haber soltado el mando a distancia, y Dios sabía que eso no iba a suceder.

Era un círculo vicioso.

Sin embargo, Gemma rara vez bebía. Quizá una copa de vino con la cena. Y yo solo bebía en ocasiones especiales. Como los viernes y los sábados. Cookie en cambio...

—¡Toooooooooma! —Cookie alzó los brazos en un gesto de triunfo, pero yo no tenía ni la menor idea de por qué—. No lo había *pazado* tan bien *dezde... dezde...* —Parecía falta de palabras coherentes, pero se recuperó enseguida y señaló la puerta—. ¡*Dezde* que *Reyez Farlow* apareció en *eza* puerta! —Se volvió hacia mí con una expresión llena de asombro—. *Dioz, eze* tío *zí* que *zabe* caminar...

Cookie estaba al otro lado de la barra de la cocina, intentando hacer brownies en mi nueva olla a presión eléctrica. Si bien el apartamento olía de maravilla, mis esperanzas de probar pronto algo de chocolate eran escasas. La olla pitó, y mi amiga le echó un vistazo un segundo y acto seguido desapareció. Resultaba extraño. Estaba allí en un instante dado y al siguiente se había desvanecido. Y tras su desaparición se oyó un ruido sordo que resonó en toda la cocina. Pensé en correr a ayudarla, pero a esas alturas ya no confiaba mucho en mis piernas. Gemma se había desplomado sobre el brazo de mi sofá —que tal vez se llamara Melvin— y la tía Lillian, que juraba que aquellos eran los mejores cócteles margarita que había probado desde el desfile de belleza en el que participó en Juárez, estaba tumbada boca abajo en el suelo. Y yo no sabía por qué.

—Se lo está perdiendo, señor Wong. No sé qué le ha puesto Cookie a esto, pero están de muerte.

Saludé a las cajas que lo rodeaban, apuré el último sorbo de margarita, o de Cookiarita como lo había apodado mi amiga, y decidí ponerme a escribir la carta terapéutica que me había pedido Gemma. Por lo general, los terapeutas ordenaban escribir un diario, así que las cartas eran un cambio interesante.

Pensé en escribirle una carta a Papá Noel. La Navidad ya había pasado, pero me la había perdido, ya que por entonces no hablaba con nadie que no fueran los vendedores del canal Compra en Casa, y ellos no parecían querer pasar la Navidad conmigo.

El día de Navidad comí con Cookie y Amber, por supuesto, y Gemma y el tío Bob vinieron a traerme mis regalos y una extraña y pegajosa especie de depresión, pero, aparte de eso, no recordaba mucho más. Aunque hubo una increíble tarta de queso y chocolate. El resto no era más que un borrón.

Cogí un bolígrafo y papel y me puse a plasmar mis pensamientos.

Querido Papá Noel:
¿Qué coño pasa?

Eso fue todo lo que se me ocurrió, y no me llevó a ninguna parte. No me sentía mejor después. Las terapias de Gemma eran un asco. Seguía sin quitarme a Reyes de la cabeza. La imagen del momento en que dejó que Amber lo abrazara era demasiado hermosa. Y no era lo que yo quería. Quería estar enfadada con él, amenazarlo con los puños y gruñir, pero Reyes había luchado contra los demonios por mí. Para mantenerme a salvo. Resultaba muy difícil estar enfadada con un tipo que luchaba una guerra secreta en tu honor. Maldito fuera.

Llevé a Gemma hasta el dormitorio y me tumbé a su lado para mirar el techo durante dos horas seguidas. Y luego la pared. La mesilla. El dispensador de pañuelos de papel con forma de calavera. Después de varias horas de frustración, me aparté el brazo de Gemma de la cara y me bajé de la cama. Esperaba de verdad que los margaritas me ayudaran a dormir como les había ocurrido a Gemma y a Cookie, pero no fue así. Cuando intentaba permanecer despierta durante semanas enteras, lo único que podía hacer para combatir el sueño era beber ingentes cantidades de café. Ahora quería dormir, y no podía.

El duendecillo del sueño era un capullo.

Comprendí que la única persona que faltaba en aquella pequeña emboscada era Garrett Swopes, un cazarrecompensas que colaboraba a menudo con mi tío Bob. No había vuelto a verlo desde que estuvieron a punto de matarlo. Por segunda vez. No obstante, seguro que no me guardaba rencor. No se había pasado por mi casa, y yo no había tenido ni fuerza ni ganas para salir de mi apartamento, así que hacía dos meses que no sabía nada de él. Ni una llamada telefónica. Ni un mensaje de texto. Ni un correo electrónico. Aunque hubiera recibido dos tiros, eso no era propio de él.

Decidí ir a verlo. Era probable que no fuera el mismo desde su experiencia cercana a la muerte. Me había visto. Cuando murió en la mesa de operaciones, vio el aspecto que yo tenía desde el otro lado, vio lo que hacía todos los días. Eso resultaba algo duro para cualquiera.

Sin embargo, no sabía si él lo recordaría. Puesto que yo era la entrada al paraíso, tenía ciertas responsabilidades que había intentado explicarle una vez. Pero muchos necesitaban ver para creer. Quizá hubiese sido demasiado para él. Tal vez la realidad fuera mucho más perturbadora que una simple idea.

Me puse unas pantuflas, me eché una chaqueta por encima y me encaminé hacia su casa.

Conducir a las tres de la madrugada tiene sus ventajas. Casi no había tráfico, así que llegué a casa de Garrett en un tiempo récord.

Llamé a la puerta y esperé. Ese hombre tardaba un montón en contestar en plena madrugada. Llamé de nuevo. Siempre me había preguntado una cosa: si un cazarrecompensas es arrestado y se escapa, ¿quién lo busca?

—¡Charles! —gruñó desde detrás de la puerta—. Te juro por Dios que si eres tú... ¿Cómo lo sabía? Decidí no decir nada. Sorprenderlo con mi presencia.

La puerta se abrió de par en par y allí estaba él, despeinado y sin camiseta. Aunque no me gustaba Garrett, debía reconocer que estaba de muy buen ver. Tenía la piel de color moca y unos ojos grises ahumados que se posaron de inmediato sobre Margaret, aunque la descartaron igual de rápido. Garrett pertenecía a mi mundillo. Seguro que entendía mi necesidad de llevar un arma aunque estuviera en pijama.

—¿Qué tal? —pregunté en un tono más animado de lo que estaba.

—¿Me tomas el pelo? —Se frotó un ojo con la mano.

—No. —Lo aparté de mi camino para dirigirme a su sofá. Su casa estaba a oscuras.

Qué extraño—. Hace siglos que no te veo. Me pareció que debíamos hablar.

—Existe una cosa que se llama ser demasiado engreído.

—¿Sabes?, me dicen eso muy a menudo. ¿Tienes café?

Suspiró tan alto que me resultó imposible no darme cuenta de su enfado, y luego cerró la puerta con mucha más fuerza de la necesaria mientras yo avanzaba hacia la cocina.

—¿Qué haces aquí?

—Fastidiarte.

—Además de eso.

—No sabía que necesitara un motivo para visitar a uno de mis mejores amigos en el planeta Tierra.

—¿Intentas permanecer despierta durante días otra vez?

—No. No lo intento. Simplemente ocurre.

Garrett había estado haciendo ruido en la cocina, y aunque no podía verlo, noté que los ruidos habían cesado. Esperé. Quizá se debiera a mi comentario sobre el «mejor amigo». Era evidente que no sabía que era uno de mis mejores amigos. Debería sentirse muy honrado. U horrorizado. Cualquiera de las dos cosas me parecía bien.

—Toma.

Di un salto del susto. Estaba justo detrás de mí y me ofrecía una copa de vino.

—¿Me has servido el café en una copa de vino?

—No.

—¿Es un vino con sabor a café?

—No. Bébetelo. —Inclinó la copa hacia mi boca.

Tomé un sorbo...

—Oye, no está mal.

—Bébetelo todo y te llevaré a casa.

—Colega, hace falta más que una copa de vino para emborracharme. ¿Recuerdas lo que soy?

—Un engorro.

—Eso ha estado fuera de lugar.

Se sentó a mi lado en el sofá y estiró las piernas. Llevaba puesto un pantalón vaquero, pero estaba descalzo. Sus pies descansaban sobre unos libros. Ni siquiera estaba al tanto de que Swopes supiera leer.

—¿Tienes problemas para dormir? —me preguntó.

—Algo así. —Me incliné hacia delante para ojear los títulos—. En realidad no.

Quiero saber por qué me has estado evitando.

Bajó un pie a la alfombra y se echó hacia delante también, con la cerveza en las manos. Estudió la alfombra un buen rato antes de empezar a hablar.

—No te he estado evitando.

Todos aquellos libros trataban sobre el reino espiritual, sobre el cielo y el infierno, demonios y ángeles. Su experiencia cercana a la muerte debía de haberlo afectado más de lo que me imaginaba.

—No has ido a verme en dos meses.

—Y tú no has venido a verme en dos meses. Eso no es evitarte, Charles. Es instinto de supervivencia.

Mierda.

—Sabía que esto era porque siempre te disparan por mi culpa.

Garrett volvió a hundirse en el sofá y le dio un sorbo a la cerveza.

—¿Eso es lo que crees?

—La verdad es que no puedo culparte. Yo también me mantendría alejada de mí si siempre me dispararan por mi culpa. —Tomé un poco de vino—. No es algo que se lleve bien.

Él dio un trago enorme y apuró la cerveza en tres segundos contados. Cuando se levantó para ir a buscar otra, lo detuve poniéndole una mano en el brazo. Sin embargo, no conseguí la reacción que esperaba. La reacción acostumbrada. Garrett se apartó emocionalmente. Casi se encogió por dentro cuando lo toqué.

Esa emoción me dejó desconcertada. No me había dado cuenta de que ahora le caía mal.

Y me abrió los ojos.

—Lo siento —dije al tiempo que dejaba la copa de vino en una mesita auxiliar—. Será mejor que me vaya. Ya hablaremos más tarde.

—No —dijo él, pero yo ya me dirigía a la salida.

Swopes rodeó el sofá y cerró la puerta con fuerza en cuanto la abrí. Soltó un lento suspiro a mi espalda.

—Lo siento, Charles. No pretendía herir tus sentimientos. Olvidé que sientes las cosas, que percibes las emociones de otras personas.

Me volví para mirarlo de reojo.

—Bueno, ¿y qué? ¿Vas intentar controlar tus emociones cuando me tengas cerca? ¿Vas a fingir que no te doy asco?

Mi odiosa respiración entrecortada revelaba que su reacción me había herido. Nunca me había hecho daño antes, no así, y eso que habíamos pasado por situaciones muy raras. ¿Por qué ahora? ¿Y por qué me importaba?

Pero lo sabía. Siempre me había considerado una chiflada, pero nunca le había dado asco. La idea me llenó los ojos de lágrimas.

—¿Asco? —preguntó con el ceño fruncido a causa de la consternación—. ¿Es eso lo que crees?

Se me escapó una risa ronca.

—Por favor, Swopes. No puedes ocultar tus emociones. Para mí son como un puñetazo en el estómago. No pasa nada. Me voy y ya está.

—Puede que percibas las emociones, pero si crees que lo que siento es asco es que se te da de pena interpretarlas.

—Garrett, por favor, deja que me vaya. Siento haberte despertado.

—Joder, no. Siéntate. —Señaló el sofá con una mano mientras con la otra sujetaba la puerta.

Vale. No hacía falta que se pusiera tan gallito. Me senté de nuevo, y solo entonces se sentó él también. Me dio la sensación de que no confiaba en mí.

—Bueno, ¿por qué crees que podrías darme asco en algún sentido? —preguntó.

—Para empezar, me estás evitando.

—¿Y eso significa que me das asco?

—No quieres hablar de lo que ocurrió —probé de nuevo.

Aunque yo no quería hablar de lo que me había sucedido, me habría encantado hablar sobre lo que le había ocurrido a él.

—Vale. ¿Qué ocurrió?

—Moriste.

Me miró sin parpadear.

—Moriste y viniste a verme. ¿Lo recuerdas?

—Necesito otra cerveza.

Dejé que se levantara y fuera a por otra cerveza, pero lo seguí. Abrió la nevera, quitó el tapón a una botella y se la bebió de un trago, sin respirar siquiera. Después de tirar la botella a la basura, sacó otra, pero esa se la bebió más despacio. Me senté en su diminuta mesa de cocina y él se acercó para situarse a mi lado.

—¿Puedes contarme lo que recuerdas? —le pregunté cuando se sentó. Garrett se limitaba a mirar la botella que tenía en las manos—. ¿Recuerdas algo?

Sabía muy bien que sí. Tenía que recordarlo. De lo contrario, nunca habría reaccionado de esa manera.

—Lo recuerdo todo.

Me quedé pálida.

—¿Todo?

—Recuerdo que me sentí atraído por tu luz —dijo tras respirar hondo—. Recuerdo a la niña que cruzó a través de ti. Recuerdo al señor Wong y al perro.

—¿Y eso te molesta? ¿Te desagrada lo que me viste hacer?

—No. —Me miró a los ojos—. No hay nada en ti que me moleste, salvo el hecho de que llames a mi puerta a las tres de la madrugada. Hay cosas que no sabes.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Como cuáles?

—Después de verte, fui a otro lugar. Supuse que volvía a mi cuerpo, puesto que ya no estaba muerto.

—¿Cómo sabías que ya no estabas muerto?

—Me lo dijo mi padre. Fue él quien me envió de vuelta. No había vuelto a verlo desde que tenía diez años. Trabajaba como ingeniero para una compañía estadounidense en Colombia. Lo raptaron. Normalmente solo quieren un rescate, pero algo debió de salir mal. Jamás volvimos a tener noticias suyas. Desapareció sin más.

—Pero ¿conseguiste verlo? —pregunté asombrada. Todo lo relacionado con cruzar al otro lado era un misterio, incluso para mí.

—Sí. Y me envió de vuelta. Me cabréé. —Se volvió para contemplar la noche negra a través de la ventana—. No quería volver. Nunca había sentido nada parecido a aquello.

—Eso ya lo he oído antes. Me alegra saber que la muerte no es más que una fase, que vamos a otro mundo y que es maravilloso. Pero ¿no has dicho que fuiste a otro lugar?

—Sí. Después de verte. Y no siempre es maravilloso.

—No te entiendo.

—Fui al infierno, Charles.

Me quedé pasmada.

—Lo dices metafóricamente, ¿no?

—No. Para nada.

—¿Fuiste al infierno de verdad? ¿A ese sitio lleno de fuego y azufre?

—Sí.

Me eché hacia atrás, atónita.

—Y descubrí cosas. No estuve allí por casualidad. Me enviaron. Para averiguar cosas. Para comprender.

—¿Para comprender qué?

—Lo que hace tu novio para ganarse la vida.

No se explicó. Sabía que estaba hablando de Reyes. ¿De quién si no?

—¿Sabes lo que es él?

—El hijo de Satán.

Mi respuesta lo sorprendió.

—¿Y te parece bien?

—Swopes, se escapó del infierno, ¿vale? No es un mal tipo. Bueno, no es del todo malo.

Resopló y se levantó de la mesa.

—Si piensas eso, deberías ver lo que yo he visto.

Me recorrió un escalofrío de miedo.

—¿Qué?

—Allí era un general, ¿lo sabías? Es el hijo del mal, sí, pero destacó entre las filas del infierno por méritos propios. Era un diestro asesino que vivía para probar la sangre de sus enemigos.

—No se crió precisamente en un entorno lleno de amor.

—¿Piensas buscarle excusas toda la noche? ¿Por qué has venido aquí?

—Quería saber cómo estabas. Lo siento.

Me levanté para marcharme una vez más, pero él me lo impidió con un comentario.

—Lo enviaron aquí por ti. Por ti.

Me volví para enfrentarme a él.

—Sé que lo enviaron aquí, pero para buscar un portal. Cualquier portal. No me buscaba a mí específicamente. Y luego me vio y se enamoró. Así que renunció a su padre y me esperó.

—¿Se enamoró? —La expresión atónita de su rostro me dijo lo que pensaba de mí—. No escapó. Lo enviaron aquí. A buscarte a ti en particular.

—No puedes creer eso.

—No. Tienes razón. Solo digo lo que me mostraron en el infierno. Seguro que mis fuentes están equivocadas.

—Swopes, la gente no va al inframundo y sale ilesa de allí.

—Y una mierda que no. Yo lo hice. Y luego fui arrastrado por una especie de fuerza. Y nunca he dicho que haya salido ilesa.

Bueno, si algo afectaba a la mente era un viaje al infierno. Y yo no sabía qué decir.

—¿Cómo era?

Garrett sacudió la cerveza en el aire.

—Ya sabes. Caliente. Con muchos gritos. Lleno de agonía. No lo recomendaría como lugar de vacaciones.

—¿Cómo sabes que...? ¿Quién te habló de Reyes?

Me miró hirviendo de furia.

—Su padre.

Me recliné en la silla.

—¿Me estás diciendo que os pusisteis a charlar sobre una fosa abierta y comparasteis vuestros conocimientos sobre la muerte y la agonía?

—Algo así. Él quería que yo lo viera, Charley.

—¿Ver qué?

—Lo que era su hijo. —Se inclinó hacia delante, como si intentara obligarme a creer lo que me decía—. Lo que hizo.

—Todos hacemos cosas de las que no estamos orgullosos.

Garrett soltó una carcajada amarga y se frotó la cara con los dedos.

—Vives en tu propio mundo, ¿verdad?

—Sí, y me gusta.

—Bueno, pues voy a decirte una cosa: sé lo que es él y lo que eres tú, y sé lo que ocurrirá si consigue lo que quiere. No pienso permitir que eso ocurra.

Vaya, genial.

—¿Conseguir lo que quiere? ¿Te refieres al infierno en la Tierra?

—Me refiero a la peor clase de infierno en la Tierra. Él fue enviado aquí, Charles.

Por ti. Para convertir todos los sueños de su padre en realidad.

Me levanté para beber un poco de agua.

—Lo que viste, lo que te dije, no era real. No lo enviaron aquí. Escapó. Vino aquí por decisión propia.

—¿Es eso lo que te dije?

—Sí —dije mientras registraba los armarios en busca de un vaso.

—Nunca me imaginé que un ángel de la muerte sería tan ingenuo.

A la mierda. Ya bebería en casa. Había pocas cosas que detestara más que el hecho de que alguien cuestionara mi inteligencia.

Cerré la puerta del armario y me incliné hacia él.

—Así que has estado en el infierno, ¿eh? —Cuando asintió, le dirigí una sonrisa almibarada, le di una palmadita en la mejilla y añadí—: Pues que tengas dulces sueños.

Enfrentarse a los miedos refuerza el coraje.
Pero huir de ellos refuerza las pantorrillas.

(Pegatina de parachoques)

Lo veía todo rojo mientras conducía. Literalmente. Un policía me detuvo y las luces eran demasiado brillantes. Seguramente vería manchas rojas durante días. Después de coquetear un poco —con lo que no conseguí nada— y de mencionar quién era mi tío —con lo que lo conseguí todo—, conduje el resto del camino algo más calmada y mucho más despacio. A pesar de la discusión, la casa de Swopes había sido un bienvenido cambio con respecto a mi apartamento abarrotado. Al llegar, examiné la zona desde el coche en busca de sombras siniestras y rincones oscuros. No había salido tanto desde hacía semanas. Y estar fuera de noche, a esas horas de la madrugada, me parecía extraño. Peligroso.

Cerré la puerta y me dirigí al interior del edificio, pero de repente sentí la necesidad de examinar todos los recodos antes de subir la escalera que conducía a mi apartamento en la tercera planta. Avancé con la espalda pegada a la pared, sin dejar de vigilar por encima del hombro. Si había un momento apropiado para llevar encima una linterna era de noche, sin duda.

Después de entrar de puntillas en mi habitación para no despertar a Gemma, abrí el cajón superior de la cómoda y saqué una foto. La foto. La que me habían dado unas semanas antes y no había vuelto a mirar desde entonces.

Oí que alguien tiraba de la cadena del baño, y un instante después Cookie se asomó por la puerta del dormitorio. La luz de la cocina la iluminaba un poco, así que pude distinguir su silueta.

—¿Eres tú, Charley? —preguntó con voz ronca y soñolienta.

Me pregunté si todavía estaba borracha. Incliné la fotografía para no verla.

—No, soy Apple, la gemela malvada de Charley —contesté.

—¿No puedes dormir?

Me senté en el borde de la cama.

—La verdad es que no. Tengo cierto conflicto interno.

Se sentó a mi lado.

—¿Sobre qué?

—¿Serás capaz de levantarte por la mañana? —le pregunté con una carcajada.

Ella sonrió.

—Estoy bien. Se me pasan muy rápido las borracheras.

—Te desmayaste en la cocina.

—Como si fuera la primera vez —señaló ella tras soltar un resoplido muy poco delicado.

Tenía razón.

—Vale, ¿qué pasa?

—No sé qué pensar sobre Reyes.

—Ay, cielo, ¿y quién sí? Es un misterio envuelto en sensualidad, protegido con cadenas de deseo y rematado con un afilado lazo de peligro. Tiene más capas que la tarta de boda de un millonario.

Enarqué las cejas a más no poder.

—¿Sensualidad?

—Lo sé. Que sea el tío más bueno que camina sobre la faz de la Tierra no es lo más importante, pero esa parte resulta difícil de superar. —Se fijó en la fotografía que yo tenía en las manos—. ¿Qué es eso?

Agaché la cabeza.

—¿Recuerdas cuando fui al edificio en el que vi por primera vez a Reyes? ¿El edificio de apartamentos abandonado donde vivía aquella loca?

—Sí. Era la casera cuando Reyes vivía allí. Cuando tú estabas en el instituto.

—Exacto. Bueno, pues ella me dio esto. —Le pasé la fotografía, pero sujeté una de las esquinas y añadí—: Debo advertirte que es de lo más explícita.

Su expresión se llenó de asombro cuando la cogió y la inclinó para aprovechar la poca luz que había en la habitación. Al principio frunció el ceño, mientras intentaba descifrar la imagen; luego, cuando lo consiguió, sus cejas se arquearon. Poco a poco, la imagen quedó clara. Los párpados de Cookie se entrecerraron. Su boca se abrió en una silenciosa muestra de compasión. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se tapó la parte inferior de la cara con la mano libre.

Parecía incapaz de apartar la mirada, como si acabara de presenciar un accidente de tráfico. A mí no me hacía falta mirarla de nuevo para saber los horrores que mostraba la fotografía: se me había grabado a fuego en el cerebro en el mismo instante que puse la vista en ella.

Las cuerdas. La sangre. Los moratones. La vergüenza.

—¿Esto es...? —dijo al final Cookie, sin dejar de cubrirse la boca con la mano. Se quedó sin respiración y tuvo que tragarse saliva antes de continuar—. ¿Este es Reyes?

—Sí.

Cookie cerró los ojos con fuerza y se apretó la fotografía contra el pecho, como si quisiera acunarlo. Protegerlo. Un pequeño reguero húmedo atravesaba sus pestañas.

—Dios mío, Charley. Me lo contaste, pero...

—Lo sé. —Cubrí sus brazos con uno de los míos.

Ella me lo estrechó y me dio unas palmaditas en la mano.

Le concedí un minuto para asimilar lo que acababa de ver. Para controlar sus emociones.

En mi opinión, la foto era un trofeo. Según Kim, la hermana de Reyes, Earl Walker le hacía fotos muy explícitas a Reyes y las escondía en las paredes de todas las casas en las que habían vivido. Y se mudaban constantemente, de modo que podían estar en docenas de lugares. Me contó que las fotos eran una especie de chantaje para mantener controlado a Reyes. Recordatorios de los abusos que había sufrido. Pero yo no lograba entender por qué Walker las escondía en las paredes. Si de verdad eran trofeos, ¿por qué no se las llevaba consigo? ¿Por qué las dejaba donde alguien podría encontrarlas —como había sido el caso de la señora Faye— y utilizarlas contra él?

Y entonces caí en la cuenta de que lo más seguro era que Earl no apareciera en ninguna de esas fotos. Que todas fueran solo de Reyes.

En la que me había dado la señora Faye, el propósito de Earl parecía ser humillar a Reyes. Y eso era lo peor. Lo había atado y le había tapado los ojos, aunque a mí no me

había costado nada reconocer el cuerpo perfecto de Reyes. Ni su cabello oscuro alborotado. Ni su boca grande. Ni los suaves y fluidos tatuajes mecánicos que le cubrían los hombros y los brazos. La cuerda se le clavaba en la carne, y había reabierto heridas que parecían casi curadas. Reyes tendría unos diecisés años en esa foto. Había girado la cabeza hacia un lado y apretaba los labios, humillado. Enormes cardenales negros marcaban su cuello y sus costillas. Y tenía largos cortes, algunos recientes y otro casi cicatrizados, en los brazos y en el torso.

Nunca conseguiría borrar esa imagen de mi mente, aunque había considerado la posibilidad de someterme a una terapia de electroshock para intentarlo. Habría merecido la pena. Y aun así, conservaba la fotografía. No lograba comprender por qué no la había quemado en el momento en que la vi.

—No me quiero ni imaginar cómo era su vida —comentó Cookie con la mirada perdida en el infinito.

—Yo tampoco. Esta noche me ha salvado. Luchó contra un demonio decidido a rebanarme la garganta.

Mi amiga se puso tensa, alarmada.

—Charley, ¿hablas en serio?

—Sí. Estaba muy enfadada con él, pero lo único que ha hecho siempre es salvarme la vida. Una y otra vez mientras crecía. No sé si tengo derecho a estar enfadada con él.

—Tal vez no lo estés.

—¿Quéquieres decir?

Cookie se mordió el labio, vacilante.

—Te conozco, Charley —dijo al final—, y creo que en realidad no estás enfadada con nadie salvo contigo misma.

Me enderezé.

—¿Por qué iba a estar enfadada contigo misma?

Me dirigió una sonrisa compasiva.

—Exacto. ¿Por qué ibas a estarlo? Y sin embargo, lo estás. Como siempre. Enfadada contigo misma por... ¿por qué? ¿Porque Earl Walker te destrozó en tu apartamento? ¿Porque fuiste atacada? ¿Porque no pudiste evitarlo?

Fruncí el ceño.

—Te equivocas. No estoy enfadada contigo misma. Soy genial. Tengo un salero increíble. ¿Tú has visto mi culo?

Cookie me pasó un brazo por los hombros.

—Lo siento, cariño, pero no engañas a nadie, salvo quizás a ti misma. Bueno, ¿qué piensas de ese tipo también conocido como «el hijo de Satán»? ¿Hay alguna esperanza para él?

Me devolvió la fotografía, pero boca abajo. Yo la dejé de esa manera.

—Es posible. El jurado todavía está deliberando.

—Bueno, pues dile que se dé prisa. Ese hombre tiene que pasarse por aquí más a menudo. Es como un supermodelo brasileño remojado en pecado.

—Esa es una buena descripción.

—Desde luego que sí. Pero tengo que preguntártelo: ¿por qué Apple?

Se me hacía muy raro. Dormir con Gemma y tener a la tía Lil en la habitación de al lado, aunque se hubiera desmayado creyendo que se había puesto de copas hasta las trancas, me aliviaba mucho. Aunque no para lanzar cohetes, sobre todo cuando Gemma

empezó a gimotear en sueños o cuando me dio una bofetada por ser una pirata —esa chica tenía serios problemas—, pero lo bastante como para permitirme descansar un poco.

Aun así me desperté temprano. En parte porque los albañiles madrugaban más que Dios, pero en concreto porque Gemma iba de un lado a otro buscando sus pantalones. Los llevaba puestos cuando la acompañé a la cama, así que no pensaba meterme en sus asuntos. Sin embargo, no dejaba de chocarse contra las cosas. Fue una suerte que no le tuviera un especial apego a la figurilla de macarrones de Abraham Lincoln. De no haber sabido lo contrario, habría pensado que todavía estaba como una cuba, y me moría de ganas de ver el aspecto que tenía Cookie.

Me metí de nuevo en la ducha, más para empezar bien el día que para otra cosa. No dejaba de darle vueltas en la cabeza a ciertas imágenes. Garrett en el infierno. Reyes luchando contra el demonio el día anterior. Cookie intentando realizar un baile erótico de barra, como las strippers. Quizá lo hubiera hecho bien si hubiera habido una barra, pero le concedí puntos extra por su habilidad para simular que la había.

Después de ponerme unos vaqueros, un suéter de cuello vuelto marrón chocolate y unas viejas botas decoloradas arrugadas en los tobillos, salí de mi habitación para enfrentarme a un nuevo día fuera de mi humilde morada. En realidad era una lástima. De un tiempo a esa parte me gustaba mucho más el interior de mi humilde morada que el exterior.

Sin embargo, había casos que resolver y gente a la que fastidiar con saña. Supuse que podía empezar con el infame hermanastro de Harper y ver hasta qué punto la quería fuera de su vida. O volverla loca. Llevaba pensando en esa posibilidad bastante tiempo. Seguro que obtendría muchos beneficios si se quitaba a Harper de en medio. Como mínimo, su herencia se doblaría.

Mientras me preguntaba dónde se había metido la tía Lil, cogí el bolso y las gafas de sol y me dirigí hacia la puerta. Por desgracia, alguien llamó justo en ese momento, un instante antes de que agarrara el pomo. Abrí la puerta y encontré a la última persona del planeta a quien habría esperado ver honrar el umbral de mi casa.

Decidida, me puse las gafas de sol.

—Estaba a punto de marcharme —le dije a Denise, la madrastra infernal.

Y en ese preciso instante se me ocurrió una idea: quizás Garrett no había estado nunca en el infierno. Quizás había acabado en casa de mis padres por error. Eso explicaría los gritos y los gemidos de agonía.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó—. No nos llevará mucho tiempo.

Denise era una de esas mujeres a las que otras personas consideran dulces. Tenía una sonrisa bonita y un gran talento para el drama. Sin embargo, era tan dulce como una víbora punta de lanza en una cesta de ratas. Al menos conmigo, la hijastra de sus entrañas.

En realidad nunca nos habíamos llevado bien. Empecé a caerle fatal cuando me pasaba el día chinchándola para que me contara historias de su infancia, que para mí era algo así como remontarse a la época de los dinosaurios. Después de eso, me echaba esas miradas de nitrógeno líquido capaces de congelar al instante la mejor de las intenciones. Había aprendido mis mejores y más efectivas miradas fulminantes de aquella mujer.

Suponía que eso era algo que debía agradecerle.

Con un largo y exagerado suspiro, me hice a un lado y la invitó a entrar con un gesto. Ella se detuvo en seco al ver las condiciones en las que estaba el apartamento, y rogué en secreto que dijera algo. Cualquier cosa. Cualquier excusa serviría para echarla a patadas de mi casa. Me veía obligada a aguantarla en las reuniones familiares, y lo hacía de buena gana cuando mi padre y Gemma estaban presentes, pero en mi casa ni hablar. Ni en

mi espacio sagrado. Iba lista si creía que iba a soportar sus miradas condescendientes con una sonrisa bajo mi propio techo.

Denise pareció comprender ese hecho. Entraron en juego sus instintos de supervivencia. Se recuperó con un leve parpadeo y entró en el apartamento esquivando una caja y un par de pantalones militares.

Me esforcé por no preguntarme cómo se las había apañado Gemma sin sus pantalones y conduje a Denise hasta la sala de estar —a unos cinco pasos de la puerta—. Luego me senté y le ofrecí mi mejor ceño fruncido.

—¿Qué puedo hacer por ti, Denise?

Mi madrastra se sentó en el sillón que había junto al sofá y enderezó los hombros.

—Solo quería hacerte un par de preguntas.

—¿Se te ha estropeado el teléfono?

Se enfureció al notar mi tono cortante. No era propio de ella soportar mis malos modos sin pelear. El recato no era una de sus cualidades. Debía de estar desesperada.

—No respondes a mis llamadas —me recordó.

—Ah, es verdad. Lo había olvidado. Bueno, ¿qué puedo hacer por ti?

Sacó un pañuelo de papel del bolso, se quitó las gafas de sol y se puso a limpiarlas.

Al final, con mucho cuidado, me abrió. Me permití sentir las emociones que la embargaban. La mayoría del tiempo me cerraba en banda. Había demasiados sentimientos en el mundo. Había aprendido a controlar qué y cuánto debía absorber cuando estaba en el instituto. Antes de eso, mi vida era... difícil. Sobre todo cerca de la bestiastra.

La recorrían un montón de emociones, y las peores me atacaron como un rayo y me dejaron sin respiración. Miedo. Dudas. Dolor.

Alguien había muerto. O alguien iba a morir. Aquellos sentimientos eran demasiado fuertes para estar asociados a algo que no fuera la muerte.

—En primer lugar, quiero que sepas que te creo. Creo en lo que puedes hacer.

Así que la mujer que convirtió mi infancia —y mis habilidades— en un infierno en vida ahora creía en ellas. Venga ya. Alguien iba a morir. Quizá fuera ella, pero no quería hacerme demasiadas ilusiones.

—¡Asombroso! —dije con fingido entusiasmo—. Ahora podremos ser íntimas.

Denise no me hizo ni caso.

—Lo sé desde hace mucho tiempo, Charlotte.

Se negaba a utilizar mi diminutivo. Lo contrario habría sido una muestra de afecto, y ninguna de las dos podíamos permitir que eso ocurriera. Sus amigas la habrían mirado por encima del hombro.

—Tienes que entender que fue muy difícil educarte.

No pude evitarlo. Resoplé. Bien alto. Y entonces me eché a reír.

—¿Educarme? ¿Así es como lo llamas? ¿Así llamas a lo que me hiciste?

Me había ignorado durante toda mi infancia. A menos que la avergonzara delante de sus amigas o sangrara profusamente, no me hacía ni el menor caso. Yo no era nadie. Era invisible. Era el polvo que pisaba. Aunque a mí eso no me amargaba, desde luego...

—No tienes hijos, así que no espero que lo entiendas.

Decidí compartir con ella una anécdota para ayudarla a entender la situación.

—Yo creo que cualquier persona con hijos sabría que, en ocasiones, cuando le preguntas a la pequeña Charley quién ha roto la lámpara y ella te dice que no lo sabe, lo que en realidad está diciendo es: «Ha sido un tipo con la piel casi transparente y el pelo revuelto que podría haber muerto a causa del traumatismo contundente que tiene en la cabeza,

aunque seguramente murió a causa de la infección de las múltiples heridas de bala que tiene en el pecho». Pero es posible que me equivoque, claro.

—Tus circunstancias no eran corrientes —convino mientras examinaba sus gafas de sol.

—¿Tú crees?

Reprimió una respuesta seca, y estuve a punto de sonreír. No tenía claro cuándo me había vuelto tan cruel. Era evidente que Denise sufría. Pero la venganza era una puta fría y cruel. Y yo tendría que serlo más a menudo.

Como un soldado decidido, Denise siguió adelante.

—¿Me darás el mensaje? —preguntó—. ¿El que mi padre dejó para mí?

No pude evitarlo. La miré boquiabierta y estuve a punto de mofarme en su cara. ¿Ahora? ¿Después de todos esos años decidía que quería unirse al club y suponía que yo me acordaría de un mensaje que me había dado un difunto cuando aún podía contar mis años con los dedos de una mano?

—Bien, de acuerdo, yo tenía... —Levanté los ojos hacia la gran calculadora del cielo—. No sé, cuatro o cinco años, así que ¿cuánto tiempo ha pasado? Las matemáticas no son lo mío.

—Veintitrés años —remató ella.

—Vale, entonces tenía cuatro.

—Lo sé —dijo. Tensó los dedos alrededor del bolso—. Pero también sé que tienes una mente asombrosa. —Me miró con acritud—. Es evidente que jamás olvidas nada.

—En eso tienes razón. Todavía recuerdo a la perfección la bofetada que me diste delante de toda aquella gente del parque. Y la vez que me arrastraste lejos de aquella bici en la playa... tirándome del pelo. Y la vez que intenté contarte lo que me había dicho tu padre, y tú te pusiste echa un basilisco y no dejaste de gritarme mientras me llevabas al bar de papá. —Me incliné hacia delante—. Me escupiste en la cara.

Denise apretó los labios en un gesto de arrepentimiento. Dios, qué buena era. De no conocerla mejor, habría creído que de verdad sentía haber actuado así.

—En el parque estaba en estado de shock. Lo que hiciste fue... —Respiró hondo, y omitió esa acusación para pasar a la siguiente—. Y se me enganchó tu pelo en el anillo. Te dije que no te subieras a esa bici y me desobedeciste.

Si el calor de la furia se hubiera manifestado fuera de mi cuerpo, mi madrastra habría quedado frita allí mismo. Se habría convertido en un montoncito de cenizas con la forma de Hitler, porque lo cierto era que se parecía muchísimo al dictador, por extraño que parezca. ¿Así que fue culpa mía? Menudo morro.

—Y por si no lo recuerdas, yo ni siquiera sabía que mi padre había muerto cuando me dijiste que te había dado un mensaje para mí desde la tumba. ¿Cómo se supone que debía reaccionar ante algo así, Charlotte?

—Por lo visto, escupiéndome a la cara.

Ella agachó la cabeza.

—¿Serviría de algo que te pidiera disculpas?

—Más bien de poco.

—¿Me lo dirás de todas formas?

La tristeza y el remordimiento que veía en sus ojos minaron mi resolución. Aunque no mucho. Más o menos como el minúsculo mordisco de un ratón a un queso del tamaño del monte Rushmore.

—Ya que lo preguntas, te diré sinceramente que no recuerdo el mensaje exacto

—me limité a decir—. Era algo sobre toallas azules. O quizá las toallas no fueran azules. Joder, no me acuerdo.

Vale, había utilizado la palabra con «J» solo porque sabía cuánto la detestaba, pero me sirvió de poco. Denise estaba perdida en sus pensamientos, intentando recordar a qué podía referirme. Y entonces saltó una chispa en su memoria y su rostro se iluminó.

—Espera un momento —dijo.

—¿Cuánto tiempo? Porque la verdad es que tengo cosas que hacer.

Se puso en pie y me dio la espalda.

—¿Qué dijo sobre las toallas?

—Ya te lo he dicho, dijó algo de que en realidad no eran azules. Creo que dijo que no fue culpa tuya.

La tristeza me asaltó como un torrente de ácido. Hizo que me escocieran los ojos, que se me encogiera el corazón. Me cerré de nuevo, bloqueé mi capacidad para absorber las emociones y me obligué a respirar aire libre de ácido.

Un instante después, Denise se dio la vuelta y se arrodilló delante de mí. Se arrodilló. De rodillas. Qué embarazoso. Intenté alejarme un poco, pero ya estaba en el extremo del sofá... que tal vez se llamara Consuela. Mi expresión debió de revelar mi profundo desagrado.

—Ni siquiera era sobre mí —dijo con una expresión maravillada—. Era sobre ti. Intentaba decirme algo sobre ti.

—Estás invadiendo mi espacio vital.

—Intentaba decirme lo especial que eres.

—Y no le hiciste caso. —Chasqueé la lengua—. Menuda sorpresa. Pero escucha, de verdad, estás invadiendo mi espacio vital.

—Ah —dijo mientras miraba a su alrededor, sorprendida—. Lo siento. Yo...

—Volvió a sentarse en el sillón y se alisó los pantalones holgados que llevaba—. Lo siento, Charlotte.

No entendía por qué su padre le había enviado un mensaje sobre mí desde la tumba, ni cómo había establecido ella esa conexión cuando al parecer la cosa iba de toallas azules. Por desgracia, tampoco me importaba demasiado.

—¿Eso era todo lo que querías?

—No.

—Bueno, pues ese es el único mensaje que tengo hoy para ti. A menos que quieras conocer el que dice que tengo muchísimo trabajo. Ese es importante. —Cogí el bolso del suelo, volví a ponerme las gafas del sol y me levanté con intención de marcharme.

—¿Notas cuando alguien está a punto de morir? —preguntó antes de que me alejara demasiado.

Lo sabía.

—No estoy segura —contesté con la cabeza gacha y los dientes apretados.

Por desgracia, tenía la incómoda impresión de que sí lo notaba. De que siempre lo había notado. Pero se trataba de una de esas molestas ideas que me limitaba a ignorar y a arrinconar en mi cerebro. Como cuando Cookie combinaba ropa de color morado, rojo y rosa a la vez. Escondía lo que pensaba al respecto en un rincón perdido de mi conciencia. No sabía cómo explicarle aquello a nadie, así que no lo intenté.

—Es posible. —Incliné la cabeza a un lado y la miré de arriba abajo—. Sí. Si estuviera en tu lugar, empezaría con los preparativos del funeral.

Ella no me tomó en serio, lo que probablemente fuese algo bueno, porque le estaba

tomando el pelo.

—¿Te importaría avisarme por teléfono si notas algo de esa naturaleza? —preguntó después de ponerse en pie y guardar el pañuelo en el bolso.

—Desde luego que no. Te pondré entre los números de marcación rápida.

Denise caminó hasta la puerta y luego se dio la vuelta.

—Y solo para que conste, no te preguntaba por mí.

Dejé que saliera, esperé unos cinco minutos y luego me marché yo también. Me quité a mi madrastra de la cabeza. O, mejor dicho, lo intenté con todas mis fuerzas.

Según el cartel, la Veil Corporation se dedicaba a la búsqueda y el desarrollo de combustibles alternativos, y el hermanastro de Harper, Art, era al parecer uno de los peces gordos allí. Puesto que no tenía cita, me dijeron que lo esperara en el vestíbulo. Sin embargo, no me apetecía esperar allí, así que le dije a la recepcionista quién era y le expliqué que si Art se negaba a verme, volvería con un par de agentes y una orden. Me llevaron hasta su oficina en cuestión de minutos. Me chiflaba que esa mierda funcionara. Por Dios, ¿una orden para qué? Art debía de ocultar algo.

No pareció alegrarse mucho al verme cuando su ayudante me presentó. Se puso en pie y me estrechó la mano, pero eso no le hizo muy feliz.

Por desgracia, el chico era mono. Llevaba un traje de tres piezas y tenía uno de esos rostros de estrella de cine, con el pelo corto y un bronceado natural. Sin embargo, la *pièce de resistance* eran sus ojos: de un gris plateado y ribeteados por pestañas largas y oscuras. ¡Maldición! Odiaba que los tipos malos fueran guapos. Resultaba mucho más fácil pensar lo peor de ellos cuando la pinta correspondía a su papel: desaliñados, con una sonrisa grasienta y los dientes podridos.

Aunque sí me ayudó en algo que viera algunas trazas de su madre en él. Sí, ese tipo era escoria, y lo demostraría a la primera oportunidad que se me presentara.

Después de estrecharme brevemente la mano, me hizo un gesto para que me sentara y él hizo lo mismo.

—¿Le importaría explicarme por qué ha sentido la necesidad de amenazarme, señora Davidson?

—En absoluto. Necesitaba verlo, y rápido. Su hermanastra me ha contratado para...

—Lo sé, lo sé. —Levantó una mano para detenerme—. Madre me lo ha contado todo.

¿Me había convertido en el tema de conversación durante la cena? Genial. Me encantaba que ocurriera eso. No obstante, sentía una aversión personal hacia los hombres adultos que llamaban a sus madres «madre», así que ese era otro punto en su contra. Quizá pudiera contrarrestar que fuera tan guapo.

—Y estoy convencido de que también se lo contó todo a usted —añadió.

—A mí?

—Sí. Seguro que recibió una buena charla sobre que Harper solo quiere llamar la atención y sobre que todo empezó después de que mis padres se casaran.

Evalué sus emociones y descubrí que no estaba enfadado. Y que no se sentía particularmente culpable. Pero solo hasta que empecé a hablar.

—Harper dijo que usted prendió fuego a la caseta de su perro. Con el animal dentro.

—Eso le dijo?

La culpabilidad manaba de él, pero había otra cosa aun más fuerte. Angustia. Había herido sus sentimientos. Se puso en pie y miró por la ventana.

—Fue un accidente. Y ella lo sabe.

—Sí, ella me dijo que fue un accidente. —Su rostro se reflejaba en el cristal tintado, así que pude ver la levísima sonrisa que esbozó cuando le dije eso. Y de repente lo entendí todo. —¡Mierda! ¡Está enamorado de ella!

—¿Qué? —Se volvió hacia mí con expresión indignada.

Apreté los labios.

—¿En serio?

—Mierda. —Rodeó el escritorio y cerró la puerta de la oficina antes de continuar. —¿Cómo lo ha sab...? Mire, yo... —Se pasó una mano por el pelo mientras yo contenía una sonrisa. —Por supuesto que la amo. Es mi hermana.

—Art, Harper es su hermanastra, y es una preciosidad. Yo la he visto, ¿recuerda?

Volvió a sentarse.

—Ella no lo sabe. No realmente.

—¿Por qué? —pregunté anonadada.

—Es complicado. Hemos sido muy amigos durante años.

—Espere un minuto —dijo cuando lo entendí—. Usted era su contacto. Fue usted quien la ayudó cuando desapareció esos tres años, ¿verdad?

Art frunció los labios.

—¿Qué parte de esta conversación llegará a oídos de mi madre?

—A menos que esté directamente relacionada con el caso, ninguna. No creo que el hecho de que ayudara a su hermanastra sea asunto de su madre.

—Ya —dijo él, asintiendo con la cabeza a regañadientes—. Y fueron los tres años más duros de toda mi vida.

La amaba de verdad.

—Bueno, debo admitir que ha echado por tierra mi teoría. Estaba convencida de que usted era el malo.

—Lo siento.

No lo sentía. Estaba claro.

—Pero usted cree en ella, ¿no es cierto? —Enarcó las cejas esperanzado.

—Sí. ¿Le importaría decirme qué piensa de todo este asunto? Seguro que ha llegado a alguna conclusión con el paso de los años.

—A ninguna que merezca la pena —dijo, decepcionado consigo mismo—. He investigado durante años. Una vez llegué a pensar que era el hijo de los vecinos, que estaba loco por ella, y otra que se trataba del repartidor de muebles. Los incidentes siempre ocurrían en los momentos más inesperados. A veces Harper estaba en casa y a veces no, así que la teoría de mi madre de que ella solo buscaba llamar la atención es una gilipollez.

Me alegraba que pensara eso.

—¿Había alguien más en su casa cuando eran pequeños? ¿Alguien que tuviera un acceso fácil a la habitación de su hermanastra?

—Claro, siempre. Teníamos parientes, primos, doncellas, cocineros, jardineros, proveedores, e incluso planificadores y asistentes. De todo.

—¿Alguna de esas personas vivía en la casa?

—Solo el ama de llaves y algún cocinero. Tuvimos un montón de cocineros. No resulta fácil aguantar a mi madre.

Sí, eso ya lo suponía.

—Necesito hacerle una pregunta difícil, Art, y quiero que mantenga la mente abierta.

—De acuerdo —dijo él, cada vez más receloso.

—¿Sospecha o ha sospechado alguna vez de su madre?

Se quedó helado.

—No. —Tensó la mandíbula—. En absoluto.

—Pero la salud de su padrastro ha empeorado mucho, ¿no es así? Si algo le ocurriera a Harper, usted y su madre lo heredarían todo.

Encogió un hombro con resignación.

—Eso es cierto, pero de todas formas conseguiremos una pequeña fortuna.

—Quizá una pequeña fortuna no sea suficiente. Es posible que su madre haya estado intentando... no sé, volver loca a Harper para que la declaren incompetente, o algo así.

—Entiendo que se le haya ocurrido semejante idea, pero mi madre no es tan avaricia. He pensado en esto muchas veces. Mi madre no le ha mentido. Todo empezó después de que se casaran. Yo solo vi a Harper un par de veces antes de la boda, y me pareció una chica de lo más normal.

—¿Y después?

—Después cambió. Y a pesar de lo que pueda pensar mi madre, no creo que eso tuviera nada que ver con su matrimonio. —Se inclinó hacia delante y clavó sus ojos de halcón en mí—. Creo que ocurrió algo durante la luna de miel de mis padres. Algo relacionado con todo esto.

—Ella no mencionó ningún incidente.

—He estudiado el síndrome de estrés postraumático, señorita Davidson, y mirando atrás, creo que Harper presentaba todos los síntomas. Solo tenía cinco años, por el amor de Dios. Quién sabe lo que reprimía en su subconsciente.

—Bueno, en eso tiene toda la razón. Los malos recuerdos pueden permanecer reprimidos. Me alegra que ella cuente con usted. Con alguien de su lado.

—Lo mismo digo. —Sonrió y volvió a sentarse—. Me pregunto si alguna vez me permitirá olvidar lo del fuego.

—Yo no contaría con ello.

Como es ilegal matar a la gente,
 ¿podría utilizar una pistola paralizadora
 solo para echarme unas risas?
 (Camiseta)

Quizá Art tuviera razón. Quizá Harper hubiera reprimido algo. Un incidente detonador que hubiera puesto todo aquello en marcha.

Si alguien lo sabía, sería su primer terapeuta.

Llamé a Cookie y, después de darle una serie de instrucciones verbales sobre cómo bajar el volumen de su teléfono, conseguí la información que necesitaba sobre la primera terapeuta de Harper, una psicóloga llamada Julia Penn. Estaba retirada, y Cookie tan solo había podido averiguar su dirección. Vivía en Sandia Park, en las montañas. Yo quería hacer un millón de cosas ese día, entre ellas ir a ver a Harper y a Quentin y hacer una visita a un par de amigos, en concreto a Rocket, un genio fallecido que vivía en un psiquiátrico abandonado. No obstante, decidí pasarme a ver a la psicóloga de todas formas. No me llevaría mucho tiempo.

Conduje por la histórica carretera secundaria de Turquoise Trail a través del impresionante paisaje de San Pedro Overlook, una comunidad acaudalada situada a los pies de Sandia Park.

Asombrada por su belleza, volví a llamar a Cookie.

—¿No te he mencionado que el timbre del teléfono me molesta bastante hoy?

—Cook, ¿cómo es posible que tengas resaca? A las cuatro de la madrugada estabas bien.

—A esas horas no me había atacado todavía. Ha sido después. Sobre las siete y veintidós. ¿Esos son los pantalones de Gemma?

—Sí.

—¿Cómo...?

—No tengo ni idea. Mira, te he llamado porque nuestro edificio de apartamentos es un asco. Y como no podemos conseguir el apartamento chulo, yo digo que nos mudemos aquí.

—Es una gran idea —dijo ella.

—¿A que sí?

—Salvo por el hecho de que no puedes pagar el alquiler.

—Razón de más para mudarse.

—Y que las casas que hay por ahí cuestan mucho más de lo que tú eres capaz de contar en voz alta.

—Dicho así, parece una estupidez.

—¿Recuerdas a esas mujeres de los sanatorios de las que hay que estar siempre

pendientes porque mezclan la medicación de todo el mundo y roban los orinales de cama?

—Sí —dije, preguntándome dónde me estaba metiendo.

—Pues así vas a ser tú.

Seguro que tenía razón. Si llegaba a vivir tanto.

Conduje hasta una deslumbrante casita de adobe con un garaje de tres plazas y el césped en perfecto estado, y me pregunté si podría permitirme una como esa si devolvía todos los aparatos que había pedido y vendía también a Misery. Tras ella estaba la sierra de Sandia y, justo delante, unos maravillosos cañones de piedra roja. Julia me recibió en la parte delantera y me guió hasta la zona posterior de la casa.

—Recibí una llamada de la señora Lowell —dijo la doctora Penn mientras me enseñaba el patio exterior que había detrás de la casa. Tenía una especie de estufa de barro con el fuego encendido—. Esperaba tener noticias suyas, aunque no creí que se presentaría ante mi puerta.

Maravilloso. ¿Acaso la señora Lowell había llamado también a los de la asociación de padres? ¿Quizá a los amigos de la infancia de Harper? ¿O tal vez a su profesor de secundaria y al entrenador de voleibol del instituto? Debía de haberse pasado horas al teléfono.

La doctora Penn, una mujer de estatura media con una larga melena canosa recogida con un prendedor, me hizo un gesto para que me sentara. Sus muebles de exterior eran de lo más elegantes.

—No puedo hablar sobre el caso, aunque estoy segura de que usted ya lo sabe.

—Soy consciente de que no puede hablar sobre cuestiones específicas, así que le haré preguntas generales. Ya sabe, cosas que podrían aplicarse a cualquiera.

La mujer esbozó una sonrisa impaciente.

—¿Conoce los síntomas del síndrome de estrés posttraumático?

—¿Piensa atacarme, señorita Davidson?

—En absoluto. Solo quería asegurarme de que conoce los síntomas.

—Por supuesto que los conozco.

—¿No reconoció ninguno de ellos en Harper? Me da la impresión de que resultaban bastante evidentes.

—¿Acaso he ido yo a su oficina y le he dicho cómo debe llevar sus investigaciones?

Lo pensé un minuto.

—No, que yo sepa, pero hace bastante tiempo que no me paso por mi oficina.

—En ese caso, señorita Davidson, le ruego que no me diga cómo debo diagnosticar a un paciente. Creo que tengo algunos años más de experiencia que usted.

—¿Iba a ponerse condescendiente?

—Entonces, lo que me está diciendo es que metió la pata pero que no puede retractarse porque quedaría mal.

—Sabe donde está la salida, ¿verdad? —Se puso en pie y se dirigió a la puerta trasera.

Yo también me levanté.

—¿O acaso la señora Lowell le pagó para que hiciera un diagnóstico erróneo del caso de Harper? ¿Para mantenerla drogada y obediente?

Si mi madrastra hubiese tenido dinero, seguro que habría hecho eso mismo. Para cerrarme el pico. Para evitar que le causara problemas o la avergonzara.

La mujer se dio la vuelta.

—Soy psicóloga. Rara vez recomiendo fármacos y no tengo licencia para recetarlos.
—Se volvió de nuevo hacia el fuego—. Cada mente es diferente. Algunas son más frágiles que otras. Harper echaba de menos a su padre, la relación que una vez mantuvo con él. Veía a la señora Lowell como una amenaza. Todo encaja.

—Ah, sí, el matrimonio. Pero ¿y si hubiera ocurrido algo más? Si mira atrás sabiendo lo que sabe ahora, ¿cree que Harper habría podido sufrir algún tipo de síndrome de estrés postraumático?

—Es posible —dijo tras un suspiro de resignación—. Pero probé incluso con la terapia de regresión.

—Se refiere a la hipnosis.

—Sí. No debería contarle esto, y solo lo hago porque la ha contratado Harper y su madrastra me pidió que colaborara, pero esa niña había olvidado cierto período de tiempo. Una semana, para ser exactos. No recordaba nada de la semana que pasó con sus abuelos. Nada en absoluto.

—Y se quedó con ellos cuando los Lowell se fueron de luna de miel, ¿verdad?

—Sí, pero ellos la adoraban. Bueno, eso es todo lo que puedo decirle. Los Lowell son muy buenos amigos míos. Ya he sobrepasado los límites de la confidencialidad.

—Solo tengo una pregunta más.

—Bien —dijo tras otro suspiro agobiado—. ¿De qué se trata?

—¿Vende o alquila esta casa?

Cuando le pregunté a la doctora Penn por su casa, se enfadó bastante y me acusó de acusarla de aceptar sobornos para poder permitirse su lujoso estilo de vida. Lo cierto es que yo solo quería saber si alquilaba o vendía la casa. Estaba claro que habíamos empezado con mal pie.

Durante el camino de vuelta a la ciudad, llamé a Gemma para saber un poco más.

—Bueno, ¿qué tal la cabeza? —pregunté.

—¿Qué demonios le puso Cookie a esos margaritas? —Su voz sonaba como si estuviera resfriada. Qué graciosa.

—Tengo tanta idea como tú, por eso solo me tomé uno.

—Ay, Dios, yo me bebí unos doce.

Siendo una hermana cariñosa y preocupada como era, me eché a reír.

—Así aprenderás la lección.

—¿No beber nunca más doce margaritas seguidas?

—No. —Solté un resoplido—. Eso es aceptable. La lección es: nunca confíes en Cookie.

—Entendido. ¿Has visto mis pantalones?

—Ya que hablamos de eso, ¿cómo es que te marchaste de casa sin ellos?

—Te cogí prestado un pantalón de chándal. Fui a una tienda con ellos puestos.

Hablé con los vecinos en el patio después de aparcar. Y solo después de entrar en casa me di cuenta de que tenían escrito «Solo salida» en el trasero.

—¿Me robaste mis pantalones de chándal favoritos?

—Me quise morir.

—Es extraño que unos pantalones de chándal te hayan vuelto suicida. Si estuviera en tu lugar, analizaría eso.

—¿De verdad los llevas puestos en público?

—Solo cuando salgo con ellos. Oye, ¿es muy difícil diagnosticar un síndrome de

estrés postraumático?

—Charley —dijo Gemma tras una larga pausa—, sé por qué me llamas, y sí, cielo, es muy evidente que sufres un trastorno de estrés postraumático.

—¿Qué? ¡No! Te hablo de una clienta.

—Mmm. ¿Y esa clienta tiene el pelo castaño, los ojos dorados y habla con los muertos?

—Qué sutil. No me obligues a gritarle al teléfono —dijo con una sonrisa perversa. Doce margaritas harían que esa idea resultara muy desagradable.

—Ay, por el amor de Dios, no lo hagas, por favor.

—De acuerdo, entonces concéntrate. No se trata de mí. De verdad. ¿Es fácil diagnosticarlo en un niño?

—Bueno, a menos que el paciente no recuerde nada de lo que le ha ocurrido, es bastante sencillo. Lo cierto es que los síntomas son bastante generales, aunque cada caso es un poco diferente. Sin importar lo que haya ocurrido, en principio es bastante sencillo. Y puede causarlo cualquier cosa, desde un accidente de coche o una catástrofe natural hasta unos soldados intercambiando tiros en el campo de batalla.

Decidí dar un palo a ciegas.

—¿Y si le hubiera sucedido algo a una niña pequeña pero no recordara qué? ¿Puede que viera algo? ¿O que oyera algo? ¿Podría eso causar un síndrome de estrés postraumático?

—Desde luego que sí. Pero eso les ocurre incluso a los adultos. En una ocasión traté el caso de una mujer que tuvo un accidente de tráfico y no pudo llegar hasta su hijo, que lloraba. No podía verlo, pero sí oírlo. Y antes de que llegara la ayuda, el niño murió. Ella oyó sus últimos gritos.

—Vale —dijo interrumpiéndola—, no me gusta ese caso.

—A mí tampoco, pero quiero explicarte una cosa.

—Está bien, pero date prisa.

—Después, la mujer sufrió lo que se denomina una sordera histérica, o pérdida de audición psicosomática.

—Como los tíos que van a la guerra y se quedan ciegos sin razón aparente.

—Exacto. Su mente no puede asimilar los horrores que han presenciado, así que el cerebro se niega a procesar la información visual. El córtex visual se desconecta. Es una cuestión psicológica. No obstante, esos son casos bastante extremos. Por lo general, el síndrome de estrés postraumático es mucho menos evidente, hasta el punto de que a menudo la gente no se da cuenta de que lo padece. Como por ejemplo, una detective a la que secuestraron y sufrió grandes traumas físicos y emocionales.

—¿Otra vez con lo mismo?

—Charley, deja que te ponga en contacto con un colega mío.

Me enderezé en el asiento. Ahora sí que hablábamos el mismo idioma.

—¿Es mono?

—«Ella» es muy buena psicoterapeuta. Una de las mejores de la ciudad.

—Espera —dije cuando se me ocurrió otra idea.

—Se acabaron las esperas.

—¿Y si esto hubiera ocurrido hace décadas? ¿Habría sido más difícil diagnosticar un síndrome de estrés postraumático entonces?

—Probablemente sí. Este síndrome es tan antiguo como el hombre, pero se estableció como posible diagnóstico durante la década de los ochenta. Y tardó un tiempo en

popularizarse.

—Gracias.

Eso explicaría por qué la doctora Penn lo había pasado por alto, por qué se aferraba a otras posibles causas de la enfermedad de Harper. Tenía que averiguar lo que le había ocurrido a la niña durante la luna de miel de sus padres.

Decidí pasarme un momento por el salón de Pari para ver a mi clienta. La tienda aún no estaba abierta, ya que era demasiado temprano para un salón de tatuajes, pero Tre estaba allí, viendo porno en internet. Tenía buen gusto.

—¿Dónde está Pari? —le pregunté.

Se encogió de hombros, y noté una oleada de hostilidad.

—Ha salido.

Vaya, vaya. Problemas en el paraíso. Parecía muy molesto. Aunque no lo bastante para conservar mi interés. Eché un vistazo a las fotos de los clientes que Pari había colgado en la pared.

—Oye, esos son los Bandits.

Me acerqué a la foto de los peculiares moteros. Por alguna extraña razón, eran los dueños de mi psiquiátrico favorito, y en la fotografía aparecían mis tres moteros favoritos: Donovan, Eric y Michael. Exhibían con orgullo sus tatuajes, y todos posaban como si fueran culturistas, pero algo en ellos despertó una idea en mi cabeza. Los había visto fuera de ese contexto hacia poco, en otra situación, en otro entorno. Algo sobre su estatura. Bajo, medio tirando a alto y solo medio.

—Vale, está bien, volveré luego.

Tre se encogió de hombros una vez más, aunque sin prestarme mucha atención.

Pensé en los Bandits cuanto me lo permitió mi trastorno de déficit de atención y luego pasé a un sueño de mi infancia en el que era una astronauta y reflexioné sobre cómo salvaría al mundo si un cometa avanzara hacia la Tierra. Llegué a la conclusión de que la raza humana estaba condenada.

—Hola, Harper —dije mientras me adentraba en su diminuta habitación.

Ella miraba por una ventana del tamaño de una tarjeta de visita y se volvió hacia mí.

—Hola.

—¿Tienes un minuto?

—¿Me lo preguntas en serio? —Señaló lo que la rodeaba con las palmas hacia arriba.

—Vale —dije—. Espero que Pari te esté tratando bien.

—Es una mujer muy particular.

—Sí que lo es.

—¿Hablaste con Art?

—Sí, y está claro que no es nuestro hombre.

—Ah, eso ya lo sabía. Solo esperaba que hubiera averiguado algo.

—Bueno, hizo algunos comentarios bastante interesantes —dije, disimulando la insinuación de una manera sutil y subversiva—. Parece creer que te ocurrió algo mientras estabas en casa de tus abuelos.

La joven se puso en pie de nuevo y apretó la mandíbula, frustrada.

—Siempre volvemos al mismo punto, pero lo cierto es que no recuerdo nada. Por alguna razón, cuando mi familia me envió a terapia y empecé a analizar lo que podría haber ocurrido, olvidé por completo esa semana. Es bastante común. ¿Cuántas cosas recuerdas tú

de tu niñez?

En eso tenía razón. Incluso mi niñez tenía bastantes lagunas, y eso que yo era capaz de recordar cualquier cosa si lo deseaba. No podía ni imaginarme la cantidad de cosas que olvidaría un niño normal.

—Pero me dijo que cuando regresaste estabas cambiada.

Harper me miró con expresión confundida.

—Él apenas me conocía. Mis padres empezaron a salir y se casaron antes de que nos diéramos cuenta de lo que ocurría. Digamos que no nos pidieron opinión.

—Qué raro. Mis padres tampoco me pidieron opinión cuando se casaron.

—¿De verdad? ¿Qué edad tenías?

—Doce meses.

Harper se echó a reír.

—No entiendo por qué no te pidieron opinión.

—Lo sé, ¿vale? Bueno, si no tienes nada, supongo que tendré que investigar un poco.

Ella sonrió.

—¿No es eso a lo que te dedicas?

—Bueno, sí, claro. Es verdad. —Le di un pequeño golpecito con el codo—. Soy detective privado, después de todo.

Decirle que podía hablar con los muertos y que a menudo me servía de la ayuda de estos para resolver crímenes podría haber resultado incómodo en ese momento. Sería mejor que creyera que tenía mis mierdas controladas, y no esparcidas desde allí hasta Timbuktu, como si fueran, por ejemplo, las cagadas de un rancho de ganado.

—¿Has echado un vistazo a Tre? Te aseguro que merece la pena.

Harper se encogió de hombros con modestia.

—Aún no.

—Bien, pues no olvides hacerlo, señorita. Una buena carne, dura y masculina como esa, no se debe desperdiciar.

—Está bien. Prometo que lo haré.

El teléfono empezó a sonar justo cuando salí de la tienda de Pari.

Hablando del rey de Roma.

—Hola, Par.

—¿Dónde coño estás?

Me detuve y miré a mi alrededor.

—Justo aquí. ¿Dónde estás tú?

—¿Estás aquí?

—¿Aquí dónde?

—Charley.

—Pari.

—Se suponía que ibas a conocer a mis citas.

—Ah, es verdad. Y ahí es donde estoy. Casi he llegado.

—¿Estás segura? Porque la verdad es que tenemos una agenda bastante apretada.

—Segurísima.

Consciente de que tardaría una eternidad en encontrar aparcamiento, eché a correr. Puede que no tuviera muy buena pinta cuando llegara allí, pero no estaba dispuesta a llegar tarde. O, mejor dicho, más tarde aún.

Por suerte, el Frontier estaba situado a apenas dos manzanas de distancia. Pensé en pedir un burrito de *carne adobada* y un rollito dulce antes de sentarme con Pari, y... ¿Había dicho «citas», en plural? ¿O sea que había más de una persona? Pero si lo hacía, Pari querría darme una paliza. Aun así, las rosquillas eran una delicia.

El Frontier era un local bastante extraño situado justo enfrente de la Universidad de Nuevo México. Estaba formado por varias estancias divididas en secciones. Al final encontré a Pari y a sus citas en la última de ellas. No había mucha gente en esa zona: unos cuantos estudiantes que habían organizado un grupo de estudio bíblico en uno de los rincones, y un vagabundo llamado Iggy, que ocupaba él solito uno de los apartados. Pari y sus citas —en plural, porque había tres hombres sentados con ella—, se encontraban en el apartado del rincón más alejado.

Aquello no sería en absoluto incómodo.

Mi amiga se iluminó al verme y me hizo un gesto para que me acercara. Como sabía que yo aparecería, llevaba puestas las gafas de sol, pero no estaba tan ridícula como cabría esperar.

—¡Hola! —Se puso en pie para darme un abrazo—. Hace siglos que no te veo. Qué coincidencia que nos hayamos encontrado aquí.

Ah, vale, así que jugábamos a ese juego. Ojalá me hubiera informado antes. Creía que estábamos jugando al juego de «Tengo problemas de confianza». ¿Por qué si no querría que me sentara allí y evaluara la sinceridad de aquellos hombres mientras ella los acribillaba a preguntas?

—Estos son Mark, Fabian y Theo. Chicos, esta es Charley. Puede ver a los muertos.

Puse los ojos en blanco. Bueno, primero bajé los párpados para que nadie lo viera, pero en el instante en que los tuve cerrados, mis ojos empezaron a dar saltos mortales.

Pari se echó a reír y me dio unas palmaditas en la espalda lo bastante fuertes para dislocarme el esófago. Quizá sí que le había molestado que llegara tarde.

—Era broma. —Hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Nadie puede ver a los muertos. ¿Por qué no te unes a nosotros?

Me empujó hasta la silla más cercana sin esperar a que respondiera. Aquella iba a ser la peor cita de mi vida. Aunque tenía buen gusto, eso tenía que admitirlo. Todos tenían distintos grados de pelo oscuro y piel bronceada. Mark y Fabian eran hispanos, y Theo era blanco con alguna mezcla. Posiblemente asiática.

—Bien, Mark —dijo Pari sentándose a mi lado—, ¿alguna vez te han arrestado por pornografía infantil?

Aunque parezca extraño, mi frente se desplomó sobre la palma de mi mano.

Sin embargo, Mark tuvo la amabilidad de echarse a reír.

—Bueno, hasta el momento nadie ha encontrado mi alijo de fotos.

Pari se echó a reír complacida, y luego se volvió hacia Theo.

—¿Y a ti?

Theo se mostró un poco menos amable.

—¿Me estás interrogando?

Pari resopló.

—¿Qué? ¡Claro que no! Pero ¿te han detenido?

Después de una hora en la que los chicos fingieron que aquello no era un interrogatorio y yo fingí que solo estaba allí para comer a pesar de que no me trajeron nada de comida, llegué a una única e importante conclusión: Pari era una mentirosa de tomo y lomo.

—¿Y bien? —me preguntó cuando se marcharon.

Me sentía exhausta. Intentar percibir las emociones de los chicos sin reparar en las de mi amiga era como tratar de correr a toda velocidad a través de una corriente de agua de metro y medio de profundidad.

—¿Y bien? —le pregunté yo.

—¿Y bieeen? —repitió, creyendo que alargar la «e» haría que yo desembuchara más rápido. Enarcó las cejas y esperó mi respuesta.

—Pari, la única que ha mentido en toda la conversación has sido tú.

Se enfureció.

—¿Estabas leyendo mis emociones?

—Par, aunque creas lo contrario, no puedo clasificarlas. No puedo elegir las que quiero percibir. Es una cuestión de todo o nada.

—Ah. ¿Y entonces? —Alzó las cejas en un gesto expectante.

—Bueno, he averiguado tres cosas.

—Estupendo. —Se removió en su asiento y se preparó para asimilar mis grandes y poderosos conocimientos.

—Te dan miedo las ardillas. Nunca has estado en Australia. Y eres una criminal convicta.

Compuso una expresión decepcionada.

—Eso podría habértelo dicho yo.

—Sí, pero no lo hiciste. La cuestión es: ¿por qué?

Ella se encogió de hombros, a la defensiva.

—Fue hace mucho tiempo. Era muy joven.

—¿Cómo de joven?

—Tenía veinte años, ¿vale? Venga, ¿qué piensas de...?

—¿Por qué te encerraron?

—Chuck, no estamos aquí por mí. Bueno, ¿cuál te gustó?

—Los tres eran geniales, aunque me cuesta mucho imaginarte con un agente de bolsa. Pero tienes buen gusto, eso tengo que admitirlo. ¿Por qué te encerraron, entonces?

—Está bien —dijo con los dientes apretados—. En resumen: por piratería informática.

No habría podido disimular mi sorpresa ni aunque me hubieran pagado por ello.

—¿Qué pasa? Era muy joven.

—¿Eres una friki de la informática?

—Lo era. «Era» una friki de la informática. Ahora tengo prohibido acercarme siquiera a un ordenador. Es uno de los requisitos de mi libertad condicional.

—Eso significa que llevas en libertad condicional casi nueve años.

—Sí. Me echaron diez años de libertad vigilada por piratear una cámara acorazada federal y canalizar el dinero a la cuenta bancaria de mi madre. Creí que sería divertido. Y lo fue hasta que me pillaron.

—¿Desviaste dinero?

—Dieciocho dólares.

—Vaya... —Al parecer todo el mundo sabía cómo canalizar dinero menos yo.

Estaba muy desfasada—. No tenía ni idea. Pero ¿en serio? ¿Solo dieciocho dólares?

—Por eso me penalizaron únicamente con libertad condicional. Como te he dicho, solo lo hice por divertirme. —Alzó un hombro en un gesto de inocencia—. Y me gané el derecho a presumir. Ni te imaginas lo adictivo que es el derecho a presumir en el mundo de

la piratería informática.

—Seguro que sí. Pero tienes un ordenador en tu oficina.

—Puedo utilizarlo con propósitos profesionales. —Levantó un dedo para asegurarse de que yo sabía que hablaba en serio—. Nada de internet.

—Pero tienes internet. Tre estaba viendo porno en tu ordenador.

—¿Qué? —Parecía estupefacta.

—Como si tú no lo hicieras...

—Sí, pero yo no trabajo para mí. Y él sí.

—Por eso intentabas reconnectar los cables —dijo cuando comprendí la verdad.

—¿Estaba viendo porno?

—Intentabas ocultar que tienes internet.

—Sí, sí —dijo, cada vez más molesta—. Es muy frustrante. Ni siquiera puedo tener un ordenador con módem. Así que tengo que buscarme la vida.

—Me has dejado alucinada. Siempre quise ser una friki de la informática, y lo habría sido de no ser por Paul Sánchez.

Pari alzó las cejas en un gesto interrogante.

—Me dijo que los ordenadores eran tecnología alienígena y que los extraterrestres los utilizaban para localizarnos.

—¿No fuiste abducida por los extraterrestres una vez?

Asentí con la cabeza.

—Y justo por eso dejé de relacionarme con los ordenadores. Cuando descubrí que Paul estaba equivocado, ya era tarde. Ahora, gracias a él, casi ni sé programar un mando a distancia universal.

Pari parpadeó.

—Bueno, ¿qué te parecen mis citas?

—Puedes hacerlo mejor.

Levanté la vista y me encontré con los ojos de la camarera a la que había contratado mi padre, pero ella miraba a Pari, y la provocación que manaba de ella a raudales era como una cascada de pecado y degradación sensual. Un hecho que Pari no pasó por alto, a juzgar por la expresión soñadora de su rostro.

—Soy Sienna —deslizó su tarjeta por la mesa hasta Pari—, por si quieres entrevistarme.

Una de las comisuras de su boca se curvó en una perversa sonrisa cargada de hoyuelos antes de que se diera la vuelta para dirigirse a la puerta de atrás.

—Oye —dijo Pari, recuperándose a toda prisa—, ¿piensas marcharte así sin más?

Sienna esbozó una sonrisa deslumbrante y se acercó de nuevo a nosotras. Yo no estaba dispuesta a pasar por lo del interrogatorio otra vez.

—Tengo que comer algo para no morir de hambre. Y necesito un capuchino con chocolate. ¿Aquí tienen?

Pari se encogió de hombros. De repente, había perdido el interés en cualquier cosa que yo pudiera decirle.

—Gracias por preocuparte, Par.

—¿A qué te dedicas, Sienna?

La camarera ocupó mi asiento cuando me levanté, dejando claro que yo no era bienvenida. Me sentí muy apreciada. Caminé hasta la parte delantera y pedí un burrito de *carne adobada*, un rollito dulce y un capuchino con chocolate. Luego tuve que calcular cómo iba a pagar. Saqué mis tarjetas. Tres tarjetas. Todo lo que me quedaba.

—Vale —dije mientras intentaba sumar mentalmente—, carga tres con veintisiete en esta. —Le entregué la tarjeta—. Y dos con cincuenta en la de las flores. —Le di también la tarjeta de las flores.

La chica cogió las tarjetas y puso los ojos en blanco. Me entraron ganas de partirla la cara. Entonces sí que habría tenido un buen motivo para poner los ojos en blanco. Sin embargo, partir la cara a la gente grosera no era mi estilo. Mi estilo consistía en fastidiarla a la menor oportunidad. Con un poco de suerte, aquella mujer estaría exasperada al cabo de poco. Yo no tenía todo el día.

—Y los cuatro dólares y pico que faltan en la azul, la que tiene el mismo aspecto que si le hubiera pasado un camello por encima. —Hizo ademán de quitármela, pero la retiré un poco y me incliné para decirle—: Si no es mucha molestia.

—Desde luego que no —replicó la chica con los dientes apretados, antes de quitarme la tarjeta de la mano.

Luego articuló la palabra «fracasada» con los labios mientras la pasaba por el datáfono y marcaba los números.

Sí, aquella chica iba a caer. No tenía ni la menor idea de con quién se estaba metiendo. Y por desgracia, no parecía importarle.

Deseé que no le cuadrara la caja cuando terminara el turno. El karma es un mamonazo.

Cuando pulsó la clave de venta en la máquina, saltó la alarma. Mierda. ¿Acaso no había crédito en la tarjeta? Igual las había mezclado. Pero ¿por qué saltaría la alarma? En esos casos, la maquineta denegaba la tarjeta y seguía tan contenta, ¿no?

El encargado, un tipo de veintitantes con aspecto de haber llevado aparato de ortodoncia hasta hacía poco y de llegar tarde a un examen de química, se acercó corriendo con una enorme sonrisa.

—¡Ha ganado! —dijo con más entusiasmo del que yo podía soportar en ese instan... Un momento. ¿Había ganado?

—Es nuestro aniversario, y su pedido ha sido elegido al azar como el afortunado ganador de hoy —dijo, gritando como un niño en una montaña rusa. Dio una palmada, y su entusiasmo resultó de pronto muy contagioso.

La chica de las malas pulgas se había quedado con la boca abierta, y no pude evitar mirarla con petulancia. Qué agonía. Qué angustia. ¡Qué tortura! Y todo en tu rostro, monada.

No. No, debía comportarme con madurez. No era culpa suya ser una «fracasada» de nacimiento. Articulé la palabra con los labios. Fue un gesto infantil, pero lo hice de todas formas. Ella puso los ojos en blanco una vez más.

Me volví hacia el encargado con una sonrisa expectante. Tal vez hubiera ganado un crucero. O un yate. O una pequeña isla.

—¿He ganado?

—Ha ganado —dijo él.

Todo el mundo empezó a aplaudir. Menos Iggy, el sin techo del rincón. A él no pareció importarle. Pero todos los demás estaban muy contentos por mí.

—Ha ganado un año de nuestros famosos rollitos dulces gratis.

Me quedé inmóvil. Aquello... no podía ser verdad. ¿Un año de rollitos dulces gratis?

—¡No puede ser! —grité.

Aquello era muchísimo mejor que un yate. Sobre todo porque yo vivía en un desierto.

—Sí, señora —aseguró el chico. Corrió hacia la parte trasera y reapareció con unos cupones y una cámara.

En cuanto la chica de las malas pulgas me hizo unas cuantas fotos, en las que a buen seguro me cortó la cabeza, regresé al apartado de la parte trasera a esperar mi burrito. Unos cuantos clientes me felicitaron cuando pasaron junto a mi mesa. Me sentí como una famosa. Como si hubiera ganado la lotería. O un premio de la Academia.

Puesto que Pari seguía ocupada dejándose seducir por una diosa egipcia, decidí concederles un tiempo a solas. Y dejar que mis nervios se calmaran un poco. Esa pequeña descarga de adrenalina había resultado más agotadora de lo que pensaba. Pasé a la sala anterior y me senté en uno de los apartados centrales.

Mientras esperaba a que mi número de pedido apareciera en el letrero, se me hacía la boca agua al imaginar el chile rojo del burrito y la mantequilla de la rosquilla, así que decidí pedir más. Dos meses sin la deliciosa dulzura de un rollito era una espera demasiado larga. ¿En qué demonios había estado pensando?

No había pensado en nada. Me había vuelto loca. Gemma tenía razón. Tenía un trastorno. Tendría que averiguar si existía algún medicamento sin receta que pudiera utilizar. Algún bálsamo. O unos polvos medicinales.

Estaba tan perdida en mis cosas que tardé un rato en percibir la oscuridad que había cerca. Tan cerca que podía paladearla. La acidez de los huevos podridos llenó mi boca y mi nariz hasta que el estómago se encogió en un acto reflejo. Luché contra la sensación y miré hacia un lado, hacia el hombre ataviado con un traje de tweed y un sombrero marrón que no dejaba de observarme. Tenía los brazos y las piernas cruzados, y podría haber pasado por un profesor de la universidad.

—Es todo un placer... —dijo al tiempo que inclinaba la cabeza a modo de saludo.

Tenía un suave acento inglés, y un timbre de tenor agradable aunque no muy grave. Su sonrisa era amable y afectuosa, pero no pasé por alto la oscuridad que acechaba en el fondo de sus ojos. Aun así, si era un demonio, ¿por qué no se había abalanzado sobre mí con la boca llena de espumarajos? ¿No era eso lo que hacían?

.... estar cerca de usted y saborear la dulzura del miedo que desprende su carne.

—Levantó la cabeza e inhaló una buena cantidad de aire. Luego cerró los ojos, como si saboreara lo que había percibido.

Y estaba en lo cierto. Tenía miedo. Tenía tanto miedo que no me podía mover. ¿Y si me atacaba? ¿Y si se me echaba encima? Estaría muerta antes de poder decir «Oye, Reyes...».

El tipo volvió a concentrarse en mí con una expresión avergonzada.

—Discúlpeme. Había oído muchas historias sobre la chica sin miedo, así que tendrá que perdonar mi sorpresa.

—¿Qué es lo que le sorprende?

—Me tiene miedo.

—No le tengo miedo —dije, aunque me castañeteaban los dientes.

—Claro que sí.

—De todas formas, esas historias no eran más que una exageración.

—Su expresión pasó a ser más la de un lobo que la de una oveja.

—Lo dudo. Ocurrió algo. Su aura está dañada, así que sería terriblemente injusto por mi parte, pero lo cierto es que me resulta difícil resistirme. Al parecer, no hay nada que desee más que desgarrarle la yugular con los dientes y oler el matiz metálico de su sangre.

—Tengo una guardiana.

—Pero solo estoy aquí porque tengo una misión —dijo, sin hacerme el menor caso—. Tengo un mensaje para usted.

—¿Sabe lo que son los mensajes de texto?

—Si el chico deja de perseguirnos, la dejaremos en paz para que viva su vida y muera de forma natural. Pero debo advertirle que, por lo general, los ángeles de la muerte no viven mucho en su forma corpórea. Aun así, no morirá por nuestra culpa. No interferiremos en su vida de ninguna manera. —Me mostró la palma de la mano con indiferencia—. Solo la vigilaremos desde la distancia.

Eso resultaba muy inquietante.

—Pero cuando su cuerpo muera —añadió al tiempo que inclinaba la cabeza a modo de advertencia—, se convertirá en caza legal.

—¿El chico? —pregunté.

El tipo sonrió.

—Rey'aziel.

—¿Reyes os está dando caza?

—¿No lo sabía?

Negué con la cabeza. Por lo visto, era el único movimiento que podía hacer.

—No.

—¿Creía que se había encontrado por casualidad con mis soldados en esa ridícula competición?

—¿Se refiere a las peleas? —pregunté con el ceño fruncido—. No había pensado mucho en eso.

—Nos ha dado caza como si fuéramos perros.

—Como si fueran perros, no. —Negué con la cabeza una vez más—. No sois dignos de tal comparación.

En el rostro del hombre apareció una sonrisa lasciva.

—Ahí está. La chica sin miedo. No es de extrañar que él esté obsesionado. Siempre ha sido un muchacho muy inteligente.

Seguro que hablaba de otra persona. Reyes no estaba más obsesionado conmigo que con las pelusas de la secadora. Solo me necesitaba con vida para la guerra que supuestamente estaba a punto de comenzar. Me lo había dicho muchas veces.

—A ver si lo he entendido bien —dije mientras intentaba concentrarme en los problemas del inframundo—. Él deja de perseguiros y vosotros dejáis de atacarlo.

—Nunca le hemos atacado, querida. Todavía no tenemos necesidad de él.

—En eso no estoy de acuerdo. Vi lo que tus demonios le hicieron en aquel sótano.

—Touché, pero eso fue solo para llegar hasta usted. Hasta él podemos llegar siempre que queramos. Esos tatuajes están ahí por una razón, encanto. Usted, en cambio, está protegida. Es un tesoro difícil de conseguir. Pero lo ha entendido bien. Si él deja de darnos caza, vivirá mucho más tiempo en su forma física, por más frágil que esta sea. Se acabarán los navajazos. No habrá más puñaladas que atender.

Eso atrapó mi atención de inmediato.

—¿Puñaladas?

Los vendajes que tenía en las peleas.

—No tiene ni la menor idea de lo que ha estado haciendo el muchacho, ¿verdad? Ha crecido. Se ha convertido en todo un guerrero, a juzgar por su capacidad para acabar con mis soldados casi sin inmutarse. Pero usted se preocupa por él. —Me miró con curiosidad—. Quizá podríamos hacer un trato.

—¿Qué? —pregunté al darme cuenta de que en realidad estaba negociando con el diablo. O al menos con uno de sus secuaces.

El tipo abrió la mano y la colocó frente a mí con la palma hacia arriba.

—Venga conmigo ahora. Su muerte será rápida y reinará al lado de mi amo.

—¿Su amo? ¿Se refiere a Satán?

—Ese es un coloquialismo, pero sí.

—¿Por qué narices iba a hacer algo así?

—Porque no tiene ni idea de lo que sería usted capaz de hacer. Sus dones van mucho más allá de lo que imagina. Pero en estos momentos no es más que una niña tonta disfrazada con un traje de mono. Será mucho más poderosa cuando se libre de él.

Resplandecerá como la más brillante de las estrellas, y tendrá tanto poder como una de ellas.

Vale, así que por lo visto el tipo sabía de lo que hablaba.

—Dígame qué soy capaz de hacer.

Se inclinó hacia delante, y pude ver que sus ojos eran dos cavernas negras tras el castaño claro de los del cuerpo humano que habitaba.

—Cualquier cosa que pueda imaginar.

—¿Otra vez lo mismo? ¿En serio?

—¿Por qué tenéis tantas ganas de acabar conmigo? Hay otros ángeles de la muerte.

—Pero ninguno como usted, querida. La queremos a usted, pero debemos contar con ambos para conseguir ventaja. De todas formas, el muchacho y usted están tan cerca de hacer nuestro trabajo por nosotros que es probable que solo tengamos que estar presentes cuando por fin se abran las puertas. —Al ver que yo lo cuestionaba con la mirada, me preguntó: —¿Qué cree que ocurre cuando la llave de la oscuridad penetra en el cerrojo de la luz?

Me miró con lujuria desde la cabeza hasta la punta de las botas. Me sentí violada. Y asqueada.

—Es como abrir una puerta directa desde el infierno al corazón del cielo. ¿Cuántos soldados cree que podrán atravesar esa puerta antes de que se cierre? Debemos estar listos para cuando eso ocurra.

No podía estar diciendo lo que yo pensaba.

—¿Quiere decir que eso es lo que ocurrirá si Reyes y yo estamos juntos?

—Sí, bueno, hay algo más, pero esa es la idea básica. ¿Por qué cree que el amo engendrá a su hijo? No fue porque deseara tener una familia, si eso es lo que pensaba.

Empecé a sentirme enferma. El olor ácido del tipo me mareaba. Y eso, combinado con el miedo constante, hacía que las náuseas fueran insoportables. Pero no me atrevía a quitarle los ojos de encima.

—¿El acento es suyo? —pregunté.

—No, le pertenece al disfraz de simio que llevo puesto. Pero me gusta. Creo que me sienta bien. —Se incorporó y se ajustó la corbata casi con alegría. Luego rodeó la mesa, se agachó y me susurró algo al oído. Su olor estuvo a punto de dejarme inconsciente—. Dígale a Rey'aziel que Hedeshi le envía saludos. —Se enderezó una vez más y señaló el talonario de cupones que había dejado sobre la mesa. El que acababa de ganar—. Ese ha sido mi regalo para usted, por cierto. Una muestra de mi admiración.

Cuando se dio la vuelta para alejarse, un puñado de estudiantes situados a un par de mesas de distancia empezaron a aplaudir con expresión agradecida. El hombre se detuvo y sonrió con aire majestuoso. Los chicos aplaudían como si acabaran de ver una

representación teatral. Al fin y al cabo, era justo eso lo que parecía. Cualquiera que nos hubiera visto pensaría que éramos actores ensayando una obra de la universidad. ¿Cómo iba nadie a suponer que la conversación que habíamos mantenido era real?

Hedeshi levantó la mano al más puro estilo dramático y realizó una reverencia, mientras yo lo observaba sobrecogida. Hizo otra reverencia al salir y en ese instante todas las miradas se volvieron hacia mí. Querían ver cómo sería mi salida. Pues se iban a quedar muy decepcionados.

Contemplé el talonario de cupones que me garantizaba rollitos dulces gratis durante un año. Con las piernas temblorosas, me puse en pie y sonreí a nuestro público, para a continuación acercarme a Iggy y entregarle los cupones. Consciente de que no conseguiría llegar al baño, salí corriendo por la puerta de atrás y vomité casi todo el café que había tomado sobre el asfalto, mientras un gato me observaba curioso con las orejas erguidas. Luego respiré hondo, me alisé la chaqueta e invoqué a Angel.

Cuando quiera tu opinión,
te quitaré la mordaza.

(Camiseta)

Después de echar las tripas delante de Dios y de sus criaturillas, empecé a caminar hacia mi edificio de apartamentos, situado en la manzana de al lado, pero recordé de pronto que había dejado a Misery aparcada junto a la tienda de Pari. Tuve que pararme y buscar apoyo de vez en cuando. Me temblaban las manos y las rodillas. Me temblaban hasta los codos. Y posiblemente también los folículos capilares. Se me subía la bilis a la garganta y debía tragar saliva varias veces para bajarla. En un intento por calmarme. En un intento por tranquilizarme y recuperar el control.

En el momento en que su nombre me vino a la mente, Angel apareció. Miró a su alrededor y luego me dirigió una mirada furiosa por debajo del pañuelo que le cubría la frente.

—¿Cómo haces eso? ¿Y por qué estás azul?

Respiré un poco de aire fresco antes de responder.

—¿Dónde está él?

No tuve que explicarme. Angel entendió muy bien a quién me refería, y si alguien sabía dónde estaba Reyes, ese era Angel. Había seguido de cerca todos sus movimientos desde que el hijo del enemigo público número uno salió de prisión. Yo lo sabía, y también sabía por qué. Angel esperaba que Reyes mantuviera las distancias, que permaneciera lejos de mí. No me lo había dicho con esas palabras, pero yo conocía lo bastante a Angel para entender a la perfección por qué pensaba vigilar a alguien a quien tenía tanto miedo.

Angel le dio una patada al suelo.

—¿Por qué? —preguntó con evidente frustración.

—Porque si no me lo dices, tu madre no volverá a ver un solo centavo más.

Su expresión denotaba una pizca de resentimiento, pero en esos momentos yo no estaba para contemplaciones.

—Está en el Paladin Lodge, calle abajo.

Me enderecé sorprendida.

—¿En un hotel? Creí que vivía con Elaine Oake.

—Mira, tú me has preguntado y yo te he respondido. No tengo ni idea de dónde vive, pero ahora mismo está en ese hotel.

Cierto.

—¿Habitación?

—Ciento treinta y uno.

—Gracias.

Me despedí de él y fui a buscar a Misery.

Aparqué a cierta distancia del número 131 y fui a pata hasta la habitación de Reyes.

El hotel no era tan horrible. Sobre todo si se tenía en cuenta que era de los que se alquilaba por horas. Pensaba que sería peor. En una escala del uno al cinco le habría dado un dos pelado, pero al menos no había camellos descarados paseándose por el aparcamiento. Y eso siempre era una buena señal.

Cuando llegué a la habitación, la puerta estaba entreabierta, lo suficiente para que un rayo de luz vespertina atravesara la moqueta oscura y desgastada. Saqué a Margaret y la sujeté con ambas manos, con el cañón apuntado hacia el suelo. Como en las películas. Me habría sentido mejor de haber sido capaz de darle a algo cuando disparaba, pero al menos tenía un aspecto guay.

—¿Reyes? —pregunté mientras me asomaba al interior.

Como no obtuve respuesta, empujé la puerta con el cañón de Margaret, un movimiento propio de chica dura. Un haz de luz iluminó una bota situada encima de una mesita que había junto a una pequeña cocina. Reconocí la firma del estilo de Reyes al instante. Sus botas eran una mezcla entre las de vaquero y las de motero, y me moría por tener unas iguales.

Tras echar un vistazo al lugar en busca de algún ocupante, entré cautelosamente. Él estaba sentado al cobijo de las sombras, y como no le veía la cara, no pude saber cuál era su estado de ánimo. El único sentimiento que desprendía era dolor. Además de la bota, encima de la mesa había una botella de whisky y un rollo de cinta adhesiva. Eso solo podía significar una cosa: estaba herido, y seguramente de gravedad. Para Reyes, la cinta adhesiva era el sustituto de los puntos quirúrgicos. Y la cirugía. Él y yo nos curábamos tan rápido que rara vez necesitábamos mucho tiempo para recuperarnos. La excepción en mi caso fueron las cuchilladas de Earl Walker. La excepción en el caso de Reyes tuvo lugar cuando un grupo de demonios se apoderó de su cuerpo físico mientras estaba ausente en su forma incorpórea. Y fue un grupo numeroso. Unos doscientos, diría yo.

No se movió cuando volví a poner la puerta como él la había dejado. Su calor me envolvía, me calentaba, me calmaba. Todavía temblaba cuando aparqué a Misery, pero su calidez era como un bálsamo para mis nervios.

—Bonita habitación —dije mientras miraba a mi alrededor.

La botella de whisky estaba medio vacía, y me pregunté si se la había bebido o si la había utilizado como antiséptico para las heridas. Probablemente las dos cosas.

—Creí que vivías con Elaine.

—Creí que habíamos quedado en que no saldrías de tu apartamento —dijo él por fin.

—Tú quedaste en eso —dije antes de coger una libreta para revisarla. No pude leer lo que ponía—. Contigo mismo, creo, porque me parece recordar que yo me negué.

Había una chaqueta negra sobre una silla, y el cubo de basura estaba lleno de recipientes de comida para llevar. Al menos había comido algo.

—¿Te echó a patadas? —pregunté.

—Sirvió a su propósito.

—¿Y qué propósito era ese? —pregunté sorprendida.

—Tenía contactos. Y yo necesitaba esos contactos a fin de conseguir un entrenador para las peleas. No habría podido entrar de otra forma.

El hecho de que solo la hubiera utilizado me horrorizaba, pero también me sentía encantada.

—Así que te limitaste a dejarla tirada y te trasladaste a un hotel. ¿Es eso?

—Algo parecido.

Cogí unas facturas y otros papeles que había esparcidos sobre la cómoda.

—He visto su casa. No sé si ha sido una buena decisión.

—¿Por qué estás aquí, Holandesa?

Su tono brusco me molestó. Últimamente tenía bastantes problemas conmigo. En un momento dado deseaba estrecharme entre sus brazos y al siguiente no quería ni verme.

Vale, pues le daría el mensaje y lo dejaría en paz.

—Hedeshi te envía saludos —dijo mientras guardaba a Margaret en su funda.

Todas sus emociones se desvanecieron al instante, como si un océano tormentoso se hubiera quedado en calma en cuestión de segundos.

—¿Te hizo daño? —preguntó Reyes tras un interminable silencio.

—No. Lo cierto es que mantuvimos una conversación muy agradable. Y me ayudó a ganar un año de rollitos dulces gratis, aunque le regalé los cupones a Iggy.

—¿Qué te dijo?

—Bueno, ya sabes, me habló de que los chicos habían vuelto a casa, de que quería desgarrarme la yugular y beberse mi sangre, del plan de tu padre para apoderarse del mundo...

Reyes miró hacia un lado mientras reflexionaba.

—Sabía que había alguien detrás de esto. Está todo demasiado organizado.

Demasiado bien pensado.

—Bueno, quería que supieras que si dejás de perseguirlos, ellos me dejarán en paz y permitirán que muera por causas naturales. —Resoplé—. Como si eso fuera a ocurrir.

Vi que Reyes apretaba y aflojaba los puños.

—Son unos embusteros, Holandesa. Todos y cada uno de ellos. Mentirían aunque la verdad sonara mejor. No piensan dejarte en paz, sin importar lo que yo haga. —Cogió la botella, pero justo antes de darle un trago añadió—: Te desean más que el aire que respiran.

—Ya lo suponía, pero entonces ¿por qué no me mató? ¿Para qué tanta farsa?

—Hedeshi no es ningún estúpido —dijo en cuanto soltó la botella—. Sabe que no puede enfrentarse a tu guardiana. Está indefenso contra ella. En el momento en que atacara, ella se le echaría encima, y lo sabe muy bien. Tendrán que atacar en grupo para conseguir superar a Artemis. —El rictus de sus labios se suavizó mientras me recorría con la mirada—. Te asustó.

Seguro que no le había costado mucho percatarse de eso. Debió de darse cuenta en cuanto entré en el aparcamiento.

—Solo un poco. —Al ver que no decía nada, pregunté—: ¿Has ido de caza tras ellos? ¿Por eso estás herido?

Reyes inspeccionó sus vendajes.

—Son muy fuertes.

—A mí me lo vas a decir. Le rompiste el cuello al tipo ese y ni aun así dejó de perseguirme. —Deslicé los dedos por el borde deportillado de la cómoda en la que estaba apoyada—. ¿Cómo es posible?

—Mientras permanecen en el interior de un cuerpo humano, este es casi indestructible. Una vez que lo abandonan, si el cuerpo ha recibido heridas fatales, muere.

La última vez que los demonios se colaron en nuestro plano, había centenares de ellos. Reyes no podría luchar contra todos, ni siquiera con la ayuda de Artemis.

—¿Sabes cuántos hay?

—No muchos —dijo con un encogimiento de hombros—. Y no hay mucha gente que de verdad sea clarividente.

—Vaya, así que sabes a quiénes buscan.

—Sí.

—¿Y qué? ¿Piensas matarlos a todos?

Reyes se pasó los dedos por el pelo, exasperado.

—¿Para evitar que en este mundo se libre una guerra entre el cielo y el infierno? Sí.

Visto de ese modo, tenía razón, pero aun así...

—Reyes, no puedes matar a esas personas.

—Solo tengo que matar a los demonios que llevan dentro, pero a veces hay que sacrificar a los humanos para alcanzar ese objetivo.

—Bien, pues entonces deja de hacerlo.

Coloqué una silla frente a la suya y me senté. Mis ojos se estaban acostumbrando a la falta de luz, y ya podía atisbar la línea sensual de sus labios, sus abundantes pestañas y la sombra de su cabello alborotado. Sus amplios hombros estaban desnudos, y la cinta adhesiva brillaba sobre uno de ellos y también en el abdomen. Nada de vendajes. Nada de gasa. Solo cinta adhesiva. Eso no podía ser sano.

—No puedes matar a gente inocente.

—El tipo de anocé no era inocente, si eso hace que te sientas mejor.

—Por desgracia —dije mientras me preguntaba qué habría hecho ese hombre—, me siento mejor, pero solo un poco. —Me froté los brazos. Todavía luchaba contra los efectos de mi encuentro con el inglés—. ¿Qué ocurrió? —pregunté, señalando la cinta adhesiva con la cabeza.

Reyes volvió a coger la botella de whisky y se bebió al menos un tercio de lo que quedaba antes de ponerle de nuevo el tapón.

—Alguien me atacó —contestó después de secarse la boca con el dorso de la mano.

Tal y como me había dicho en otras ocasiones, era difícil que un humano pudiera hacerle algo así, pero lo pasé por alto. De todas formas, Reyes nunca había sido de los que comparten sus cosas con el resto de la clase.

Cogió una camiseta gris del respaldo de otra silla y se la puso con mucho cuidado. Cuando volvió a sentarse, me costó un triunfo reprimir un suspiro. El gris le sentaba de maravilla.

—Creí que era casi imposible que los demonios entraran en este plano.

—Lo es. Estos son los que quedan de nuestro último encuentro.

Me embargó la sorpresa.

—¿Te refieres a la vez del sótano? —Yo los había destruido. La luz de mi interior había demostrado ser un arma muy poderosa—. ¿Había más?

—Son como cucarachas. Una vez que se cuelan en este plano, pueden permanecer escondidos durante siglos mientras se mantengan lejos de la luz.

Ya me había contado antes que los demonios se habían alejado del sol cuando su padre fue desterrado del cielo. Y que ahora el astro era letal para ellos.

—No todos estaban en aquel sótano, aunque sí la mayoría. Aun así, esto está muy organizado. Mucho más de lo que serían capaces de organizarlo los de las castas inferiores. No me sorprende que Hedeshi esté detrás de esto. Siempre ha sido un lameculos.

Deseaba conseguir más respuestas antes de que Reyes corriera al campo de batalla para dar caza al lameculos. Aquella era una oportunidad excepcional: tenía a Reyes Farrow para mí solita sin nadie que intentara matarnos, o sin una mujer mirándolo con la boca abierta. Bueno, sin otras mujeres mirándolo con la boca abierta. Yo no contaba.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté, cambiando de tema una vez más.

Reyes llenó sus pulmones al máximo y respondió a mi pregunta con elegancia.

—Solo tú sabes eso.

La habitación se oscurecía a medida que se ponía el sol. Me levanté y me incliné hacia él hasta que pude percibir ese aroma terrenal suyo. Como el de una tormenta eléctrica en un desierto ávido de agua.

—Quiero saberlo, Reyes. No dejas de decirme que soy capaz de mucho más. Quiero saber de qué soy capaz.

El brillo de sus ojos denotaba interés.

—No te miento. No lo sé.

Cogí la botella de la mesa para quitarme el sabor a bilis de la garganta. Despues de tomar un sorbo de un líquido lo bastante fuerte como para derretir la pintura de un Chevy, me enjuagué la boca y tragué. Se me llenaron los ojos de lágrimas a medida que el whisky bajaba por mi garganta; entonces devolví la botella a su sitio y me acerqué a la ventana para observar el exterior. Tuve que separar las gruesas cortinas para contemplar el centro de la ciudad mientras la hora punta llegaba a su momento crítico bajo el resplandor del atardecer.

—Cada ángel de la muerte tiene una forma física diferente —dijo Reyes—. Y la mayoría nunca llega a desarrollar por completo sus poderes.

Me volví hacia él, tan sedienta de información que estaba dispuesta incluso a suplicar.

—¿Qué quieres decir? ¿Cuántos hay como yo?

—No tantos como podrías pensar.

La estancia estaba aun más oscura, así que estiré el brazo para encender una lámpara. La cosa mejoró un poco, pero Reyes seguía en las sombras.

Me senté de nuevo en la silla y aguardé a que él diera otro trago a la botella. Y entonces me di cuenta de que todavía sangraba. Unas manchas oscuras se filtraban en el tejido de la camiseta. Intenté controlar mi preocupación.

—En otros planos no se os conoce como ángeles de la muerte —dijo mientras dejaba la botella sobre la mesa con mucho cuidado—. Ese es solo un término humano.

—Espera, ¿cómo que otros planos? ¿Cuántos planos hay? —pregunté, sorprendida por su elección de palabras.

—¿Cuántas galaxias hay en el universo? ¿Cuántas estrellas? Resulta difícil saberlo con exactitud. Digamos que muchos.

—Yo... No tenía ni idea.

—Casi nadie lo sabe. Y en respuesta a tu pregunta, te diré que en este plano nace un ángel de la muerte nuevo cada pocos centenares de años. En realidad, no hay un período de tiempo establecido.

Me quedé paralizada.

—Pero dijiste que me habías esperado. Que cada vez que enviaban a un ángel de la muerte nuevo te sentías decepcionado al ver que no era yo. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Frunció el ceño mientras lo pensaba.

—No sabría decirte. Unos quince siglos, tal vez.

—¿Y qué narices has hecho en todo ese tiempo? —pregunté anonadada.

Reyes me examinó de arriba abajo.

—Esperar.

Esperarme a mí. Ese inglés había dicho que habían enviado a Reyes a buscarme. ¿Me había dicho la verdad? ¿El padre de Reyes lo había enviado a buscarme a mí específicamente?

—Así que nace un ángel de la muerte nuevo cada pocos siglos. ¿Son inmortales o algo así?

—No. Sus cuerpos físicos no. La mayoría no vive más que unos cuantos años, de hecho.

—¿Por qué?

Reyes reflexionó unos segundos antes de responder.

—Piensa en tu infancia, Holandesa. En lo que supuso crecer con tus habilidades.

Los recuerdos inundaron mi corteza cerebral al instante. El horror de mi madrastra. La pérdida de buenos amigos cuando intenté decírselos quién era. Lo que era. Las distracciones en clase cuando aparecían los difuntos, lo que a menudo terminaba con una visita al despacho del director.

—Y ahora piensa en lo que habría sido poseer esas habilidades en un mundo lleno de miedo y supersticiones. A muchos los mataron cuando eran niños. Y la mayoría de los que lograron sobrevivir a esa etapa se convirtieron en ermitaños. Fueron rechazados por su propia gente; nadie los aceptó nunca del todo. Eres la primera de los tuyos que ha conseguido prosperar entre los humanos.

No sabía qué decir.

—¿Qué ocurre cuando morimos?

—Tienes que entender que tu cuerpo es el anclaje del portal. Es la parte que te mantiene en este plano.

—Pero ¿qué ocurre si mi cuerpo desaparece? ¿Sigo siendo el portal?

—Sí. —Reyes asintió con la cabeza—. Ya eras un portal mucho antes de tomar forma humana.

—Entonces, si... cuando muera, ¿seguiré siendo el ángel de la muerte?

—Una vez que tu cuerpo deje de existir, serás cien veces más poderosa, pero también cambiarás. Ya no tendrás esa conexión humana, y todos los ángeles de la muerte cambian con el tiempo. Pierden su humanidad, aunque algunos tampoco es que tuvieran mucha desde un principio. Los humanos nunca han sido amables con ellos.

—Si ese es el caso, ¿por qué intentaste dejar morir tu cuerpo?

Reyes ladeó la cabeza.

—¿Otra vez con eso? —Al ver que me encogía de hombros, añadió—: Era una provocación, Holandesa. El cebo con el que ellos podrían haberte atrapado. Y lo consiguieron, por si no lo recuerdas.

—Pero podrían haberte cogido a ti. Una vez que tu cuerpo físico muriera, podrían haberse apoderado de ti, ¿no es cierto?

Esbozó una sonrisa calculadora.

—Primero habrían tenido que atraparme.

—Por lo que dijo el inglés, me parece que no les resultaría difícil rastrearte debido a tus tatuajes, a la llave.

—¿El inglés?

—Hedeshi. Ocupa el cuerpo de un inglés.

—Ah. Bueno, también hay ciertas maneras de solucionar eso.

Era evidente que no pensaba decirme qué maneras eran esas, así que insistí. Por primera vez en mi vida estaba llegando a alguna parte.

Cambié de posición en la silla y me incliné hacia delante entusiasmada.

—Vale, si voy a ser tan poderosa una vez que cambie, ¿qué puedo hacer mientras aún sigo con vida?

—Me encantaría saberlo. Resulta difícil averiguar algo así. Como te he dicho, la mayoría de los tuyos no vivieron mucho tiempo.

—Pero me has dicho en repetidas ocasiones que podría hacer mucho más.

—Y es cierto. Pero eso no significa que sepa exactamente qué.

Decidí reformular la pregunta.

—Ya me han dicho dos veces que podría hacer cualquier cosa que imaginara.

—Es verdad.

Bueno, eso no estaría nada mal, la verdad.

—Soy capaz de imaginarme muchas cosas —le dije a modo de desafío—. Si eso es así, podría disparar bolas de fuego con las manos, porque me imagino perfectamente haciéndolo.

Reyes me dirigió una mirada risueña y afectuosa.

—No.

—Entonces me han mentido. —Lo imité y puse un pie encima de la mesa. Denise se habría horrorizado al verme.

—¿Quién te dijo eso? —quiso saber.

—El inglés, y también la hermana Mary Elizabeth.

—¿Y ella te miente a menudo?

—No —respondí con el ceño fruncido, a la defensiva.

—Ella no te dijo que pudieras hacer todo lo que te imaginas. Te dije que eras capaz de cualquier cosa que pudieras imaginar. No se trata del acto, Holandesa, sino de la consecuencia.

—No entiendo qué diferencia hay —aseguré. Me sentía una lerda.

—Piénsalo bien. Si pudieras disparar bolas de fuego con las manos —hizo una pausa para echarse a reír—, ¿qué ocurriría?

Aparté la mirada, disgustada.

—No lo sé. Podría hacer que un coche explotara, supongo.

—Entonces eso es de lo que eres capaz. La consecuencia, Holandesa. El resultado.

Empecé a entender lo que quería decir, por más confuso que fuera.

—En ese caso, si deseara hacer estallar un coche, podría hacerlo, pero no podría disparar bolas de fuego con las manos. —Entrecerré los ojos mientras intentaba aferrarme con uñas y dientes a lo que había entendido, pero lo perdí, así que me rendí y solté un suspiro resignado—. No, no lo entiendo. Pero lo importante es que si puedo imaginarlo, puedo hacerlo, ¿no es así? ¿Puedo matar a la gente con la mente, entonces?

—Si crees que podrías vivir con ello después, seguro que sí.

—Vale, tomo nota. ¿Tú puedes matar a la gente con la mente?

En su rostro se dibujó una sonrisa.

—Solo si mi mente le dice a mis manos que cumplan sus órdenes.

Noté que se me escapaba una sonrisa diabólica, tan diabólica como me sentía yo.

—Entonces ¿puedo hacer más cosas que tú?

—Siempre ha sido así.

No le había sacado tantas respuestas a Reyes desde... Bueno, en realidad nunca.

Decidí provocarlo un poco.

—Todavía me debes un millón de dólares.

—Quítate la ropa.

—No.

—Te pagaré un millón de dólares por quitarte la ropa.

—Vale. —Me levanté el suéter, pero me detuve. Volví a bajármelo y dije—: Creí que no tenías dinero.

—Y no tengo. Pero tú si puedes quitarte eso.

—Tengo más preguntas —le dije sin hacerle el menor caso.

—Y yo tendría más respuestas si te quitaras eso.

Me dio la sensación de que la única razón por la que no estaba más cerca de mí, levantándose el suéter con sus propias manos, eran las heridas. Debían de ser muy graves.

—Tengo que contarte algo sobre Garrett.

—La impaciencia me está matando.

—Fue al infierno. —Como Reyes no comentó nada, añadí—: Conoció a tu padre.

Giró la botella sobre la mesa hasta que pudo leer la etiqueta.

—Papá no suele recibir visitas.

—Pues hizo una excepción. Le enseñó a Garrett cómo eras mientras crecías.

Cuando serviste en su ejército. Cuando destacaste entre los demás. Me dijo que tu padre le había mostrado lo que hiciste.

—¿Mi padre le enseñó todo eso? ¿El embusterío más grande que el universo ha conocido?

—¿Me estás diciendo que lo que vio no era cierto? ¿Que no sucedió en realidad?

—Fui uno de los generales del infierno, Holandesa —contestó Reyes después de pensarlo un rato—. ¿Qué crees que supone eso?

Bajé la mirada hasta la moqueta apelmazada.

—¿Por qué no me lo contaste?

—¿Para que me odiaras más todavía?

Levanté la vista, sorprendida.

—Yo no te odio.

Reyes apretó la mandíbula.

—La línea que separa el amor del odio es muy fina, ¿no lo habías oído? A veces resulta difícil determinar con exactitud cuál de las dos emociones es más fuerte.

Alcé la barbilla.

—Tampoco te amo.

Reyes agachó la cabeza para observarme a través de sus abundantes pestañas oscuras.

—¿Estás segura? Porque la emoción que desprende tu cuerpo cada vez que estoy cerca de ti no es indiferencia, de eso estoy seguro.

—Eso no significa que sea amor.

—Podría serlo, te lo prometo. Quítate el suéter y dame diez minutos. Verás como después te sientes enamorada sin la menor sombra de duda.

¡Bebe café!
Cometerás estupideces mucho más rápido
y con más energía.

(Camiseta)

Después de varias rondas en las que se expusieron los motivos por los que debería o no debería quitarme el suéter, decidí tomarme un descanso. En el sentido literal. Me tumbé en la cama, y descubrí que la habían sacado directamente de un episodio de *Los Picapiedra*. El colchón estaba tan duro como una piedra. La colcha era áspera, y picaba. Tenía bultos que parecían dinosaurios dormidos. Pero estaba muy cansada, y Reyes, por primera vez en su vida, no parecía tener prisa por marcharse a ningún sitio.

Lo observé mientras rodeaba la mesa para reunirse conmigo. Avanzaba con movimientos forzados, dolorosamente cautelosos, en un esfuerzo por que sus pasos le ocasionaran el menor dolor posible. Nunca lo había visto tan dolorido. Su camiseta mostraba grandes círculos de sangre y varias manchas más pequeñas. No me molesté en ofrecerme a llevarlo a urgencias. No habría ido ni aunque le colocara a Margaret en la cabeza e insistiera en ello.

—No creas ni por un momento que esto significa que voy a quitarme el jersey —dije.

Él se rió por lo bajo y se tumbó a mi lado. La cama se hundió un poco bajo el peso de Reyes, que dejó escapar un largo suspiro cuando por fin logró acomodarse. Me volví hacia él. Estaba tumbado de espaldas, con un brazo sobre la frente. La postura era sexy y encantadora a un tiempo. Tenía el perfil de un dios griego. Dimensiones perfectas. Líneas exquisitas.

—Esta cama está durísima —le dije mientras ahuecaba mi almohada y me retorcía en busca de una posición más cómoda, tarea que no resultaba fácil con Margaret a mi vera.

—Deberías subirte a horcajadas encima de mí. Yo estoy más duro aún.

Abrí los ojos como platos y estuve a punto de comprobarlo, pero me contuve. No caería en su trampa. Y además estaba herido, por el amor de Dios.

—Bueno, siguiente pregunta. ¿Por qué me llamas Holandesa?

Reyes sonrió por debajo del brazo.

—No lo hago.

Lo miré con el ceño fruncido, aunque le importó un comino.

—Me llamas así todo el rato. Siempre me has llamado Holandesa.

—¿Sabes?, para ser alguien que conoce todos los idiomas hablados y por hablar del planeta, no se te da muy bien pillar el significado de algo cuando lo necesitas.

—¿Qué quieres decir?

—Piensa en ello.

—Está bien. —Pensé en ello. Le di vueltas a la palabra en la cabeza y en la lengua hasta que el significado quedó claro. Lo miré totalmente asombrada—. Buscadora. Lo que

dices es «buscadora» en el antiguo arameo. —La palabra en nuestra lengua se parecía tanto a «Holandesa» que siempre la había asociado con ella. Aunque lo cierto era que el sonido «s» era más una «z» suave, y que la «a» era más leve, más aspirada.

—Bravo.

—¿Me has estado llamando «buscadora» todo este tiempo?

—Eso es lo que eres. La buscadora de almas.

—Vaya...

Por alguna razón, esa idea me hizo feliz. Como lo habría hecho un capuchino con chocolate si hubiera podido permitirme uno. Estaba descubriendo muchas cosas, y no quería que aquello llegara a su fin. Y el hecho de que Reyes estuviera demasiado malherido para hacer gala de su masculinidad y salir a cazar al inglés me parecía increíble. Más tiempo con *moi*.

—Me gusta eso —dije.

—Tus antepasados eligieron bien entre los de tu raza.

Sonreí. Y luego parpadeé. Y después frunció el ceño.

—¿Mi raza? ¿Tengo una raza?

—Por supuesto que sí.

—Espera un momento. ¿De verdad? ¿Tengo una familia como la tuya? ¿Una familia de otro plano?

—Sí.

Levanté la cabeza a la velocidad del rayo. No me esperaba una respuesta directa, y mucho menos una afirmación.

—¿En serio? ¿Tengo otra familia?

—Sí.

Aquello era abrumador. No sabía qué pensar.

—No sé mucho sobre ellos, así que no alargues demasiado el tema.

—¿Son...? ¿Son ángeles de la muerte?

—Solo aquel a quien se elige para cruzar a este plano es un buscador. Proviene de una raza de portadores de luz muy poderosos. En condiciones normales, jamás te habrían enviado aquí. Nunca se envía a una buscadora de tu... rango para tareas tan triviales. Pero eras la más joven y poderosa entre ellos, y sabían que yo estaba aquí.

Una cosa era haberme pasado la vida sin saber por qué tenía los dones que tenía, y otra muy distinta obtener tantas respuestas, respuestas que había suplicado toda mi vida, de una sola tacada. Y que Reyes hablara sobre el tema con tanta indiferencia, con tanta despreocupación, como si para mí no significara un mundo saber algo sobre mi linaje. Intenté mantener la calma. Podía manejar aquella situación de manera digna y elegante. Y no como deseaba hacerlo, como esas mujeres que salían en *El precio justo*.

Y en ese momento entendí lo que acababa de decirme.

—Espera, ¿me estás diciendo que me eligieron por ti?

Sus párpados se cerraron bajo el brazo.

—Puestos a suponer, diría que creyeron que yo estaba aquí para iniciar la guerra. Mi padre me creó para ayudarle a poner fin a la humanidad. Así que ellos te enviaron a ti. —Se volvió hacia mí. El brillo de las motas verdes y doradas de sus ojos creaba un marcado contraste con el tono marrón oscuro del fondo—. Somos enemigos, Holandesa. Una princesa y un peón, cada uno en bandos opuestos. —Esbozó una de sus sensuales sonrisas torcidas—. Se sentirían bastante decepcionados si supieran lo bien que nos llevamos.

Me incorporé un poco para mirarlo desde arriba.

—Bueno, ¿y eso qué quiere decir? ¿Se supone que debo matarte o algo así?
Reyes deslizó la yema de un dedo por mi boca.

—Sí. Para eso te enviaron.

—Menuda gilipollez.

¿Así que había un tío más codiciado que un Rolex en la Casa de Empeños de Sal y ellos me enviaban a mí a matarlo? ¿A mí? Estaba claro que procedía de una raza de chiflados.

—Podrías hacerlo —dijo Reyes, y apretó los labios pesaroso—. Podrías matarme. Destruir el portal opuesto y cerrar la entrada de mi padre a este plano. El último ángel de la muerte lo intentó. —Apartó la mirada—. Falló, y por eso te enviaron a ti.

—Eso es absurdo, Reyes. No podría matarte. Eres más fuerte que yo, y... y sabes luchar y todo ese rollo.

—Cuando llegue el momento..., y llegará, hazlo rápido. —Me ofreció una sonrisa poco convencida—. No vaciles, Holandesa. No titubees ni un segundo.

No sabía hasta qué punto debía creer la historia que me había contado. Reyes era miembro de una raza de mentirosos. La información no podía ser muy fiable.

Fruncí el ceño recelosa.

—No creas que vas a conseguirme mostrándote encantador y caballero, ni insistiendo en que soy lo bastante poderosa para matarte. Me empujaste —dije al recordar la pelea de la otra noche—. Me arrastraste y me empujaste, así que no creas que mostrarte ahora dulce y abnegado hará que olvide esa mierda. —Me dejé caer sobre la almohada y crucé los brazos—. No es el tipo de mierda que se olvida fácilmente.

Los ojos de Reyes adquirieron un brillo travieso bajo la escasa luz.

—Nunca he dicho que fuera un Boy Scout.

Sentía el calor de su mirada, y solo podía pensar «Dios, qué guapo es». Aproveché la oportunidad para averiguar lo graves que eran sus heridas. Levanté las manos hasta su cintura, palpé los bordes de la cinta adhesiva que le cubría la caja torácica y apreté un poco. Reyes cogió aire con los dientes apretados y me sujetó la muñeca. Pero la sangre ya había chorreado por debajo de la cinta y me había empapado la punta de los dedos a través de la camiseta.

—¿Qué demonios es esto, Reyes? ¿Qué ocurrió?

Me miró a los ojos con expresión decidida.

—Si me sucede algo, debes saber que cazan en parejas. Si ves a uno, el otro estará detrás de ti, Holandesa. Te lo prometo, siempre hay otro cerca. Si ves a tres, habrá un cuarto esperándote entre bastidores. Nunca, jamás, confíes en ellos.

—¿Y no puedo hacer lo que hice la otra vez? ¿Abrasarlos con mi luz nuclear?

—No. —Tiró de mí hasta que su frente estuvo junto a la mía—. Mientras estén dentro de un humano, están protegidos de la luz. Incluso de la tuya.

Detestaba sentirme tan vulnerable, tan indefensa.

—No puedo luchar contra ellos, Reyes. Son demasiado fuertes.

—Podrías si supieras cómo, pero todavía no estás preparada, así que ni siquiera lo intentes. Limítate a llamar a tu guardiana y huye.

Me quedé tumbada a su lado, sin apartar la mano de sus costillas.

—Se me da bastante bien correr. No es que sea muy rápida ni nada de eso, y me entra flato enseguida, pero... Da igual.

—Tener a un puñado de demonios pegados al culo es una motivación estupenda.

—De eso estoy segura.

—Echa a correr y no te detengas. Prométemelo.

—Te prometo que intentaré correr sin detenerme, pero ya te he dicho que enseguida me entra flato.

Conseguí arrancarle una risotada. Se inclinó para mordisquearme la oreja. Intensas oleadas de deseo atravesaron mi cuerpo y se acumularon en la parte baja del abdomen. No podía creerlo. Cuando por fin tenía a Reyes Farrow en carne y hueso, a solas en una habitación de hotel, él se estaba desangrando. Me habría aprovechado de él si se me presentara la oportunidad, pero estaba claro que no era el momento adecuado. Y admitirlo me estaba matando.

Le rodeé la cabeza con el brazo mientras bajaba la boca por mi cuello.

—Cuéntame una historia sobre mis ancestros. Sobre otro ángel de la muerte —le susurré.

Reyes se quedó callado tanto rato que pensé que no lo haría. Luego se tumbó de espaldas y se puso a pensar.

—Había un chico llamado Cynric cuyo padre lo llevó ante los ancianos del poblado. El hombre aseguraba que el muchacho estaba poseído, que veía espíritus y sabía cosas que nadie podía saber. Lo interrogaron durante varios días, pero el chico se negó a hablar. Lo lapidaron hasta la muerte.

Se me encogió el estómago.

—Oye, esa no es una historia muy feliz.

—No muchas lo son. Después de eso, el pueblo sufrió una oleada de enfermedades y muerte. Pensaron que el chico los había maldecido antes de morir.

—¿Y lo hizo?

—No. Lo hizo otro. Él solo había repetido lo que su hermana pequeña decía. El ángel de la muerte era ella, no el chico. Pero la niña había padecido una enfermedad cuando era pequeña y no podía hablar. Solo el muchacho la entendía. Enloquecida por el dolor, liberó sus poderes sin darse cuenta de lo que hacía. Un ángel de la muerte no siempre sabe de lo que es capaz hasta que sufre un gran trauma emocional.

—¿La niña vivió mucho tiempo?

Reyes asintió.

—En comparación con la mayoría de los ángeles de la muerte, sí. Llegó a los setenta y tantos, si no recuerdo mal. Pero tuvo que vivir con lo que había hecho. Se convirtió en una eremita, y al final se volvió loca.

—Qué horror. Si era un ser celestial, ¿cómo pudo matar a tantas personas? ¿Cómo pudo seguir adelante después de eso?

—A los ángeles de la muerte se les otorga su don al nacer. Son buscadores de almas, pero pueden... —Se lo pensó un instante—. Digamos que en ocasiones pueden «dar caza» a esas almas, a falta de un término mejor. Están en su derecho.

—Bueno, pues ese es un derecho que yo no pienso ejercer.

Para evitar las tentaciones, arrojé mi almohada hacia sus tobillos, apoyé la cabeza en sus botas y me tumbé en perpendicular a él sobre la cama. Me había proporcionado mucha información y quería tomarme un tiempo para asimilarla, pero no deseaba alejarme de él. Todavía no. Ni nunca, hasta que llegara el día de mi muerte. O hasta que tuviera que volver a trabajar en el caso. Lo que llegara primero.

Tenía otra familia. Una familia de otro mundo. ¿No era genial? Y podía matar a la gente con la mente. Vale, esa parte no me la tragaba, pero sí que tenía una familia de otro mundo. Me pregunté cómo se llamarían. Quizá tuviese una tía llamada Myrtle. O un tío

llamado Boaz. Una vez había intentado convencer al tío Bob para que se cambiara el nombre por Boaz, pero se negó a hacerlo. No entendía por qué.

Mientras estaba tumbada allí, pensando en las ventajas de tener una familia de otro mundo, sentí que se me cerraban los párpados. El calor de Reyes me daba sueño. Tenerlo tan cerca resultaba muy reconfortante, y casi me había quedado dormida cuando me habló.

—Podrías ponerte un poco más arriba. De hecho, estarías muchísimo más cómoda si te colocaras un poco más arriba.

Solté una risotada.

—No, el que estaría mucho más cómodo si me colocara más arriba serías tú. Pervertido.

Y, sin darme cuenta, empecé a soñar con Reyes, playas y Cookietitas con pequeñas sombrillas que me rozaban la palma de la mano. Fue entonces cuando sentí los dedos de Reyes en la palma de la mano. Me pregunté si lo había hecho a propósito. Cuando se tumbó encima de mí con un gruñido, aplastándome bajo su inmenso peso, tuve la certeza de que sí. Pero antes de que pudiera protestar, tenía su boca en mi oreja.

—Chis —dijo, y sentí la calidez de su aliento.

Al principio pensé que se había puesto juguetón, pero vi que estaba rígido, tenso, listo para atacar. O para darme una paliza. ¿Qué coño pasaba?

Empecé a forcejear, pero sentí sus dedos sobre mi palma una vez más. Solo que esta vez el calor de su contacto fue sustituido de inmediato por el metal frío de una pistola. Me quedé de piedra cuando él desenfundó a Margaret y me la colocó en la mano.

—¿Qué...?

No me dio tiempo a terminar la frase, porque Reyes apretó su boca contra la mía. Pero mientras sus labios obraban un hechizo mágico y su lengua se colaba entre ellos para dejarme sin fuerzas, sus manos hacían otra cosa. De pronto noté el frío roce metálico del cuchillo enorme que acababa de sacarse de la cinturilla del pantalón. Volvió a acercar la boca a mi oreja.

—Llama a la perra —susurró.

Se me disparó el pulso.

—¿Por qué? —pregunté con un hilo de voz.

Reyes se incorporó lo suficiente para mirarme a los ojos. En los suyos se leía una disculpa.

—Porque esta no es mi habitación.

Me besó de nuevo, plantó su boca ardiente sobre la mía, pero todos los músculos de su cuerpo estaban tensos y preparados. Su corazón palpitaba contra el mío, su pulso rugía en mis oídos. Saqué la mano por un lado de la cama y chasqueé los dedos.

Artemis apareció junto a mi palma atravesando el suelo y me acarició la mano con el hocico un instante antes de erguir las orejas. Un gruñido grave salió de su pecho cuando la puerta empezó a moverse. La perra se agachó y aguardó.

La puerta se abrió muy despacio, y se detuvo cuando formaba en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados, insuficiente para permitirme ver a los intrusos. Lo único que veía, por encima del hombro de Reyes, era una mano sobre el pomo. Justo cuando el intruso empezó a avanzar, Artemis atacó. Con un ladrido que hizo vibrar las paredes, la perra saltó hacia la puerta medio abierta. A juzgar por su grito, el poseído era una mujer.

El peso de Reyes se desvaneció de la cama, y un microsegundo después, otro asaltante fue arrojado al interior de la habitación. La puerta se estrelló contra la pared y pude ver a la mujer que luchaba con Artemis en la acera; era evidente que la poseída no

podía ver con claridad contra qué estaba peleando. Incluso yo tenía problemas para enfocar el enorme cuerpo de Artemis mientras la perra le arrancaba el alma maligna que llevaba dentro.

Sin embargo, antes de que pudiera saber con exactitud lo que le ocurría al demonio de fuera, el que luchaba con Reyes me vio. Soltó un alarido rabioso e intentó librarse de Reyes para ir a por mí. Resultaba de lo más extraño que un hombre te deseara con tal desesperación que no se diera ni cuenta de que su columna vertebral había sido doblada muy por encima de su posición natural, que no oyera el crujido que esta emitía bajo la presión. Pude oír el estruendoso chasquido de los huesos al romperse cuando se le desgarraron los tendones y se le dislocaron las vértebras, pero el hombre no me quitó la vista de encima. Deseaba atraparme más que ninguna otra cosa en el mundo, y tenía los brazos estirados hacia mí mientras me suplicaba con los ojos que me acercara.

Eran azules. Los ojos del hombre, digo. Llegué a atisbar al demonio que había tras ellos, el humo negro que se desprendía de él, pero el anfitrión que la criatura había poseído tenía los ojos azules. Tan claros como una piscina brillante en un cálido día de verano. Y se llenaron de lágrimas cuando Reyes le apretó la garganta y lo dejó sin suministro de aire. Pero le dio igual. Se arrastró hacia mí utilizando un solo brazo, ya que el otro estaba roto y yacía sobre el suelo a su lado, inútil.

Cuando se abalanzó hacia mí en un último esfuerzo, la longitud de su brazo pareció aumentar. Unas garras negras, afiladas como cuchillas, sustituyeron la mano del hombre. La negrura de la noche permitió que el demonio se revelara, que saliera. Solo pude verle la mano, pero sabía que al menos esa parte de él estaba desprotegida.

Me incliné sobre el borde de la cama, ignorando los gritos de Reyes que me pedían que retrocediera. La garra estaba muy cerca, a escasos centímetros de mí. Si avanzaba un poco más, me destrozaría la cara. Levanté la mano con la palma hacia arriba, me la acerqué a la boca y soplé. Como si se tratara de un polvo de hadas mágico, las partículas de luz de mi interior flotaron hasta el demonio y aterrizaron sobre su garra. Tras un enorme estallido de energía, la criatura gritó y salió de su anfitrión humano.

El demonio se sacudió sobre el suelo, retorciéndose de agonía; sus penetrantes alaridos se parecían al ruido de mil motores a reacción durante el despegue de un avión.

Artemis saltó sobre la bestia un instante después, le clavó los dientes, apretó la mandíbula y le arrancó la vida. A esas alturas, matarla fue casi un acto de compasión, ya que sufría muchísimo dolor. Su sangre gaseosa se derramó sobre la moqueta y luego se evaporó.

Antes de que me diera cuenta de que estaba cabreado, Reyes tiró de mí para ponerme en pie y me miró de arriba abajo. Luego se concentró en mi rostro y me observó con perplejidad.

—¿Qué cojones ha sido eso? —preguntó con un matiz cortante y furioso en la voz.

Sin embargo, la adrenalina recorría mi columna y mi cuerpo. Miré a Artemis, que estaba detrás de él. La perra olisqueaba la estancia con el entusiasmo de un sabueso tras el rastro de un zorro, convencida de haber encontrado la esencia de otro demonio. Saltó a través de la pared hasta la habitación de al lado antes de que pudiera impedírselo.

Como temía ponerme a vomitar otra vez, cosa que de un tiempo a esa parte parecía haberse convertido en una costumbre, avancé a trancas y barrancas hasta el minúsculo cuarto de baño que había junto a la puerta de entrada. Reyes me sostuvo cuando tropecé, pero me libré de él y corrí hasta el aseo. El hecho de tener que realizar una misión de espeleología en una taza que había sido utilizada durante años por hombres con mala

puntería no me impidió seguir adelante. Di una bocanada de aquel aire apestoso y me tragué la bilis mientras mi estómago se sacudía.

Reyes se arrodilló a mi lado y de pronto sentí un paño húmedo en la nuca.

—Eso es lo que los vuelve locos. —Se inclinó hacia delante y enterró la cara en mi cuello—. El olor del miedo. De tu miedo. Es como el olor de la heroína para un drogadicto.

—Pues no puedo evitarlo —le dije.

—Lo sé. Es culpa mía, y lo siento.

Levanté la vista y me percaté de que el demonio le había hecho daño. Tenía tres cortes sangrantes en la cara, y el superior estaba a unos centímetros de las pestañas inferiores. Le quité la toalla húmeda y empecé a limpiarle los cortes.

—¿Lo mataste? —pregunté.

—No. No podrá correr maratones hasta dentro de un tiempo, pero tenemos que largarnos de aquí cuanto antes.

Reyes me acompañó a casa en silencio, seguramente porque no sabía qué pensar de mí. Yo tampoco sabía qué pensar de mí, así que en realidad no teníamos mucho en lo que pensar. Me observó mientras subía las escaleras y avanzaba hasta mi puerta, pero no le permití que me ayudara a entrar. Estaba harta de haberme convertido de pronto en una inválida, incapaz de andar y mascar chicle al mismo tiempo.

Abrí la puerta y entré.

—¿Puedo ponerte algo en eso? —pregunté mientras señalaba los cortes de su mejilla izquierda.

Reyes se dio unos toquecitos en las heridas con el dobladillo de la camiseta y se limpió los pequeños reguerillos de sangre que caían. Ya habían empezado a curarse, pero una pomada antibiótica no le haría ningún mal.

Echó un vistazo a mi apartamento sin hacerme ni caso.

—Llama a tu chico —dijo con voz ronca.

—¿Qué chico? —pregunté. De repente me sentía muy cansada—. No tengo ningún chico.

Al menos, eso creía. No recordaba haber estado de parto, y estaba bastante segura de que eso era algo que una mujer no olvidaba con facilidad.

—Ese chico que siempre anda por aquí. Llámalo.

—¿Angel? —Y tan pronto como pensé en él, el chico apareció.

Miró a su alrededor sorprendido, y me fulminó con la mirada en cuanto me vio.

—¿De verdad vas a seguir haciendo esto?

—Oye, esta vez no he sido yo. —Señalé a Reyes, y el enfado de Angel se disipó.

Retrocedió cuando Reyes dio un paso hacia delante.

—Quédate aquí —le dijo Reyes en un tono que no admitía discusiones.

Sin embargo, estaba hablando con Angel Garza, un chaval al que le encantaban las discusiones. Se mordió el labio y cuadró los hombros.

—Quédate tú, *pendejo*.

Reyes estaba sobre él antes siquiera de que lo viera moverse. Había agarrado a Angel por el cuello de la camiseta, y tenía la cara pegada a la del muchacho.

—¿Tienes una idea de lo que podría hacerte?

Angel abrió los ojos como platos sin poder evitarlo.

—Lo que sé es que deberías regresar al infierno.

Me situé entre ellos e intenté apartar la mano de Reyes.

Tras un instante, Reyes lo soltó y le ofreció una mirada de disculpa.

—Quédate aquí por ella —dijo en un tono bastante más suave.

Angel se encogió de hombros y se estiró la camiseta.

—Por ella.

Al parecer, eso lo dejó satisfecho. Reyes chasqueó los dedos como si llamara a un perro y Artemis apareció. La perra saltó sobre él y le apoyó sus enormes patas en el pecho mientras movía el muñón de su cola con evidente alegría. Reyes le rascó la parte de atrás de las orejas y le acarició el cuello con la cara.

—Quédate aquí —le dijo al oído a la perra—, y no dejes que ella se meta en problemas. ¿Entendido?

Cuando Reyes alzó las cejas a modo de interrogante, Artemis ladró para confirmárselo, y de pronto me sentí superada.

La miré con el ceño fruncido.

—Traidora.

La perra ladró de nuevo, nada afectada por mi acusación, y dio un salto para jugar con Angel y lo tiró al suelo. El chico se echó a reír e intentó inmovilizarla. Resultaba extraño que la mandíbula canina se abriera de ese modo para acomodarse al tamaño de la garganta del chico. Los gritos de agonía de Angel parecieron contentar a Artemis, y con eso me bastó.

—Solo necesito asegurarme de que no nos han seguido hasta aquí —dijo Reyes.

—Deberías dejar que echara un vistazo a esas heridas.

—La última vez que echaste un vistazo a mis heridas estuviste a punto de morir.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Dos meses. Más o menos.

—Está bien —dije mientras lo despedía con un gesto de la mano—. Vete a hacer cosas de chicos mientras yo me quedo en casa bajo la atenta mirada de un pandillero de trece años ruidoso.

Había algo que no encajaba en esa descripción.

Me desperté con la agradable sensación de tener a una rottweiler de cuarenta y cinco kilos muerta despatarrada sobre mí como si fuera un colchón humano. Lo cierto es que no me asustó que su pata derecha me tapara la cara casi por completo e impidiera el flujo de oxígeno, ni que se me hubieran quedado las piernas dormidas porque ella tenía el hombro apoyado en mi cadera, pero además de haber apoyado la cabeza en mis costillas, roncaba. ¿En serio? ¿Incluso después de muerta? Por alguna razón, roncar me parecía algo innecesario.

Tenía mucho en lo que pensar —demonios; mi linaje; mi supuesto compromiso a largo plazo como ángel de la muerte, un contrato que yo ni siquiera recordaba haber firmado...—, pero mi cerebro solo era capaz de concentrarse en la idea de tomar café. Y en la falta de oxígeno. Y en que me hacía pis como un caballo de carreras. Sentía en la vejiga una extraña presión también conocida como Artemis.

Aparté su pata gigantesca de mi cara y me escabullí por debajo de la rottweiler con un tremendo esfuerzo. Cuando aterricé en el suelo, su cabeza quedó colgando por un lado de la cama, pero no se despertó. No pude contenerme. Me incliné hacia delante para acariciarle los bigotes con la cara. Frunció el labio y gruñó por lo bajo cada vez que le besé la nariz. Habría sido una gran imitadora de Elvis.

Conseguí ponerme en pie y llegar al baño. Tras una rápida parada en boxes y un

romance con el señor Café, me acerqué a la ventana del salón con cuidado de no molestar a Angel ni a la tía Lil, que estaban tumbados en diferentes muebles. Todavía me alucinaba que los muertos durmieran. Sobre todo con los martillazos que daban en la puerta de al lado.

A pesar de los ruidos de los albañiles, oí que un camión se detenía. Era demasiado temprano para que fuera uno de los camiones de reparto del bar de mi padre, así que me pudo la curiosidad. Quizá fueran mis nuevos vecinos, aunque eso habría sido una tontería, porque su apartamento aun no estaba terminado. Al mío tampoco le habrían venido mal unas cuantas remodelaciones. Hablaría con el señor Z más tarde. Lo convencería de que unas encimeras nuevas aumentarían el valor de todo el edificio.

Por sorprendente que pareciera, había un furgón de mudanza fuera, aparcado en la parte trasera del bar. Muerta de curiosidad, corrí hasta la ventana de mi habitación para verlo mejor. Sí, alguien iba a mudarse. Miré hacia las ventanas de la segunda planta y solté una exclamación. Bien alta. Un hombre había levantado las persianas y le estaba quitando el polvo a los alféizares, preparando el lugar para un nuevo inquilino.

En mi oficina.

Mi padre había alquilado mi oficina sin consultármelo siquiera. Me sentía aturdida. Indignada. Y muy molesta. Tras realizar un breve asalto al armario —donde cogí unos calzoncillos a cuadros, una camiseta que decía que era más fresca que el aire acondicionado, y unas zapatillas de conejito de color rosa que servirían para un rápido paseo por el callejón—, dejé la taza de café y me dirigí al bar de mi padre. Cuanto más pensaba en ello, más rápido caminaba. Y cuanto más rápido caminaba, más me cabreaba.

Me azotó un viento frío cuando salí del edificio, pero me dio igual. Mi padre había alquilado mi oficina. Menudo morro.

Pasé junto a dos hombres que se esforzaban por descargar un escritorio y entré en el bar por la puerta de atrás.

—¡Papá! —grité dejando atrás a mi sorprendida madrastra, que acababa de entrar por la puerta principal.

Al parecer le había llevado el desayuno al traidor. Solo esperaba que se atragantara con él. Y también dejé atrás a Sienna, la preciosa camarera nueva que se había fijado en Pari, que esbozó una sonrisa apreciativa cuando vio que yo iba en calzoncillos.

Gemma salió del despacho de mi padre justo cuando llegué a la puerta, y se quedó muy sorprendida al verme.

—Charley, no estás vestida.

—¿Dónde está? —pregunté mientras pasaba por su lado.

—¿Papá? Está arriba, creo.

Si hubiera estado en mis cabales, me habría fijado en su sonrisilla y habría deducido que todo aquello no era lo que parecía, pero estaba concentrada en mi misión. Me di la vuelta y subí los escalones de dos en dos. Y no resultaba muy fácil con unas zapatillas de conejitos. Además, las zancadas largas hacían que los calzoncillos se me clavaran en zonas innombrables, pero me los ajusté rápidamente en cuanto llegué al descansillo.

Entré como una exhalación en la primera oficina, la que me había pertenecido durante dos años, y encontré a mi padre mirando por la ventana que tenía la persiana subida. Su cuerpo largo y esbelto estaba envuelto en una camisa y unos pantalones arrugados que parecían dos tallas más grandes. Su piel, por lo general bronceada y de aspecto sano, mostraba el tono blanco mate de la harina, y hacía juego con su pelo rubio oscuro.

No había nadie más dentro. Todo estaba tal como yo lo había dejado. No había ni un archivador ni una estantería fuera de lugar.

Me detuve detrás de él y puse los brazos en jarras.

—¿En serio? —pregunté.

Él agachó la cabeza, y bloqueé sus emociones en el instante en que percibí el dolor que lo consumía. Respiré hondo para despejarme. Había hecho que me arrestaran mientras me encontraba en una cama de hospital. No se merecía mi compasión. Se merecía el embate de mi furia.

—¿Vas a alquilar mi oficina? ¿Así, sin más? —Chasqueé los dedos para enfatizar la prisa que se había dado.

Me había marchado de allí hacía tan solo dos meses, pero por alguna razón, la cuestión no parecía ser esa.

Cuando por fin se dio la vuelta, vi que estaba más demacrado de lo habitual. Su cuerpo espigado parecía encorvado por la fatiga. La ropa le quedaba grande.

Me daba igual. Me. Daba. Igual.

—No, cariño, no voy a alquilarla.

Señalé la ventana con un dedo.

—Entonces ¿qué es eso?

—Una trampa —dijo con una voz tan despreocupada que tardé un rato en asimilar sus palabras—. Un truco —añadió.

Miré por la ventana y vi que la furgoneta estaba vacía. No había nada más que el escritorio. Los hombres de abajo saludaron a mi padre antes de volver a cargarlo y cerrar la puerta.

—¿De qué hablas? —pregunté después de volverme hacia él—. ¿Una trampa para quién?

—Para ti —dijo mientras daba un paso hacia delante.

Retrocedí, súbitamente recelosa.

Él dio otro paso, pero se detuvo cuando le dirigí mi infame mirada mortal.

—No respondes a mis llamadas —dijo, levantando las manos con las palmas hacia arriba en un gesto de rendición—. No me abres la puerta cuando me paso por tu casa.

—¿No me digas? Me pregunto por qué será. —Me di la vuelta dispuesta a marcharme, pero lo que dijo a continuación me frenó en seco.

—No sabía cuánto tiempo me quedaba.

—¿Qué? —pregunté en un tono cortante, con evidente suspicacia.

—Cuando hice que te detuvieran, no sabía cuánto tiempo me quedaba. Te quería fuera de este mundillo, y tenía que actuar rápido.

Enfadada y con la paciencia a cero, extendí los brazos a los lados para expresar indefensión y luego los dejé caer.

—No sé de qué me hablas.

—Quería hacer lo correcto contigo. Quería enmendar lo que había hecho. Fui yo quien te metió en esta vida. Quería que lo dejaras antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Por ese motivo hiciste que me arrestaran? ¿Esa fue tu solución?

—No se puede ser investigador privado si se tienen antecedentes. Te revocarían la licencia. —Se encogió de hombros—. Misión cumplida.

La sonrisa que apareció en mi cara no albergaba ni el menor rastro de humor.

—Gracias por cuidar de mí, papá. Te lo agradezco mucho.

—No me dejaste otra opción.

—¿Qué? —dije casi a voz en grito—. ¿Que no te dejé otra opción? ¿Estás chalado?

—Intenté que te sinceraras conmigo, pero no confías en mí. Nunca lo has hecho. Y no se me ocurrió otra cosa. Pretendía enmendar un error. Es culpa mía que hagas lo que haces. Yo te metí en esto, y solo quería sacarte. Mantenerte fuera de peligro. Cuando tipos malos van tras de ti por mi causa... Hasta ese momento había fingido que no me preocupaba. Pero ya no podía fingir más.

—Pues elegiste el momento perfecto para empezar a tener conciencia, papá. Hiciste que me arrestaran mientras yacía en la cama de un hospital después de haber sido torturada casi hasta la muerte. —Le mostré las manos con los pulgares en alto—. Buena jugada.

Él bajó la vista.

—No me quedó otro remedio.

—¿Sabes una cosa? —Me acerqué a él y le di un golpe con el índice en el pecho—. He pensado un montón en la imagen que tenía de ti. Eras mi punto de apoyo. El único que creía en mí, en mis habilidades. Siempre pensé que estabas de mi lado. Pero de repente lo entendí todo. Toleraste la manera en que me trataba Denise todos esos años, y en lugar de defenderme mirabas hacia otro lado. Nunca diste la cara por mí. Te aprovechaste de los beneficios de mi don, pero te mantuviste a distancia y dejaste que esa bruja me pisoteara cada vez que se le presentaba la oportunidad.

Mi padre clavó la vista en algún lugar a mi espalda, y cuando me di la vuelta vi que la bruja estaba junto a la puerta, con la boca abierta por la sorpresa.

La señalé, miré a mi padre y asentí con la cabeza.

—Sí, a esa bruja me refiero. —Al ver que él no decía nada, pregunté—: ¿Alguna vez te has preocupado por mí de verdad?

Al oír eso, mi padre levantó la cabeza de inmediato, asombrado.

—Por supuesto que sí. Siempre. Solo pensé... —Se le quebró la voz y se tapó la boca con el puño.

—Termina —dije; mi tono era más una advertencia que una sugerencia.

—Las niñas necesitáis una madre.

—¿Y nos diste esto? —Me acerqué más, tanto que mi imagen se reflejaba en las lágrimas que se acumulaban entre sus pestañas—. No cuidabas de mí. Sino de ti. Adelante. Alquila mi oficina. A mí me da igual.

Puesto que Denise bloqueaba mi vía de escape, decidí atravesar la otra oficina y salir por la puerta principal.

Sin embargo, mi padre empezó a hablar justo cuando puse la mano en el pomo.

—Necesito saber que estarás bien cuando yo ya no esté.

En un último y valiente esfuerzo, me volví hacia él con una réplica inteligente y oportuna en la punta de mi afilada lengua, pero se quedó allí, porque al momento siguiente, mi padre levantó una pistola y me disparó.

Se vende lápida usada:
perfecta para alguien llamado Charlotte Davidson.

(Anuncio)

Bueno, mejor dicho, disparó en mi dirección.

Me agaché. Ni idea de por qué. Pero agacharme al ver que alguien me disparaba me pareció una buena decisión. Unos meses antes había sido capaz de enlentecer el tiempo, podía ver —literalmente— la bala congelada en medio del aire, pero por lo visto había perdido esa capacidad cuando me torturaron, porque mi padre disparó y yo me agaché sin pensarlo.

Caí de rodillas y me cubrí la cabeza antes de volver a mirar a mi padre por debajo de los brazos.

Todavía sostenía la pistola con expresión atónita.

—¡Leland! —gritó Denise segundos antes de taparse la cara con las manos horrorizada. Tuve que reconocer que se había esforzado mucho.

Tras repasar mis partes vitales y comprobar que no sentía dolor, me puse en pie de un salto. Gemma apareció en ese momento y tiró de Denise para poder entrar en la sala. Sienna llegó justo detrás de ella, con una jarra de café en las manos.

Me di cuenta de que el mundo daba vueltas. El ruido me había llenado el organismo de adrenalina.

Me palpé de arriba abajo con manos temblorosas en busca de alguna herida.

—¿A qué demonios ha venido eso? —grité a mi padre, pero él aún me apuntaba con la pistola. Parecía inmerso en una especie de estado de shock—. ¡Papá! —chillé en un intento por llamar su atención—. Bueno, ya es oficial. Eres un mal padre. ¡Los buenos padres no disparan a sus hijas! —Crucé los brazos y saqué la artillería pesada—. Pienso contárselo a mamá cuando muera.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gemma, que nos miraba a mi padre y a mí.

Lo apunté con el dedo.

—Ha intentado matarme. Eso es lo que ha pasado.

—¡Papá! —gritó ella, reprendiéndolo como lo haría a un niño que acabara de comerse un bicho.

—No, no lo entiendes. —Mi padre miró a mi hermana mientras el tío Bob entraba corriendo, empujando a Denise. Genial. Toda la banda había acudido a presenciar mi asesinato.

Mi padre volvió a mirarme con la boca abierta.

—Mirad esto.

Disparó otra vez.

Me agaché de nuevo. Y luché contra los embriagadores efectos de la descarga de adrenalina que me llevó al borde de la inconsciencia. De acuerdo con la teoría de la evolución, la adrenalina no debía causar ese efecto. Se suponía que debía mearme en los

pantalones y luego correr a toda velocidad, como si me persiguiera un oso. Desmayarme era muy poco darwiniano.

El tío Bob había sacado la pistola y ya apuntaba a mi padre antes de que yo hablara.

—¿Qué coño pasa aquí? —grité.

Caí de rodillas una vez más. El estruendo de la pistola me había atravesado con tanta fuerza que me sentía como si me hubieran sacado el aire de los pulmones de un puñetazo. Me puse en pie con dificultad mientras el mundo daba vueltas que entorpecían mi visión y me revolvían el estómago. Iba a vomitar. Mi cuerpo temblaba de dentro afuera. Tragué saliva con fuerza para intentar contener la pequeña cantidad de café que me había tomado un rato antes.

Sentí una oleada de calor y miré a mi izquierda. Reyes se materializó a mi lado, y las ondulaciones de su enorme túnica negra hicieron que el mundo se balanceara aún más. Me sentí como un pequeño bote en alta mar.

Reyes miró a mi padre desde el interior de la capucha y a continuación se volvió hacia mí.

—¿Por qué intenta matarte tu padre?

Tragué saliva de nuevo y me apoyé en la pared que tenía a la espalda.

—No tengo ni idea. —Cuando vi que avanzaba hacia él, corrí para impedírselo y me situé entre ambos—. No, no lo hagas. A él no puedes tocarlo, ¿entendido?

Reyes me cogió del brazo y me metió dentro de su túnica. Su calor abrasador me tranquilizó a pesar de la furia que me embargaba.

—Agárrame bien o lo mataré ahora mismo.

Me aparté de él y señalé la ventana.

—Largo. Ya.

Desapareció con un gruñido grave, pero aún lo sentía cerca. No se había ido muy lejos, y podía materializarse y destrozar la columna de mi padre en un abrir y cerrar de ojos. Tenía que aclarar la situación, y rápido, o mi padre no podría volver a caminar nunca. Quizá ni siquiera respirar.

En cuanto me recuperé un poco, me di cuenta de que todo el mundo me miraba. Sobre todo porque le estaba hablando al aire. Lo superarían. Teníamos un asunto más importante entre manos. Sin embargo, la expresión de sus rostros me frenó en seco. Ya me habían visto hablar al vacío antes. Bueno, me habían visto todos menos Sienna. No entendía por qué estaban tan asombrados.

Sienna soltó la jarra. El recipiente aterrizó en el suelo con un ruido sordo y el café se derramó por los bordes, pero ni una sola mirada se apartó de mí.

—¿Qué pasa? —pregunté, avergonzada de pronto.

Bajé la mirada para comprobar que los calzoncillos seguían en su sitio. Me pareció que estaban bien. Volví a examinar sus caras. Aunque el tío Bob apuntaba a la cabeza de mi padre con la pistola, me miraba a mí. Como todos los demás.

Papá bajó el arma. El movimiento llamó la atención de Ubie, que se volvió hacia él.

—Suelta eso, Leland.

Lo hizo. La pistola cayó al suelo, pero a nadie pareció importarle. Todos los ojos seguían clavados en mí. Muy despacio, y con deliberada cautela, el tío Bob se agachó para recoger la pistola, pero solo me quitó la vista de encima un instante, el tiempo necesario para agarrarla.

La cosa se estaba poniendo de lo más rarita.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Gemma.

—¿Cómo he hecho el qué? —pregunté, completamente confundida—. ¿Conseguir que mi padre me dispare? —Como todos seguían mirándome boquiabiertos, decidí que era un buen momento para hablar sin parar—. Lo cierto es que no ha sido tan difícil. Me quedé quieta mientras un loco me apuntaba con la pistola...

—Eran de fogueo.

Volví a mirarlo.

—¿Has intentado matarme con balas de fogueo?

—Sí. —Asintió con la cabeza, pero se dio cuenta de lo que había dicho y empezó a negar—. No, lo que quiero decir...

—¿No te parece un poco ilógico?

—Tu manera de moverte —añadió él con una voz llena de incredulidad—. No era real. Nadie puede moverse así.

—¿A qué te refieres? —pregunté, cada vez más enfadada. ¿A nadie le importaba que mi propio padre hubiera intentado matarme?

Se acercó a mí e intentó tocarme la cara, pero le aparté la mano y retrocedí para ponerme fuera de su alcance. No me persiguió.

—¿Qué eres? —preguntó en cambio.

—¿Además de una persona cabreada?

—Charley —dijo Gemma, empleando ese tono amable típico de un terapeuta—, mira dónde estás.

Miré a mi alrededor y entendí a lo que se refería. Un segundo antes estaba junto a la puerta y en esos momentos me encontraba al lado de las ventanas que daban al callejón. Me encogí de hombros.

—Sí, me he quitado de en medio. ¿Y qué? Me estaban disparando.

—No lo hiciste —dijo Gemma—. Estabas allí y luego estabas ahí. Tú... —Se quedó callada, como si fuera incapaz de encontrar las palabras adecuadas—. Te moviste rapidísimo. Como si desaparecieras y volvieras a aparecer. Nunca he visto nada parecido.

—Tenía que saberlo —dijo mi padre—. Tenía que asegurarme de que estarías bien. Sabía que eras diferente, pero no tenía ni idea de cuánto. Luego, cuando Caruso me ató y fue a por ti con ese cuchillo... Tu manera de moverte. Nunca había visto nada igual.

Caruso era uno de los tipos a los que mi padre había enviado a prisión durante mucho tiempo. Cuando consiguió la libertad condicional, fue a por mi padre y, de paso, a por mí.

—Fue entonces cuando me di cuenta de lo especial que eres —añadió.

Yo todavía luchaba contra los efectos de la descarga de adrenalina que recorría mi sistema nervioso, intentando no desmayarme.

—No entiendo por qué creíste que dispararme sería una buena idea. —Me di la vuelta para marcharme, pero el tío Bob me lo impidió.

—Charley, cielo, necesito saber si quieres presentar cargos.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en mi cara.

—No. Hoy no. No quiero tener nada más que ver con él.

Aparté a Denise para pasar y empecé a bajar por la escalera.

—Espera, Charley —dijo Gemma a mi espalda.

Seguí bajando.

—Voy a escribir una carta a mi madre para contarle esto.

—Muy bien —dijo ella mientras trataba de alcanzarme—. Eso es perfecto, pero hay algo que deberías saber antes de ir demasiado lejos.

Conseguí llegar hasta la puerta de entrada de mi edificio antes de que me alcanzara.

—Lo sé —dije con un nudo en la garganta—. Lo noté en el instante en que entré allí.

—No sabe cuánto tiempo le queda —comentó ella después de respirar hondo unas cuantas veces.

Me di la vuelta, ya que me negaba a reconocer lo mucho que me escocían los ojos.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace un par de meses. No permitió que nadie te lo contara. Quería hacerlo él mismo, pero tú no le coges el teléfono.

Crucé los brazos, incapaz de enfrentarme a ella.

—Aun así, pienso decírselo a mamá.

Gemma se situó detrás de mí y me rodeó el cuello con los brazos.

—Salúdala de mi parte también.

—Vale, pero creo que no le gustarás tanto como le gusto yo —dije mientras inclinaba la cabeza hacia su codo huesudo.

Gemma se echó a reír y me estrechó más fuerte.

Cookie entró en mi apartamento a toda velocidad con una expresión llena de preocupación, mientras yo me servía un café. Su alivio al verme fue más que evidente. Se acercó jadeando, con una mano en el pecho.

—No te encontraba —dijo, casi sin aliento—. Y todas tus cosas estaban aquí. Creí que te habían matado. O que te habían abducido otra vez.

—Lo siento. Estoy aquí.

Levantó un dedo y tragó saliva.

—Charley, te juro que vas a matarme —dijo.

—No seas ridícula. ¿Por qué iba a matarte? Trabajas para mí casi gratis.

Ella asintió con la cabeza.

—En eso tienes razón.

—Estaba en la oficina. Mi padre intentó dispararme. Dos veces. Así que el tío Bob sacó su pistola. Ese hombre es más rápido de lo que parece.

Abrió los ojos como platos una vez más. Y luego los entrecerró, incrédula. Y un momento más tarde los abrió de nuevo al máximo. Y después los entrecerró. Y luego se puso un poco sensiblera mientras intentaba asimilar lo que le había contado. Y después abrió los ojos un poco más. Y luego entrecerró los párpados. Y por más entretenidos que fueran sus movimientos oculares, yo seguía en calzoncillos.

—Vale, voy a darme una ducha. Tienes tiempo para asimilarlo.

—¿Cómo está la oficina? —preguntó al final, y supe que la echaba de menos.

—Está muy bonita desde que Bobby Joe acabó con las reparaciones. Me gusta el gris oscuro que eligió.

—Es muy raro que creyera que su novia intentaba matarlo con cacahuetes.

—¿A que sí? —Cogí la taza de café y me dirigí al cuarto de baño—. Habría tenido más sentido si tuviese alergia a los cacahuetes.

Una vez que me libré de Angel diciéndole que su turno había acabado, me di una ducha rápida y repasé los planes para ese día. No estábamos cerca de atrapar al acosador de Harper, y eso me deprimía, pero todavía me quedaban varias pistas que seguir. Cook ya había conseguido la lista de los visitantes no residentes de Tanoan Estates, y ninguno de

ellos tenía relación alguna con el pasado de Harper.

También me dio la dirección de la antigua ama de llaves de los Lowell, la que se había jubilado hacía poco. Supuse que empezaría con ella y luego iría al psiquiátrico abandonado para ver cómo estaba mi amigo Rocket. Hacía tiempo que no lo veía.

—También tengo una lista de todos los que trabajaban para los Lowell cuando se casaron —dijo Cookie mientras me zampaba un desayuno consistente en champiñones y restos de brownie—, pero casi ninguno trabajó allí más de dos años. El chófer todavía está con ellos, y el ama de llaves se jubiló hace un par de semanas.

—Sí, me lo dijo la nueva ama de llaves.

—Me costó bastante seguirle el rastro. Trabajó para los Lowell durante casi treinta años. Lo normal habría sido que ellos supieran dónde vivía. Tuve que preguntárselo a Donald.

—¿Donald? —repetí, dándole un tono interesado a mi voz—. ¿Tuteas a Donald?

—Anda ya. Es el chófer de los Lowell, el único que se dignó concederme un microsegundo de su tiempo, y su voz suena como si tuviera noventa años.

—Quizá sea fumador. Si todavía es su chófer...

—Lo siento. Su anterior chófer. Ahora solo se encarga de cuidar los coches o algo así. Dijo que no lo habían echado porque les daba pena.

—Interesante. ¿Descubriste algo más?

Cookie pestañeó.

—Bueno, es géminis, le gusta dar largos paseos por la playa y le atraen mucho los hombres con kilt, la falda escocesa.

Me tragué el último trozo de brownie y lo remojé con un trago de café tibio.

—Qué curioso. A mí también me atraen los hombres con kilt. —Le di un pequeño codazo—. ¿Podrías darme el número de Donald por si tengo que hacerle más preguntas?

—No irás a pisarme el terreno, ¿verdad?

La miré boquiabierta y me llevé una mano al pecho en plan inocente.

—Nunca haría algo así.

Cookie no me hizo ni caso.

—Bueno, ¿piensas ir a ver a Rocket cuando termines con la ama de llaves?

—preguntó con una sonrisa perspicaz.

Rocket era una fuente de valor incalculable cuando queríamos saber quién había muerto y quién no. Era un verdadero genio: conocía los nombres de todas las personas que habían vivido en la Tierra y podía revelarme su estado en cuestión de segundos. Además, era un tipo enorme y adorable a quien le encantaba abrazar. Muy fuerte.

Sin embargo, Cook no hablaba de Rocket, a juzgar por el brillo malicioso de sus ojos.

—Sí —dije mientras memorizaba la dirección del ama de llaves que acababa de darme.

—¿Y qué pasa con los vecinos de Rocket? ¿También les harás una visita?

Enarqué una ceja.

—Siento debilidad por los tíos que van en Harley.

Cookie sacudió el dedo índice en el aire para provocarme.

—Limítate a decir que no.

—No lo entiendes —dije antes de marcharme—. Es una debilidad muy fuerte.

Conduje hacia el sur en dirección a la residencia del ama de llaves mientras

procuraba no obsesionarme con el hecho de que mi padre me había disparado. Dos veces. El ama de llaves vivía en una zona antigua de la ciudad. Muchas de las casas se consideraban casi históricas, y estaban bien conservadas, al igual que la de la señora Beecher.

Después de llamar a la puerta, me tomé un momento para contemplar las hermosas flores del porche delantero. Eran de color púrpura. Y hasta ahí podía llegar. Una mujer mayor y rechoncha, con el pelo cano y ojos grises amables abrió la puerta, pero se quedó tras el cristal de la contrapuerta. La parte superior de su cabeza apenas me llegaba a la barbilla, así que tuvo que alzar la vista para verme la cara.

—Hola, ¿la señora Beecher?

—Sí? —dijo mientras se secaba las manos con un paño. Llevaba un vestido de flores que parecía tener muchos lavados.

—Siento mucho molestarla. Me llamo Charley Davidson. —Le mostré mi placa de detective—. Soy investigadora privada, y me han contratado para solucionar un caso relacionado con sus antiguos jefes, los Lowell.

Se le disparó el pulso y le temblaron los labios durante un momento, pero no tardó en recuperarse. Luego compuso su mejor cara de póquer.

—Mire, entiendo que no le parezca bien hablar de los Lowell. Trabajó para ellos durante muchos años. Pero me han dado su permiso para interrogar al personal —mentí, mostrándole mis dientes blanqueados.

Los Lowell mantenían a raya a la plantilla. Y si había una tirana en el mundo, esa era la señora Lowell.

—Ah, en ese caso está bien —dijo la mujer, que pareció calmarse—. ¿En qué puedo ayudarla?

Seguía hablándome desde la protección de la puerta exterior de cristal. Era evidente que no quería que entrara en su casa. Pobre mujer.

—Según tengo entendido, trabajó para los Lowell durante casi treinta años. ¿Podría contarme algo sobre su hija, Harper?

A la mujer se le disparó el pulso de nuevo, y empezó a mirar a su alrededor, como si temiera que nos vigilaran. Justo lo mismo que había hecho su sustituta cuando traté de interrogarla en la mansión de los Lowell.

—Lo cierto es que no puedo decirle mucho. Estaba muy perturbada y teníamos muchos problemas con ella, eso es lo único que puedo contarle.

—Sí, eso he oído. ¿Recuerda cuándo empezó todo?

Contempló el paño que tenía en las manos. Desprendía miedo a raudales.

—Creo que empezó justo después de que el señor y la señora Lowell se casaran.

Asentí con la cabeza.

—Notó algo raro por aquel entonces? —Me preguntaba si el acosador de Harper sería un empleado descontento—. ¿Contrataron los Lowell a alguien nuevo en aquella época? ¿O quizás despidieron a alguien?

Se le ocurrió una idea. Pude verlo en su expresión. Pero la descartó y frunció el ceño.

—Señora Beecher, cualquier cosa que recuerde podría servirme de ayuda, sin importar lo insignificante que resulte para usted.

La mujer tomó una profunda bocanada de aire.

—No es nada. Solo me he acordado de que Felix empezó a trabajar allí justo después de la boda.

—¿Felix? —pregunté mientras sacaba la libreta y el bolígrafo.

—Felix Navarro. Les cortó el césped durante años y... —Se calló un momento, pensativa.

—¿Y? —pregunté.

Cuando volvió a concentrarse en mí, su expresión estaba llena de pesar, como si detestara la idea de pronunciar en voz alta sus sospechas.

—Y, bueno, a él le gustaba la señorita Harper. Mucho.

—¿Cuánto?

—Lle... Llevaba fotografías suyas en la cartera. Muchas fotografías.

Vale, eso ponía los pelos de punta. No pude evitar que mi voz adquiriera un tono acusatorio.

—¿No creerá usted que él hiciera algo...?

—Por Dios, claro que no —dijo ella, interrumpiéndome con un movimiento del paño—. Desde luego que no. Él solo... Bueno, estaba muy encariñado con la niña.

Ya.

—Gracias —le dije con una sonrisa tranquilizadora—. Ha sido de mucha ayuda.

La mujer agachó la cabeza, como si se avergonzara de lo que había dicho, y cerró la puerta de madera.

Después de llamar por teléfono a Cookie para pedirle que investigara al jardinero que se encariñaba con las niñas y que llevaba fotos suyas en la cartera, aparqué a un lado del psiquiátrico que había sido abandonado en la década de los cincuenta. Había encontrado a Rocket allí cuando estaba en la facultad y descubrí que me encantaba explorar los sanatorios mentales. En parte porque me gustaban los viejos edificios, pero sobre todo porque me encantaban los pacientes mentales difuntos. Conocían los secretos del universo, todos y cada uno de ellos, y podía hablar con ellos durante horas. Además, eso me ayudaba un montón con las tareas de clase.

Sorprendida al encontrar un psiquiátrico abandonado en medio de Albuquerque, lo estudié durante unos días para descubrir una forma de entrar y luego me colé una noche en que la luna llena tenía un resplandor blanquecino y yo me había tomado una buena cantidad de vino barato. Mientras tropezaba por el lugar, soltando exclamaciones de asombro al ver el equipo olvidado y preguntándome para qué servía exactamente un instrumento que se parecía a unas tijeras de podar, apareció Rocket.

No tengo claro quién de los dos se sorprendió más al ver al otro, pero una vez que lo convencí de que no estaba allí para robarle su tablero de damas, nos hicimos amigos enseguida. Sin embargo, debido al enfoque minimalista de Rocket con respecto al problema del déficit de atención, tuve que visitarlo unas cuantas veces para descubrir algo importante sobre él. Averigüé que había muerto en los cincuenta. También que tenía una hermana que había muerto durante la Dust Bowl, las catastróficas tormentas de polvo que arrasaron el país en la década de los años treinta. Ella le hacía compañía en el psiquiátrico, pero yo aún no la había conocido.

Por extraño que pareciera, una banda local de moteros, los Bandits, era la dueña del psiquiátrico en el que vivía Rocket. Los moteros residían en la propiedad colindante, pero yo había conseguido esquivarlos durante años, a pesar de su empeño en proteger el lugar con rottweilers. No obstante, el líder de la banda, un tipo llamado Donovan, me había dado la llave del hospital hacía poco. Todavía no la había utilizado, pero ese día me parecía la ocasión perfecta para hacerlo.

Con todo, me sentía incapaz de dejar el coche delante de la puerta principal. Siempre había aparcado a uno de los lados y había escondido a Misery detrás de un contenedor para poder colarme dentro sin que me vieran. Al parecer, era una costumbre difícil de romper. Después de cerrar el coche, le di a Misery unas palmaditas y fui en busca del poderoso Rocket. O lo habría hecho si lo que sucedía detrás del cuartel general de los moteros no hubiera llamado mi atención.

Miré a través de la hiedra que cubría la verja metálica y vi el patio trasero de los Bandits, donde se encontraba un viejo garaje. Siempre había un montón de motos y piezas esparcidas por aquella zona de bloques de cemento, pero en esos momentos había una furgoneta, y varios tipos vestidos de negro introducían bolsas de nailon en su interior. Entre los tipos de negro estaban Donovan y dos de sus colegas: Michael, un tipo estilo Brando que habría estado genial incluso con tutú; y Eric, un tío alto que parecía más un príncipe griego que un motero. Sin embargo, lo que me resultó más raro fue que todos estuvieran vestidos exactamente igual. Eric y Donovan llevaban pañuelos negros al cuello, pero aparte de eso, los cuatro hombres y la mujer llevaban camisetas negras de manga larga y pantalones negros de corte militar. Todos llevaban guantes y gafas de sol, puestas o sobre la cabeza. Eso era llevar lo de los colores del club de motos a un nuevo nivel, en mi opinión. Pero cada uno era cada uno.

Con todo, había algo en sus siluetas, en sus estaturas. Miré a los tres tipos más importantes: Donovan, el líder, y sus segundos, Michael y Eric. Alto, medio-alto, y medio sin más.

No podía ser.

Estaba a punto de salir de mi escondite y dirigirme al psiquiátrico cuando cayó algo de una de las bolsas de lona. Lo observé mientras Eric lo recogía y volvía a guardarlo, y me dio un vuelco el corazón. Una máscara de goma blanca. Como la de los tipos que aparecían en las noticias a todas horas. Los atracadores de bancos. Sabía que esos tipos de la grabación de seguridad me resultaban familiares. Vaya un entretenimiento estúpido se habían buscado.

¿Cómo era posible que me hubiera equivocado tanto respecto a ellos? Eran buenos tipos. Lo sentí en el instante en que los conocí. Ciento que en aquel momento me encontraba en el suelo y que Donovan me había plantado una bota en la barriga para evitar que me moviera, pero en el fondo tenían un corazón de oro.

Me situé detrás de Misery mientras pensaba en lo que debía hacer. Podía intentar convencerlos de que lo dejaran, pero la verdad es que no quería morir antes de hora. Además, estaba claro que ya llevaban un tiempo haciéndolo. Podía delatarlos a la policía, pero ¿y si estaba equivocada? Quizá tuvieran una explicación de lo más razonable para estar vestidos igual que los infames atracadores de bancos conocidos como los Ladrones Caballerosos. Quizá fueran a una fiesta de disfraces temática en la que los invitados se debían disfrazarse de sus villanos favoritos. Los moteros iban a fiestas muy raras. Pero ¿a las diez de la mañana?

Las diez en punto de la mañana era una hora perfecta para robar bancos.

Mierda.

La furgoneta se puso en marcha y regresé a la verja. Donovan le arrojó algo a Eric justo antes de que el chico cerrara la puerta corredera del vehículo. Luego, el desaliñado líder miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los veía y saltó al asiento del acompañante.

Fue entonces cuando ideé un plan. Los seguiría. Si de verdad iban a una fiesta

temática, les contaría qué había pensado y nos reiríamos un buen rato. Pero si robaban un banco, tendría que idear otro plan. No había vuelta de hoja.

Me subí a Misery e hice lo posible por seguirlos sin que pareciera que hacía lo posible por seguirlos. Por primera vez desde que compré a Misery, maldije el color rojo cereza de mi coche. El negro habría sido mejor. Y el gris asfalto mejor aun; con un color así pasaría desapercibida. Nunca había deseado tanto una capa de invisibilidad como en esos momentos.

Cuando pararon junto al Bernalillo Community Bank, todavía tenía esperanzas de que solo quisieran sacar un poco de dinero en efectivo para la fiesta. Alguien tenía que pagar los aperitivos y la cerveza. Aparqué al otro lado de la calle y esperé. Permanecieron sentados unos segundos antes de salir en tromba de la furgoneta, ataviados con el atuendo completo de ladrones de bancos, incluidas las máscaras blancas y las armas semiautomáticas.

Apoyé la cabeza en el volante y me hundí en mi miseria, literalmente, mientras me preguntaba qué debía hacer. Aquel no era mi día, sin duda. Mi padre había intentado matarme, Reyes había intentado matar a mi padre, y los moteros más cañón que había visto en mi vida resultaban ser atracadores de bancos. Me pregunté por qué había salido de casa. Con lo bien que estaba allí. Me gustaba mi casa. Era calentita y acogedora. Tan acogedora como una celda de prisión, pero por lo menos allí nadie me disparaba y nadie robaba. Al menos que yo supiera.

Un momento. Quizá todavía pudiera hablar con ellos. Quizá si Donovan supiera que yo los había reconocido, se sintiera avergonzado y abandonara el intento.

Y quizás Charles Manson solo fuera un poeta incomprendido.

Aun así, merecía la pena intentarlo. Éramos amigos. Los amigos no se disparaban entre sí. Al parecer los padres sí que disparaban a las hijas, pero los amigos eran una historia completamente distinta.

Dejé a Margaret con Misery y corrí hasta el otro lado de la calle. Pasé junto a la furgoneta en marcha y entré en el banco tan sigilosamente como pude. Aunque no sirvió de mucho. Estaban atracando el lugar, así que no fue difícil notar que entraba un cliente nuevo. Localicé a Donovan de inmediato. Lo bueno era que ninguno de ellos había sacado el arma. Por fortuna, no parecía necesario. Donovan no le quitaba los ojos de encima al guardia de seguridad, y los clientes estaban tumbados cabeza abajo en el suelo. Seguro que estaban aterrados, y me sentí mal por ellos a ese respecto, pero aun así me entusiasmaba que Donovan no los apuntara con un arma ni amenazara con volarles la cabeza de un disparo. A la larga, eso habría sido mucho más traumatizante.

Los demás retiraban el dinero de los cajones y de la caja fuerte, y uno de ellos se encontraba junto al mostrador del cajero, vigilando. Era Eric. Me vio y se quedó pasmado. Pensé en sonreír y saludarlo con la mano, pero no quise parecer una completa idiota.

Cuando volví a mirar a Donovan, él también me observaba con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza algo inclinada hacia un lado, como si me preguntara: «¿Qué coño haces aquí?».

Yo me pregunté lo mismo mientras esquivaba a los clientes para llegar hasta él.

—Lo siento —dije al pisar la falda de una de las mujeres. Luego tropecé con el brazo de un hombre—. Lo siento —repetí.

Cuando por fin llegué hasta Donovan, fingí una sonrisa para poder hablar sin mover los labios. No sé por qué lo hice.

—¿Eres un atracador de bancos? —pregunté con los dientes apretados mientras

miraba a mi alrededor con aire despreocupado.

Eric, el más joven y alto de la tropa, saltó desde el mostrador y aterrizó a nuestro lado. Me rodeó, se pegó a mi espalda y agachó la cabeza para acercar la boca a mi oreja.

—¿No necesitábamos un rehén? —preguntó con voz ronca a causa de la adrenalina. Pude percibir una sonrisa en su tono.

Donovan seguía vigilando la sala con miradas rápidas y penetrantes que se posaban en mí de vez en cuando. Consultó su reloj.

—¡Quince segundos! —gritó, y volvió a concentrarse en mí. Al menos, me pareció que me miraba. Resultaba difícil ver a través de la máscara de goma—. Creo que tienes razón.

Antes de que pudiera protestar, me hizo girarme y me rodeó el cuello con una mano y la cintura con la otra.

Puse los ojos en blanco.

—Estáis de coña, ¿no? —dije, todavía con los dientes apretados.

—Esto va a ser divertido —comentó Eric.

—¿Te importaría hacer tu trabajo? —le pidió Donovan.

—Ah, claro. —Saltó de nuevo y cogió las bolsas de lona que alguno de los otros había sacado de la caja fuerte.

No podía creer que un banco del tres al cuatro como ese tuviera tanto dinero en efectivo. Se oían sirenas a lo lejos, y no supe si sentirme aliviada o preocupada. Era una sensación extraña. Yo estaba del lado de la ley. Trabajaba como asesora para el Departamento de Policía de Albuquerque. Seguro que mi participación en el atraco a un banco quedaría mal. Sin embargo, la adrenalina corría por mis venas, y no pude evitar desear que se dieran prisa.

Mientras los chicos empezaban a salir, Michael se contoneó hasta nosotros. Supe que era Michael porque nadie se contoneaba como él.

—Un rehén —dijo mientras me saludaba con una inclinación de cabeza—. Genial.

—Luego salió y se dirigió hacia la furgoneta como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

Era obvio. Esos tíos estaban como una regadera.

Donovan me arrastró hasta la puerta tras los demás. Tiraba de mí con tanta fuerza que mi cuerpo estaba pegado al suyo. Menudo pervertido.

—Lo siento —me disculpé cuando pisé de nuevo el brazo del hombre tendido en el suelo.

El tipo me miró mal, pero lo cierto era que nos había visto acercarnos. Debería haber apartado el puñetero brazo. Resultaba difícil ser arrastrada por el suelo de un banco lleno de personas. Y yo siempre había sido bastante torpe. Él debería haberlo comprendido después de nuestro primer encuentro.

Me agarré al brazo de Donovan.

—Con esto no te vas a ganar un brownie, señor mío.

—Yo también me alegro de verte, preciosa —me susurró al oído cuando llegamos a la puerta.

Quise responder, pero él tiró de mí y me empujó hacia la furgoneta. Aterricé sobre un montón de botas y bolsas de dinero. Y estaba sin blanca. Parpadeé y las miré con deseo durante exactamente dos coma siete segundos antes de que me topara con la cruda realidad. No podía llevarme dinero robado. Ni siquiera aunque llegara a ver otro amanecer, algo que no era para nada probable, a juzgar por las máscaras blancas que me miraban.

La furgoneta salió disparada e hizo un giro brusco que me envió hasta un par de piernas. Luché por recuperar el equilibrio y fingí que el momento no resultaba en absoluto vergonzoso antes de volverme hacia Donovan. Él estaba de rodillas, perfectamente asentado mientras se quitaba la máscara y la guardaba en una bolsa. Los demás hicieron lo mismo. Cuando se quitó la careta, Eric tenía una sonrisa diabólica. Eran sus piernas contra las que me había chocado, y su sonrisa encantadora iba acompañada de un brillo oscuro en los ojos.

Cuando Michael se quitó la máscara, vi que su sonrisa destilaba humor y curiosidad. Pero a mí me preocupaba más el hecho de que todo el mundo se estuviera desnudando. Se quitaron las camisas negras y dejaron al descubierto distintas camisetas. Luego se quitaron los pantalones. Donovan llevaba los vaqueros debajo, pero Eric y Michael tenían puestos pantalones de cuero.

El conductor —o la conductora, mejor dicho— también se quitó la máscara y la lanzó a la parte trasera. Era la misma chica que había visto en la casa unos dos meses atrás. Con el cabello largo negro azabache, vivaces ojos color avellana y un cuerpo lleno de curvas, parecía ser la única mujer dentro del círculo de íntimos de la banda de Donovan. Y sabía conducir mejor que nadie. Entendí por qué la había elegido Donovan al ver cómo se arriesgaba lo justo para pasar los semáforos y tomar las curvas a toda prisa sin llamar demasiado la atención.

La chica me miró por el espejo retrovisor y me guiñó un ojo, divertida. Estaba claro les gustaba su estilo de vida. Y eso tenía sus ventajas.

—Quítate la ropa —ordenó Donovan, y me di cuenta de que le hablaba al tipo más alejado, el que estaba sentado junto a la puerta, todavía con la máscara puesta.

—¿En serio? —preguntó—. Ella sabe quiénes somos.

—Sabía quiénes éramos antes de entrar en el banco —dijo Eric, poniéndose a la defensiva al instante—. Cámbiate de una puta vez.

—Que te jodan —dijo el tipo—. No pienso ir a la cárcel por esa guarra.

—Guarra?

—Quítate la máscara —dijo Donovan en el tono más duro que jamás le había oído—. Casi hemos llegado al punto de descarga.

—¿Me había llamado guarra?

—Que te jodan a ti también —le dijo a Donovan—. Si me ve la cara, podría testificar en mi contra en un juicio.

Antes de que alguien dijera algo más, Michael se abalanzó sobre él. Lo agarró del cuello de la camisa y le arrancó la máscara.

—Podría testificar de todas formas, gilipollas. —Le arrojó la máscara a Eric, quien la metió en la misma bolsa donde habían guardado las demás.

El tipo asintió aturdido. Tenía el pelo rubio tan corto que casi parecía calvo. Su piel estaba curtida por el sol de Nuevo México, pero tenía las mejillas rojas. No recordaba haberlo visto, pero solo había estado en la casa una vez, y entonces la situación era muy tensa.

—Genial —dijo, y su furia me golpeó como un muro de calor—. Ahora todos iremos a prisión.

—Acabaremos en la cárcel de todas formas si esto no sale bien —repuso Donovan—. Si no dejas de lloriquear, te dejaremos en la próxima parada.

El tipo apretó la mandíbula mientras se quitaba la camisa, pero se dejó puestos los pantalones militares negros.

—¿Cómo vamos, encanto?

—Diez segundos —dijo la conductora.

Eric cerró la cremallera de la bolsa justo en el instante en que ella tomaba otra curva, esta vez hacia un callejón que conducía a un aparcamiento subterráneo. La chica frenó en seco, y yo salí despedida. Pero fui la única. Estaba claro que tenía serios problemas gravitacionales.

La conductora me sonrió.

—Hola, soy Charley —le dije mientras Eric abría la puerta y saltaba de la furgoneta.

—Lo sé —dijo ella con una leve sonrisa—. Yo soy Sabrina, pero apreciaría mucho que no lo repitieras en un juicio.

—Cuenta con ello.

Trasladaron el dinero hasta el maletero de un Hyundai amarillo y las bolsas con la ropa a la parte trasera de una camioneta verde Dodge Ram. Pero lo que me dejó alucinada fue ver cómo Michael y Sabrina retiraban una película de plástico adhesivo de los costados de la furgoneta. Desde donde estaba, no podía ver el aspecto que tenía ahora la furgoneta, pero estaba segura de que parecía otra.

Enrollaron la película adhesiva y la metieron en un desagüe; luego, Michael le arrojó a Eric un juego de llaves. Este saltó a la camioneta y la puso en marcha mientras Sabrina se dirigía al Hyundai y Michael ocupaba su lugar al volante de la furgoneta.

—Yo voy con el dinero —dijo el rubio, pero Donovan volvió a empujarlo hacia el furgón y cerró la puerta.

—Nos ceñiremos al plan. A menos que quieras renunciar a tu parte y largarte ahora.

El tipo volvió a sentarse. Estaba hecho una furia, y casi toda iba dirigida a mí.

—Sujétate las bragas —dijo Michael mientras emprendía la marcha.

El Hyundai y el Dodge avanzaron hasta el exterior del garaje, donde cada uno tomó un camino distinto.

—Acabas de firmar nuestra orden de arresto —le dijo el rubio a Donovan.

Desenvainó un horrible cuchillo curvo y clavé la mirada en él como si fuera un misil dirigido por láser. Se me encogió el pecho, y las paredes de mi caja torácica cedieron mientras me arrugaba por dentro como si fuera de papel. Había sentido una vez un cuchillo como ese deslizándose a través de las capas de carne y tendones hasta el hueso. No era algo que quisiera repetir.

Eric me apuntó con él.

—Si ella no acaba bajo tierra —dijo dirigiendo la punta del cuchillo hacia Donovan—, lo harás tú.

Noté que el cuerpo de Donovan se llenaba de adrenalina, pero no pude discernir si le sorprendía el curso que habían tomado los acontecimientos. Sin vacilar ni un instante, sacó su Glock y disparó. Por tercera vez aquel día, hubo una pistola lo bastante cerca de mí para incomodarme.

Debería haber sabido que aquel día iba a ser horrible cuando empezó con mi padre intentando matarme. Después de algo así, las cosas siempre van a peor.

—¡Joder! —gritó el tío, agachándose mucho después de que la bala pasara silbando a su lado y saliera a través de la ventanilla de una de las puertas.

Él también se había agachado. Por alguna razón, eso hizo que me sintiera mejor con respecto a mi reacción anterior. Pero el ruido no. Las náuseas atacaron mi estómago con fuerza, pero empezaba a acostumbrarme a las descargas masivas de adrenalina. Luché contra la bilis, la obligué a bajar por la garganta y la mantuve allí.

—Si tiras el cuchillo, la siguiente ronda no saldrá de la recámara.

El tipo arrojó el cuchillo hacia mí, pero más como advertencia que como ataque. El puñal me dio en el hombro y aterrizó sin problemas en el suelo metálico con un clang. Lo cogí antes de que el rubio cambiara de opinión. Tenía una hoja tan larga como mi antebrazo, y sujetarlo alivió un poco el miedo que me embargaba. Dos meses antes, aquello solo hubiera sido registrado como un cuatro en mi escala de Richter, pero en esos momentos la más leve ofensa parecía disparar hasta el infinito mi respuesta al miedo.

Cogimos un bache mientras Michael avanzaba, y luego el mundo se volvió negro. Cada uno salió por una puerta distinta: Michael por la del conductor, el rubio por la de atrás, y Donovan por la puerta corredera. Cogió la última bolsa y me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. Estábamos en el garaje de su patio.

Michael empezó a retirar otra película plástica; esta tenía letras azules que decían: «Fontanería D & D». La furgoneta, que en un principio era negra, era ahora blanca. Qué listos.

—Me habéis raptado —le dije a Donovan.

—No te hemos raptado. Te hemos tomado prestada.

—Me habéis tomado como rehén.

—Que es algo así como tomarte prestada.

Caminé tras Donovan mientras él realizaba una tarea tras otra.

—¿Por qué bancos? ¿Por qué hacéis esto?

Él bajó la vista al suelo y empezó a juguetear con los guantes, abriendo y cerrando las correas.

—Por desgracia, no veremos ni un centavo del dinero que conseguimos hoy.

—¿Qué? No lo entiendo.

—Ese es el objetivo. —Alzó las cejas y se encogió de hombros—. Ese siempre ha sido el objetivo. Debía parecer que robábamos bancos al azar, que nos encontrábamos por casualidad con un cargamento recién llegado de dinero en efectivo. Como si no supiéramos que estaba allí. Esperándonos.

Me pregunté cómo se habían tropezado con tanto efectivo.

Sacó una alforja y la llenó de objetos personales.

—El trato era que nos quedaríamos con todo lo que hubiéramos conseguido hasta ahora. Ese era nuestro pago. Pero el dinero del atraco de hoy es para un único tío.

—¿Y quién es ese tío?

—El tío que nos chantajea.

Solté una estruendosa carcajada, pero luego me di cuenta de que hablaba en serio.

—¿Os chantajean para que robéis bancos?

—Cosas más raras se han visto —dijo al tiempo que alzaba un hombro.

—Yo no. —Cuando me miró con incredulidad, añadí—: Vale, sí, pero esto resulta raro hasta para mí. ¿Qué ha ocurrido, Donovan?

—La culpa es mía. —Eric se acercó. Había salido de la camioneta y caminaba hacia nosotros como si todo le diera igual—. Una noche, un grupo de tíos se me echó encima a la salida de un club y maté a uno de ellos. El tipo ese lo grabó todo en vídeo.

—Tiene pruebas que nos encerrarían a todos durante mucho tiempo. Estábamos allí. Vi lo que ocurrió. Eric se las apañaba bien, así que no intervine. Pero dejamos al tipo allí.

—No creíamos que moriría —señaló Eric—. Y fueron ellos quienes empezaron, joder.

—Pero si fue en defensa propia...

—No es defensa propia cuando eres un campeón de boxeo Golden Gloves —explicó Donovan.

Michael le dio un empujón a Eric.

—Y esos gilipollas huyeron de la escena.

Donovan lo fulminó con la mirada.

—De todas formas, lo habrían encerrado durante una buena temporada.

—Y después ese tío se puso en contacto con nosotros —continuó Eric—, y estaba claro que sabía mucho de bancos.

Michael asintió con la cabeza para mostrar su acuerdo.

—Dijo que sería entrar y salir, que nos diría qué coger y qué dejar, cómo evitar a los polis. Todo.

—Organizó todos los trabajos para que parecieran aleatorios —comentó Donovan.

—Bueno, ¿y quién es ese tío? —pregunté, con la esperanza de que me lo dijeran.

Donovan esbozó poco a poco una sonrisa.

—Voy a tener que esforzarme mucho para mantener tu culito sano y salvo. Lo último que pienso hacer es meterte en la boca del lobo.

—Pero trabaja en el banco que habéis robado hoy, ¿no es así? Por eso sabía lo del cargamento.

—Claro —dijo Michael al tiempo que me guiñaba un ojo, pero mentía. Lo noté con tanta facilidad como notaba la brisa fresca en un día de verano.

—La cosa es que no creo que este asunto termine aquí. Creo que va a obligarnos a atracar un banco más. Lleva tiempo hablando de ello. Cuando le dijimos que era imposible hacerlo, nos aseguró que tenía a alguien dentro. Lo cierto es que, básicamente, nos has salvado el culo.

—Estamos fuera —dijo Michael, sonriente. Casi siempre tenía una mueca desdenosa en los labios, así que la sonrisa resultaba agradable. Genuina.

Eric se situó a mi espalda, tan cerca como de costumbre, y se inclinó hacia mí.

—Nos has salvado de tener que hacerlo otra vez. Ahora no puede obligarnos a continuar.

—De todas formas, nos largamos a México —dijo Donovan—. Esto ha sellado el trato.

—Para mí no. —Nos volvimos para ver que el rubio se acercaba con zancadas furiosas—. Ese tío no tenía ni idea de quién era yo. Ni siquiera sabía que participaría en esto.

Había algo extraño en su furia. Estaba segura de que no era del todo sincero, pero no logré discernir en qué mentía.

—Sigue sin saberlo —dijo Eric.

—Pero ella me ha visto la cara. Insististe en ello, ¿recuerdas?

Donovan lo agarró por el cuello de la camiseta, tan harto de sus quejas como yo.

—Fuiste tú quien quiso meterse en esto. Nosotros nos ceñimos al plan.

—¿Y qué parte del plan decía que debíamos coger un rehén?

—Improvisé —dijo Donovan, empujándolo para apartarlo. Luego se volvió hacia mí con otra sonrisa—. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de que nos denuncies?

Vaya, se iban a ir de verdad. Y sabían que los denunciaría. Me sorprendió un poco que ninguno intentara matarme.

—Lo que tarde en liberarme.

Frunció el ceño, confundido, así que le mostré mis muñecas. La sonrisa que

apareció entonces en su cara solo podía describirse como lobuna.

—No puedo hacer promesas una vez que estés inmovilizada.

Me eché a reír. Si había un caballero en el mundo, ese era Donovan. Un caballero desaliñado y vagabundo, pero un caballero al fin y al cabo.

—Creo que me arriesgaré.

Tu existencia me provoca dolor de cabeza.
Ponte por allí.

(Camiseta)

Veinte minutos más tarde me encontraba atada de pies y manos en una sala del sótano del psiquiátrico. Donovan no quería arriesgarse a que uno de los miembros de su banda llegara a la casa y me encontrara allí atada e indefensa, así que me llevaron al psiquiátrico, donde bajamos al sótano por una escalera en muy mal estado. Eric encontró una silla y empezaron a atarme. O, mejor dicho, a inmovilizarme con cinta adhesiva. No tenían cuerda, así que llevaron la cinta. A los hombres les encanta la cinta adhesiva.

Eric se inclinó sobre el respaldo de la silla y me dio un beso en el cuello.

—Hasta la vista, preciosa. No hagas nada que yo no haría.

Sonréí y le di un achuchón con la cabeza y el hombro. Era un buen chico. Y sexy a más no poder. Aquella era una posición muy mala para alguien como yo. Atada e indefensa ante tres tíos buenos que competían por conseguir mi atención. Sin duda, necesitaba salir más.

Me mordisqueó el lóbulo de la oreja y se marchó antes de que pudiera despedirme.

Michael me ofreció su típica mueca burlona y luego se agachó para darme un beso en la mejilla.

—Tengo la impresión de que volveremos a vernos —dijo antes de despedirse con la mano y marcharse.

Y eso me dejó a solas con Donovan.

Se arrodilló delante de mí, y su hermoso rostro quedó iluminado por la escasa luz que entraba por la única ventana de la sala. Me rodeó la cintura con los brazos y se situó entre mis piernas.

—Eres una mujer valiente —me dijo con una sonrisa auténtica.

Quise contarle lo de Artemis, porque, antes de morir, ella era su perra. Quise que supiera que estaba conmigo y que se encontraba bien, que me había salvado la vida al menos dos veces, pero no sabía cómo se lo tomaría. Seguro que ya me consideraba una chiflada, y eso que no había sacado a colación a su perra muerta, así que decidí callarme esa pequeña información.

—¿De verdad os vais a México?

—Para empezar. No sé dónde acabaremos, pero aquí las cosas se están poniendo demasiado peligrosas. —Me frotó el muslo con una mano, y sus dedos se acercaron peligrosamente al área situada entre mis piernas, también conocida como Virginia—. Podrías venir con nosotros —dijo sin mirarme a los ojos.

Hablaban muy en serio, y supe que me permitiría acompañarlos si lo deseaba. Pero ¿cómo iba a marcharme? Algunas mujeres eran de esas que lo-dejantodo-y-se-largan-a-México, pero yo no. Tenía responsabilidades. Un caso que resolver. Y demonios pisándome los talones.

Bien pensado, huir no parecía tan mala idea.

No, no podía dejar a Cookie. Ni a Gemma. Ni al señor Wong. Ni a... Reyes apareció en mi cabeza por más que intenté evitarlo. Vi sus brillantes ojos oscuros enmarcados por largas y abundantes pestañas. ¿A quién quería engañar? Tampoco podía dejarlo a él.

Arrodillado ante mí estaba uno de los hombres más dulces que había conocido en mi vida. Motero o no, sabía muy bien cómo tratar a una chica.

Vale, me había atado a una silla, pero eso había sido idea mía.

—Te haré saber dónde estamos cuando lleguemos —prometió, sin esperar respuesta por mi parte—. Siempre serás bienvenida.

—Sí, claro —me burlé. No me lo creí ni por un segundo—. Encontrarás a alguna belleza mexicana, te entrarán ganas de casarte y de tener pequeños bandiditos por primera vez en tu vida, y te olvidarás de mí.

La tristeza que se desprendió de su cuerpo llegó hasta mí.

—No es probable, encanto. —Deslizó el pulgar por mi labio inferior y después lo cubrió con su boca. Lo mordisqueó, lo succionó con delicadeza y luego apretó la boca contra la mía.

Fue un beso bonito, suave y relajado, y bienvenido como una lluvia delicada en las llanuras desérticas. Era justo lo que me hacía falta. Una especie de karma sanador que me envolvió mientras él tiraba de mis caderas para acercarlas a las suyas. Separé las rodillas y disfruté al sentir su erección contra mi zona más íntima. Y juro que de no haber estado atada, me habría lanzado encima de él en ese mismo momento. Era una picarona.

—Creo que no deberías hacer eso, señorita Charlotte.

Interrumpí el beso con una exclamación ahogada. Rocket estaba justo detrás de Donovan, con los brazos en jarras en un gesto de desaprobación.

—Rocket —dije mientras me enderezaba en la silla—. Donovan solo me estaba ayudando... a buscar las lentillas.

Donovan enarcó las cejas, divertido.

Rocket, en cambio, frunció el ceño.

—¿Te las has tragado?

Rocket era como un Pillsbury Doughboy —el muñequito de las tortitas— gigante, con un rostro amable y un cuerpo blandito que lo convertía en el mejor abrazador de los alrededores.

—No, no me las he tragado. Él solo...

Antes de que pudiera inventar otra mentira plausible, levanté la vista y vi a Tarta de Fresa, una muerta de nueve años capaz de intimidarme a cuarenta pasos de distancia. Hacía bastante tiempo que no la veía, así que en realidad me alegró saber que todavía andaba por allí y que estaba bien. Sin embargo, no había sido ella la que me había dejado sin habla, a pesar de que también estaba con los brazos en jarras y mostraba una expresión de censura en su bonito rostro. Justo a su lado se encontraba una niña diminuta con el pelo negro cortado a media melena y vestida con un mono.

Esbocé una sonrisa mientras Donovan echaba un vistazo por encima del hombro para comprobar si veía lo mismo que yo. A pesar de las limitaciones de la cinta adhesiva, volví la palma de la mano hacia arriba y retorcí el brazo dentro de la manga para invitarla a acercarse.

—Tú debes de ser Blue.

Resultaba muy difícil distinguir los rasgos de su rostro oval, tan pálido y diminuto, pero pude ver unos ojos oscuros enormes que me miraban con asombro. Era obvio que

nunca había visto a nadie besándose. De haber sabido que eso la haría mostrarse ante mí, habría arrastrado a Donovan hasta allí y me habría enrollado con él hacía siglos.

Rocket se volvió hacia ella, y pareció tan sorprendido al verla como yo.

En ese momento, Tarta de Fresa se acercó con los labios fruncidos en una mueca de desagrado.

—¿Quién es ese? —preguntó, señalando al chico desaliñado que aún tenía las manos en mi trasero.

—Este es Donovan —dije sonriente—. Y resulta que es el dueño del edificio en el que estás.

—Creí que dijiste que saldrías con mi hermano.

Por el bien de la niña, disimulé el horror que me produjo la idea de salir con Taft, su hermano policía. Taft no estaba mal, pero jamás había sentido la más mínima tentación de golpearlo, y ese era uno de mis requisitos esenciales para salir con alguien. Si esa atracción primaria no surgía desde el principio, lo más seguro era que no apareciera nunca. Al menos en mi mundo.

—No, fuiste tú quien dijiste que saldría con tu hermano. —Me incliné hacia delante para darle un beso en la nariz, algo que a ella no le gustó pero que yo disfruté enormemente—. Pero resulta que ya tenía su agenda llena.

—Sí, sale con chicas vulgares que llevan mucho maquillaje. Es posible que tú no seas bonita, pero al menos no llevas mucho maquillaje.

Me tragué una réplica.

—Gracias, creo. Pero Donovan es un buen chico, a pesar de su inclinación a robar bancos.

—¿En serio? —Sus ojos cobraron vida, y lo miró desde una nueva perspectiva—. ¿Es un atracador de bancos como Jesse James? Creí que solo era un motero guarro.

Me eché a reír. Quién se habría imaginado que a esa niñita le atraerían los ladrones de bancos...

—Es un motero guarro.

—¡Oye! —dijo Donovan, dándome un pequeño golpe con la rodilla.

—Pero hay mucho más en él de lo que se ve a primera vista.

Donovan compuso una mueca de duda.

—¿De verdad estás hablando con alguien o lo haces solo para interrumpir el asunto que nos traímos entre manos?

—¿Y qué asunto nos traímos entre manos?

—La posibilidad de no volver a verte nunca. —Su expresión seguía impasible, pero sus emociones se habían vuelto mucho más sombrías.

—¡Donovan! —gritó Eric desde las escaleras—. ¡Tenemos que largarnos!

Donovan respiró hondo y deslizó los dedos por mi mandíbula hasta la barbilla.

—Si no sé nada de ti en dos horas, daré por hecho que sigues aquí y enviaré a alguien a ayudarte.

Alcé las cejas de inmediato.

—Ya he visto la clase de ayuda que tienes —le dije, refiriéndome a su alegre panda de criminales—. Creo que me las apañaré bien solita.

—Avisaré a la policía —dijo—, así que llámame cuando salgas de aquí.

—Está bien, prometido.

—¡Don! Si no vas a venir, ¿puedo llevarte a Odin? Es una moto preciosa.

—¡No! —respondió él.

—Vale. Mierda. ¡No te enfades!

Me comí a Donovan con los ojos, con una nueva sensación de afecto en el pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó con recelo.

—¿Odin? ¿Le has puesto nombre a tu moto?

Me guiñó el ojo y cogió el rollo de cinta adhesiva.

—Me inspiré en una chiflada con un coche llamado Misery.

—¿Has llamado Misery a tu coche? —preguntó Tarta de Fresa, horrorizada.

—Mira —dijo Donovan, cuya expresión se había vuelto seria de pronto—. Edwards no está del todo bien, ya sabes lo que quiero decir.

—¿Edwards?

—El tipo que quería ponerte las pilas.

—¿En serio? —pregunté interesada—. ¿Es mono?

—Me refiero al rubio de la furgoneta que quería cortarte en pedacitos.

—Ah, ese Edwards.

Rompió a reír.

—Lo echaron de la academia para francotiradores de los marines, y desde entonces no ha sido el mismo.

—Quizá los marines sospecharan algo.

—Vigila tus espaldas, ¿quieres?

—Considéralas vigiladas.

Sonrió y separó un trozo de cinta del rollo, dispuesto a atarme mejor. Solté una risotada.

—Creo que estoy bien sujetada.

—No, pero lo estarás. —Rodeó el respaldo de la silla y mi caja torácica con la cinta, justo por debajo de Peligro y Will Robinson.

El gesto enfatizó sus redondeces, un hecho que sin duda Donovan no pasó por alto.

—Así está mejor —dijo con la mirada fija en mis chicas.

Puse los ojos en blanco.

—¿En serio? ¿Vas a dejarme así?

Antes de que pudiera decir algo, él se acercó y apretó su boca contra la mía una vez más. Pero aquel beso fue cualquier cosa menos dulce. La necesidad y el deseo manaban del cuerpo de Donovan mientras su lengua se colaba entre mis labios y mis dientes. Al igual que la última vez que nos besamos, tenía un leve sabor a cerveza y a canela. Oí un gemido sordo, y luego me di cuenta de que había sido mío.

Donovan levantó las manos hasta mi rostro, enterró los dedos en mi cabello y me soltó algunos mechones. Me cubrió la barbilla con una mano y me giró un poco la cabeza para tener mejor acceso. Luego se inclinó e intensificó el beso. Deseé amoldarme a él de nuevo, sentir la dureza de su cuerpo contra el mío, pero me había inmovilizado contra el respaldo de la silla. Por supuesto, eso no le impidió tocarme el culo con la mano. Tiró de mí, con la silla y todo, y dejó que su mano se deslizara hasta Will para ponderar su peso con la palma y rozar la punta con el pulgar.

—¡Don! ¿Qué coño haces?

Donovan se apartó de mí a regañadientes.

—¡Ya me voy, joder! —gritó, todavía con los ojos cerrados. Y luego me miró una vez más—. Aunque no literalmente, por desgracia. —Volvió a acariciarme la boca con el pulgar—. Eres muy especial, Charley. Volveré, no lo dudes.

Sin decir nada más, se enderezó y salió de la estancia. Los pasos de sus enormes

botas resonaron en los muros hasta que se cerró una puerta arriba. Permanecí inmersa en una cálida neblina de deseo hasta que me percaté de que todavía tenía audiencia. Y no pude evitar advertir que Blue se había quedado boquiabierta. Pobre niña.

—¿No piensas presentarnos? —le pregunté a Rocket después de respirar hondo para controlar mis hormonas.

—No creo que debas besar a los chicos en la boca de esa forma, señorita Charlotte. Y menos delante de mi hermana.

—Tienes razón. —Agaché la cabeza, avergonzada—. Aunque es una niña muy bonita.

—Yo te arreglaré el pelo —dijo Tarta de Fresa.

Se situó detrás de mí, me arrancó el prendedor y empezó a peinarme el cuero cabelludo con los dedos. Por el amor de Dios, tendría suerte si conseguía salir de aquel lugar con algún pelo en la cabeza.

Blue seguía tan lejos de mí como le era posible sin salir de la estancia, pero aun así no podía creer que por fin la hubiera conocido. Hacía años que visitaba ese lugar, y jamás había logrado verla. Y era del todo adorable. El cabello corto se le rizaba junto a las orejas. El flequillo estaba cortado con meticulosa precisión.

Al cabo de un momento, se dio cuenta de que la miraba. Cerró la boca y retrocedió con la cabeza gacha y los hombros encorvados.

—Ha sido un verdadero placer conocerte —dijo un microsegundo antes de que se fundiera con la pared del fondo.

En ese instante me levantaron del suelo, con silla y todo, para darme el abrazo más torpe que me habían dado en la vida. A Rocket le chiflaba dar abrazos. Le daba igual que mi cara quedara aplastada en una posición de lo más incómoda contra su hombro frío.

—¿Dónde has estado? —preguntó mientras yo reflexionaba sobre lo precioso que se volvía el aire cuando te quedabas sin él—. Hace una eternidad que no vienes por aquí.

—Rocket —dijo Tarta de Fresa con su voz nasal—, así no llego a su pelo, ¿y tú has visto cómo lo tiene? Quizá deberíamos afeitárselo y empezar de nuevo.

Abrí los ojos como platos. Seguro que había sido una de esas niñas que le afeitaban la cabeza a sus muñecas. Esas niñas me ponían los pelos de punta.

—Nada de afeitar cabezas —repuse contra el hombro de Rocket.

—No entiendo lo que dices —replicó ella—. Iré a buscar unas tijeras.

Me entró el pánico por un momento. Pero luego recordé que las cosas que los muertos podían hacer en el plano de los vivos eran muy limitadas. Seguro que en realidad no podía sujetar unas tijeras.

—O quizá sea mejor un cuchillo. —Desapareció por el pasillo.

—Rocket —dije con voz apagada—. No puedo respirar.

Y entonces, al igual que cada vez que me daba uno de sus abrazos de oso, me soltó. Me estrellé contra el suelo. La silla crujió y se inclinó precariamente hacia atrás, al borde del abismo, hasta que al final el peso de mi cabeza ganó y caí al suelo. Por segunda vez en dos días, mi cabezota rebotó contra el cemento y el dolor recorrió mi columna vertebral.

Apreté los párpados con fuerza para bloquear el súbito estallido de agonía. Y me quedé allí tirada, pegada a la silla con cinta adhesiva, con los pies en el aire y la cabeza apoyada sobre una especie de residuos grises.

Nada cómoda, la verdad.

De pronto, el rugido de las motos al ponerse en marcha llenó la estancia. Luego comenzó a apagarse, a medida que los Bandits —unos auténticos bandidos—, se alejaban

hacia la puesta de sol. Por decirlo de alguna manera.

Al principio me pregunté cuánto tiempo debía darles antes de soltarme y llamar a la policía; luego me pregunté si podría soltarme. ¿Y si no era capaz? ¿Llamaría Donovan de verdad después de un par de horas? ¿Moriría allí abajo de hipotermia y deshidratación?

Tenía un aspecto tan poco saludable cuando me deshidrataba...

No, no pensaba morir así. Era mucho mejor morir llena de fluidos. Como en un parque acuático. O durante un concurso de camisetas mojadas.

—Vaya pinta tienes —dijo Rocket, y supuse que nos pondríamos al día mientras estaba tumbada y muerta de preocupación.

—¿Ah, sí? No me digas —dije con sorna—. Bueno, pues tú estás fantástico. ¿Te has cuidado mucho últimamente?

Una enorme sonrisa infantil se dibujó en su rostro.

—Siempre dices lo mismo. Tengo nombres para ti.

—Estupendo.

Miré a mi alrededor para admirar su obra de arte y frunció el ceño. Por lo que yo sabía, todas las estancias de aquel psiquiátrico habían sido cubiertas una y otra vez con los nombres de los difuntos que Rocket arañaba en el yeso de las paredes, pero los muros de esa sala, de esa enorme y cavernosa extensión, estaban intactos. Estiré el cuello para intentar ver más lejos, y solo descubrí más lienzos en blanco.

Rocket se encaminó hacia la sala de al lado y entonces se dio cuenta de que yo no lo seguía.

—Vamos, señorita Charlotte.

—Ahora mismo no puedo seguirte, cariño. —Mi respuesta distraída no lo desanimó.

—Pero tengo que enseñarte una cosa. Está pasando algo.

Me agarró del brazo y tiró de mí hacia la puerta, ensuciándose aún más el pelo con aquellos residuos pringosos. La silla chirriaba sobre el cemento, pero cuanto más nos acercábamos a la puerta, más me preocupaba. No pasaría por aquella puerta en esa posición. A menos que me arrancara la cabeza, lo que, dada la fuerza de Rocket, era una posibilidad a tener en cuenta.

—Rocket, espera —le pedí, pero él siguió arrastrándose. Me retorcí en la silla y luché contra las ataduras al ver que el marco de la puerta se acercaba cada vez más—. Rocket, hablo en serio.

Él se detuvo de pronto y se volvió para mirarme.

—¿Crees que la lluvia da miedo?

—Mmm...

Pero ya no estaba conmigo. Había vuelto a concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Maldita fuera mi vacilación.

—¡Rocket! —grité en un intento por romper su concentración—. Tengo que hacerte una pregunta. —Se detuvo, así que me apresuré a formularla—: ¿Por qué no hay nombres en esta sala? Las paredes están limpias.

Me miró con perplejidad.

—Esta no puedo tocarla. La estoy reservando.

—¿En serio? —pregunté mientras luchaba con uñas y dientes contra la cinta adhesiva—. ¿Para qué? ¿Para el apocalipsis?

—No, boba. Para el fin del mundo.

Me quedé quieta.

—Espera, ¿qué? Rocket, ¿de qué estás hablando?

Todo el mundo vaticinaba la llegada de una especie de guerra sobrenatural, pero nadie había mencionado el fin del mundo. Yo solo bromeaba cuando le dije algo parecido a Reyes.

—Hablo de lo que ocurre cuando montones y montones de personas mueren a causa de la decisión de unos pocos hombres. O incluso de uno solo.

—Uno. ¿Te refieres a un dictador como Hitler? ¿Va a haber otro Holocausto?

—Hitler no. Un hombre que finge ser humano.

¿Acaso las hermanas no habían dicho algo parecido? Un hombre que finge ser humano. Vale, eso dejaba fuera a la mitad de la población, ya que no era una mujer.

—Pero ¿quién? ¿Cuándo?

Siempre había soñado con retroceder en el tiempo y matar a Hitler antes de que se volviese loco. Cualquiera entre un millón habría hecho lo mismo de haber tenido una bola de cristal. Quizá yo no tuviera una bola de cristal, pero tenía a Rocket. Y su cabeza parecía una bola. Y era brillante. Y podía ver a través de ella. Serviría.

—¿Qué hombre, Rocket? ¿Qué hará?

—Todavía no lo sé. Puede que lo haga o puede que no. Todo está en el aire todavía. Me retorcí entre gruñidos para adoptar una posición más cómoda.

—¿En el aire?

—Sí, como cuando la gente toma decisiones y es posible que la persona que no iba a morir muera, o la persona que se suponía que iba a morir no muera. Están en el aire.

—Entonces, ¿esas decisiones no están grabadas en piedra?

—No, están grabadas en mis paredes.

—Pero ¿quién es, Rocket? ¿Quién se supone que va a hacer todo eso? —Me juré que si contestaba «Reyes», me pondría a gritar.

Rocket me señaló con un dedo acusador.

—No, no. Nada de curiosear, señorita Charlotte.

Rocket me había proporcionado más información que de costumbre. Él sabía lo que iba a ocurrir. Si eso no era clarividencia, ¿qué lo era?

De repente, pensé en mi padre. Me pregunté cuánto tiempo le quedaba.

—¿Puedo darte un nombre?

—Pero tengo que enseñarte una cosa...

—En este momento estoy algo liada, tesoro. Leland Gene Davidson.

Sus párpados empezaron a agitarse rápidamente, como siempre que repasaba millones de nombres.

—Tres han muerto. Dos siguen con vida.

—De acuerdo, ¿y sabes cuándo morirán los que siguen con vida? ¿Será pronto?

—No «cuándo». Solo «si».

—¿Por qué? ¿Está en el aire?

—No. En el aire no.

Vale, aquello era como conducir un tanque sobrecargado sin rumbo aparente. Me rendí y decidí elegir otra ruta.

—Rocket, ¿podría yo saber cuándo va a morir una persona?

Se detuvo y me observó con una expresión absolutamente perpleja.

—Por supuesto que puedes saber cuándo va a morir alguien. Es tu trabajo.

Eso mismo pensaba yo. Me pregunté cuándo llegaría mi hora.

—¿Yo estoy en el aire?

—Señorita Charlotte, tú eres el ángel de la muerte —dijo con un resoplido—. Tú

siempre estás en el aire.

—Entonces, ¿podría morir de verdad? ¿En cualquier momento?

—Sí.

—Vaya. —Menuda decepción—. Bueno, gracias por decírmelo sin rodeos.

Me soplé el polvo del flequillo.

—Podrías morir atropellada por una bicicleta. O aplastada por una roca gigante. O con una aguja de punto clavada en el pecho.

—Está bien.

—O cuando alguien te empujara por una escalera.

—Vale. Lo he pillado. Gracias.

—O podrían dispararte una bala a la cabeza.

—¡Rocket! Ya es suficiente. De verdad, no hace falta que sigas.

Sin embargo, me agarró del brazo, y la inocencia desapareció de su rostro. Ya no era un niño. Sabía demasiado. Había visto demasiado.

—O... podrías ser asesinada por aquel a quien más amas —dijo, y su voz sonó con una escalofriante profundidad—. Igual que todos los demás.

Genial, esa sí que era una buena patada en el culo.

Me soltó el brazo y se incorporó para inspeccionar la zona. Sabía lo que percibía mi amigo, porque yo noté lo mismo un instante antes de que Reyes se materializara. Me pregunté desde cuándo estaba allí.

Puesto que nunca había sido un gran fan de Reyes, Rocket se desvaneció en el momento en que la enorme túnica negra apareció en la estancia y onduló a mi alrededor hasta que se detuvo a los pies del que la llevaba puesta.

—¿Has aceptado que te ataran a pesar de que hay una legión de demonios persiguiéndote? —me preguntó desde las profundidades de la capucha, negándose a mostrar su rostro.

—Sí. Aunque la verdad es que no lo pensé en esos términos.

Reyes soltó un suspiro exasperado y avanzó hacia mí.

—Espero poder entenderte algún día.

Resoplé.

—Buena suerte. En su momento, me pareció una buena alternativa a morir de inmediato.

—¿Cuándo ha estado tu vida en peligro exactamente?

—¿Vas a ayudarme a salir de esta o no?

Se arrodilló a mi lado y se apartó la capucha de la túnica para mostrar la exótica belleza de su rostro. Un rostro que tenía heridas nuevas en la frente y en la mejilla.

—¿Sigues luchando contra ellos? ¿Todavía los persigues? —pregunté sorprendida. Él inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿De verdad esperabas que lo dejara?

—¿Cuánto va a durar esto? ¿Cuántos hay?

Reyes inspeccionaba la cinta adhesiva.

—Ya solo quedan unos cuantos. Hay muy pocos humanos en el mundo que puedan ver lo que estos pueden ver. Mis hermanos se están quedando sin opciones.

—No los estarás matando, ¿verdad? Son inocentes. Solo son personas que, por casualidad, son capaces de ver a los muertos.

—Solo mato cuando no queda más remedio. ¿Vas a cuestionar todo lo que hago mientras estás atada a una silla con cinta adhesiva?

—Lo siento. Es que esperaba que ya no los persiguieras.

—Ellos no te dejarán en paz, Holandesa. Hedeshi mintió.

—Lo sé. Solo quería decir que... Te están dando una buena somanta.

Sus sensuales labios se curvaron en una sonrisa torcida.

—¿Te preocupas por mí?

—No. —Añadí un «bah» solo para enfatizar que no estaba preocupada en absoluto.

—No parecías muy preocupada cuando ese tipo te metió la lengua hasta la garganta. Genial. Lo había visto.

—¿Celoso?

—No.

—Pues pareces celoso.

Bajó los párpados y me miró con los ojos entrecerrados, pero la voz chillona de una difunta de nueve años con tendencias masoquistas resonó en la escalera antes de que Reyes pudiera responderme.

—¡He encontrado un cuchillo! —dijo Tarta de Fresa.

Mierda.

—Sácame de aquí —le dije a Reyes mientras le hacía un gesto con el dedo para que se acercara—. Deprisa, antes de que vuelva.

No me critiques por guardar silencio.
Nadie planea un asesinato en voz alta.

(Camiseta)

Una vez que Reyes me libró de la cinta adhesiva y desapareció como siempre aduciendo que tenía la extrema necesidad de estar en otra parte, salí del psiquiátrico y pasé junto a un par de moteros que se encontraban cerca de la casa de Donovan. Me pregunté si sabrían lo de los atracos. O que él no volvería en un tiempo. Me esforcé por parecer lo más despreocupada posible —con la esperanza de que no se fijaran en mi pelo pringoso—, y empecé a recorrer la calle en dirección a una pequeña tienda cercana. Aquel no era un vecindario muy seguro para pasear, ni siquiera a media tarde.

Volví a recogerme el pelo y luego saqué el teléfono del bolsillo para mandarle un mensaje de texto a Donovan y hacerle saber que había escapado viva y con la virtud intacta. Después llamé a Garrett.

—Swopes —contestó con voz profesional. Tenía identificador de llamadas, por el amor de Dios.

—Necesito que me recojas.

—Lo que necesitas es un terapeuta.

—Ciento, pero primero necesito que me recojas.

—¿Por qué? ¿Dónde está tu jeep? —Parecía sin aliento, como si estuviera corriendo. O echando un polvo. Imposible, yo no era tan inoportuna.

—Misery está en el escenario de un atraco a un banco.

—No pienso preguntar.

Estaba aprendiendo.

—Estaré en el Jug-N-Chug de Broadway.

—¿En ese club de estriptis?

—No. Puaj. En la tiendecita.

—Ah. Tenía la esperanza de que hubieras cambiado de profesión.

—Colega, te aseguro que no querías verme bailando en la barra. Lo hice una vez en una despedida de soltera y digamos que no terminó bien.

—¿Bailaste en la barra en una despedida de soltera?

—Es una historia muy larga. ¿Vas a venir a buscarme o no?

—Supongo que sí. Tardaré un rato en llegar.

—Vale, pero date prisa. Tengo cosas que hacer. Y podrían arrestarme como cómplice, así que tengo que hacerlas ya. —Todavía debía pasarme a ver a Harper e investigar un poco más. Mi arresto inminente por cómplice en el atraco a un banco me restaría tiempo para resolver crímenes.

—¿Llevas otra vez ese bolso de mano con la palabra «Joder» por todas partes? Te advertí que no lo llevaras en público.

—No van a detenerme por escándalo público, sino por cómplice. Ven a buscarme y

punto.

—Vale.

Colgué y llamé a mi amable contacto en la oficina local del FBI. Nos habíamos conocido en un caso un par de meses antes, y me había caído bien. Era una chica que me hacía sonreír, y casi nunca amenazaba con arrestarme. Nos llevábamos genial. Y sabía que ella sería una buena aliada si me arrestaban como sospechosa del atraco a un banco.

Puesto que no tenía un envoltorio de caramelo que me ayudara a simular la mala conexión que estaba a punto de tener, me limité a utilizar efectos sonoros vocales. Cuando la agente Carson respondió, empecé mi actuación.

—Agente... Agente Carson —dije mientras jadeaba junto al teléfono.

—Dime, Charley. —No parecía impresionada, pero eso no iba a detenerme.

—Sé... sé quiénes son los kshkshshshshsh.

—En estos momentos estoy bastante ocupada, Davidson. ¿Quiénes son los «kshksh» y por qué debería importarme?

—Lo siento. Mi kshshsh... se está corkshshsh.

—Repite: ¿qué es un «kshsh»? ¿Y por qué iba importarme que se esté cortkshsh?

Era una tipa dura. Sabía que tendría que esperar y comprar un caramelo Butterfinger en el Jug-N-Chug. Esos envoltorios crujían como los cereales de arroz inflado de los sábados por la mañana.

—No me estás eschkhshshsh.

—De verdad, esto se te da fatal.

—Ladrones de bankshshcos. Sé quiénes sonkshksh.

—Charley, si no dejas ya esta mierda...

Colgué y apagué el teléfono antes de que ella averiguara lo que intentaba no decirle y volviera a llamar. Todo habría resultado mucho más convincente si la agente me hubiera encontrado atada en el sótano de un psiquiátrico. Por suerte, eso no sucedía muy a menudo.

Llegué a la tienda en un tiempo récord, pero lo único que pude permitirme fue un plátano. Estaban de oferta, y los capuchinos con chocolate eran carísimos. Se me había olvidado por completo pedirle a Reyes mi millón de dólares. Lo de ser demasiado pobre para comprar un café era un verdadero asco.

Cookie me llamó justo cuando llegó Garrett. Había vuelto a encender el teléfono por precaución cuando un hombre en un viejo Cadillac empezó a preguntarme si quería probar su anticongelante.

Todavía intentaba pasar desapercibida entre los lugareños cuando respondí al teléfono.

—¿Qué pasa, colega?

—¿Estás otra vez en una zona mala de la ciudad?

—Y que lo digas. —Me subí a la camioneta de Garrett sin hacerle ni caso. Fue divertido—. Pero hoy he aprendido algo.

—¿Sí?

—Si quieres comerte un plátano en público, nunca establezcas contacto visual con nadie.

—Es bueno saberlo. A ver, he investigado lo que ocurrió en la época en la que empezó todo esto, cuando se casaron los padres de Harper. En su mayoría son cosas sin importancia, salvo un asesinato en Manzano Mountains que fue resuelto. También hay un caso de personas desaparecidas sin resolver; un niño pequeño, pero fue en Peralta. Por lo

que yo sé, ninguno de esos casos tiene relación con los Lowell.

—Vale, está bien. Gracias por investigarlo.

—Ah, y el loquero está dispuesto a verte, pero solo si te pasas pitando por allí.

Tiene un par de citas más hoy, y luego se marchará de la ciudad.

—Vaya, qué oportuno. Si averiguas algo más...

—Ya sé dónde encontrarte.

Colgué el teléfono y me concentré en Garrett. En realidad, un tipo que discutía con un dispensador de periódicos captó casi toda mi atención, pero una vez que lo dejamos atrás, me dediqué a Garrett sin más problemas.

—Hola.

—Bueno, ¿adónde vamos? ¿O solo vamos a pasear por ahí hasta que nos quedemos sin gasolina?

Estaba a punto de responder cuando la agente Carson me devolvió la llamada. Mierda. Tendría que haber desconectado el teléfono otra vez.

Señalé en dirección este para indicarle a Swopes que se dirigiera hacia allí y luego respondí al teléfono.

—Ni se te ocurra —me dijo ella en cuanto empecé de nuevo con el «kshshsh»—. ¿Por qué está tu jeep en el escenario del atraco a un banco?

—Vaya —dije, jadeando de nuevo—, gracias a Dios que me has entendido.

—Tragué saliva con fuerza. Garrett sacudió la cabeza y siguió conduciendo. Me pareció una decisión estupenda por su parte—. Eso era lo que intentaba decirte. Me tomaron como rehén.

—Sí, ya he visto los vídeos de seguridad.

—Vale, entonces sabes...

—¿Eres consciente de cuántos años te caerán por esto?

Mierda.

—Me tomaron como rehén, de verdad. Más o menos. Y puedo decirte quiénes son los atracadores.

Hubo una larga pausa. Carson se estaba recuperando de la impresión que le había causado su buena suerte, estoy casi convencida.

—Te escucho —me dijo.

—Pero tienes que dejar que el tío Bob participe.

—Está bien.

—¿Estás ahí ahora? ¿En el banco? Podría llegar enseguida.

—Davidson, ¿quién robó el banco?

Solté un largo suspiro y esperé un poco más para dejar que Donovan se acercara un poco más a México.

—Un grupo de hombres de un club motero local llamado los Bandits, pero tengo que hablar contigo antes de que actúes sin pensar.

—Yo nunca actúo sin pensar.

No dudé de ello ni por un solo instante.

—Alguien chantajeaba a los chicos, y quienquiera que fuese quien tramó todo esto sabía que el dinero estaría allí, pero no trabajaba en el banco. ¿Quién más podía saberlo?

—¿Uno de los conductores del furgón blindado, quizás? ¿O tal vez el cónyuge de alguno de los cajeros?

Oí sus tacones sobre la acera cuando se alejó en busca de un lugar más privado.

—¿Me estás diciendo que ha sido un trabajo desde dentro? —me preguntó en un

susurro.

—Eso es justo lo que te estoy diciendo. Los chicos lo hicieron, de eso no hay duda, pero no tenían elección.

—Bueno, siempre me cuentas cosas de lo más entretenidas, eso seguro.

—Vaya, gracias. —Era una mujer muy amable—. Me reuniré contigo al lado de mi jeep.

—Allí estaré.

Colgué y me volví hacia Garrett.

—¿Podría contratarte durante el resto del día?

—Claro —dijo encogiéndose de hombros—. Acabo de cerrar un gran caso. Puedo pasar la tarde lejos de la oficina.

En realidad no tenía más oficina que la camioneta. Me fijé en el amplio despliegue de documentos, archivos y recipientes de comida para llevar que había en el asiento de atrás.

—Creí que esta era tu oficina.

—Y lo es, más o menos. Hablaba metafóricamente.

—Aunque me impresiona que conozcas el significado de esa palabra, tengo que ser sincera contigo. No tengo dinero para pagarte.

—Me lo imaginaba. Bueno, ¿dónde está tu jeep?

Me sorprendió un poco que no lo supiera. No debía de haber escuchado la radio. Seguro que el atraco estaba en todas las emisoras de noticias.

—Bueno, mi jeep está aparcado junto al Bernalillo Community Bank, pero necesito hacer un par de recados antes, y no tengo mucha gasolina.

—¿No le has dicho a esa agente que llegarías enseguida?

—Les he dicho que llegaría, pero no cuándo. Y eres tú quien no deja de decirme que necesito terapia. —Le dediqué una sonrisa radiante—. Vamos a ver a una terapeuta.

Garrett se encogió de hombros y siguió mis indicaciones para llegar a la oficina del actual terapeuta de Harper. Estaba en un pequeño edificio que parecía sacado de los años setenta, recubierto con roca volcánica y lleno de vigas que sobresalían sobre la acera.

Entré mientras Garrett me esperaba en la camioneta de huida, preguntándose si lo arrestarían por ayudarme a escapar de una agente federal. Le aseguré que no. Y me creyó. No me habría gustado estar en su pellejo si me equivocaba, porque si las cosas se ponían demasiado feas, arrojaría a ese hombre a los lobos sin pensármelo dos veces. Podía alegar que me había obligado a subirme a su vehículo cuando me vio frente a una tienda y que me había mantenido cautiva durante dos horas.

Sería un magnífico chivo expiatorio.

Me quité las gafas de sol y le anuncié mi presencia a una estoica recepcionista antes de sentarme en la sala de espera. Después de unos buenos veinte minutos, por fin me acompañaron al despacho del doctor. El psicoterapeuta de Harper era un hombre bajito, con el pelo canoso y la piel tan bronceada como una ciruela. Estaba sentado con las manos sobre el regazo y una expresión de «sin comentarios».

—Gracias por recibirme, doctor Roland. —Me senté frente a él al otro lado del gigantesco escritorio de caoba, intentando no sacar conclusiones apresuradas sobre lo que el hombre pretendía compensar con un mueble tan grande—. Quería hacerle unas preguntas sobre Harper Lowell.

—Señorita Davidson, como ya le ha dicho mi recepcionista, no puedo compartir con usted nada sobre Harper Lowell ni sobre su tratamiento. Como detective privado, debería

saberlo.

Lo sabía, y en realidad no hacía falta que él me dijera nada. Podía limitarse a quedarse sentado mientras yo le hacía las preguntas. Sus emociones me ayudarían mucho más de lo que él se podía imaginar.

—Lo entiendo, pero ha sido Harper quien me ha contratado, doctor Roland, y quien me ha pedido que investigue su caso.

—¿La ha visto? —me preguntó—. Faltó a su última cita.

—Vino a verme hace un par de días, cuando me contrató. ¿Cuándo fue la última vez que la vio usted?

—Se marchó de repente en mitad de nuestra última cita. Parecía muy preocupada. No he vuelto a verla ni a tener noticias suyas desde entonces.

Asentí de una manera abierta e imparcial.

—¿Sabe qué originó esa marcha tan súbita?

—Sí.

—¿Podría decírmelo?

—Ya sabe que no.

—Pero recibió una llamada o un mensaje de texto, ¿verdad? —¿Qué otra cosa podía ser?

El doctor sonrió.

—Quizá.

Mentía, así que tendría que adivinar qué otra cosa podría haber sido. ¿Era algo de lo que él le había dicho? ¿Quizá algo que hubiera salido a la luz durante la sesión? ¿Era posible que algo de lo que le había dicho el doctor hubiese hecho aflorar algún recuerdo?

—¿Y cuándo ocurrió eso? —le pregunté, sabiendo que él no me lo diría directamente.

—Faltó a la última cita, así que fue el jueves de la semana pasada.

—¿Usted la ha llamado?

La pregunta lo incomodó un poco.

—La llamé y dejé un mensaje, pero ella no me devolvió la llamada.

—¿Qué le ocurrió cuando tenía cinco años?

Con un suspiro molesto, el hombre descruzó las piernas, cambió de posición y volvió a cruzarlas. Aun así, parecía tan cómodo como un ratón en un terrario para serpientes.

—Señorita Davidson, va a venir un paciente...

—Yo la creo —le dije al tiempo que me inclinaba hacia delante, a la espera de percibir su reacción—. Creo que la han aterrorizado metódica y sistemáticamente durante mucho tiempo. Y creo de verdad que su vida corre peligro.

A juzgar por las emociones que se desprendían de su cuerpo, él también lo creía.

El hombre se distrajo quitándose un hilillo a su chaqueta.

—No le diré que no —dijo.

—Gracias —respondí, contenta de contar con un aliado—. Sin romper su código de conducta ni revelarme nada, ¿podría decirme si tiene alguna idea, basada en sus descubrimientos hasta el momento, de quién puede estar detrás de esos ataques?

Al doctor lo inundó el pesar.

—No, señorita Davidson. Siento muchísimo tener que decirle que no sé quién puede ser.

Mierda. Otro callejón sin salida.

—Lo que sí puedo decirle es que... —Se aclaró la garganta y examinó el árbol frutal que se veía al otro lado de su ventana—... algunas veces el pasado vuelve para atormentarnos.

Lo sabía. Fuera lo que fuese lo que le había ocurrido a los cinco años, era la causa de todo, y el doctor Roland lo sabía.

—Desde luego que sí —le dije con una sonrisa de agradecimiento—. Muchísimas gracias por recibirme.

El hombre se puso en pie para estrecharme la mano.

—¿Podría pedirle que me llamara, por favor?

—Haré lo que pueda.

Cuando salí de la consulta del médico, vi que tenía un mensaje de Cookie en el que me pedía que la llamara.

—Creo que tengo algo —me dijo.

—Espero que no sea la gripe, porque tenemos un caso que resolver y cuando tomas medicamentos para la gripe no eres ni de lejos tan buena en tu trabajo.

—Bueno, no estoy segura de si esto es importante, pero los Lowell internaron a Harper cuando tenía doce años.

Me inundó una fría amargura al pensar en Harper internada. No obstante, podría utilizar esa información contra la señora Lowell.

—Y eso no es algo que ellos quieran ver en las páginas de sociedad. Si es que Albuquerque tiene páginas de sociedad. La gente rica es muy rarita con esas cosas.

—Eso he oído. Desde luego, no lo sé por experiencia personal.

—Oye, estoy intentando conseguirnos un millón de dólares. Aguanta un poco más.

—¿Le has pedido a Reyes un millón de dólares?

—Sí.

—Vale, entonces dile que se dé prisa. Necesito una pedicura.

—Cook, ¿cómo puedes pensar en tus pies en un momento como este?

—¿Recuerdas la vez que tuvimos que salir corriendo para salvarnos de ese tío con el ojo raro y tú estabas cabreada porque te habías dejado el capuchino con chocolate en su casa?

—No sé muy bien adónde quieres llegar.

Convencí a Garrett para que atravesara la ciudad y me llevara a casa de los padres de Harper. Mi mayor esperanza era pillar al señor Lowell arreglando el jardín. Como se suponía que estaba en su lecho de muerte, las probabilidades no estaban muy a mi favor, pero al menos podría volver a fastidiar a su quisquillosa esposa durante un buen rato. La señora Lowell sabía algo, y pensaba obligarla a decírmelo. Ahora, gracias a los progresos de Cookie con los motores de búsqueda de internet, yo también sabía algo.

No tenía mucho tiempo antes de que todo saliera a la luz. Tenía que aprovechar el as que guardaba en la manga mientras pudiera.

Por extraño que parezca, Garrett consiguió que le abrieran la puerta de la verja mucho antes que a mí la primera vez. Seguramente porque no intentó pedir un taco.

Nos acompañaron de nuevo a los «aposentos» designados como sala de estar. Me encantó poder decirlo una vez más.

—Estamos en unos «aposentos». —Dejé escapar una risilla tonta.

—A veces me asustas.

—A mí también me pasa. Es muy raro. —Me fijé en la firma de uno de los cuadros de la pared: Norman Rockwell. —¡Joder! —exclamé impresionada.

—Por favor, señorita Davidson... —dijo la señora Lowell, haciéndome callar con un siseo y una mirada fulminante antes de entrar en la estancia y cerrar la puerta.

—Lo siento. Creo que nunca había visto un Norman Rockwell en la vida real. Su pecho se hinchó de orgullo.

—Jason adquirió ese cuadro en una subasta en los albores de la década.

—¿Había dicho «los albores»?

Una vez que Garrett se presentó, nos sentamos y decidí ir directa al grano.

—¿Podría hablarle del período en el que Harper fue internada?

—Su rostro se convirtió en una máscara de humillación. No entendí por qué.

—Como bien sabe, todos nuestros intentos fueron inútiles, de modo que sí, tuvimos que internarla cuando tenía doce años.

—Doce años? Se me partió el corazón al pensar en ella.

—Probamos con distintas formas de terapia hasta que encontramos una que funcionó.

—Quería decir hasta que encontraron una que hizo que Harper cerrara la boca.

—Por desgracia, la memoria a corto plazo de Harper se vio afectada por algunos de los tratamientos, pero su comportamiento mejoró muchísimo.

—No le hizo falta decir más para que yo supiera exactamente a qué se refería. Terapia de electroshock. Hablaba de una terapia de electroshock. Mi desprecio por la señora Lowell alcanzó cotas insospechadas.

—Pudimos traerla de nuevo a casa y todo volvió a la normalidad en un par de años. Y he dicho años. Sin embargo, poco a poco volvió a mostrar una conducta errática, y no nos quedó más remedio que pedirle que se marchara. —Al ver que yo había enarcado las cejas, justificó sus acciones—: En aquel momento tenía dieciocho años, y le compramos una casa. No la echamos a la calle sin más. Luego se casó con ese gamberro solo para molestarnos. Aunque el matrimonio duró cinco minutos.

—Señora Lowell, ¿recuerda que a Harper le ocurriera algo fuera de lo normal en la época en que usted y el señor Lowell se casaron? ¿La amenazaron o maltrataron de alguna forma?

—He hablado de esto miles de veces con los terapeutas y con la policía. Lo único que cambió, lo único que podría haber originado un cambio tan extremo en su comportamiento, fue nuestro matrimonio. No ocurrió nada más.

—¿Está segura?

—Cuando la mujer apartó la mirada, se echó un vistazo a las uñas y luego empezó a observar la alfombra. Lo noté. Un instante de duda. Un granito de incertidumbre que atravesó su cuerpo.

—Cualquier cosa que recuerde nos ayudaría, señora Lowell. ¿Tenía Harper algún corte? ¿Hubo algún día que llegara a casa especialmente sucia o asustada? ¿Algo que le hiciera pensar a usted que había sufrido algún tipo de maltrato?

—No. —Agachó la cabeza—. Yo no noté nada, pero lo cierto es que apenas la conocía antes de casarme con Jason. Parecía una niña muy dulce. Era amable y tenía modales decentes. Sin embargo, cuando nos mudamos a esta casa, era una niña muy diferente.

—Así que había sido una persona antes del matrimonio y otra muy diferente después.

—¿Y durante ese tiempo se alojó con sus abuelos biológicos?

—Sí. Ya han muerto, por desgracia, pero ni siquiera ellos sabían por qué Harper había cambiado de una manera tan drástica.

—Está bien. Quizá le ocurriera algo durante el viaje de vuelta a casa. ¿Hubo algún tipo de accidente?

—Nadie mencionó nada al respecto. Por Dios, señorita Davidson, podríamos seguir con esto todo el día...

Mierda. No estaba llegando a ninguna parte en lo referente al caso. No tenía ni una sola pista.

Nos levantamos, y la joven ama de llaves nos acompañó de nuevo a la puerta. Sin embargo, en esta ocasión, la señora Lowell nos siguió. El ama de llaves parecía bastante impresionada con Garrett.

—Intenté llamarla —dijo la señora Lowell—. No responde a mis llamadas. Por favor, ¿le importaría pedirle que llame a su padre?

—Haré lo que pueda.

Llamé a Cookie en cuanto nos subimos a la camioneta de Garrett.

—¿Todas las madrastras son unas zorras? —le pregunté, consciente de lo horrible que sonaba la pregunta.

A mí también se me encogió el estómago al oírla. Una de mis mejores amigas era una madrastra, y era lo mejor que podría haberle ocurrido a esos niños.

—A mí me crió mi madrastra —dijo Cookie.

Eso ya lo sabía. Por eso la había llamado.

—Lo siento. No hablaba en serio.

—Claro que hablabas en serio, y tienes todo el derecho a preguntártelo después de lo que has sufrido con la tuya, cielo. Pero la mía era alucinante. De no haber sido por ella, mi infancia habría sido muy diferente, y no en el buen sentido.

—En ese caso, yo también doy las gracias por su presencia.

—Te lo agradezco. Se lo haré saber. ¿Necesitas algo?

—Confirmación.

Ella rió por lo bajo.

—¿De qué tipo?

—Del tipo que acabas de darme.

Le dije a Garrett que se dirigiera al banco. Suponía que la agente Carson no me esperaría mucho más. Mi móvil sonó mientras nos dirigíamos al lugar. Por supuesto, todo había vuelto ya a la normalidad, pero era posible que la agente Carson estuviese algo molesta conmigo por no haber aparecido de inmediato.

—¿Dónde diablos estás? —dijo ella cuando respondí al teléfono diciendo: «Tienda de tangas comestibles Charley».

—Lo siento —respondí, intimidada por su tono—. He tenido que hacer una entrega. Los tangas comestibles son muy populares hoy en día.

—También lo son los uniformes de prisión.

—¿Son comestibles? Porque por lo visto ese factor es el que más aumenta mis ventas.

—Si no estás aquí en dos minutos...

—¡Aquí! —grité al teléfono mientras entrábamos en el aparcamiento que había frente al banco en cuestión—. ¡Estoy aquí! —Tapé el teléfono con una mano y le susurré a Garrett—: Es una mujer muy sensible.

—¿Aquí dónde?

—Date la vuelta.

Su cabello corto y oscuro se volvió hacia la izquierda.

—Hacia el otro lado.

La agente realizó un giro de ciento ochenta grados y nos vio aparcando.

—Aquí estoy. —La saludé a través del parabrisas—. Y justo a tiempo. Fiú.

Antes de salir, me volví hacia Garrett. Él mantuvo la vista al frente, a la espera de que le diera las premisas. Había estado más callado que de costumbre. Bueno, vale, quizá siempre estuviera callado, pero no callado como un muerto. No un callado del tipo «he-estado-en-el-infierno-y-nunca-seré-el-mismo».

—¿Quieres hablar de ello? —le pregunté al tiempo que levantaba la barbilla—. ¿De cómo fue estar en el infierno?

Se volvió hacia mí tan rápido que sus movimientos me recordaron a los de Reyes. Sus ojos plateados se clavaron en los míos con dureza y apretó la mandíbula. Cuando empezó a hablar, lo hizo con un siniestro propósito, enfatizando cada sílaba.

—¿Quieres hablar sobre lo que se siente cuando un trozo de metal afilado como una hoja de afeitar se desliza por tu carne hasta llegar al hueso?

Dios. De repente se había puesto de un humor de perros.

—¿Eso es un no?

Garrett alzó una de las comisuras de sus labios, aunque no le hacía ni pizca de gracia.

—Está bien, vale, ha sido una buena charla —dije mientras buscaba a tientas la manilla de la puerta.

Él volvió a contemplar lo que había al otro lado del parabrisas.

Cuando salí, la agente Carson hacía resonar sus tacones sobre el asfalto. Nunca he entendido por qué la gente hace eso.

—Bueno, ¿qué es lo que te hace pensar que este ha sido un trabajo desde dentro? —preguntó.

Nada de hola. Nada de cómo están tu mujer y los niños. Tan profesional como siempre. Me caía bien.

—Me lo dijeron los atracadores.

—¿Y cómo se llamaban esos atracadores?

—Ya te lo he dicho: los Bandits.

—Los Bandits es un club de motoristas de doscientos miembros. Necesito los nombres de los hombres que entraron a punta de pistola, convirtieron en rehenes a un grupo de clientes y se llevaron del banco dinero en efectivo que no les pertenecía. —Señaló hacia el otro lado de la calle para darme más referencias.

—En realidad no sacaron las armas —la corregí—. Nunca lo hacían a menos que fuera necesario. Lo he visto en las noticias.

—Charley... —dijo la agente con un tono de voz cargado de advertencias.

—Vale. —Llené mis pulmones de aire y lo liberé muy despacio, consternada por lo que estaba a punto de hacer hacer—. No conozco todos sus nombres —mentí.

Por alguna razón, no podía hablarle de Sabrina. Era una chica. Nadie sospecharía de ella. ¿Quién iba a saber si había visto la cara del conductor o no? Sabrina había participado para ayudar a mis moteros y, por extraño que sonara, me sentía en deuda con ella por eso.

—Los tres que conozco —continué—, los tres que estaban siendo chantajeados, se llaman Michael, Eric y Donovan. Hay dos más, pero no sé sus nombres. Espera un

momento —dije, pensándomelo mejor. Donovan había mencionado el nombre del rubio—. Había un tío rubio que se llamaba Edwards. Quería invitarme a un paseo por el cementerio.

Carson anotó todo lo que le dije.

—¿En serio? —preguntó sin levantar la vista—. ¿Es mono?

—No. Quería servir mi cabeza en una bandeja para evitar que testificara.

—Haces amigos en todas partes, ¿eh?

—Es curioso, ¿verdad? —Luego me incliné hacia ella—. No son malos chicos, agente Carson. Los estaban chantajeando, de verdad.

—Eso ya lo has dicho, pero allí dentro nadie les apuntaba a la cabeza con una pistola.

Sabía que ella lo vería de esa forma. Debía hacerlo, y no podía culparla por ello, pero mi obligación era intentar al menos que arrestaran al otro tipo también. Nadie salvo yo chantajeaba a mis amigos y salía de rositas.

Procuro portarme bien.
Lo malo es que hay muchas otras opciones.

(Camiseta)

Después de contarle mi versión de los hechos a la agente Carson, despedí a Garrett alegando diferencias irreconciliables, pero le pedí que me hiciera un hueco en su agenda por si acaso. Luego me dirigí a casa; por alguna razón estaba ansiosa por tomar pastel dulce de patata. El plátano no había durado mucho. Y me sentía sucia después de comerlo.

Empecé a subir la escalera hacia mi apartamento y noté que sentía más y más calor con cada escalón que me acercaba a la tercera planta. Y había muchos escalones. Cuando llegué al descansillo, el calor que emanaba de Reyes resultaba abrasador, y no habría sabido decir si estaba caliente y cabreado, o solo furioso. Quizá un poco de todo.

El pasillo estaba a oscuras, así que o bien se había estropeado otra vez la luz o bien Reyes había quitado las bombillas. Saqué las llaves del bolso y me acerqué a mi puerta casi a tientas. No era un trayecto muy difícil, la verdad, pero con Reyes Farrow esperándome al final, podía convertirse en una odisea en cuestión de segundos. Palpé la puerta en busca de la cerradura y metí la llave.

—¿Tienes mi dinero? —pregunté, y me sentí como un capo de la mafia. O como un proxeneta.

—Necesito que no salgas esta noche —comentó él, haciendo caso omiso de mi pregunta.

La puerta se abrió.

—¿Vas a entrar? —le pregunté.

—No. Solo he venido a decirte que te quedes en casa esta noche.

—¿Es una orden?

—Sí.

Eché un vistazo por encima del hombro. Lo único que pude ver fue su sombra.

—Deberías andarte con cuidado. El efecto de la cafeína ha empezado a disiparse.

Se situó detrás de mí. Sentí que alzaba un brazo por encima de mi hombro para apoyarlo en el marco de la puerta. Por Dios, qué bien se le daba hacer eso.

—¿Por qué? —pregunté mientras dejaba caer las llaves en el bolso—. ¿Por qué debo quedarme en casa esta noche?

—Ya sabes por qué.

—¿Vienen a por mí? —pregunté medio en broma.

Se inclinó hacia delante hasta que su boca estuvo junto a mi oreja.

—Sí.

No logré dilucidar si el escalofrío que me recorrió la columna se debió a la imagen que conjuraron sus palabras o al calor de su aliento sobre mi piel. Olía a humo y a cenizas, a rayos y truenos.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó con un matiz de inseguridad.

Me volví hacia él, sorprendida.

—¿De quién?

Agachó la cabeza y me observó a través de las pestañas. Aunque sus ojos eran muy oscuros, brillaban en la penumbra, y las motas verdes y doradas parecían reflectores bajo el pálido resplandor de la luna llena.

—Ya sabes de quién. Del tipo al que estabas besando hoy.

—¿Cuál de ellos? —pregunté para tomarle el pelo.

Pero no mordió el anzuelo. De su cuerpo emanaba un profundo dolor, pero yo no sabía si era físico o emocional. No podía haberle dolido que me hubiera enrollado con un tío en el psiquiátrico. Él había estado viviendo con su acosadora, por el amor de Dios.

Me rodeó la cintura con un brazo y tiró de mí con suavidad para acercarme a su cuerpo.

—Solo he venido a decirte que no salgas —dijo, y se inclinó para besarme el cuello.

Se quedó así un instante para inhalar mi aroma, y luego bajó los brazos y se alejó.

El aire se enfrió al instante.

—Espera, Reyes. —Corré tras él y bajé los escalones de dos en dos para compensar su súbita necesidad de alejarse de mí.

—Solo he venido a decirte que no salgas.

—Reyes, por el amor de san Pedro. Y de su dragón. —Lo agarré del brazo y lo obligué a volverse hacia mí.

Estábamos en el descansillo de la segunda planta. Todavía tenía luz, así que pude verlo con más claridad y descubrí que llevaba una bolsa de deporte colgada del hombro. La sangre había formado regueros en la parte delantera de su camisa, y tuve la certeza de que se había cubierto de cinta adhesiva otra vez.

—Creí que eso se curaría más rápido.

Examinó su camisa y soltó una maldición.

—Se curó. Estas son nuevas. De todas formas, sanarán pronto.

Apliqué mi preocupación. Preocuparme no me serviría de nada. Sin embargo, el miedo era incontrolable.

—¿Están aquí?

Reyes ladeó la cabeza pensativo, mientras evaluaba la energía que nos rodeaba.

—Ahora no los percibo, pero sí los noté antes de que llegaras. Creo que han averiguado dónde vives.

—Maravilloso. Y por más galante que sea tu intención, no estás en condiciones de perseguirlos y darles una paliza en plan ninja.

Reyes se echó un nuevo vistazo y una de las comisuras de su boca se curvó en esa encantadora sonrisa torcida suya, la que me provocaba un intenso mariposeo en el estómago.

—Podría haber sido un ninja —dijo.

—Sí, podrías haberlo sido, y seguro que la nación japonesa se habría sentido orgullosa de ti. Pero ahora ven conmigo. —Tiré de su brazo y me siguió de vuelta a mi apartamento—. No puedes ir por ahí cubierto de sangre, porque al final alguien llamará a la policía y te arrestarán.

Cuando bajé la mano, él me la cogió y entrelazó los dedos con los míos. Subimos las escaleras de la mano. El contacto resultaba dulce y sexy, y me provocaba sacudidas de placer a cada paso. Maldito fuera.

Sin embargo, no fue hasta que entramos en mi apartamento cuando me fijé en la

gravedad de sus heridas. Estaba cubierto de sangre, literalmente.

Cerré la puerta en cuanto entró y lo miré horrorizada.

—¿Toda es tuya?

Reyes repasó mi apartamento y luego se volvió hacia mí con un encogimiento de hombros.

—Creo que no.

—Y estás quemado. —Me acerqué de inmediato para inspeccionar la parte trasera de su camisa.

—Uno de ellos intentó prenderme fuego.

—¿Un demonio? —pregunté, y di un respingo al notar que mi voz era como un chillido de esos que solo los perros podían percibir.

Él asintió.

—Están locos. ¿Qué son estas cajas? —Señaló con la cabeza la montaña de cajas, las pocas que quedaban en el apartamento.

Cookie había retirado todas salvo las del Área 51. Ahora ya podía ver al señor Wong, gracias a Dios, y su presencia resultaba extrañamente reconfortante.

Arrojé el bolso sobre la barra de desayuno.

—Eso es un agujero negro. No te acerques a él. Es lo que Gemma considera una terapia. Cree que tengo una forma leve de síndrome de estrés postraumático.

Reyes se había dado la vuelta y estaba examinando mis plantas de plástico moribundas.

—Es cierto.

—Ya, bueno, tú también tienes tus cosas, señor mío. —Solo podía ver el perfil de su rostro.

Esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Nunca he dicho lo contrario. ¿Puedo utilizar tu ducha?

—Claro —dije, aunque quería decir «Solo si yo estoy en ella»—, pero debo advertirte que es posible que te acompañe una enorme y sedienta rottweiler. —Luego me aclaré la garganta para disimular el estallido de placer que me invadió al imaginarme a Reyes Farrow desnudo en mi cuarto de baño. O desnudo en cualquier habitación, ya que estábamos—. Ah, y también tengo que advertirte que se me ha acabado la cinta adhesiva, si quieres recordarte luego. Aunque es posible que tenga algo de celo, si estás desesperado.

Reyes me mostró su bolsa de deporte.

—Me las apañaré.

Cuando se encerró en el cuarto de baño, solté un largo suspiro y me acerqué al señor Café. O bien Albuquerque había sufrido una explosión demográfica de tíos buenísimos, o bien yo estaba cargada de hormonas.

Treinta minutos más tarde, Reyes abrió la puerta del cuarto de baño vestido con unos vaqueros y con una toalla sobre los hombros. Y tenía unos hombros preciosos, el condenado. Había sustituido la cinta adhesiva vieja por una nueva que le rodeaba el abdomen, pero estaba cubierto de viejas heridas, heridas que sanaban rápido pero que aún llenaban de rayas moradas su torso, sus hombros y el costado de su cuello. Cogió los extremos de la toalla y se frotó la cabeza. Luego se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Cómo va esa terapia?

Tuve que obligarme a dejar de mirarlo, y cuando lo hice, me di cuenta de que él examinaba las cajas una vez más.

—Ah —dije mientras servía una segunda taza de café y me acercaba a él—. Gemma quiere que alguien retire una caja todos los días hasta que pueda hacerlo por mí misma. Es ridículo, pero asegura que me ayudará a superarlo.

Reyes me robó el café, le dio un sorbo y luego me lo devolvió.

—Tiene razón.

Lo miré boquiabierto mientras él arrojaba la toalla al fregadero y se ponía una sencilla camiseta gris, asombrada por el hecho de que se pusiera de parte de mi hermana. Me dirigi al sofá, que quizá acabara llamándose Barbie Malibú, pero me volví hacia él antes de llegar.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté mientras señalaba la camiseta con la cabeza.

Quería saber dónde conseguía todo lo que tenía. ¿De dónde había sacado los vaqueros, el calzado y la cinta que usaba para cerrar las heridas? ¿Dónde conseguía el agua y la comida, y qué había ocurrido cuando lo liberaron de prisión? ¿Había ido Amador a recogerlo? Amador era el único amigo de Reyes. Sabía que eran muy íntimos. Posiblemente mucho más de lo que Reyes y yo llegaríamos a serlo jamás. Seguro que Amador no lo había dejado colgado. O quizá Reyes hubiera pedido que lo dejaran en paz para poder apañárselas solo, como había hecho toda su vida. Desde luego, yo no había estado allí. En aquel momento estaba lamiéndome las heridas en mi cueva.

Reyes tiró de la camiseta para ajustársela, luego avanzó hacia mí... y no se detuvo cuando me alcanzó. Apartó la taza de café hacia un lado para acercarse más, continuó su camino y me empujó hacia atrás, con su cuerpo agradablemente pegado al mío.

—Es un préstamo —dijo.

—¿De Amador? —Mi voz no era más que un susurro ronco.

Me rodeó con un brazo y siguió andando. Las gotas de agua que salpicaban sus pestañas hacían que sus ojos parecieran más brillantes. Mi apartamento no era muy amplio, así que no podríamos ir mucho más lejos. Sin embargo, Reyes no dejó de avanzar hasta que choqué contra algo. Me quedé paralizada al darme cuenta de lo que era. El Área 51. Estábamos en medio del Área 51.

Lo empujé, pero Reyes no retrocedió ni un centímetro.

Su expresión juguetona se había vuelto seria.

—Siéntate.

Estiré el brazo para dejar la taza de café encima de una caja, pero como me temblaba tanto la mano, fallé y la taza cayó tan rápido que no pude atraparla. Estaba a punto de aterrizar en la moqueta cuando la recogió Reyes. El café caliente salpicó y se derramó en su mano, pero él no pareció notarlo.

—Siéntate —repitió al tiempo que se enderezaba de nuevo.

—En las cajas? Ni hablar. Negué con la cabeza y apreté la mandíbula.

Reyes dejó la taza en un extremo de la mesa, me cogió por los hombros y me obligó a volverme hacia el agujero negro.

—Solo es un espacio —dijo mientras se situaba más cerca de mí. Me rodeó el vientre con los brazos—. No significa nada. —Se inclinó para besarme la clavícula. El cuello. La oreja—. Es tu espacio, no el suyo.

Earl Walker. Estaba hablando de Earl Walker.

Apartó una caja, que se estrelló contra el suelo. Se me encogió el estómago, así que él tensó los brazos y me estrechó hasta que me calmé. Hasta que la grieta de mi cascarón empezó a repararse.

—Lo he entendido —dije mientras hacía la señal de tiempo muerto con las manos—. Se acabó el juego.

Sin hacerme ni caso, Reyes extendió el brazo y empujó otra caja.

Retrocedí contra él, pero no hubo forma de liberarme. Me mantuvo donde estaba y empujó otra de las cajas de la cima de la montaña. Se desplomó hacia el suelo. Y luego otra. Y otra. Y mientras tanto me mantenía pegada a él.

El calor de su cuerpo impregnaba mi ropa y mi pelo con su esencia exquisita y terrenal. Sus brazos fibrosos y sus manos fuertes me sujetaban con tanta firmeza que no me permitían sentir miedo. Cuando empujó otra caja y cayeron tres al suelo, ni una sola gota de adrenalina alcanzó mi sistema nervioso.

Reyes pasó uno de sus pies desnudos por delante de mí para apartar una caja de una patada. Luego nos acercamos más, y siguió empujando y tirando cajas con una mano mientras con la otra me sujetaba contra él, hasta que al final solo quedó un objeto en el Área 51. La silla.

Esta vez, la adrenalina sí inundó mi sistema nervioso, y fui incapaz de apartar los ojos de la silla a pesar de que era como cualquier otra. Pertenecía al juego de la mesita que había en un rincón de la cocina. Era una silla barata, con patas raquíticas y respaldo redondo.

Reyes me rodeó con ambos brazos y me estrechó más fuerte antes de dar otro paso adelante. Puse el pie en el asiento y empujé para mantener las distancias.

—Solo es una silla —indicó con un tono de voz delicado, tranquilizador—. Es tu silla. No la suya.

—Y yo solo soy una chica —dije, en un intento por explicar que si bien gozaba de una posición sobrenatural en el universo, en la Tierra no era más que una humana como otra cualquiera.

Reyes me rodeó la garganta con una mano.

—Sí, pero eres mía —me susurró al oído—. No suya.

Se inclinó por encima de mi hombro y pegó su boca a la mía.

Cuando eché el brazo hacia atrás para acariciar el bulto que se marcaba en sus vaqueros, él contuvo el aliento. Su cuerpo se puso duro como una piedra, y al final interrumpió el beso para mirarme a los ojos. En los suyos brillaba una emoción que se parecía perturbadoramente a la furia.

—¿Estás enamorada de él?

—¿De quién? —pregunté, perdida en el ardor del éxtasis que se acumulaba entre mis piernas.

—Del tío del psiquiátrico.

—¿De Donovan? —pregunté sin aliento.

—Si lo estás, tienes que alejarme de ti. —Enterró los dedos en mi cabello y me echó la cabeza hacia atrás, sobre su hombro, con una determinación implacable—. Tendrás que hacerlo. Todavía soy lo bastante fuerte para dejarte. —Gimió cuando deslicé la mano sobre su erección una vez más. Me sujetó la muñeca y volvió a mirarme a los ojos con una expresión de advertencia—. No yaceré contigo si amas a otro.

Su forma de hablar adquirió ese toque antiguo que aparecía en ocasiones a pesar de los años que llevaba en la Tierra, y me recordó que él era de otro lugar, de otra época.

Levanté el brazo y tiré de su cabeza hasta que una vez más pegó su boca a la mía. Si amaba a alguien en el universo, era a ese hombre, a ese dios que había arriesgado su vida por mí incontables veces. Que no me había pedido nada a cambio. Nunca.

Reyes me agarró del pelo e inclinó la cabeza hacia un lado para intensificar el beso. Me provocó y exploró con la lengua mientras deslizaba una mano hacia arriba por mi camisa. A la velocidad del rayo, abrió el broche del sujetador y cubrió a Peligro con la palma de una mano. Con la otra me desabrochó los pantalones y me los bajó hasta las caderas. Sentí un cosquilleo de excitación en el vientre cuando interrumpió el beso de nuevo para quitarme la ropa con impaciente fervor. El aire fresco rozó mi piel, pero él se aproximó de nuevo y me envolvió con su calidez. Luego me acercó un poco más a la silla.

Me separó las piernas con la rodilla y me obligó a sentarme de cara al respaldo. Me aferré a las barras de madera. Ya no me preocupaba lo que representaba esa silla; estaba entusiasmada ante la perspectiva de lo que iba a ocurrir en ella en ese momento.

Reyes se inclinó por encima de mi hombro y me miró con ojos interrogantes.

Nunca habíamos estado en ese lugar. No piel contra piel, forma física contra forma física.

—Ha pasado mucho, mucho tiempo. —Su voz profunda parecía menos segura de lo habitual.

Estiré el brazo y tracé el contorno de su boca, carnosa y sensual, con la yema de los dedos. Reyes los besó y luego separó los labios para rozar con los dientes las yemas sensibles. El calor de su lengua abrasó mi piel mientras su mano ascendía por mi muslo, logrando que las terminaciones nerviosas empezaran a temblar con la marea de euforia que evocaban sus caricias. Al final llegó a la unión entre mis piernas y se introdujo dentro de mí.

Jadeé. Un calor líquido llenó mi abdomen. Deslizó la otra mano hacia abajo por mi espalda y me empujó delicadamente hacia delante mientras sus dedos se hundían aún más. Me tensé al sentir un deseo brutal en mi interior. Me agarré más firmemente a la silla y separé más las piernas.

Con un gruñido, Reyes volvió a besarme. El balanceo rítmico de sus dedos, acompañado con las embestidas de su lengua, fue casi mi perdición. La excitación creció y se extendió, palpitando como un caldero de lava dentro de mi vientre. Las dulces ramificaciones del éxtasis se extendieron por mi cuerpo con hambrienta necesidad.

Cuando se arrodilló a mi lado y se metió la punta de Will en su ardiente boca, el estallido de placer estuvo a punto de hacerme gritar. Las dulces ramificaciones de placer se convirtieron en garras. Le rodeé la cabeza con las manos y enterré los dedos en su cabello mientras él succionaba a Will y me llevaba más y más cerca del orgasmo.

Antes de que llegara a alcanzarlo, Reyes me sujetó las caderas y me levantó de la silla para dejar de pie ante él. Su súbita ausencia en mi interior fue como un jarro de agua fría. Parpadeé para entender lo que ocurría mientras él retrocedía y me miraba fijamente. Debería haberme sentido avergonzada. Él seguía vestido y yo estaba desnuda, pero la intensa admiración y el crudo deseo que brillaban en sus ojos aplacaron cualquier tipo de inseguridad que hubiera podido sentir.

—Dios mío... —dijo mientras se alzaba sobre las rodillas.

Me agarró las muñecas y me las sujetó a la espalda, y dejó un reguero de besos diminutos sobre mi abdomen. Las oleadas de placer llegaron hasta el centro de mi ser cuando se concentró en mi ombligo. Luego me separó las piernas y se colocó una de ellas encima del hombro para poder acceder con la boca a la zona más sensible. Me aferré al respaldo de la silla en busca de apoyo mientras su lengua abrasadora me llevaba al borde de la cordura. Al borde de la locura. Apreté los dientes y enterré los dedos en su pelo mientras una salvaje necesidad palpitante se extendía por mi organismo.

Me temblaban las piernas. El deseo me había debilitado tanto que apenas me tenía en pie.

Cuanto más me acercaba al orgasmo, más lo deseaba dentro de mí. Le tiré del pelo. De la camiseta. Reyes se detuvo y se la sacó por la cabeza. Luego lo obligué a ponerse en pie. Me temblaban las manos mientras intentaba desabrocharle los pantalones. Con movimientos apresurados, Reyes se bajó los vaqueros hasta la cadera, por debajo de sus exquisitas nalgas. Su erección permanecía firme, palpitante de anticipación. Y me llegó el turno de contemplarlo con admiración. Su poderoso cuerpo estaba cubierto por una fina capa de sudor que lo volvía aún más atractivo, más exótico.

Los valles y colinas que formaban su exquisita figura eran una obra de arte, y la prueba de su excitación no era ninguna excepción. Deslicé las uñas por su miembro y observé, fascinada, cómo se contraían sus músculos en respuesta. Antes de que pudiera impedírmelo, me puse de rodillas y me lo introduje en la boca. Reyes soltó un brusco suspiro entre dientes.

—Holandesa... —dijo mientras aferraba mi cabello en un puño, en un esfuerzo por mantener el control.

Levanté la vista y vi que sus ojos resplandecían de deseo insatisfecho. Yo conocía esa sensación, y quería que él la experimentara un poco más. Me lo metí un poco más en la boca y rocé con los dientes su erección, encantada al sentir el torrente de sangre que la recorría.

Reyes me agarró del pelo con más fuerza, como si intentara detenerme.

—Espera.

Sin embargo, tensé los brazos a su alrededor para impedir que se alejara. Su respiración se había vuelto trabajosa. Atormentada. La fuerza de la pasión que intentaba mantener a raya lo hacía temblar. Se ponía rígido cada vez que se hundía en mi boca, y no dejó de gemir hasta que lo llevé al borde del orgasmo.

Puesto que no le había dejado otra opción, me apartó de él y me aplastó contra el suelo con su cuerpo duro como el acero. Sin esperar ni un momento, incapaz de aguantar un instante más, me separó las piernas y se introdujo en mi interior. La rápida e intensa oleada de placer que me recorrió me dejó sin aliento. Me aferré a su espalda, le mordí el hombro y le rodeé las caderas con las piernas mientras él me envolvía con los brazos y se enterraba en mi interior más y más rápido, más y más fuerte. La presión creció hasta que llegué al orgasmo en una violenta explosión de chispas incandescentes. Unas chispas que cayeron sobre mi piel y se extendieron por todas y cada una de las moléculas de mi cuerpo como una lluvia de luz, que se derramaron dentro de mi ser y chocaron contra mis huesos como las olas del mar. Había estallado por dentro, y lo único que quedaba de mí eran brillantes copos dorados.

Presa de una exquisita agonía, Reyes enterró la cara en mi cuello, se aferró a mí y gruñó mientras el éxtasis lo consumía y su cuerpo vibraba de placer. Se quedó jadeante y tembloroso encima de mí, dejando que el orgasmo siguiera su curso.

—Joder —dijo al final. Se relajó y se tumbó a mi lado.

Abrí los ojos para mirarlo.

—¿Qué? —pregunté preocupada.

Reyes sonrió.

—Nada. Joder, nada más.

—Ah.

Sus pestañas formaron un oscuro abanico sobre las mejillas mientras yacía tumbado,

satisfecho. Las recorrió con la yema del dedo, y él frunció el ceño riendo entre dientes.

—Ahora conozco el verdadero significado de la palabra «perfección» —le dije.

Él parpadeó unas cuantas veces, abrió los ojos y me miró con afecto.

—Tienes que salir más.

—Todo el mundo me dice lo mismo.

Sin embargo, se lo había dicho en serio. Nunca experimentaría algo mejor que aquello. Mejor que él. Reyes era la cima. Después de él, todo sería cuesta abajo. Era el cielo y el infierno, ángel y demonio a un tiempo. Me pregunté durante cuánto tiempo podría conservarlo. Cuánto tiempo podría considerarlo mío.

Se puso de costado, apoyó la cabeza en un brazo y colocó una de sus enormes manos sobre mi vientre.

—¿Sabes dónde guardan los dioses su néctar? —preguntó con una sonrisa maliciosa que convirtió su hermoso rostro en el de un ángel.

Lo miré con los ojos entrecerrados, recelosa.

—Ni idea.

Deslizó la mano hacia abajo por el vientre hasta la entrepierna. Aspiré con fuerza entre dientes mientras él se agachaba para decirme al oído:

—Deja que te lo enseñe.

Después de poner a prueba nuestra energía un par de veces más, de un bocadillo de ternera compartido, de una ducha y de una nueva demostración de nuestro vigor, nos quedamos tumbados en la cama, enredados entre las sábanas y las toallas. Reyes me tenía acurrucada entre sus brazos, y ya estaba casi dormido.

—Quién habría imaginado —dije entonces—que el néctar de los dioses había estado todo este tiempo en mi vagijiji.

Él rió por lo bajo y se dejó llevar por el sueño, pero yo no pude dejar de contemplar su hermoso rostro. Su boca sensual y su fuerte mandíbula. Su nariz recta y sus densas pestañas. Era un milagro. Un regalo de Dios. Y un dolor de muelas, pero yo también lo era, así que no podía echárselo en cara.

Oí que se abría la puerta principal, de modo que me puse un pijama y me encaminé hacia el salón. Cookie estaba metiendo algo en uno de los cajones de la cocina.

—¿Sabes qué hora es?

Se volvió hacia mí y levantó una especie de gotero gigante.

—Esto es una pipeta para salsas. No tengo ni idea de por qué pediste siete, pero solo voy a dejarte una.

Yo tampoco tenía ni idea.

—Ya es más de medianoche. ¿Qué estás haciendo?

—He visto una película de miedo y no puedo dormir.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Si vas a ver pelis de miedo, hazlo cuando yo esté contigo para que pueda reírme de los respingos que das.

No había nada más divertido que ver cómo se nublaban los ojos de Cookie a causa del miedo. Aparte de lo que acababa de hacer con Reyes, claro.

—Lo sé. En fin, ¿qué tal tu día?

—Bueno, presencié el atraco a un banco, los Ladrones Caballerosos me tomaron como rehén, estuve a punto de ser arrestada por cómplice y he pasado una de las noches más interesantes de mi vida. Y hablando del tema, ¿sabías que el néctar de los dioses está en mi vagijiji?

Mi amiga me dirigió una bochornosa mirada de horror.

—¿Qué demonios es un vagijiji?

Sin embargo, yo estaba segura de que lo sabía. En el fondo. Si no, ¿a qué había venido esa cara de horror?

—Espera un momento... ¿qué ha pasado aquí? —preguntó mientras señalaba con la cabeza el Área 51.

—Reyes me ha dado una sesión de terapia, aunque no creo que tenga licencia.

Cookie ahogó una exclamación y se acercó a mí a toda prisa.

—Ay, Charley, quiero todos los detalles. Y un cuadro al óleo, si sabes pintarlo.

Lo que no mata... será mejor que sepa correr a toda velocidad.

(Camiseta)

—¿Adónde vas? —le pregunté a Reyes cuando se levantó de la cama.

—A esa triste estancia que tú llamas cocina.

Lo miré boquiabierto. Nadie insultaba a esa triste estancia que yo llamaba cocina sin consecuencias. Sin embargo, en ese momento me dedicó una sonrisa radiante y olvidé mi venganza en el acto.

—¿Tienes algo para comer? —quiso saber.

—¿Cuentan las cosas verdes con pelusa?

—La verdad es que no me va mucho la comida sana —dijo con una sonrisa incluso más impresionante.

Cuando pasó junto a la cómoda, recordé que aquella mañana había sacado la fotografía, esa fotografía en la que aparecía atado y con los ojos vendados, y me entró el pánico. Reyes ni siquiera miró la cómoda. No la habría visto, pero se detuvo en seco al percibir mi miedo. Tuve que recordarme que era como yo. Que percibía las emociones de los demás. Que podía sentir las y saborearlas en el ambiente. Y mi pánico lo asaltó con la fuerza suficiente como para detenerlo. Me había traicionado sin querer.

Se volvió hacia mí con el ceño fruncido, curioso.

—¿Qué pasa? —preguntó con una sonrisa torcida.

—Nada. Solo pensé... Creí que te ibas.

El recelo lo inmovilizó.

—¿Por qué me mientes?

—No te miento. Bueno, sí, pero solo porque hay algo que no quiero que veas.

Miró a su alrededor sin pensárselo. No la vio. Estaba bocabajo, medio cubierta por las carpetas de documentos, un cepillo y, seguramente, una caja de productos femeninos que aún no había llevado al baño.

Se volvió hacia mí y cruzó los brazos.

—Ahora siento curiosidad.

Me mordí el labio inferior.

—¿Y si te pido que no la sientas?

—¿No confías en mí?

—No se trata de confianza. De verdad. No en lo que a ti respecta.

Cambió de posición, pensativo.

—Entonces es un problema de confianza en lo que a ti respecta, ¿no? Algo como: «¿Debería confiar en tí?».

—Algo por el estilo, sí. O tú lo verías de esa manera.

—¿De qué manera, exactamente?

Echó un vistazo por encima del hombro, confundido. Si la fotografía hubiera sido

una serpiente lo había mordido, y él la habría matado en plan guerrero machote. Así de cerca la tenía.

—¿Qué te parece si salimos a comer algo?

—¿Es esto? —preguntó. Sin mirar, estiró el brazo hacia atrás y cogió la foto de la cómoda.

—¿Cómo lo...?

Me callé antes de hundirme más en la miseria. Reyes todavía tenía sus hermosos ojos clavados en los míos cuando se colocó la foto delante, pero en el momento en que bajaron, en el momento en que posó la vista en la imagen, un gélido escalofrío de asombro asaltó mis sentidos. Parpadeó a causa de la sorpresa.

Me puse de rodillas y gateé por la cama para acercarme a él.

—Reyes...

—¿De dónde has sacado esto?

La siguiente emoción que percibí no fue furia ni dolor, sino traición. Desconfianza.

—Yo... Me la dio una mujer. La encontró en el apartamento donde vivías la primera vez que te vi. Ella la había guardado.

—¿Y por qué la conservas?

La tormenta de agonía que sentía Reyes me dejó mareada. Se me encogió el corazón.

—No lo sé. No había vuelto a mirarla desde la primera vez.

Se acercó a mí, y la fuerza de su furia asaltó mis sentidos. Por fin, algo que podía manejar.

—En ese caso, ¿por qué la has guardado, Holandesa?

Alcé la barbilla.

—No lo sé.

¿Cómo podía decirle que no quería olvidar nunca lo que él había sufrido, lo que ambos habíamos padecido a manos de ese monstruo?

Reyes salió a toda prisa de la habitación con la fotografía en la mano. Corrió tras él mientras se acercaba a los fogones. Iba a quemarla. Quizá fuera lo mejor, pero por alguna razón, por alguna extraña e inexplicable razón, salté hacia él y se la arrebataé.

Me miró con expresión desconcertada.

—Dámela.

—¿Por qué no me cuentas lo que ocurrió? —le pregunté, muy consciente de que él jamás se sinceraría tanto. No lo suficiente para hablarle de su pasado con Earl Walker. No podía culparlo, desde luego, pero merecía la pena intentarlo.

—¿Por qué no la quemo y nos olvidamos de todo esto?

—No puedo —respondí mientras intentaba acallar el dolor de mi pecho, pero él lo notó de todas formas.

Con un gruñido que me aceleró el pulso, me rodeó la garganta con una mano y la cintura con la otra. Luego me aplastó contra la pared.

—No te atrevas a sentir lástima por mí, Holandesa. Lo último que quiero es tu compasión.

—Es una prueba, Reyes. Si alguien llegara a cuestionar otra vez lo que te ocurrió, tendremos una prueba. Y no siento lástima por ti. Solo me identifico contigo.

La sonrisa que se dibujó en su cara ya no tenía nada de juguetona. Era más agresiva que amable. Más intimidante que cariñosa. Y me rompió el corazón. Creía que habíamos superado aquello. Al parecer, me equivocaba.

Reyes se echó hacia delante, y el calor de su furia fue como un río de lava sobre mi piel. La reacción visceral que sufría mi cuerpo siempre que él se encontraba cerca se multiplicó por tres. Aspiré entre dientes y él se detuvo. Después de un momento, apoyó la frente sobre la mía y se inclinó hacia mí. Por lo visto, era tan incapaz de luchar contra la atracción que nos unía como yo. Sin embargo, sus ojos decían que lo había traicionado. No quería que hurgara en su pasado, y eso era justo lo que mostraba la fotografía.

—Cuando puedas decirme qué diferencia hay entre sentir lástima por alguien e identificarse con él en lo que se refiere a esa foto, llámame —dijo con voz serena y distante.

Me dio un empujón de advertencia antes de coger la bolsa de deporte y dirigirse a la puerta, y cerrarla de un portazo al salir.

Apoyé la espalda en la pared y me esforcé por llenar mis pulmones de aire.

Cookie se pasó por casa a la mañana siguiente con la nueva información sobre el caso, y yo me esforcé por disimular mi tristeza.

—Está bien —dijo mientras leía sus notas y se preparaba una taza de café—, según parece, el jardinero sobre el que te habló la señora Beecher, Felix Navarro, murió hace unos meses.

—Bueno, eso explicaría por qué ha dejado de ser el jardinero. ¿Algo sospechoso sobre su muerte?

—No. Su hija me dijo que murió por causas naturales. No hay nada que investigar.

—Vale, entonces seguro que no es nuestro hombre. Si tenía todas esas fotos de Harper en la cartera quizás fuera porque de verdad le tenía mucho cariño. —Tomé un sorbo de café y me senté junto a la barra de desayunos.

Las cajas del apartamento habían quedado reducidas casi a la nada. Las únicas que quedaban eran las del Área 51.

—Se lo tenía —dijo Cookie—. Su hija me contó que llevaba fotos de todos sus hijos, y que consideraba a Harper y a su hermanastro, Art, parte de su familia.

—Ay, qué tierno.

—Lo es. Mucho. Aunque entiendo que la señora Beecher lo considerara un tanto sospechoso, teniendo en cuenta lo que ocurrió.

—Cierto.

Pasó a la página siguiente.

—Ah, ha llamado tu tío Bob. Ese tipo incendió otro edificio esta mañana temprano.

—¿El mismo tipo?

—Eso parece. Te he dejado una nota con la dirección en la carpeta. —Señaló el archivador que estaba encima de la mesa de la cocina—. Por lo visto, el sospechoso sacó a alguien del edificio antes de quemarlo.

Dejé la taza de café.

—Bueno, al menos se comporta de manera civilizada.

Cookie asintió y removió el café mientras yo me acercaba a coger el bolso.

—De acuerdo —le dije—, llámame si descubres algo más.

—Lo haré.

Justo cuando me acercaba a la puerta, le eché un vistazo a la carpeta. No reconocí la dirección hasta que me colgué el bolso del hombro y agarré el pomo. En ese momento me detuve y me di la vuelta tan rápido que el mundo entero empezó a tambalearse. Regresé a la mesa a toda prisa y arranqué de la carpeta el Post-It con la dirección del último incendio. Y

de repente el mundo empezó a tambalearse otra vez, pero por un motivo completamente distinto.

Cuando aparqué en el escenario del incendio, el olor del humo empezó a entrar por los conductos de ventilación de Misery, acre e irritante. Los bomberos seguían de guardia y arrojaban agua al aire desde sus enormes camiones rojos. Toda la zona estaba precintada, y los curiosos se agolpaban a uno de los lados para ver a los bomberos y grabar la enorme columna de humo con sus teléfonos móviles.

Salí del coche y levanté la vista. Estaba claro que aquello no había sido un accidente. Ni una coincidencia. Aquel era el edificio del que le había hablado a Reyes apenas tres horas antes. El edificio en el que lo vi por primera vez. El edificio en el que se encontró la fotografía.

Llamé a Cookie.

—Hola, cielo. Necesito que compruebes algo por mí.

—Dalo por hecho.

—Quiero que consigas la lista de direcciones donde ha actuado el pirómano. Está en la carpeta. Luego cotéjala con la lista del tío Bob en la que aparecen todas las direcciones conocidas de Reyes Farrow de cuando lo arrestaron por primera vez por el asesinato de Earl Walker. Tengo ese archivo en el armario.

—Sí, lo recuerdo. —Arrastraba las palabras con suspicacia—. ¿Crees que hay alguna conexión?

—Eso es lo que intento averiguar. Bueno, lo que intento que tú averigües, ya sabes.

—Colgué y me acerqué a un agente de servicio—. ¿Dónde está la mujer? —pregunté.

—¿Perdón? —Empezó a avanzar hacia mí con las palmas en alto a modo de advertencia—. Tiene que permanecer a treinta metros de distancia.

—La mujer que el pirómano sacó del edificio antes de incendiar el lugar. ¿Dónde está?

El tipo miró a su alrededor.

—¿Cómo sabe eso?

—Trabajo con el Departamento de Policía de Albuquerque en este caso, bajo la supervisión del detective Robert Davidson. —Al ver que no reaccionaba, le mostré mi licencia de detective privado y la placa del departamento que me identificaba como asesora—. ¿Quiere el número del inspector Davidson?

Oí la voz del tío Bob antes de que el agente pudiera responder.

—Charley —dijo mientras cojeaba hacia mí. La rodilla debía de molestarle de nuevo—. No esperaba que vinieras. Por lo que sabemos, el edificio estaba vacío a excepción de esa mujer. Y a ella no le ha hecho ninguna gracia que la sacaran.

Asentí con la cabeza. La mujer debía de ser la señora Faye, y seguro que no estaba contenta, pero lo que a mí me preocupaba era algo muy distinto. Y debió de notarse.

—¿Qué te pasa, calabacita? —preguntó el tío Bob.

Le ofrecí una sonrisilla débil.

—Quizá nada. Yo... espero que no sea nada.

—Cariño, si sabes algo sobre este caso...

—No estoy segura. Cookie lo está investigando. Si averiguo algo, te llamaré.

El tío Bob hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Y bien, ¿la señora Faye pudo identificar al pirómano?

—No. Dijo que estaba todo demasiado oscuro, pero que era alto y delgado.

Yo no habría dicho que Reyes fuera delgado exactamente, pero entendía que la señora Faye lo considerara así. Tenía una manera muy peculiar de ver el mundo.

—Tu agente Carson tiene unas pistas estupendas sobre esos atracadores de bancos.

—Sí, por desgracia —le dije.

—¿Son amigos tuyos? —preguntó con las cejas enarcadas.

—Sí, muy buenos amigos. Bueno, todos menos uno. El que quería quitarme de en medio. Y no, no es que le impidiera el paso.

—Ah, te refieres a «quitarte de en medio» como quitarte de en medio...

—Exacto.

—Bueno, me alegro de que lo hayamos aclarado. ¿Cómo va tu otro caso?

Compuse mi expresión derrotada. La que conseguía que mis labios se parecieran muchísimo a los de la familia de los patos.

—No va.

—Lo siento, tesoro. Si puedo ayudarte en algo, dímelo.

—Gracias, tío Bob. Y ten cuidado con la señora Faye. Oculta un arma en...

—Ah, sí, eso ya lo he averiguado. —Se frotó el hombro. Esa mujer era un peligro.

Volví a Misery e hice un repaso mental de los hechos. Reyes olía a humo. Su camisa estaba chamuscada y tenía arañazos en la cara, algo que la señora Faye era muy capaz de hacer, incluso a él.

Por una vez en mi vida, deseé estar equivocada.

Puesto que me quedaba cerca, decidí ir a ver cómo estaba Harper antes de dirigirme a mi siguiente parada. Entré por la parte de atrás y seguí el zumbido de una aguja de tatuajes. Debían de estar tatuando a algún amigo, porque nunca abrían por horas.

Encontré a Pari en su escritorio.

—Hola, ¿cómo está Harper?

—¿Qué has hecho? —preguntó mientras buscaba sus gafas de sol.

—Nada. —Me dio la impresión de que lo mejor sería hacerme la inocente mientras pudiera—. ¿Por qué? ¿Qué tenía que haber hecho?

Se puso las gafas y luego se acercó a mí.

—Sienna se ha ido. Ha vuelto a Nueva Orleans.

Retrocedí con las manos en alto.

—No hicimos nada. Estaba colada por ti, no por mí.

—Se pasó por aquí ayer, temblorosa y aterrada, diciendo algo sobre que no eras lo que dices ser. —Me fulminó con la mirada—. ¿Cómo lo descubrió?

No pude evitar fijarme en la sonrisa que se dibujó en el rostro de Tre mientras tatuaba un pulpo en la espalda de un estudiante. El trabajo era increíble. Por detrás del pulpo había un laberinto de máquinas a vapor. Las ruedas y los engranajes impulsaban las manecillas de un gigantesco reloj que cubría todo el omóplato izquierdo. Sin embargo, Tre sonreía por una razón muy distinta. Por Dios, a veces era muy lenta de entendederas. El chico estaba totalmente colado por Pari. Le alegraba que Sienna se hubiera ido.

Me llevé a Pari a una zona más privada.

—Mi padre me disparó. Me agaché. Eso es todo.

—¿Tu padre te disparó?

—Solo dos veces.

Agachó la cabeza, derrotada.

—Sienna y yo conectábamos de verdad. Creí que sería la elegida.

—Solo has salido con ella un día.

—Y fue un día increíble —replicó, a la defensiva.

—¿No has pensado nunca en buscar algo más cerca de casa? —pregunté para tantear el terreno.

—¿Qué quieres decir? ¿Quieres que busque en mi familia? Porque eso no suele estar muy bien visto...

—No, quiero que busques en tu casa. —Señalé a Tre, que le añadía el sombreado a un tentáculo.

Al principio, el rostro de Pari se contrajo en una mueca de repulsión, pero luego adquirió un aire pensativo. Casi pude oír el chirrido de los engranajes de su cabeza mientras se asomaba por la esquina para echarle otro vistazo.

—Está bueno.

—Ni que lo digas.

—Pero es tan... No sé, demasiado casquivano.

—Mira quién fue a hablar. Espera un momento... —Esbocé una sonrisa pícara—. A ti lo que te preocupa es la competencia.

—Claro que no.

—Por supuesto que sí.

—Claro que no.

—Por sup...

—¡Jefa! —gritó Tre con tono alegre—. Si habéis acabado de hablar sobre lo bueno que estoy, deberías saber que tu cliente ya se ha decidido por un color.

Pari se enderezó.

—Vaya, me llaman. Saluda a Harper de mi parte.

—Desde luego.

Fui hasta la habitación de atrás, pero Harper no estaba allí. Miré en todas partes, incluido el recibidor del salón de Pari. Harper no estaba. Maldición. Se me acababa el tiempo.

Puesto que la señora Beecher había sido tan servicial la primera vez que hablé con ella, decidí interrogarla de nuevo, pero en esta ocasión me concentraría en el aspecto que tenía Harper cuando regresó de casa de sus abuelos tras el matrimonio de los Lowell. Aparqué una vez más enfrente de su casa, volví a admirar sus flores moradas y llamé a la puerta mientras me preguntaba dónde se había metido Harper.

La señora Harper abrió la pesada puerta de madera, pero se mantuvo tras la de cristal, como la vez anterior. No obstante, a diferencia de la última vez, pareció molestarse al verme allí. No podía culparla. Mi presencia molestaba a casi todo el mundo.

—Hola otra vez —dije mientras la saludaba estúpidamente con la mano—. Soy yo. Querría saber si podría hacerle un par de preguntas más.

—Tengo la cena lista —dijo después de echar un vistazo por encima del hombro.

—Bueno, solo tardaré un minuto.

La mujer apretó los labios y asintió con la cabeza. Llevaba un vestido gris que hacía juego con sus ojos y un delantal amarillo claro.

—Genial, muchas gracias. Seguro tengo entendido, Harper se alojó con sus abuelos mientras los Lowell estaban de luna de miel. ¿Recuerda algo extraño sobre ese viaje? ¿Harper parecía haber sufrido maltratos de algún tipo? ¿Alguna clase de abuso? ¿Algo fuera de lo normal? —Volví a sacar la libreta, por si acaso me contaba algún chisme

interesante, porque los mejores chismes siempre eran muy interesantes.

—Nada especial. —Se encogió de hombros mientras pensaba—. Regresaba a casa cuando anochecía, después de jugar con los chicos del vecindario durante todo el día a pleno sol. Sufrió unas quemaduras horribles. Aparte de eso, se lo pasó de maravilla. Le encantaba ir a visitar a sus abuelos.

Me quedé callada un momento y me pasé la lengua por el labio inferior.

—¿Regresaba... «a casa»? —pregunté sorprendida—. ¿Quiere decir que usted estaba allí? ¿Estaba en casa de sus abuelos con ella?

La mujer esbozó una sonrisa tan falsa como las de las operaciones estéticas. De repente, todos y cada uno de sus movimientos se volvieron calculados; todas sus expresiones, forzadas.

—Sí, estaba allí. Creía que usted lo sabía.

—No. Nadie lo mencionó.

—De verdad era tan fácil descartar al personal de servicio como si no existiera?

Percibí la marea de intranquilidad que desprendía la anciana, y comprendí que debía de haber malinterpretado el temor que noté en ella cuando nos vimos por primera vez. Había dado por sentado que le preocupaba hablar conmigo por miedo a las posibles represalias de la señora Lowell. Quién iba a imaginar que...

No, no podía sacar conclusiones apresuradas. Además del hecho de que no se me daba muy bien sacar cosas, aquella mujer parecía una anciana muy dulce. Las ancianas dulces no acosaban a los niños. No los asustaban o los maltrataban sin motivo, ¿y qué motivo podía tener alguien para aterrorizar a una niña de cinco años?

Decidí jugar el as que tenía en la manga y ver si ella aceptaba la apuesta.

—Bueno —dije, después de un instante de silencio—, cuando hablé con Harper hace un par de días, no me mencionó que usted la hubiera acompañado. ¿Está segura de que no notó nada fuera de lo normal?

En cuanto las palabras salieron de mis labios, las emociones de la señora Beecher se revolucionaron, como si hubiera conseguido el premio gordo de una tragaperras. Pero era toda una profesional. Puso una hermosa cara de póquer. La emoción que rugía bajo la calma exterior era como un huracán veraniego visto desde la serenidad del espacio.

Permanecí inmóvil, alucinada. ¿El ama de llaves? ¿En serio? No medía ni metro y medio y estaba regordeta como una magdalena.

—Siento mucho hacerle siempre la misma pregunta —dije tras sacudir la cabeza para recuperarme—. Es que estamos muy preocupados por Harper. Cualquier información que pueda darnos nos servirá de mucha ayuda.

De repente, la mujer parecía más frágil que la porcelana fina, y abrió la puerta de cristal haciéndose a un lado.

—Claro, claro. Siento haber sido tan grosera. Pase. —Incluso su voz temblaba más que la primera vez.

Sí. Aquello iba a terminar muy mal.

Me pregunté a quién tenía dentro. ¿A un apuesto musculitos que le hacía todo el trabajo sucio? ¿A una hija loca que acataba todas sus órdenes? No parecía el tipo de mujer capaz de matar a un conejo y colocarlo en la cama de una niña pequeña, pero cosas más raras se habían visto.

Me obligué a avanzar y a adentrarme en la guarida de la fiera.

—¿Le apetece un té, querida? —preguntó.

—¿Para que puedes echarme un poco de arsénico? Me parece que no.

—Mmm... no, gracias, estoy bien.

Nos quedamos en el vestíbulo, y no pude evitar fijarme en los diecisiete millones de fotografías en las que aparecía el mismo hombre. Abarcaban toda la vida del tipo, desde que era un niño hasta los cuarenta y pocos. ¿Su hijo, tal vez? ¿Su nieto?

—Bueno, ¿qué otra cosa quiere saber?

Lo cierto era que quería saber cómo demonios iba a demostrar que aquella anciana tan dulce había amenazado a Harper durante prácticamente toda su vida. Pero no me pareció bien preguntárselo. Necesitaba pruebas. O una confesión completa en alta definición.

La mujer echó un vistazo más allá del vestíbulo, pero no supe qué buscaba. Por desgracia, no podía volverme y mirar también sin levantar sospechas, y quería que ella creyera que me había engañado por completo.

—Sé que es una tontería —dije mientras ponía los ojos en blanco con una sonrisa ingenua—, pero la señorita Lowell insiste en que alguien intenta hacerle daño. ¿Podría decirme lo que recuerda de la estancia en casa de sus abuelos? ¿Recuerda cuándo empezaron las «supuestas» amenazas? —Añadí comillas con los dedos.

El ama de llaves esbozó una sonrisa aliviada. Para ella, yo era tan crédula como lo habían sido sus señores durante todos esos años. No obstante, debo admitir que me sentía desconcertada. ¿Por qué había aterrorizado aquella mujer a una niña de cinco años? ¿Por qué continuó haciéndolo durante toda su vida, hasta el punto de que consideraron necesario internar a Harper? La simple idea me espantaba.

Contemplé los retratos que nos rodeaban. Quizá me dieran alguna pista. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que había algo raro en el tipo que aparecía en los retratos. Sus ojos azules resultaban demasiado brillantes. Me recordaba a Gerard Roma, un niño de la escuela primaria que solía quemar hormigas con una lupa. Nunca estuvo del todo bien. Era curioso que hubiera sufrido una combustión espontánea durante las semanas finales de nuestro primer año de universidad. Donde las dan, las toman. Una putada.

La señora Beecher rió por lo bajo y me condujo al interior de la casa.

—Esa niña tenía una imaginación desmesurada, se lo digo yo. Empezó a contar historias cuando tenía alrededor de cinco años, y nunca dejó de hacerlo. —Avanzó hasta la cocina.

Examiné todos los rincones que pude durante el trayecto, en un intento por averiguar a qué me enfrentaba exactamente.

Por suerte, en ese instante llamó Cookie. Más oportuna, imposible.

—Lo siento —dije mientras apretaba el botón del móvil para aceptar la llamada—, ¿me disculpa un segundo? Tengo que contestar.

—Adelante, querida.

Me di la vuelta y me acerqué a una puerta abierta que había al lado de la cocina. Lo más extraño era que cuanto más me aproximaba a esa puerta, más se asustaba la señora Beecher.

—Hola, Cook —dije en un tono alegre y animado. Antes de que ella pudiera responderme, añadí—: Sí, ahora mismo estoy con la señora Beecher. Este caso es un callejón sin salida. No logro encontrar ninguna prueba que sustente las acusaciones de Harper Lowell. —Mis palabras calmaron un poco a la anciana, así que me alejé otros cuantos pasos más.

—De acuerdo —dijo Cookie, que lo pilló a la perfección—, ¿estás en peligro inminente?

—No creo, pero nunca se sabe en casos como este.

—¿Qué puedo hacer?

—Claro que sí, puedo quedar con el tío Bob para tomar un café. ¿Podrías llamarlo y decirle que se reúna conmigo en esa dirección que me diste?

—Desde luego que sí. ¿Quieres que le diga que es una emergencia?

—No, no. No pasa nada. No hay prisa. Ya casi he acabado aquí.

—Vale, llamaré a Ubie ahora mismo. Ten cuidado.

—¿Qué? ¿Cómo que te gusta ver a hombres desnudos en internet?

—Lo digo en serio.

Mierda. Ni siquiera había conseguido enfadarla. ¿De qué servía provocar a alguien si ese alguien ni siquiera se enfadaba? Colgué el teléfono y me acerqué un poco más a la puerta. La estancia estaba totalmente a oscuras y no se veía nada, pero estaba más fresca que el resto de la casa. Seguro que era una especie de sótano. Y los sótanos nunca auguraban nada bueno, así que empecé a darme la vuelta cuando, de repente, oí un ruido sordo. Un dolor intenso estalló en mi cabeza y un instante después el mundo se desplomó a mi alrededor entre saltos mortales y dolorosos rebotes.

Aterricé al pie de un sólido tramo de escalera, convertida en un amasijo de pelo y extremidades corporales. Siempre había creído que la madera de pino era más blanda. Pero la verdad era que hacía mucho daño.

Me acurruqué en posición fetal, me sujeté la cabeza y apreté los dientes en un esfuerzo por soportar el dolor que invadía todas y cada una de las moléculas de mi cuerpo. Oí una puerta cerrarse más arriba y luego los débiles pasos de la señora Beecher bajando la escalera. Avanzaba tan despacio como un caracol con muletas. Llevaba una sartén de hierro fundido en las manos, y yo estaba casi segura de que eso había sido lo que había iniciado mi tumultuoso viaje hacia lo desconocido. ¿Quién habría imaginado que el hierro fundido fuese tan duro?

Todavía necesitaba pruebas de su implicación en el caso de Harper. En esos momentos, lo único que tenía era el sartenazo de una anciana que podía alegar demencia senil y salir de rositas en un juicio. Con las pocas energías que me quedaban, obligué a mis músculos a relajarse a fin de que mi cuerpo pareciera tan blando como los espaguetis cocidos. El tío Bob estaba de camino. Quizá yo pudiera resolver el caso antes de que él llegara.

Se me habían saltado las lágrimas, y el aire estaba fresco en contacto con la humedad de mis mejillas, pero eso era lo único positivo que logré encontrarle a la situación. Bueno, eso y que, de ser necesario, podría ganarle una carrera a la señora Beecher. En ese momento se encontraba más o menos a media escalera, así que decidí reservar mis fuerzas mentales y pensar cómo sería vivir en un mundo gobernado por las mariposas donde los humanos fueran esclavos.

No sirvió de nada. Solo podía pensar en el dolor que atravesaba a Barbara, mi cerebro. Por lo general no le prestaba mucha atención a Barbara —la pobre no salía mucho—, pero aquel era su día. Tenía la certeza de que ciertas partes de ella estaban saliendo de Fred, mi cráneo.

Mientras yacía allí tumbada convertida en espaguetis, la señora Beecher se acercó a unas estanterías y empezó a inspeccionar viejas cajas, buscando seguramente una vieja sierra oxidada con la que desmembrarme para luego enterrar mis restos en ese mismo sótano. Me fijé en que tenía el suelo de tierra. Qué conveniente.

Luego oí otra cosa. Levanté la vista y vi que Harper bajaba la escalera de puntillas.

Le dirigí una mirada de advertencia, pero ella se apresuró a bajar en cuanto me vio.

—Charley —susurró mientras miraba a su alrededor con horror—, ¿qué ha pasado?

—¿Qué haces aquí? —pregunté con los dientes apretados y sin mover los labios más de lo necesario. No sé por qué. Lo único que deseaba era sujetarme la cabeza y retorcerme de agonía.

Harper vio a la señora Beecher y me puso la mano en el hombro en cuanto lo comprendió todo.

—Recordé algo, por eso vine aquí.

—Tienes que irte. Puede que no parezca gran cosa, pero esa mujer tiene un gancho de izquierda terrible. —La miré con furia por encima del hombro—. Maldita embustera.

—¿Cómo coño habrá conseguido atizarme con una sartén de hierro fundido? ¡Si no abulta más que una pelota de tenis!

Pero ya había perdido a Harper. Tenía la mirada clavada en la espalda de la señora Beecher y una mezcla de asombro y angustia en los ojos. Mis ojos también estaban angustiados, pero por una razón muy diferente.

—Harper —susurré en un intento por lograr que volviera a acercarse a mí. Por suerte, la señora Beecher no oía nada que no alcanzara el volumen de un rugido apagado—. Cielo, ¿qué es lo que recuerdas?

Los enormes ojos castaños de Harper se posaron en mí, pero parecían incapaces de enfocarme.

—A su nieto —me dijo con un hilo de voz—. Dewey era un poco mayor que yo. Vivía con nosotros. Con la señora Beecher, en su apartamento.

El dolor se aplacó un poco, y las palpitaciones se volvieron casi tolerables.

—¿Qué ocurrió, cielo? Ella te acompañó a casa de tus abuelos mientras tus padres estaban de luna de miel. ¿Te hizo daño su nieto?

Tenía una expresión tan distante que temí que no me respondiera.

—No, a mí no —dijo al final—. A un niño. Creo que mató a un niño.

Cerré los párpados con fuerza en un vano intento por bloquear las imágenes que habían conjurado sus palabras.

—La señora Beecher encontró a Dewey. El nieto intentaba despertar al niño, pero no podía. Y fue entonces cuando ella me vio.

Miré a la anciana.

—¿La señora Beecher? ¿Te vio cerca de allí?

—Sí. Estábamos jugando al escondite en el granero, pero Dewey se enfadó cuando el niño lo encontró. No sé muy bien qué ocurrió, pero empezaron a pelearse. Dewey lo tiró al suelo y se sentó encima de él hasta que el chico dejó de forcejear. Hasta que dejó de respirar.

Harper cerró los ojos, pero no pudo contener las lágrimas. Luego recordó otra cosa y se sobresaltó.

—Vine aquí. Vine para preguntarle a la señora Beecher por qué lo hizo. Por qué lo encubrió.

Por lo visto, la señora Beecher había encontrado lo que buscaba. Se estaba acercando a nosotras. Tenía que darme prisa.

—¿Qué fue lo que hizo, Harper? ¿Qué hizo la señora Beecher ese día que estabais en el granero?

—Me agarró. —Harper se miró los brazos—. Tenía las uñas muy largas y me zarandéó. Dijo que Dewey había matado sin querer un conejito. Un conejito blanco. Y que

si yo se lo contaba a alguien, me haría lo mismo a mí. Luego puso el conejito en una maleta y lo llevó de vuelta a la ciudad con nosotros.

Mi asombro debió de ser evidente.

Harper asintió con los ojos llenos de tristeza.

—Pero no era ningún conejo. Ahora lo recuerdo. Ese niño está enterrado en algún lugar de nuestra propiedad. En una maleta roja.

Sentí una opresión en el pecho. Cookie me había dicho que un niño había desaparecido en Peralta por aquella época, y Peralta y Bosque Farms estaban al lado. Resultaba difícil saber dónde terminaba una villa y dónde empezaba la otra. El caso nunca se había resuelto.

Bueno, pues acababa de resolverlo.

Sin dejar de fingirme inconsciente, bajé los párpados para observar entre las pestañas cómo se acercaba la señora Beecher. Podía ver lo suficiente para distinguir su silueta cuando la tuve cerca. Llevaba un punzón para el hielo. Un punzón para el hielo. ¿En qué coño pensaba esa mujer? Por Dios, qué sangre fría tenía.

Harper ahogó una exclamación y se acurrucó sobre mí para protegerme. Fue una de las cosas más dulces que nadie había hecho por mí.

La puerta de arriba se abrió y se oyeron unos pasos pesados en la escalera. Por desgracia, no podía ser el tío Bob. No había pasado el tiempo suficiente. Además, el tío Bob siempre gritaba cosas como: «¡Departamento de Policía! ¡Arriba las manos!». Aquel tipo no gritaba nada.

Me encogí cuando el hombre de los retratos se situó a mi lado. En parte porque era gigantesco, casi el doble de alto que la señora Beecher, pero sobre todo porque mi ventaja se había ido a la mierda. Ahora tendría que correr más que ellos dos con Barbara rezumando por fuera de Fred.

—¿Quién eres? —me preguntó. Por lo visto le hablaba a los tallarines, porque yo estaba bordando mi representación de espaguetis cocidos.

—Esta mujer quiere alejarte de mí. Vamos a tener que plantarla en el suelo para que pueda crecer.

El hombre agachó la cabeza.

—Creo que no quiero hacer eso otra vez.

—Yo tampoco quiero, pero te necesito aquí conmigo, tesoro. ¿Quién si no iba a encargarse del trabajo en el jardín?

—¿El trabajo en el jardín?

—Lo sé, abuelita, pero...

—¿El puto trabajo en el jardín?

—Nada de peros. Ahora, encárgate de ella como hiciste con la señorita Harper.

El hombre miró hacia un rincón oscuro del sótano. Hacia un montón de tierra fresca.

—Harper era buena conmigo.

Yo le cortaría el césped, joder. ¿De verdad todo aquello era por los trabajos de jardinería?

La anciana levantó la mano para darle unas palmaditas en el hombro a su nieto.

—Lo sé, lo sé. Pero iba a denunciarte a la policía. Te habrían metido en la cárcel, caramelito mío. ¿Qué haría yo sin ti?

El hombre se encogió de hombros y la señora Beecher rió encantada, mientras le pellizcaba las mejillas como si tuviera cuatro años.

Estaba metida en un buen lío.

La anciana agarró el punzón de hielo como si su vida dependiera de ello y bajó la vista para observarme.

—No obstante, todavía hay que esperar. Primero debo asegurarme de que está muerta.

La señora Beecher apoyó una rodilla a mi lado, un movimiento laborioso que le llevó el tiempo suficiente para permitirme pensar en lo que ocurriría si se derretían los casquetes polares. Cuando eso me quedó claro, me pregunté si debería salir pitando o intentar razonar con Dewey. El nieto parecía un poco más cuerdo que su parienta.

—Bueno, ¿dónde se supone que está el corazón? —preguntó dicha parienta.

¿Betty White? ¿Iba a por Betty White?

Mis manos se levantaron por instinto para protegerla. Era muy frágil. Muy vulnerable. Y la señora Beecher quería clavarle un punzón para el hielo. De eso nada.

La mujer dio un respingo a causa de la sorpresa, y yo ya había empezado a arrastrarme hacia la escalera cuando un peso comparable al de una hormigonera aterrizó en mi espalda.

—Ay, así se hace, caramelito. Sujétala ahí. Bueno, ¿dónde se ha metido el punzón?

Harper se abalanzó hacia delante con la intención de quitarme a Dewey de encima, y se quedó atónita al ver que lo había atravesado.

Mierda. Debería habérselo dicho. Pero no era fácil contarle la verdad a la gente que no sabía que estaba muerta. La impresión los dejaba en un estado de shock, y en ocasiones no volvía a verlos en varios años. Aun así, debería habérselo dicho, porque la expresión desconcertada con la que miraba a Dewey mientras atravesaba su cabeza con el brazo me rompió el corazón.

Me miró a los ojos.

—¿Estoy muerta? —preguntó con la voz ronca a causa de la emoción. Se desplomó en el suelo con la mirada perdida en el infinito.

Me retorcí bajo el peso de Dewey mientras me preguntaba qué demonios le daba de comer su abuela. Menos mal que la vieja había perdido el punzón.

—Lo siento, Harper. —Apenas pude pronunciar las palabras—. Quería decírtelo.

—¿Qué? —preguntó la señora Beecher.

—Llamé a la policía —dije, estirando el cuello—. Están de camino.

La mujer resopló y se volvió hacia mí.

—Necesito más luz. ¿Dónde se habrá metido esa cosa?

—¿Ellos me han matado? —preguntó Harper, todavía desconcertada.

Estiré un brazo hacia ella para ponerle la mano sobre la rodilla.

—Sí. Aunque no sé quién de los dos exactamente. ¿Recuerdas lo que ocurrió?

—Está hablando, abuelita.

—Bueno, pues aplástala más.

Dewey cumplió la orden y saltó sobre mí, y lo único que pude pensar fue: «Ay. Dios. Mío». ¿Dónde estaba el tío Bob cuando lo necesitaba?

Me sentía como si estuviera en una película de miedo, a la espera de que aparecieran los payasos diabólicos bajo las escaleras. Intenté concentrarme en sobrevivir a esa feria de monstruos.

—¿Qué estás haciendo?

Me volví hacia el otro lado para mirar a Angel. El chico me observaba con el ceño fruncido.

—Intento respirar —respondí mientras intentaba respirar. Sin embargo, la oscuridad

había empezado a filtrarse en la periferia de mi campo de visión.

—¿Por qué está sentado ese tío encima de ti? —En ese momento vio a Harper—. Ah, hola.

Angel inclinó la cabeza a modo de saludo, pero Harper todavía estaba en estado de shock: tenía las manos levantadas y las giraba sin dejar de mirarlas.

—Imagino que no te importará empujarlo y quitármelo de encima, ¿verdad? —le pregunté.

—Supongo que podría intentarlo.

—¿Y podría ser pronto?

Angel frunció el ceño, fijó su atención en Dewey y se concentró. Tras unos segundos, lo empujó. Y Dewey cayó rodando.

El dulce caramelito...

Me arrastré una vez más hacia la escalera mientras luchaba con la inclinación de la Tierra. Dicha inclinación no dejaba de lanzarme contra la pared, y fue entonces cuando me di cuenta de que seguramente sufría una commoción. Por desgracia, Dewey se recuperó, corrió hacia la escalera, me agarró de la pierna y tiró de ella.

Aquello iba a doler.

Sí. Me golpeé la barbilla con un escalón y me entrechocaron los dientes. Aquello se parecía mucho a las miles de películas de miedo que había visto.

El mareo tuvo la culpa de que me tropezara y cayera escaleras abajo.

—Tienes que calmarte —dije al tiempo que levantaba las manos.

Fue entonces cuando Dewey me rodeó la garganta con sus enormes manazas. Debía meterme en la cabeza de una vez que decirle a la gente que se calmara tenía justo el efecto contrario.

—Sujétala bien, tesoro. No encuentro ese maldito punzón. Tendré que utilizar la sartén.

—Tienes que dejar de pensar como una humana —sugirió Angel.

—No me estás ayudando. Busca a Reyes.

—Estoy aquí —dijo Reyes desde un rincón—. Viendo cómo te patean el culo. Otra vez.

Su gruesa túnica negra ondulaba a mi alrededor, lo que no mejoraba en absoluto el súbito balanceo del mundo. Sin duda se trataba del Reyes incorpóreo. Los Beecher no lo veían.

—Haz algo —le dije a Reyes cuando conseguí librarme de las manos de Dewey por segunda vez.

—¿Puedo romperle el cuello a la vieja?

—No.

—¿Y a él?

Eso tuve que pensármelo.

La señora Beecher avanzaba en mi dirección con la sartén en la mano.

—Debes... salvar... a Fred... y a Bárbara —respondí.

Las manos de Dewey me rodeaban de nuevo la garganta, así que mi voz sonó como la de un personaje de dibujos animados. Eso no resultaba muy atractivo, seguro. En serio, ¿cuánto tiempo iba a permitir que continuara aquello?

—Intento darte tiempo para que utilices tus poderes.

—Que les den por el culo a mis poderes. Haz algo.

Reyes desapareció y volvió a materializarse a mi lado. Oí el susurro de su hoja y, un

instante después, Dewey aflojó las manos, compuso una expresión de sorpresa y cayó al suelo. Reyes le había seccionado la médula, aunque los médicos tardarían un tiempo en darse cuenta. No habría traumatismo exterior. Reyes se la había cortado desde dentro.

La señora Beecher se detuvo con una expresión tan asombrada como la de su nieto.

—Señora Beecher —le dije mientras tosía y escupía—, suelte esa sartén ahora mismo.

Si la vida te da limones, dile:
«¿Limones? ¿No tienes otra cosa?».

(Pegatina de parachoques)

El tío Bob se lo tomó con calma, pero solicitó un equipo de investigadores tan pronto como entró en casa de los Beecher y me vio peleando con la señora Beecher. La mujer era mucho más fuerte de lo que parecía. Reyes quería seccionarle la médula, y Angel no paraba de decirme que dejara de pensar como una humana, significara eso lo que significase.

Después de derribar a la anciana —una imagen que atesoraré durante el resto de mi vida—, el tío Bob me tomó declaración y luego me llevó a la mansión de los Lowell. Harper estaba en el asiento de atrás, todavía bastante aturdida. Nos seguían dos coches patrulla, y otro de los detectives del distrito de Ubie se dirigía también hacia el escenario. Los Lowell estaban a punto de protagonizar un escándalo.

Todavía no tenía claro quién de ellos había aterrorizado a Harper, si la señora Beecher o Dewey siguiendo las órdenes de la señora Beecher, pero lo cierto era que no importaba. Ninguno de los dos podría hacerlo de nuevo.

El tío Bob colocó su mano encima de la mía.

—Bueno, ahora cuéntame lo que Dewey te dijo sobre el lugar donde se encontraba el cadáver del niño, ¿vale?

—Lo dices como si no hubiera hecho esto un millón de veces —repliqué, y se me encogió el estómago al oír el sonido de mi voz. Hay que ver qué cosas tan extrañas hace con los tonos una laringe aplastada.

—Lo sé. Lo siento, calabacita.

—No pasa nada. Harper dice que recuerda dónde está la maleta. El único lugar donde puede estar. Dewey creó una zona de jardín nueva cuando regresaron. Tiene que estar allí.

Mi tío se volvió hacia mí con expresión preocupada.

—Esto no va a ser agradable, cielo. Si quieres marcharte...

—Por Dios, claro que me marcharé. En cuanto Harper nos enseñe dónde está la tumba, me piro de aquí.

—Así que esto es el final —dijo Harper, que por fin había aceptado su muerte.

Me volví para mirarla.

—Siento que hayas fallecido, cariño.

—¿Lo has sabido durante todo este tiempo? ¿Sabías que estaba muerta?

—Sí. A eso me dedico.

—Entonces, ¿nadie más puede verme? ¿Soy... soy un fantasma?

—Me temo que sí. Pero puedes cruzar a través de mí en cuanto te sientas preparada. Tu familia te espera al otro lado. Tu madre. Tus abuelos. Se sentirán muy felices al verte.

Ella asintió.

—Lo sé. Creo que siempre he sabido que me estaban esperando. —Se le quebró la voz—. Me pregunto cuánto tiempo llevo muerta.

—Bueno, viniste a verme hace dos días, pero la señora Beecher sabía que llevabas más tiempo desaparecida. Así fue como supe que lo había hecho ella. Pero tu psicoterapeuta me dijo que la última vez que te vio fue hace casi dos semanas. Así que debió de ser...

—Eso es. —Me miró con aire pensativo—. Estaba en una sesión con el doctor Roland, hablándole de un viaje que pensaba hacer. Me preguntó de qué color era mi maleta y de pronto lo recordé todo. A Dewey matando a ese niño. A la señora Beecher metiéndolo en aquella maleta roja. —Se tapó la boca—. ¿Qué clase de gente hace una cosa así? Vivió con nosotros durante casi dos décadas. ¿Cómo es posible que no nos diéramos cuenta?

—Yo también me quedé un poco descolocada cuando averigüé que estaba involucrada. Creo que a esa mujer se le da muy bien engañar a la gente.

Paramos el coche junto al interfono.

—Hagas lo que hagas —le dije al tío Bob—, no pidas un taco. Se ponen muy quisquillosos con eso.

Mi tío asintió con la cabeza.

—Abra la puerta —dijo enseñando su placa—. Tengo una orden.

Y la puerta se abrió. Así de fácil. Sin disputas ni regateos. Estaba claro que debía hacerme poli de verdad. Además, seguro que pagaban mejor.

La señora Lowell nos recibió en la escalera que conducía a la casa, y también su hijo, Art. El joven estaba vestido con un bonito traje y corbata, y la señora Lowell se había superado a sí misma. Iba ataviada con un vestido largo de noche y unas perlas. Era evidente que habíamos interrumpido sus planes para la velada.

—¿Y ahora qué ocurre? —preguntó en cuanto salí del monovolumen de Ubie.

Mi tío se apresuró a interceptarme.

A pesar de sus ropas, parecían molestos. Me dio la sensación de que cuando llegamos estaban discutiendo.

—Señora Lowell, tengo cierta información sobre un niño desaparecido. Lleva desaparecido casi dos décadas, y creemos que está enterrado en su propiedad.

Resopló indignada.

—Venga, por el amor de...

—Su antigua ama de llaves —dije para interrumpir su perorata antes de que estuviera demasiado inmersa en ella—, lo enterró aquí, consciente de que nadie lo buscaría en su propiedad. ¿Por qué iban a hacerlo? El niño era de Peralta.

Se quedó callada y me miró con los ojos abiertos como platos, como si pensara que había perdido la cabeza. Miré a Art, muy consciente de que él encajaría fatal la muerte de Harper.

—¿Podemos pasar? —le pregunté.

—No he logrado contactar con Harper —dijo él mientras nos hacía un gesto con la mano al tío Bob y a mí para que entráramos—. No me ha devuelto las llamadas desde hace más o menos una semana. ¿Usted ha hablado con ella?

Tragué saliva en un intento por deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—Esa es otra de las razones por las que estamos aquí.

Dos horas más tarde, estaba escondida en el cuarto de baño de los Lowell mientras el equipo de excavación sacaba una maleta roja entre la tierra revuelta. Estaba justo donde

Harper dijo que estaría, bajo una zona de jardín que Dewey había cuidado durante casi veinte años. A diferencia de lo que ocurría con la señora Beecher, los actos de Dewey hablaban de pesar y arrepentimiento.

Habían enviado todo un equipo al escenario del delito, y junto con él llegaron un montón de cámaras y reporteros. Casi sentí pena por la señora Lowell. Estaba claro que aquello ensuciaría su imagen, sin importar que ella no hubiera tenido nada que ver con el crimen. Sin embargo, cuando el tío Bob le dijo que habían encontrado el cadáver de Harper, el duro caparazón de la mujer se hizo pedazos. Su consternación fue tan absoluta, tan devastadora, que su dolor estuvo a punto de doblarme en dos. Le importaba Harper de verdad. Eso no había forma de negarlo.

Y también supe que ella no había tenido nada que ver con la muerte del niño ni con su posterior encubrimiento. Su sorpresa fue genuina.

Art se tomó muy mal la muerte de Harper. Se escondió en una de las habitaciones de la planta superior, pero ni siquiera los gruesos muros de la mansión Lowell lograron bloquear la agonía que se desprendía de él.

Así que me escondí en el baño, luchando por respirar entre los fragmentos de una familia rota. Su sufrimiento no había hecho más que comenzar, y aunque todavía no tenía permiso para ver al señor Lowell, sentía su dolor bajando por la escalera como una espesa niebla.

—No puedo seguir aquí.

Me volví hacia Harper. Estaba junto a la ventana del cuarto de baño, observando cómo el equipo excavaba el jardín, rodeado por una docena de agentes que acordonaban la zona.

—Necesito marcharme antes de que ya no pueda hacerlo —dijo.

No podía percibir las emociones de los difuntos como las de los vivos, al menos hasta que cruzaban, pero la angustia de su rostro no dejaba lugar a dudas. Alzó la vista hacia la planta superior, y me di cuenta de que estaba preocupada por Art.

—Está enamorado de ti —le dije.

Ella me miró con asombro y a continuación esbozó una pequeña sonrisa. Era muy hermosa.

—Me dijo que había sido tu contacto.

Harper asintió.

—Sí. Siempre nos mantuvimos en contacto. Incluso voló hasta la isla para visitarme unas cuantas veces.

—¿Por qué no salisteis juntos? —le pregunté.

—Lo hicimos. Más o menos. Cuando regresé, Art insistió en que nos casáramos, pero yo no pude obviar el hecho de que, de cara a la sociedad, éramos hermanos. Le hice mucho daño cuando le dije que quería esperar.

—Lo siento. —La familia era muy importante. Si algo había aprendido en esos tres días, era eso.

Harper se acercó a mí con un propósito en la mirada, y con un último vistazo hacia Art, cruzó. No vi el dolor y el miedo que había sufrido durante todos esos años. No la vi aterrorizada, y tampoco vi la pesadilla que había sido su estancia en el hospital psiquiátrico. Lo que vi fue cómo su padre la cogía y se la subía a los hombros mientras ella le señalaba la ruta a seguir a través de los árboles que había en la parte trasera de la propiedad. Vi a su perro, un golden retriever llamado Sport, que le lamió los dedos hasta que ella no pudo soportar las cosquillas. Y vi el primer beso que le dio Art. Ella estaba en el instituto, viendo

uno de los partidos de baloncesto en los que él participaba. Art se había lesionado y estaba en el vestuario. Harper corrió a ver cómo estaba. Estuvo a punto de desmayarse al ver el enorme bulto del brazo que tenía sujeto al costado, donde el hueso casi atravesaba la piel.

Art se había tapado los ojos con el otro brazo para ocultar su angustia. Harper se acercó y, antes de que se diera cuenta de lo que ocurría, él le rodeó la cabeza con la mano y tiró de ella hasta que sus labios se unieron.

Y luego cruzó.

Ese toque romántico, la agonía del amor perdido, fue mi perdición. Me dejé llevar por los sollozos, y solo cuando sentí que podía enfrentarme al mundo a pesar de los ojos hinchados que hacían juego con mi mandíbula, salí del cuarto de baño y le pedí a un agente que me llevara a casa. Los Lowell tendrían que asimilar un montón de cosas en las próximas semanas, y yo solo podía esperar que Art estuviera bien. Según los recuerdos de Harper, él detestaba el chocolate, pero decidí no tenérselo en cuenta. Nadie era perfecto.

Pero... ¿En serio? ¿El chocolate?

Mientras entraba en el coche del agente, oí una voz femenina familiar.

—Charley Davidson.

Me enderecé y me volví para mirar a la agente Carson mientras ella avanzaba por el camino de entrada en mi dirección. Era normal que el FBI estuviera allí. Después de todo, se trataba de un caso de desaparecidos.

—Hola, agente Carson.

Antes de que ella pudiera responder, el tío Bob se acercó a nosotras.

—¿Te vas?

—Sí, tío Bob. ¿Recuerdas a la agente especial Carson?

Ella le estrechó la mano.

—Detective. Su sobrina tiene un don para resolver viejos casos.

Ubie sonrió con orgullo.

—Sí, es cierto.

—Estoy impresionada, como de costumbre. Algún día tendrás que contarme tu secreto —me dijo.

—Podría contártelo, pero después tendría que matarte.

—Me parece justo. Me preguntaba si querías echarle un vistazo a un par de casos.

Uno es muy antiguo y sigue sin resolver, y el otro es mi cruz personal.

Me encogí de hombros.

—Claro, siempre y cuando tus expectativas no sean demasiado altas.

—Siempre mantengo a raya mis expectativas, si es a eso a lo que te refieres.

—En ese caso puedes pasarte por mi... —Iba a decir «mi oficina», pero me di cuenta de que ya no tenía oficina—. Puedes llevármelos a mi apartamento.

—O a su oficina.

Me volví y vi que mi padre se acercaba. Se detuvo al lado del tío Bob con una expresión tímida aunque esperanzada. Ubie debía de haberlo llamado cuando se dio cuenta de que yo estaba herida, pero no sabía muy bien si podía manejar la presencia de mi padre en esos momentos. Tenía el corazón destrozado. Y también la cabeza. Y los ojos sucios e hinchados.

Él se metió las manos en los bolsillos.

—¿Estás bien? —me dijo, y me pregunté qué le habría contado Ubie.

—De maravilla.

—Me alegro. Y voy a trasladar tus cosas de nuevo a tu oficina. Fingir que puedo

tenerte vigilada, por más ridículo que parezca, me proporcionará algo de paz mental. Y puedes fulminarme con la mirada, burlarte de mí cuando no te vea y odiarme para siempre si quieres, pero cuando estés dispuesta a hablar, allí estaré. Sin prejuicios ni segundas intenciones.

Eché una mirada a la vasta propiedad de los Lowell.

—Si me burlo, papá, no será a tus espaldas.

Él asintió con la cabeza.

—Iré a buscar tus cosas este fin de semana.

La agente Carson alzó las cejas con interés.

—Perfecto. Yo te llevaré los archivos la semana que viene, ¿te parece bien?

—Entonces, tenemos un plan —dije mientras me agachaba para entrar en el coche patrulla.

Mi padre quería llevarme a casa. Podía percibir sus buenas intenciones en el ambiente, sus ganas de estar conmigo, pero tendría que tomárselo con calma. No obstante, pensé en Harper. En los recuerdos que tenía sobre su padre a pesar de la aparente indiferencia de su madrastra. Tuve la sensación de que mi padre y yo volveríamos a ser buenos amigos algún día.

Miré a Carson de nuevo.

—¿Cómo va lo del trabajito en el banco?

El tío Bob sonrió de oreja a oreja.

—¿Se dedica a hacer trabajitos en los bancos? ¿No va eso en contra del código de conducta del FBI?

Ella sonrió.

—¿Qué? ¿Es que hay un código de conducta? Nadie me lo había dicho. —Me pasó su tarjeta—. Y en cuanto a ese caso, está siendo más difícil de lo que esperaba, pero es evidente que no te equivocabas con respecto a lo del tipo de dentro. Ahora hay que demostrarlo. —Señaló la tarjeta con la cabeza—. Utilízala si te enteras de algo más.

Le guiñé un ojo y cerré la puerta antes de que inesperadamente se acercara alguien más y me partiera el corazón.

Cookie me llamó cuando todavía iba de camino a casa.

—Nada de hierro forjado en casa —le dije al responder—. Nunca.

—Vale. Ya lo tengo apuntado. ¿Qué tal fue?

—Agotador. Y la señora Lowell no es ni de lejos el monstruo que yo creía que era.

—Puede que Denise tampoco lo sea.

—¿En serio?

—Está bien, lo dejaré correr. Llámame si necesitas algo. Una bolsa de hielo, por ejemplo.

Di un respingo, alarmada.

—¿Has dicho un punzón de hielo?

—No.

—Porque tampoco quiero punzones para el hielo en casa. Jamás.

—De acuerdo. Lo apunto también.

El agente, que gracias a los dioses permaneció en silencio durante todo el trayecto hasta mi casa, me dejó junto a la puerta del portal. Le dirigí la mejor sonrisa de agradecimiento que fui capaz de componer y luego me di la vuelta para ir en busca de una larga ducha caliente y una taza de café bien cargado. Sin embargo, como era de esperar, no

había hecho más que salir del coche patrulla cuando percibí todas esas emociones siniestras que había aprendido a asociar con la gente siniestra. Con la gente salvaje. Con la gente poseída.

Ya había empezado a acercarme de nuevo al coche patrulla cuando oí una voz con acento inglés, procedente de las sombras que había cerca de mí.

—Yo en tu lugar no lo haría.

Maravilloso. Era mi nuevo amigo del viejo mundo. Sabía que ese día había sido demasiado tranquilo. Mi vida solo había corrido peligro un par de veces. Por lo general, esas cosas iban de tres en tres.

El agente me miró.

—¿Va todo bien, señorita Davidson?

Deseaba contarle la verdad, pero él no podía hacer nada, y su vida correría mucho más peligro que la mía si lo metía en aquello.

—Sí, gracias —le dije en cambio.

Cerré la puerta y observé cómo se alejaba. El odio en estado puro palpitaba y remolineaba a mi alrededor. Pude percibir la proximidad de al menos cuatro bestias, quizás cinco, acechando en las sombras, temerosas de la luz a pesar de que estaban protegidas por la carne humana.

El inglés salió de la oscuridad y se situó a mi lado.

—Buena chica —dijo, y me pregunté cómo sería el inglés «des-poseído» en la vida normal.

Vestía muy bien, eso estaba claro. Pero aquel no era él. Aquel era un impostor, un servidor del infierno. Un demonio.

Flexioné los dedos cerca de la cadera, pero Hedeshi me detuvo una vez más.

—Y no llames a tu perra tampoco. La cosa terminaría muy mal para las dos.

¿De verdad? ¿Podía matar a Artemis?

—Deduzco que Reyes no ha dejado de dar caza a tus mascotas.

—Sabías que no lo haría.

Tenía razón. Lo sabía.

—La verdad es que Reyes nunca me hace caso.

El hombre se inclinó para olerme el cabello. Inhaló con fuerza, casi pegado a mi cuello, y disfrutó de mi aroma... aunque él olía a huevos podridos. Intenté no encogerme cuando su hedor me abrasó las fosas nasales.

Empezó a hablar, y su olor se volvió más intenso. Más sofocante.

—Si pudiera —dijo con una voz suave, sincera—, si tuviera la oportunidad, lamería el miedo de cada centímetro de tu cuerpo antes de hundir los dientes en tu carne, pero no me cabe la menor duda de que el chico llegará pronto.

La luna iluminó una hoja plateada en la periferia de mi campo de visión. Una hoja muy similar a la que Earl Walker había utilizado conmigo. El miedo inundó mi sistema nervioso con tanta fuerza y velocidad, que empecé a verlo todo borroso. Deseé huir, pero Hedeshi parecía leerme el pensamiento.

Me puso una mano en el hombro para inmovilizarme.

—Lo haré rápido, Holandesa. No sentirás nada.

—Claro, claro —dije con voz temblorosa—. Ya he estado ante el lado peligroso de un cuchillo antes, y me gustaría discutir contigo ese punto.

Me rodeó hasta que pude verle la cara. No era muy alto, pero yo sabía que el demonio que tenía dentro le otorgaba una fuerza incommensurable. Una sonrisa divertida

asomó a sus labios.

—Es probable que tengas razón. —Le tembló la mano de excitación cuando retiró la hoja, y de repente deseé que mi padre lo superara.

Que superara mi muerte. Seguro que se la tomaría fatal.

Era muy curioso que pensara en él en esos momentos.

Apreté la mandíbula, suponiendo que por lo menos debía ir a por todas. Si iba a morir esa noche, sería luchando. O gritando de dolor. Una de las dos cosas.

La hoja avanzó con firmeza hacia mi vientre, y eso me cabréo al instante. Había oído que la muerte por una herida en el vientre era muy dolorosa. Reyes tenía razón.

Aquellos tipos eran unos embusteros. Sin pensármelo dos veces, le aparté la mano hacia un lado para bloquear su ataque y conseguí restarle un poco de fuerza a la embestida. Luego me retorcí, dejándome la piel para evitar el filo del cuchillo.

Aun así me cortó. La hoja se deslizó por mi antebrazo, atravesó la chaqueta y se hundió en la carne. La punzada del acero me sacudió, pero Hedeshi lo retiró para intentarlo de nuevo. Perdió el control durante un instante, y el demonio que había dentro del hombre asomó por uno de los lados. Lo vi, y la visión me dejó desconcertada por un momento. El tiempo suficiente para que me clavara el cuchillo en el costado. Volví a prestar atención de inmediato y lo empujé con todas mis fuerzas. Y luego corrí, porque me pareció que era lo que debía hacer.

Aquel no era un demonio normal y corriente, por más ridículo que sonara. Su caparazón no se tragaba la luz como el vacío de una noche sin estrellas. En lugar de eso, su lustroso exterior negro estaba revestido con una capa transparente roja que despedía un brillo iridiscente. Era otra cosa. Algo más. Más fuerte.

—En realidad, es solo más antiguo.

—Reyes —susurré.

Me puse fuera del alcance de Hedeshi, y cuando me di la vuelta, vi que Reyes se interponía entre nosotros. No era de extrañar que yo no sangrara por una docena de cuchilladas diferentes. Reyes sujetaba el brazo del demonio, y la fuerza brutal de ambos hacía que la tierra temblara bajo nuestros pies. Retrocedí, pero me topé de pronto con una vaharada de aliento cálido en el cuello.

Cerré los ojos con fuerza e invoqué a Artemis, aunque mi voz apenas se oyó en el aire nocturno. La perra salió del suelo a mi lado y se abalanzó sobre el demonio que tenía a la espalda. Sus estruendosos gruñidos guturales se mezclaron con una serie de alaridos inhumanos mientras arrancaba al demonio del cuerpo de la mujer.

Hedeshi y Reyes no parecían darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Estaban allí, con los brazos enredados, mirándose a los ojos. La energía que desprendían hacía que el tejido del tiempo se ondulara a mi alrededor. Su imagen se distorsionaba, se doblaba, y luego volvía de pronto a su estado original. Parpadeé para aclararme la vista. Para enfocarlos bien.

La mujer estaba inconsciente, pero percibía a más demonios cerca. Ninguno se atrevía a acercarse, por más que deseara hacerlo. Sentía su deseo, su hambre, a mi alrededor. Deseaban mi sangre como el desierto deseaba el agua, y mi miedo los volvía locos. Sin embargo, se contenían. Artemis era demasiado poderosa. Se había deshecho de un demonio y luego se había tumbado encima de mí.

A la espera.

Muerta de ganas de que alguno volviera a intentarlo.

—No puedes ganar —dijo Hedeshi.

Reyes agachó la cabeza.

—Olvidas quién soy.

—En absoluto. —El hombre sonrió, pero tenía los dientes apretados para soportar la fuerza de Reyes. Todo su cuerpo temblaba—. Eres el chico del pueblo que se perdió de camino al mercado. ¿Recuerdas por qué estás aquí? ¿Por qué te creó tu padre?

La furia de Reyes causó una nueva oleada de calor abrasador en el ambiente.

—Me creó para poder salir del infierno.

—Esa es solo una de las razones. La otra es que encontraras el portal. —Me señaló con la cabeza—. Ese portal en particular. ¿Por qué crees que te envió aquí? —Se inclinó hacia delante hasta que sus narices estuvieron a punto de tocarse—. ¿Por crees que te envió a ti precisamente?

Reyes se echó hacia atrás.

—Me envió a buscar un portal. Cualquier portal. No a ella. —No parecía tan seguro como antes. Frunció el ceño en un gesto pensativo.

El inglés se echó a reír.

—En realidad no lo recuerdas, ¿verdad?

—Lo recuerdo todo, como por ejemplo que lo único que sabéis hacer es mentir.

—Ella pertenece a la realeza, muchacho. Es la pieza más valiosa que podríamos conseguir. ¿Y crees que puedes quedártela para ti solito?

Una sonrisa sagaz se dibujó en el rostro de Reyes.

—También es la más poderosa.

—Exacto —soltó Hedeshi, cuyos ojos de repente brillaban esperanzados—. Piensa en lo que podríamos hacer con ella. Con vosotros dos juntos. De eso se trata. Siempre se ha tratado de eso. —Soltó el cuchillo y colocó la mano tras la cabeza de Reyes para darle un abrazo fraternal e inclinar la frente sobre la suya en un gesto cariñoso—. Seremos invencibles, mi señor. El mundo caerá a nuestros pies y tu padre reinará por fin.

—Decía la verdad? —Habían enviado a Reyes a buscarme a mí específicamente? Él debió de percibir mis dudas. Se volvió un poco y me miró por el rabillo del ojo.

—Recuerda lo que son, Holandesa. Lo que hacen.

—Lo recuerdo —dije mientras intentaba librarme de Artemis, pero ella volvió a colocar una de sus enormes patas sobre mi pecho para mantenerme tumbada en el suelo.

—¿En serio? —le pregunté a la perra, que se agachó de inmediato con un gemido para lamerme la cara.

Abracé su cabeza con fuerza, en parte para asegurarle que no estaba enfadada con ella y en parte para poder ver mejor a los dos hombres que se encontraban de pie ante mí.

Fue entonces cuando vi dónde estaba el cuchillo. No había caído al suelo, como esperaba Hedeshi, sino en la mano de Reyes.

Reyes sujetó la cabeza del hombre como si fuera a devolverle el abrazo y le hundió el cuchillo en las tripas a la velocidad del rayo. Hedeshi lo miró boquiabierto, y francamente consternado, cayó el suelo.

—¿Le negarías el trono a tu padre?

—Nunca fue suyo —dijo Reyes antes de hundir la hoja una vez más. Y luego la arrastró hacia arriba, hasta el torso. Un instante después, el acero reapareció justo por debajo de la barbilla del inglés.

Hedeshi me miró con lágrimas de dolor en los ojos.

—Solo recuerda lo que te he dicho sobre él.

Intenté disimular el horror que me provocaba ver cómo abrían en canal a un

hombre.

—Me ataré un cordón al dedo.

Una nueva cuchillada le arrancó un gemido gutural.

—No es lo que crees que es.

Pensé en mi padre. En Harper, Art y Pari. En casi toda la gente que había conocido en mi vida. Y respondí con tanta sinceridad como pude.

—Nadie lo es.

Reyes se acercó a él de nuevo para hundirle el cuchillo en un costado.

—Tu primer error fue ir a por ella —le dijo al oído al inglés.

Hedeshi tosió, consciente de que le quedaba muy poco de vida.

—¿Cuál fue el segundo? —preguntó mientras la sangre manaba de su boca.

—Creer que podrías derrotarme.

El hombre sonrió.

—Atacad —dijo con la más dulce de las voces.

Y fue entonces cuando se desató el infierno.

Ahora vas a poner la crema en el cesto.

(Camiseta)

Cinco personas poseídas más salieron de las sombras como si fueran pacientes de un sanatorio mental mientras Reyes se separaba en dos seres distintos. Su ente incorpóreo se desmaterializó, estiró el brazo hacia el inglés y arrancó a Hedeshi de su anfitrión con un giro salvaje de la mano. Su ente corpóreo se sumergió en la oscuridad para atacar al más grande de los demonios que se acercaban, un hombre que parecía un luchador de sumo. Aterrizaron con fuerza en el suelo y se convirtieron rápidamente en un borrón de brazos y puños.

Por desgracia, Artemis utilizó mi cuerpo como rampa de lanzamiento, lo que me destrozó un riñón llamado Percival y posiblemente también a Harold, mi bazo. Me sujeté el vientre, me puse en pie como pude y pillé lo primero que vi: un rastrillo apoyado en la pared del edificio.

Fue entonces cuando me di cuenta de que la señora Allen había salido para dejar que PP, su caniche miniatura, hiciera sus necesidades. PP se volvió loco al ver la pelea. La señora Allen le gritó que volviera dentro, pero PP no oía nada de lo que ella le decía. Retrocedí asombrada cuando el perro atacó a un tipo fornido que se dirigía hacia mí.

El hombre pesaba bastante, lo suficiente para tomarlo en serio. No tanto como el luchador de sumo, pero no le habría desafiado a un pulso del pulgares ni aunque mi vida dependiera de ello.

El tipo gateaba hacia delante, literalmente a cuatro patas, persiguiéndome de una manera lenta y metódica. Tenía la dulce victoria muy cerca y, por lo visto, deseaba saborear el momento. PP ladró y saltó desde el suelo para hundir sus encías desdentadas en la oreja del hombre.

El tipo soltó una maldición y se quitó al perro de encima, pero Artemis lo sustituyó a partir de ese momento. Ya había dado cuenta del último demonio, y había dejado el cuerpo inconsciente de un joven de más o menos mi edad en el pequeño rectángulo de césped que había frente al edificio de apartamentos. En aquel momento se abalanzó sobre el tipo fornido y soltó un gruñido de rabia que me puso la piel de gallina.

Eché un vistazo a Reyes y a Hedeshi. Un ser incorpóreo luchando contra otro, aunque la enorme túnica negra hacía que resultara casi imposible distinguir la pelea. Lo que estaba viendo era algo irreal, sobrenatural, y a mi mente le costaba asimilarlo. Sus movimientos eran tan rápidos, tan fluidos, que era como presenciar la colisión entre dos océanos. Luego centré mi atención en su forma física. Le había hecho una llave al luchador de sumo y tenía una rodilla clavada en su espalda. Al instante siguiente, la cabeza del hombre se dobló hacia un lado con un estruendoso crujido. El luchador se desplomó en el suelo. No obstante, yo sabía por experiencia que eso no duraría mucho. Se levantaría en cuestión de segundos.

Aparté la mirada. El cuerpo del inglés yacía inerte sobre el asfalto. Agarré bien el

rastrillo y avancé hacia él mientras PP atacaba a otra mujer poseída que permanecía agazapada a unos pasos de mí y parecía confundida; quería atraparme, pero no sabía por qué. Y cuando PP le mordisqueó los dedos, observó al perro con la mirada perdida, como si no supiera qué animal era exactamente.

Aproveché el respiro para examinar al inglés, pero en el instante en que empecé a aproximarme a él, supe que ya estaba muerto. Fue entonces cuando me di cuenta de que otro de los poseídos había cogido el cuchillo y se acercaba a mí con una mirada hambrienta y brillante. Me enfrenté a él a medio camino y lo ataqueé con el rastrillo. Solo para detenerlo. Para entretenérlo un poco.

Las puntas del rastrillo le arañaron la cara sin hacerle mucho daño, pero conseguí arrancarle el cuchillo de la mano. Miró hacia un lado, y la distracción me dio tiempo suficiente para lanzarme contra aquel tipo, que tendría cuarenta y pocos. Parecía no creer lo que ocurría cuando caímos y rodamos por el suelo. La tierra y la grava se me clavaron en el hombro. El hombre se sentó a horcajadas encima de mí, así mi cabeza entre sus manos y empezó a retorcerla.

Iba a romperme el cuello, y yo detestaba que me rompieran el cuello, así que levanté las piernas, coloqué los pies por delante de su cara y tiré hacia atrás. Le hice perder el equilibrio lo bastante para conseguir quitármelo de encima. O casi. Porque volvió a aplastarme con el peso de su cuerpo.

Evité que me agarrara, le di un codazo en la cara y me arrastré hacia delante, peleando por cada centímetro que avanzaba. Antes de que me diera cuenta, sus manos me rodearon de nuevo la cabeza. Quería matarme de verdad. Cuando cambió de posición, giré con él para obligarlo a intentar sujetarme mejor. Sin embargo, Artemis lo atacó por fin y saltó a través del cuerpo humano para arrastrar al demonio con ella. El tipo se quedó inconsciente encima de mí, y yo me quedé aplastada contra el suelo.

Eché un vistazo y vi que Artemis ya se había cargado al demonio que había dentro del hombre con el que Reyes había estado peleando, el luchador de sumo. Solo quedaba un demonio. La mujer. Apareció ante mis ojos mientras yacía tumbada frente a ella. Se inclinó hacia mí, y la baba que manaba de su boca me cayó en el pelo.

Tenía a una montaña encima y a una mujer poseída estudiando cada uno de mis rasgos como si fuera un raro espécimen en una placa de Petri. Miré hacia un lado justo en el momento en que Reyes deslizaba la hoja a través del ente demoníaco de Hedeshi y lo cortaba en dos a la altura de las caderas. El demonio gritó e intentó seguir luchando, pero Reyes blandió su arma una vez más. Le cortó la cabeza y, una vez muerto, el ser maligno se evaporó como el humo del hielo seco.

Me estremecí de asco al sentir otra gota de baba en la frente, pero al menos aquella mujer no intentaba romperme el cuello.

Miré al otro lado. PP y la señora Allen habían desaparecido. Lo más probable era que ella llamara a la policía.

Artemis apareció ante mis ojos, moviendo la cola con entusiasmo, lista para más. Se agachó a mi lado con un gemido suplicante. Reyes se situó junto a mí, y su forma incorpórea se unió de nuevo a la física. La túnica se asentó sobre sus hombros y desapareció un segundo después, mientras él me quitaba al hombre de encima. Agradecida, me puse en pie, me limpié el pelo y la frente y me acerqué a la endemoniada, que en esos momentos estaba de rodillas, contemplando el lugar que yo acababa de abandonar.

Me agaché a su lado para hablar con el demonio de su interior.

—Esto no va a acabar bien para ti.

La mujer levantó la cabeza para mirarme y parpadeó varias veces.

—Permitme que me vaya y no haré daño a esta humana. —Frunció el ceño y su mirada se perdió en el infinito una vez más.

Estaba luchando contra él. Estaba luchando contra el control del demonio que llevaba dentro.

Al percibir el nuevo peligro, Artemis se arrastró hacia delante hasta que sus mandíbulas contactaron con el cuello de la poseída. Enseñó sus dientes relucientes y babeó. El demonio se asustó y volvió la cabeza hacia la perra. Artemis atacó de inmediato con un ladrido feroz que hizo vibrar las ventanas. El demonio no tuvo ni la menor oportunidad. La perra lo sacó del cuerpo de la mujer y lo desgarró hasta que no quedó de él más que un vapor denso que, un segundo más tarde, se evaporó y dispersó su incommensurable oscuridad en el ambiente nocturno.

La mujer se desplomó sobre la hierba fría, y le volví la cabeza para asegurarme de que aún respiraba. Reyes se agachó para ayudarme, y solo entonces comprendí que había luchado contra un demonio mientras su ente incorpóreo estaba fuera de su cuerpo. Nunca había sido capaz de hacer eso. Por lo general, cuando su forma incorpórea lo abandonaba, entraba en un estado similar al trance.

Me eché hacia atrás y lo miré con recelo.

—Tú... Tú eres... Me dijiste que no podías hacer eso —dijo al final en un tono acusador—. Luchaste contra un demonio sin... —Me esforcé por encontrar las palabras adecuadas—. Sin tu alma.

Reyes estaba comprobando el pulso de la mujer.

—Antes no podía —dijo con aire distraído antes de volverse hacia mí—. Pero ahora sí.

Se levantó y me ofreció la mano. Parecía distante, herido.

—¿Eso es todo? —le pregunté—. ¿Ahora sí puedes y ya está? —Al ver que se limitaba a encogerse de hombros, añadí—: ¿Estos eran todos los que quedaban?

Tenía la esperanza de que con la ausencia de Hedeshi, su líder, ya no hubiera más demonios contra los que luchar.

—Por ahora. —Frunció el ceño y miró hacia el callejón que había más allá del edificio—. Hasta que encuentren una forma mejor de llegar hasta ti.

Todavía estábamos en un punto muerto por lo de la foto. Y yo todavía me preguntaba si se había librado de los cargos de asesinato que había contra él solo para convertirse en pirómano. ¿Por qué había incendiado ese edificio, cualquiera de ellos? Había vivido allí, pero ¿por qué quemarlo hasta los cimientos?

Tuve que recordarme cómo se había criado. Earl Walker me había torturado una única vez, pero había bastado para ocasionarme cambios mentales, físicos y emocionales. Me había convertido en un animal diferente. ¿Qué harían años de tortura con una persona? ¿Décadas viviendo y respirando el miedo, día sí y día también? ¿Años de maltratos y abusos, de palizas y hambre, sin refugio, sin ningún lugar seguro en el que esconderse? La idea me dejó sin respiración.

Reyes me observó a través de sus pestañas con expresión perspicaz.

—No sentirás lástima por mí, ¿verdad? Detestaría tener que poner remedio a eso.

Sí, todavía estaba loco.

—¿Y cómo lo conseguirías?

La resignación de su rostro me robó el aliento.

—Créeme si te digo que no te gustaría saberlo.

Antes de que lograra idear una respuesta, un crujido ensordecedor estalló justo detrás de él. Reyes se volvió hacia el sonido y yo busqué su procedencia, ya que percibí peligro al instante. El mundo pareció espesarse y el tiempo transcurrió más lento, pero no lo bastante rápido. Reyes se situó delante de mí, y la bala que iba dirigida a mi cabeza atravesó su pecho. Salió por su espalda y continuó su trayecto; el metal estaba fragmentado, pero suficientemente entero como para terminar lo que había empezado.

En ese instante, en una hazaña que me conmovió hasta el alma, Reyes se dio la vuelta —a demasiada velocidad para que yo pudiera verlo—, y atrapó la bala en el aire.

Retrocedí y miré a Reyes mientras él abría la mano para examinar la bala que tenía en la palma. Pero estaba en su forma física. Cuando la bala impactó, no había tenido tiempo de separarse. De intentar detenerla con su ente incorpóreo. La hemorragia se extendió por su camiseta tan rápido que me mareé al verlo. Tosió, y la sangre salió a borbotones de su boca.

Su mirada buscó la mía mientras caía de rodillas.

—Corre —susurró.

Me apresuré a cogerlo antes de que cayera al suelo y divisé al culpable agachado en la azotea de un edificio que había calle abajo. Me esperaba otro demonio. Quizá alguien que hubiese presenciado lo ocurrido y hubiera decidido añadir las armas de destrucción masiva a la fiesta. Pero se trataba del motero rubio del atraco al banco. El tipo al que habían echado del ejército y que no había finalizado su entrenamiento como francotirador. Me quedé donde estaba, pasmada. Al parecer, estaba decidido a que no hubiera testigos.

La furia estalló dentro de mí a la velocidad de la división atómica. Como un volcán que se derrama a través de la cima de una montaña, la ira hizo erupción dentro de mí con un estallido cegador. Las ventanas se hicieron pedazos, y las esquirlas de cristal flotaron como una neblina de colores brillantes mientras caminaba hacia Rubito apretando los dientes con determinación. El tipo estaba recargando el rifle con movimientos lentos y pausados que se ajustaban al transcurso del tiempo. Se apoyó la culata en el hombro y echó la cabeza hacia delante hasta que la imagen que apreciaba a través de la mira quedó nítida. Justo cuando su dedo índice empezaba a apretar el gatillo, estiré el brazo hacia su pecho y le aplasté el corazón. Palpitó una vez, dos, y luego se detuvo. La satisfacción recorrió mi cuerpo como el agua fría apagando un incendio.

Rubito se llevó la mano al pecho y abrió la boca de par en par, luchando por aspirar aire. Segundos después, cayó de brúces al suelo.

Reyes apareció a mi lado. Me examinó, miró al rubio y luego se volvió hacia el lugar donde nos encontrábamos antes. Todavía estábamos allí. Cuando volví la vista atrás, me vi arrodillada en el suelo, devolviéndome la mirada con mis propios ojos. El cuerpo de Reyes estaba tendido junto a mí. Antes de que pudiera encontrarle sentido a la situación, desperté en el lugar donde estaba con una exclamación ahogada, como si nunca hubiera estado fuera de mi cuerpo, como si no acabara de verme desde una gran distancia. Miré a Reyes.

Él se aovilló en el suelo y empezó a respirar con dificultad y de manera superficial.

—¡Reyes! —grité. Me acerqué a él e intenté encontrar la herida para aplicar presión sobre ella.

Una bala le había atravesado el pecho. Ni siquiera el hijo de Satán saldría ilesa de algo así.

Oímos sirenas a lo lejos, y Reyes se esforzó por ponerse de rodillas.

—Llévame... a las sombras. —Señaló con la cabeza un cubo de basura—. Detrás de

ese contenedor.

—Necesitas una ambulancia.

—No. —Su furia me asaltó como una pared de fuego. Me agarró de la camiseta con la mano ensangrentada y tiró de ella para acercarme—. No voy a volver, y no pienso dejar que tú me envíes allí. —Me empujó y apoyó las manos en el suelo mientras intentaba recuperar el aliento.

Me recordó muchísimo a la primera vez que lo vi, cuando yo todavía iba al instituto y él luchaba por recuperar el aliento al lado de un contenedor después de recibir una paliza. Aquella vez lo había dejado tirado. No hice nada para salvarlo, y su vida había dado un giro definitivo a peor. No pensaba permitir que eso volviera a ocurrir.

Le toqué el hombro, olvidando que era más lobo que perro. Más pantera que gato. Reyes Farrow no tenía un pelo de animal doméstico. Podía volverse agresivo en un instante, y lo había demostrado una docena de veces. Sin embargo, cuando la emprendió conmigo, cuando dejó de ser presa para convertirse en depredador, mi asombro fue absoluto.

Atacó a tal velocidad que tan solo pude percibir un borrón oscuro de movimientos. En un momento dado estaba de pie y, al siguiente, tumbada. Reyes se encontraba encima de mí con el cuerpo duro como el acero, inflexible, implacable. Se inclinó hacia delante hasta que su boca, esa boca sensual que poco antes me había provocado estremecimientos de pasión, estuvo al lado de mi oreja. La calidez de su sangre se extendió por mi pecho y mis hombros antes de acumularse en el hueco de la base de mi cuello. Me pregunté cuánto más viviría. Seguro que nadie podía sobrevivir a semejante pérdida de sangre. Ni siquiera un ser sobrenatural.

Reyes metió un muslo entre mis piernas y me las separó para acomodarse mejor.

—Te lo advertí —dijo con un gruñido grave que me atravesó como un río de lava—. Nunca... —me rodeó el cuello con una mano mientras sus labios me acariciaban la oreja— me tengas... —deslizó la otra hacia arriba por encima de mi camisa, y el placer de su contacto dejó un reguero ardiente a su paso— lástima. —Presionó con las caderas para separarme aún más las piernas, y se las rodeó con las manos en un acto reflejo—. Jamás.

Pegó la boca a la mía en un beso hambriento y necesitado. Le rodeé la cintura con los brazos y luego deslicé una mano hasta sus durísimas nalgas para apretarlo contra mi cuerpo. Lo deseaba dentro de mí. A pesar de la situación. A pesar de las circunstancias.

Solo Reyes Farrow podía hacerme algo así. Solo él conseguiría que le suplicara sin importar dónde estuviéramos. Sin importar lo horrorosa que fuera la situación. Y él lo sabía. Sabía muy bien el efecto que causaba en mí.

Sentí su sonrisa tras el beso un microsegundo antes de que se apartara y se desvaneciera en la oscuridad. Una ráfaga fría sustituyó el calor que me había envuelto instantes antes. Apoyé los brazos en el suelo. Cerré los ojos. Respiré. Percibí un gemido detrás de mí. Artemis estaba tumbada a cierta distancia, observándome. Cada escasos segundos se acercaba un poco más, arrastrándose sobre el vientre. Luego se detuvo, se concentró en algo que veía a lo lejos y fingió no prestarme atención.

En ese momento, uno de los hombres se levantó con movimientos lentos y perezosos mientras se frotaba la cabeza y la nuca. Intentó encontrarle sentido a lo que veía a su alrededor, pero no lo consiguió. No había forma de saber de dónde procedía. Había dos muertos, y otras tres personas yacían inconscientes cuando el coche patrulla frenó en seco en el aparcamiento. Justo delante del cadáver del inglés. Y encontrarían otro cadáver en la azotea de un edificio que había calle abajo, el del motero rubio que había estado a punto de

convertirse en un marine francotirador, que había querido servir a su país pero había acabado robando bancos e intentando matar a la gente.

Me tapé los ojos con los brazos. Por muchos contactos que tuviera, no saldría indemne de una situación así. Incluso era posible que investigaran al tío Bob si trataba de encubrirlo. Aquello podía destruir su carrera. Acabar con su pensión.

Uno de los agentes corrió hacia mí. Dijo algo que no logré entender, ya que acababa de percatarme de otra cosa y de repente no era capaz de pensar. Ni de respirar.

Había matado a un hombre. Había metido la mano en su pecho y le había parado el corazón. Como si tuviera autoridad para hacerlo. Como si tuviera derecho.

Mi mundo regresó a un lugar familiar. A un lugar de oscuridad, desesperanza y negación. Y entonces alguien me cogió. El brillo de las luces quedó atrás. Pijamas quirúrgicos azules. Instrumentos plateados. En algún lugar de la neblina de la realidad, apareció el tío Bob. Y luego Cookie. Noté sábanas frescas bajo mi cuerpo y unas manos cálidas que cubrían las mías, y me di cuenta de que estaba en el hospital por segunda vez en otros tantos meses. Oí palabras familiares: conmoción, heridas de arma blanca, tobillo fracturado. La última me sorprendió. No recordaba esa parte. Pero eso era lo que hacía la adrenalina: apartaba el dolor y te hacía seguir adelante.

Me obligué a separar los párpados.

Mi padre también estaba allí. Muy cerca. Tan cerca como el tío Bob. Sabía que a ellos podía contárselo. Ellos sabrían qué hacer.

Apreté los labios y cerré los ojos.

—Maté a un hombre —les dije un instante después.

Cuando los abrí de nuevo, se miraban el uno al otro con expresión preocupada.

—¿A uno de los que estaban junto a tu edificio? Porque daba la impresión de que lucharon entre ell...

—No. A un hombre que estaba en una azotea. A un atracador de bancos que quería matarme.

El tío Bob frunció el ceño.

—¿Cuándo, calabacita? No hemos...

—Esta noche. Justo después de que me atacaran. Estaba en una azotea, y lo maté. Después de que él disparara a Reyes con un rifle del calibre cincuenta, metí la mano en su pecho y le paré el corazón. —Empecé a sollozar mientras mi padre me apretaba la mano.

—Cielo, eso es imposible. Si a Reyes le hubieran disparado desde una azotea con un rifle del calibre cincuenta, no estaría vivo.

—Ni siquiera estaría de una pieza —convino el tío Bob.

—No lo entendéis —dije con una voz cargada de pesar—. Maté a un hombre. Perdí el control. Lo asesiné.

—Chis... —dijo mi padre mientras me acunaba la cabeza contra su hombro—. Tú no eres como nosotros, cariño. Eso lo sé muy bien. Y me da igual quién o qué seas, porque hay algo que sé con seguridad: tus actos están por encima de las leyes de los hombres.

Siento decirte esto, pero es la verdad. Estás aquí por una razón.

—Robert. Leland.

Levanté la vista y vi entrar al capitán de policía del distrito del tío Bob. Ubie lo saludó con una inclinación de cabeza y luego se inclinó hacia mí.

—No recuerdas nada —me susurró al oído.

Era siempre mi campeón, y todavía luchaba por evitar que me encarcelaran. O que me internaran en un psiquiátrico. Pero aquello nos superaba a todos. Sencillamente, no

había explicación posible para lo que había ocurrido. ¿Qué se suponía que iba a contarles? ¿La verdad?

La agente especial Carson entró justo después del capitán.

—Es usted todo un portento —dijo el capitán mirándome con expresión incrédula. Echó un vistazo al tío Bob y luego volvió a observarme—. Ha conseguido resolver cuatro casos en un solo día. Creo que es un nuevo récord mundial.

—¿Cuatro?

Empezó a contar con los dedos.

—La desaparición y muerte de Harper Lowell. El caso de un niño desaparecido hace más de dos décadas. La desaparición de varias personas que al parecer fueron drogadas y abandonadas en el umbral de su puerta. Últimamente tenemos muchas de estas. Y la captura de un asesino en serie fugado. No obstante, ahora que lo pienso —dijo mientras se miraba las manos—, técnicamente serían cinco. O incluso seis.

—¿Un asesino en serie?

Asintió con la cabeza.

—Está a punto de convertirnos en uno de los departamentos más respetados del país. Uno de nuestros asesores, sin ayuda de nadie, ha acabado con el inglés, un asesino en serie convicto que escapó de Sing Sing hace tres meses.

No era de extrañar que Hedeshi hubiese elegido a un asesino en serie como anfitrión. Me pregunté cómo narices lo había sacado de Sing Sing.

—Y ni siquiera era de Inglaterra.

Parpadeé sorprendida.

—¿No era inglés?

—No, era de Jersey, aunque hablaba con acento inglés. Nadie sabe por qué. Pero debo admitir que me resulta extraño que le haya sucedido todo esto en un solo día, sobre todo si se tiene en cuenta al otro tipo —dijo el capitán.

—¿El otro tipo?

—Sí —comentó la agente Carson—. Según parece, uno de los Ladrones Caballerosos murió de un ataque al corazón en un edificio del centro. Tenía un rifle del calibre cincuenta en las manos, y parecía dispuesto a hacer mucho daño. Es curioso que cayera muerto sin más.

El tío Bob se removió en su silla.

—Es muy extraño, sí —dije mordiéndome el labio inferior—. Era bastante joven, ¿no?

—Treinta y dos años —contestó la agente—. Y resulta que tenía un tío cuya esposa trabajaba en la sucursal que atracaron ayer. Al parecer, los tres estaban en el ajo. Para empezar, fue idea de Edwards chantajear a sus amigos, ciertos miembros del club de moteros los Bandits. Todavía no tengo los detalles, pero ya hemos detenido a su tío. En estos momentos está llenando las lagunas del informe.

Si conseguía no revelar mi asombro, iría directa a Hollywood. Menudo cabronazo.

Mi padre y el tío Bob habían apartado la vista —demasiado, quizá—, pero sería imposible salir del aprieto con tanta facilidad. La vida no era un mazo de cartas que caían mágicamente en el lugar adecuado. A menos que la vida se llamara David Copperfield.

Sí. Le pondría nombre a mi vida. En cuanto le encontrara un nombre a mi sofá, que podría llamarse o no Sigourney Weaver, le pondría un nombre a mi vida. Ahora ya tenía un motivo por el que vivir. Y una decisión que tomar. Una gran decisión. ¿Qué nombre incluiría todo lo que entrañaba mi vida, cada aspecto de inseguridad, belleza, surrealismo y

encuentros con gente chiflada? Ese nombre tendría que incluir los pros y los contras que ofrecía la vida, como por ejemplo no tener dinero para tomarse un capuchino con chocolate todos los días. Si había conseguido sobrevivir a eso, sobreviviría a cualquier cosa.

Tras unos cuantos minutos más de conversación que me provocaron dolor de cabeza, el capitán y la agente especial Carson se marcharon, pero no antes de echar una última mirada atrás. La agente Carson sonrió. El capitán me miró como si deseara llegar al fondo del asunto, saber hasta dónde estaba implicada. Eso no podía ser bueno.

Me volví hacia el tío Bob mientras esperábamos los papeles del alta.

—Todo está demasiado claro. Demasiado ordenado. Descubrirán que no pudo suceder como pareció suceder, y no quiero meterte en problemas.

—¿Demasiado claro? —preguntó mi padre—. ¿Ordenado? Así es justo como les gustan las cosas, calabacita. Todo envuelto y con un lazo. Créeme, significa menos papeleo, y eso siempre es de agradecer. —Me ayudó a levantarme—. Ya he hecho que instalaran la línea telefónica en la oficina. Y la esposa de Sammy ha limpiado el lugar. —Estaba decidido a que me trasladara de nuevo a las oficinas que había encima del bar.

—Bueno, ¿y tú cómo estás? —pregunté con tono de voz indiferente, como si no me importara.

Una sonrisa iluminó sus ojos de todas formas.

—Estoy bien. Parece que después de todo no tengo cáncer. —Miró a su alrededor y con una voz cargada de asombro me susurró—: ¿Tú has tenido algo que ver con eso?

Intenté sonreír.

—No, papá. No tengo esa clase de poder.

—Es solo que... —Agachó la cabeza—. Verás, tenía cáncer de páncreas. —Sus palabras me provocaron un dolor punzante en el corazón—. Me hicieron todas las pruebas conocidas por el hombre, y lo tenía. Luego, cuando lo descubriste y me tocaste en la oficina... Bueno, parece que se ha desvanecido.

—¿Cuándo te toqué?

—Me clavaste el dedo índice en el pecho cuando me estabas reprendiendo por dispararte.

Ah, cierto. Deseé poder hacer cosas tan geniales como esas.

—No fui yo, papá. Pero me alegro.

—Yo también me alegro —dijo en un intento por aplacarme. No me había creído.

Gemma entró en la habitación como un torbellino metanfetamínico.

—¿Y bien? —preguntó mientras miraba al tío Bob, a mi padre, a Cookie y por fin a mí—. ¿Qué ha pasado esta vez?

—Está bien, aceptaré sesiones de psicoterapia, pero solo si la terapeuta eres tú —dije después de pensarla un buen rato.

—Charley, aunque me siento halagada, total y absolutamente halagada, no puedo tratarte. Sería una violación de mi código de conducta.

—Que le den al código. Invéntate uno nuevo. No puedo ver a nadie más sin que intenten encerrarme de por vida. —Apreté los dientes y añadí—: El ángel de la muerte, Gem.

Mi hermana estuvo a punto de echarse a reír.

—No, yo conozco a alguien. Te prometo que todo irá bien.

—Te juro que en cuanto los vea a aparecer con la camisa de fuerza tacharé tu nombre de mi lista de regalos de Navidad.

—Trato hecho —respondió con una sonrisa satisfecha—. Pero si de verdad te

pusieran una camisa de fuerza, ¿dejarías que te hiciera una foto? Ya sabes, solo con propósitos de estudio...

—No si valoras en algo tus cutículas...

Gemma apartó las manos de inmediato.

—Eso ha sido muy cruel.

Moví las cejas arriba y abajo.

—Si fastidias al ángel de la muerte, probarás su guadaña.

—Tú no llevas una guadaña.

—Esa no es la cuestión.

Le pedí a Cookie que me llevara al convento antes de marcharnos a casa. El amanecer acababa de asomar por el horizonte, pero se trataba de un asunto importante. Quentin debía saber que estaría bien. Que era seguro salir a la calle. Necesitaba quitarse ese peso de los hombros.

Nos recibió una madre superiora de aspecto austero, y no pude evitar preguntarme qué cualidades se requerían para convertirse en una mami suprema. Estaba claro que la mirada mortal era uno de los requisitos previos, pero ¿qué más? ¿Álgebra avanzada?

Nos acompañó a la cocina mientras la hermana Mary Elizabeth iba a buscar a Quentin. El muchacho apareció en pijama y medio dormido. Le habían cortado el pelo, pero aún le llegaba a los hombros. Corrió a mis brazos, y fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba herida.

—Lo siento —dijo con signos y expresión sincera. Se puso las gafas de sol y señaló el vendaje de mi brazo. Por suerte, el cuchillo solo me había rozado el brazo y el costado—. ¿Qué te ha pasado?

—Lo mismo que te ocurrió a ti, pero desde el otro lado. Otra gente poseída me atacó, pero quería que supieras que ahora ya es seguro salir. No pasará nada. No vendrán de nuevo a por ti. El ser que instigó todo esto ha muerto.

El chico suspiró aliviado, y lo conduje hacia una mesa para que se sentara.

—¿Estás bien aquí? ¿Te han golpeado las manos con una regla o algo así? He oído que las monjas hacen esas cosas.

La madre superiora se aclaró la garganta. Al parecer, ella también conocía el lenguaje de los símbolos.

—Lo hemos apuntado a un colegio —dijo la hermana Mary Elizabeth, que apenas conseguía ocultar su entusiasmo—. A la Escuela para Sordos de Santa Fe. Se alojará allí durante la semana y regresará a casa los fines de semana.

Quentin no parecía tan entusiasmado. Apretó los labios.

Me incliné hacia él.

—¿Eso te parece bien? —Al ver que se encogía de hombros, le pregunté a la hermana—: ¿Cómo que volverá a casa los fines de semana?

Ella sonrió.

—Volverá aquí. —Le puso una mano en el brazo al chico—. Regresará aquí hasta que encontremos algo más permanente. ¡Ah! —Me miró—. Y también podrá quedarse contigo de vez en cuando, si quieres.

—Me encantaría —le dije. Eché un vistazo a Cookie por encima del hombro—. Me da la sensación de que Amber querrá aprender el lenguaje de los signos.

Cookie asintió y me miró con expresión soñadora.

—Este chico es un encanto.

Cuando le traduje a Quentin lo que había dicho, el muchacho se ruborizó y pronunció un suave «gracias» con una voz profunda, aunque las vocales eran algo cerradas.

—Vale —añadió Cookie—. Me acabo de enamorar.

Quentin me dio unas palmaditas en la mano.

—Tengo un nombre de signos para ti.

Me enderecé sorprendida.

—¿En serio? Vaya...

Levantó la mano derecha, extendió los dedos y formó un ocho modificado en el que el dedo corazón se inclinaba hacia delante algo más que el resto. Luego se rozó el hombro derecho con la yema y separó la mano del cuerpo agitándola ligeramente.

Me llevé las manos al corazón. Era el símbolo que significaba «chispa», solo que hecho desde el hombro. Me estaba diciendo que brillaba. Sentí un escozor en los ojos, y él agachó la cabeza en un gesto de timidez. No pude evitarlo. Le rodeé el cuello con los brazos. El muchacho me permitió que lo abrazara durante un minuto entero.

—¿Podré quedarme contigo de vez en cuando?

—Claro, me encantaría que te quedaras conmigo de vez en cuando.

Me incliné para darle un beso en la mejilla a pesar del abrasivo sonido del carraspeo de la madre superiora.

—Ay, ese chico es un muñequito —dijo Cookie mientras subíamos a la tercera planta de nuestro edificio de apartamentos.

—¿A que sí?

Todavía había polis fuera, investigadores que peinaban la zona por dentro y por fuera de la cinta amarilla. Se habían llevado mi ropa como prueba, pero la única sangre que tenía, además de la mía, era la de Reyes. ¿Se darían cuenta de eso? ¿Tenían la sangre de Reyes en alguna base de datos de ADN?

—¿Qué tal la cabeza? —me preguntó mi amiga—. ¿Estás bien?

Era una amiga maravillosa. Me aguantaba muchísimas cosas. Y bien pensado, era alucinante que siguiera viva.

—Sí, estoy bien.

—Genial.

Cuando me di la vuelta para abrir mi puerta, me dio un cachete en la cabeza. Fred salió impulsado hacia delante y se golpeó contra el marco de la puerta.

Me volví hacia ella, desconcertada.

—Tengo una conmoción cerebral, por si no lo sabías.

—Lo sé. Y me alegro, para que lo sepas.

—Esa no es la actitud de una buena vecina.

—Estuviste a punto de morir a las puertas de este edificio y no se te ocurrió... no sé... ¿gritar mi nombre, tal vez? ¿Pedir ayuda?

—¿Y qué habrías hecho, Cook, además de conseguir que te atacaran por venir a rescatarme?

—¿Sabes? Esa excusa dejará de servirte uno de estos días. —Tenía los ojos llenos de lágrimas, y agachó la cabeza—. ¿Te haces la menor idea de cómo me sentí cuando descubrí que Earl Walker te había torturado a escasos quince metros de mi casa?

Las cámaras de mi corazón se contrajeron con fuerza.

Aunque no me parecía lo más inteligente, Cookie necesitaba saber la verdad sobre lo que significaba formar parte de mi vida.

Apoyé la espalda en mi puerta y crucé los brazos.

—Amber estaba allí —dije en un susurro.

De pronto, mi amiga se alarmó.

—¿Qué? ¿Amber estaba allí anoche?

—No. Aquella noche. La de Earl Walker.

Su alarma aumentó y dio un paso atrás.

—No te entiendo.

—Cuando entré en mi apartamento —dije, incapaz de contener el flujo de lágrimas que atravesaba mis pestañas—, Earl ya estaba dentro. Y también Amber.

Cookie se cubrió la boca con la mano. Ella no tenía ni idea, y yo había sido demasiado cobarde para contárselo.

Me sequé las mejillas, furiosa. De un tiempo a esa parte, no hacía otra cosa que llorar. Porque llorar ayudaba mucho.

—Estaba dormida en el sofá. —Vi su imagen en mi mente con tanta claridad que se me encogió el estómago al igual que aquella noche—. Él le apuntaba con una pistola a la cabeza.

Mi amiga se tapó la cara y se estremeció en un sollozo que me llegó al alma. Me rodeé con los brazos y encorvé los hombros. Estaba a punto de perder una de las mejores cosas de mi vida, pero Cook debía conocer la verdad.

—Me dijo que no la mataría si guardaba silencio y cooperaba. Que no os mataría a ninguna de las dos. Me dejó llevarla a tu apartamento. Estaba tan adormilada que ni siquiera llegó a verlo. Pero él estaba aquí por mí, Cookie. Amber estuvo a punto de morir por mi culpa.

Tras un largo momento de reflexión, Cook respiró hondo y alzó la vista hacia el techo.

—No —dijo al tiempo que cuadraba los hombros—. No. Earl Walker utilizó a Amber para conseguir que hicieras lo que deseaba. Y funcionó, Charley. Él sabía que funcionaría. Eso no es culpa tuya.

La miré boquiabierta.

—Por supuesto que es culpa mía. Todo.

—Charley —dijo mientras me apoyaba la mano en el hombro—, ya te lo he dicho antes. Haces cosas increíbles, y yo he llegado a formar parte de lo que haces. Aquel incidente fue uno entre un millón. Y se acabó. Debemos dejarlo atrás. Las probabilidades de que vuelva a ocurrir algo parecido son ínfimas.

—¿Alguna vez me prestas atención?

—Hasta el capitán lo dijo. Has resuelto cuatro casos en un solo día. Cuatro, Charley. Eso es algo... inaudito. Y has atrapado a un asesino en serie fugado. Quién sabe cuántas vidas has salvado. Y yo tengo que ayudarte. Aunque en el futuro tendremos que tener más cuidado. Nos hacen falta unas buenas cerraduras, ¿no crees? Ya hemos hablado de eso. Y un sistema de seguridad.

Las sensaciones la asaltarían más tarde. La furia. El pesar. La desesperación. Puede que incluso me odiara un poco. Aunque prefería que me odiara porque habían estado a punto de matar a su hija que porque la habían matado de verdad.

Luego, Cookie se convertiría en una versión anterior de mí misma. No dormiría por las noches, comprobaría una y otra vez las puertas y las ventanas, y convertiría el más diminuto ruido en una posible invasión de la casa.

Entendía a la perfección por qué le gustaba ser mi amiga. Y trabajar para mí.

—¿Va todo bien, deditos de calabaza?

Me volví hacia la tía Lillian, que acababa de traspasar la puerta, y estaba a punto de hacerle una pregunta cuando se acercó el casero.

—Señoras —dijo con una sonrisa lasciva.

—Traidor.

El hombre rió por lo bajo y llamó a la puerta del apartamento del final del pasillo.

Cook y yo estiramos un poco el cuello, muertas de curiosidad. Me limpié las lágrimas de las mejillas y juntamos nuestras cabezas con la esperanza de poder ver a los nuevos inquilinos.

—Conseguí otra llave para usted —dijo antes de mirarnos por encima del hombro con las cejas enarcadas.

Puse los ojos en blanco, tanto que al final miraron a Barbara a la cara.

La puerta se abrió, muy despacio al principio, y luché contra una extraña sensación de excitación. Era como abrir un regalo e intentar averiguar lo que contenía mientras pensabas en cómo disimular la decepción si esta llegaba. Y quizá fuera por la conmoción de Fred y Barbara o por el delicado estado de Betty White, cuyas frágiles cámaras palpitaban entre agujonazos de dolor y desesperación, pero cuando vi a Reyes Farrow abrir aquella puerta, casi me da un ataque.

Cookie cogió aire con tanta fuerza que Reyes dejó de observar al casero y clavó la mirada en nosotras. Sus ojos brillaban en la penumbra mientras me observaba de arriba abajo. Yo hice lo mismo con él. Tenía una herida de bala del calibre cincuenta en el pecho que habría destrozado a cualquier otro hombre, y sin embargo no percibí ningún signo de dolor ni de debilidad tras la pérdida de sangre. Seguro que estaba cubierto de cinta adhesiva bajo la camiseta de color rojo oscuro. La que tenía las mangas lo bastante estrechas como para apretarle los bíceps, envolverlos y acariciarlos.

—Puede dársela a ella —le dijo al señor Zamora en cuanto terminó de examinarme, con un tono de voz cálido como el brandy en una noche fría.

—Ah. —El señor Zamora se quedó un poco aturrido, pero al final me dio la llave del apartamento de Reyes Farrow con una alegre sonrisa maliciosa.

Reyes saludó a Cookie con una inclinación de cabeza.

—Cookie —dijo, dirigiéndose a ella con respeto. Después miró a mi tía—. Lillian —dijo, y si la tía Lil hubiera muerto con la dentadura puesta, seguro que se le habría caído en ese mismo momento. Luego clavó su mirada ardiente en mí y ladeó la cabeza con interés—. Holandesa. —Me ofreció una última mirada, una mirada llena de promesas y deseo, antes de retroceder y cerrar la puerta.

Nos quedamos las tres allí de pie, con la mandíbula por los suelos. La tía Lil fue la primera en recuperarse. Me dio un leve codazo y dijo con un cacareo alegre:

—Chicas, creo que deberíais hacer más pastelitos de chocolate de esos, porque ese muchacho parece hambriento.

Darynda Jones escribe desde que tiene uso de razón. Con su primera novela, *Primera tumba a la derecha*, ganó el Premio Golden Heart 2009 a la Mejor Novela Romántica Paranormal. Animada por el éxito, decidió ponerse en manos de un agente y firmó un contrato con una prestigiosa editorial estadounidense. Desde su publicación en 2011, *Primera tumba a la derecha* ha recibido excelentes críticas por parte del sector y sus derechos se han vendido a varios países. La continuación de la serie —*Segunda tumba a la izquierda*, *Tercera tumba todo recto* y *Cuarta tumba bajo mis pies*— no ha hecho sino confirmar su talento como narradora de un nuevo género romántico cargado de humor, misterio y mucha pasión. Darynda vive con su marido y sus hijos en Nuevo México.

Título original: *Fourth Grave Beneath My Feet*

Edición en formato digital: abril de 2013

© 2012, Darynda Jones

Todos los derechos reservados

© 2013, Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2013, Concepción Rodríguez González, por la traducción

Diseño de la cubierta: Yolanda Artola / Random House Mondadori, S. A.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9032-563-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com



Random House
Mondadori

Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Caballo de Troya, Collins, Conecta, Debate, Debolsillo, Electa, Endebate, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Nube de Tinta, Plaza & Janés, Random, RHM Flash, Rosa dels Vents, Sudamericana y Conecta.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47-49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:

Agustín de Betancourt, 19

28003 MADRID

España

Tel.: +34 91 535 81 90

Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.



Collins

conecta

DEBATE

EN DEBATE

DEBOLSILLO

Flash Grijalbo

Lumen

Montena

NUBE DE TINTA

PLAZA JANÉS

RANDOM



Editorial Sudamericana

